



LA
CHICA
DEL
ABRIGO
AZUL

MONICA HESSE

se



Amsterdam, 1943. La joven Hanneke se dedica a comprar y vender todo lo que encuentra en el mercado negro, a escondidas de sus padres. Es su manera de rebelarse ante la ocupación alemana y sobrellevar la pérdida de su novio en el frente. Pero su vida da un giro cuando una de sus clientas le hace un encargo inusitado: que localice a una chica judía que mantenía oculta y que ha desaparecido sin dejar rastro.

Tiene que dar con ella antes de que la encuentren los nazis.

Una novela de misterio ambientada en la Segunda Guerra Mundial con un profundo mensaje sobre justicia social, racismo y prejuicios, amor, amistad y valentía.



Monica Hesse

La chica del abrigo azul

ePub r1.0

NoTanMalo 26.10.16

Título original: *Girl in the Blue Coat*
Monica Hesse, 2016
Traducción: Antonia Martín Martín
Diseño de cubierta: Maggie Edkins

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2



Para mi hermana Paige y su hermana Piper

Prólogo

Mucho tiempo antes de que Bas muriera, nos enzarzamos en una pelea de mentirijillas acerca de quién tenía la culpa de que se hubiera enamorado de mí. «Es culpa tuya —me dijo—, porque eres adorable». Le dije que se equivocaba. Que era desidia culparme de su amor por mí. Irresponsable, en realidad.

Lo recuerdo todo de esa conversación. Tuvo lugar en la sala de estar de sus padres y oíamos la radio nueva de la familia mientras le preguntaba la lección para un examen de geometría que ninguno de los dos consideraba importante. La cantante estadounidense Judy Garland cantaba «You Made Me Love You». Así empezó la conversación. Bas dijo que yo le había obligado a amarme. Me burlé de él porque no quería que supiera lo rápido que me latía el corazón al oírle decir las palabras «amar» y «tú» en la misma frase.

A continuación afirmó que yo también tenía la culpa de que quisiera besarme. Y yo le dije que si se lo permitía sería culpa suya. En ese momento su hermano entró en la sala y dijo que los dos teníamos la culpa de que al oírnos le entraran ganas de vomitar.

Horas después, camino de casa —cuando podía ir a casa a pie sin preocuparme de que me pararan los soldados, de saltarme el toque de queda o de que me detuvieran—, caí en la cuenta de que no le había dicho que yo también le amaba. La primera vez que Bas me declaraba su amor, y me había olvidado de decirle que le correspondía.

Tendría que haberlo hecho. Si hubiera sabido lo que sucedería y lo que descubriría acerca del amor y la guerra, me habría asegurado de decírselo entonces.

Esa es mi culpa.

1

Enero de 1943

Martes

—Hola, preciosa. ¿Qué lleva ahí? ¿Algo para mí?

Me paro porque el soldado es joven y guapo, y porque su voz contiene un guiño, y porque apuesto a que me haría reír una tarde en el cine.

Es mentira.

Me paro porque el soldado podría ser un buen contacto, porque quizá podría conseguirme artículos que ya no podemos comprar, porque es probable que tenga los cajones de la cómoda repletos de filas y filas de tabletas de chocolate y de calcetines sin agujeros en la puntera.

En realidad eso tampoco es cierto.

En ocasiones prescindo de la verdad porque resulta más fácil fingir que tomo decisiones por motivos racionales. Resulta más fácil fingir que puedo elegir.

Me paro porque el uniforme del soldado es verde. Es la única razón por la que me paro. Porque viste uniforme verde, lo cual significa que no puedo elegir.

—Son muchos paquetes para una chica tan guapa.

Su holandés tiene un leve acento, pero me sorprende que lo hable tan bien. Algunos agentes de la policía verde no lo hablan y se enfadan al ver

que no dominamos el alemán, como si hubiéramos debido prepararnos toda la vida para el día en que invadirían nuestro país.

Aparco la bicicleta, pero no desmonto.

—Es la cantidad justa de paquetes, creo yo.

—¿Qué lleva en ellos? —Se inclina sobre el manillar y palpa con mano indolente la cesta sujeta a la parte delantera.

—¿No le gustaría verlo? ¿No le gustaría abrir todos mis paquetes? —Suelto una risita y bajo las pestañas para que no se percate de que se trata de una frase bien ensayada.

En la postura en que estoy, el bajo del vestido se me ha subido por encima de la rodilla y el soldado lo advierte. Es azul marino, de varios años antes de la guerra, me queda demasiado estrecho y tiene el dobladillo deshilachado. Me muevo un poco para que el bajo suba aún más, hasta la mitad del muslo, donde tengo la carne de gallina.

Esta interacción sería peor si el policía fuera mayor, si tuviera arrugas, los dientes manchados o una panza fofa. Sería peor, pero yo coquetearía de todas formas. Lo he hecho docenas de veces.

Se inclina más. Detrás de él, el agua del Herengracht está turbia y apesta a pescado. Podría empujarlo al canal y recorrer medio camino hasta casa en esta vergonzosa bicicleta de segunda mano antes de que él lograra salir chapoteando. Es un pasatiempo que me gusta practicar con cada agente de la policía verde que me para. «¿Cómo podría castigarte y cuánto me habría alejado cuando me atrapas?».

—Esto es un libro que le llevo a mi madre. —Señalo el primer paquete envuelto en papel—. Y ahí hay patatas para nuestra cena. Y esto es un jersey que me han remendado y que he ido a recoger.

—*Hoe heet je?* —me pregunta.

Quiere saber cómo me llamo y me lo pregunta con el estilo informal y desenfadado en que un chico preguntaría en una fiesta a una jovencita dentada cómo se llama, y esto es una buena señal, pues prefiero con mucho que se interese por mí antes que por los paquetes de la cesta.

—Hanneke Bakker. —Mentiría, pero no tiene sentido ahora que todos estamos obligados a llevar encima los documentos de identidad—. ¿Y cómo se llama usted, soldado?

Saca pecho cuando le llamo «soldado». Los jóvenes todavía están encantados con el uniforme. Cuando se mueve, veo un destello dorado alrededor de su garganta.

—¿Y qué tiene en el medallón? —le pregunto.

Su sonrisa flaquea mientras se lleva la mano volando al colgante que pende bajo el cuello de la camisa. El medallón, dorado y en forma de corazón, probablemente contenga la fotografía de una muchacha alemana con cara de pan que ha prometido serle fiel en Berlín. La pregunta ha sido una apuesta arriesgada, pero una apuesta que da buen resultado siempre que acierto.

—¿Una fotografía de su madre? Debe de quererle mucho para haberle regalado un colgante tan bonito.

Se pone colorado mientras se mete la cadena bajo el cuello almidonado.

—¿De su hermana? —prosigo—. ¿De su perrito? —Cuesta encontrar el equilibrio, la dosis adecuada de ingenuidad. Mis palabras han de contener la inocencia suficiente para no justificar que se enfade conmigo, y la mordacidad necesaria para que prefiera deshacerse de mí a tenerme aquí parada e interrogarme sobre lo que llevo—. No le había visto nunca —añado—. ¿Está apostado en esta calle todos los días?

—No me gustan las chicas tontas como usted. Váyase a casa, Hanneke.

Cuando me alejo en la bicicleta, los mangos del manillar tiemblan solo un poquito. En gran medida le he dicho la verdad acerca de los paquetes. En efecto, los tres primeros sí contienen un libro, un jersey y unas pocas patatas. Sin embargo, debajo de las patatas hay salchichas, compradas con cuatro cupones de racionamiento de un hombre muerto, y debajo llevo pintalabios y lociones, comprados con cupones de racionamiento de otro hombre fallecido, y más abajo hay cigarrillos y bebidas alcohólicas, comprados con el dinero que mi jefe, el señor Kreuk, me ha entregado esta mañana con ese fin. Ninguno de esos artículos es mío.

La mayoría diría que trafico en el mercado negro, una actividad ilícita que consiste en el comercio clandestino de mercancías. Yo prefiero considerarme una «encontradora». Encuentro cosas. Encuentro patatas, carne y manteca. Al principio encontraba azúcar y chocolate, pero últimamente resulta más difícil hallar esos productos y solo los consigo de

vez en cuando. Encuentro té. Encuentro beicon. Los ricos de Holanda siguen estando regordetes gracias a mí. Encuentro las cosas de que nos vemos obligados a privarnos, a menos que sepamos dónde buscar.

La última pregunta que he dirigido al soldado, acerca de si esa calle es su nuevo puesto..., ojalá la hubiera respondido. Porque si en adelante va a estar apostado en esa esquina cada día tendré que pensar en hacerme amiga suya o en cambiar de ruta.

Mi primera parada de esta mañana es la casa de la señorita Akkerman, que vive con sus abuelos en uno de los edificios viejos cercanos a los museos. Para ella son las lociones y los pintalabios. La semana pasada fue perfume. Es una de las pocas mujeres que conozco a quien aún le interesan mucho esos artículos; un día me explicó que espera que su novio le pida matrimonio antes de su próximo cumpleaños; la gente se gasta el dinero por razones extrañas.

Me abre la puerta con horquillas en el pelo, que lleva mojado. Debe de tener una cita con Theo esta noche.

—¡Hanneke! Pasa, que voy a buscar el monedero.

Siempre encuentra alguna excusa para invitarme a entrar. Creo que se aburre durante el día, a solas con sus abuelos, que hablan en voz demasiado alta y huelen a repollo.

El interior de la casa es oscuro y agobiante. Al otro lado de la puerta, el abuelo de la señorita Akkerman desayuna sentado a la mesa.

—¿Quién es? —grita.

—Es una entrega, abuelo —le responde ella a voces volviendo la cabeza.

—¿Quién dices que es?

—Es para mí. —Me mira y baja la voz—. Tienes que ayudarme, Hanneke. Theo vendrá esta noche a preguntar a mis abuelos si me dejan mudarme a su apartamento. Tengo que decidir qué me pongo. Quédate aquí; te enseñaré las opciones.

No se me ocurre ningún vestido capaz de conseguir que sus abuelos aprueben que se vaya a vivir con su novio antes de casarse, si bien sé que es algo que ocurre con más frecuencia desde que empezó la guerra.

Cuando la señorita Akkerman regresa al vestíbulo, finjo reflexionar sobre los dos vestidos que ha traído, aunque en realidad miro el reloj de pared. No tengo tiempo para la vida social. Después de aconsejarle que se ponga el gris, le indico con un gesto que coja los paquetes que sostengo desde que he llegado.

—Son para usted. ¿Quiere comprobar que todo está bien?

—Estoy segura de que es correcto. ¿Te quedas a tomar café?

No me molestó en preguntar si el café es de verdad. La señorita Akkerman solo lo tendría si yo se lo hubiera llevado, y no lo he hecho, de modo que al decir café se refiere a bellotas o ramitas molidas. Un sucedáneo del café.

El otro motivo por el que no me quedo es el mismo por el que declino la reiterada invitación de la señorita Akkerman a que la llame Irene. Porque no quiero que confunda nuestra relación con la amistad. Porque no quiero que crea que no pasa nada si un día no puede pagarme.

—No puedo. Todavía debo realizar otra entrega antes del almuerzo.

—¿Estás segura? Puedes comer aquí, ya iba a preparar el almuerzo, y así luego decidimos cómo me arreglo el pelo para esta noche.

Es extraña la relación que tengo con mis clientes. Ellos creen que somos camaradas. Creen que nos une el secreto de hacer juntos algo ilegal.

—Siempre almuerzo en casa con mis padres —digo.

—Claro, Hanneke. —Está avergonzada por haber insistido demasiado—. Ya nos veremos, pues.

El cielo está sombrío y encapotado —el invierno de Amsterdam— mientras recorro en la bicicleta nuestras calles, estrechas y de trazado caprichoso. Amsterdam se construyó sobre canales. Holanda es un país bajo, por debajo incluso del nivel del mar, y los agricultores que drenaron el terreno hace siglos crearon un complejo sistema de vías fluviales para impedir que los ciudadanos se ahogaran en el mar del Norte. Un profesor de historia mío añadía a este retazo de nuestro pasado un popular refrán holandés: «Dios creó el mundo, pero los holandeses crearon los Países Bajos». Lo decía como si fuera un motivo de orgullo, aunque en mi opinión el refrán

encerraba asimismo una advertencia: «No contéis con que nadie venga a salvarnos. Estamos solos aquí».

Al inicio de la ocupación, hace dos años y medio, en el bombardeo aéreo de Rotterdam, situada setenta y cinco kilómetros al sur, los alemanes mataron a novecientos civiles y destruyeron toda la arquitectura de la ciudad. Al cabo de dos días llegaron a pie a Amsterdam. Ahora tenemos que aguantar su presencia, pero logramos conservar nuestros edificios. Es un mal apaño. Todo son malos apaños en estos tiempos, salvo para quienes, como yo, saben sacar provecho de las situaciones.

Mi siguiente clienta, la señora Janssen, vive cerca, en una gran casa azul que antes compartía con su marido y sus tres hijos, hasta que uno de estos se marchó a Londres, otro a Norteamérica y el tercero, el benjamín, al frente holandés, donde dos mil soldados holandeses perecieron intentando en vano proteger las fronteras de nuestro país, que cayó en cuestión de cinco días. Ya apenas hablamos de Jan.

Sin embargo, me pregunto si estaba cerca de Bas cuando se produjo la invasión.

Últimamente me planteo preguntas sobre aquellos momentos tratando de reconstruir los últimos minutos del chico al que amé. ¿Estaba él con Bas, o acaso Bas murió solo?

El marido de la señora Janssen desapareció el mes pasado, poco antes de que ella se convirtiera en mi clienta, y ya nunca le pregunto por él. Puede que perteneciera a la resistencia, o que se encontrara en el lugar equivocado en un mal momento, o quizá no esté muerto, sino tomando té en Inglaterra con su primogénito, pero en cualquier caso no es asunto mío. La señora Janssen es una clienta nueva. Solo le he entregado unos cuantos artículos. Conocí un poco a su hijo Jan. Fue un niño inesperado, nacido veinte años después que sus hermanos, cuando los Janssen ya peinaban canas y caminaban encorvados. Jan era un chico simpático.

Hoy, aquí, concluyo que es posible que estuviera cerca de Bas cuando los alemanes invadieron nuestro país. Hoy, aquí, creeré que Bas no murió solo. Es un pensamiento más optimista que los que en general me permito.

La señora Janssen me aguarda en la puerta, lo que me saca de mis casillas, porque, si fuerais un soldado alemán con la misión de detectar

cosas sospechosas, ¿qué pensaríais de una anciana que aguarda la llegada de una joven ciclista desconocida?

—Buenos días, señora Janssen. No había necesidad de que saliera a esperarme. ¿Cómo está?

—¡Estoy bien! —responde a voz en grito, como si leyera las frases de una obra de teatro, mientras se toca nerviosa los rizos blancos que se le han escapado del moño. Siempre lleva el cabello recogido en un moño, las gafas siempre le resbalan nariz abajo; su ropa me recuerda siempre una cortina o un sofá—. ¿No vas a entrar?

—No he conseguido tantas salchichas como usted quería, pero le he traído unas cuantas —le digo tras aparcar la bicicleta y cerrar la puerta a nuestra espalda.

La señora Janssen avanza despacio; camina con la ayuda de un bastón y ya no sale casi nunca de casa. Me explicó que empezó a usar el bastón cuando Jan murió. Ignoro si tiene algún problema físico o si es que la pena la dejó destrozada y coja.

La sala de estar se ve más espaciosa que de costumbre y tardo un momento en descubrir el porqué. Entre la vitrina de la porcelana y el sillón hay normalmente una *opklapbed*, una cama pequeña que parece una librería, pero que se despliega cuando hay huéspedes. Supongo que la fabricó el señor Janssen, como otros tantos enseres de la casa. Mamá y yo pasábamos por delante de su tienda de muebles para admirar el escaparate, pero nunca pudimos permitirnos comprar nada. No tengo ni idea de adónde habrá ido a parar la *opklapbed*. Si la señora Janssen la ha vendido habiendo transcurrido tan poco tiempo desde la desaparición de su marido, es que debe de pasar apuros económicos, lo que no permitiré que me preocupe a menos que signifique que no puede pagarme.

—¿Un café, Hanneke?

La señora Janssen, que va delante de mí, entra en la cocina, de modo que la sigo. He decidido rechazar la invitación a café, pero ya tiene preparadas dos tazas y la porcelana buena, azul y blanca, el famoso motivo decorativo de la ciudad de Delft. La mesa, de madera de arce, es recia.

—Tengo aquí las salchichas, si quiere...

—Luego —me interrumpe—. Luego. Primero tomaremos café y un *stroofwafel* y charlaremos.

Tiene al lado un bote cubierto de polvo que huele a tierra. Café en grano de verdad. Me pregunto desde cuándo lo tendrá guardado. Y los *stroofwafels* también. La gente no gasta en pastelitos los cupones de racionamiento de panadería; los utilizan para adquirir pan. Por otra parte, tampoco los usan para dar de comer a repartidoras del mercado negro, pero aquí está la señora Janssen, sirviéndome café en una taza de porcelana y poniendo encima un *stroofwafel*, de modo que los dos gofres redondos se ablandan con el vapor y el relleno de caramelo sale por los bordes.

—Siéntate, Hanneke.

—No tengo hambre —digo, pese a que el rugido de las tripas me delata.

Claro que tengo hambre, pero por algún motivo me ponen nerviosa esos *stroofwafels* y el empeño de la señora Janssen en que me siente y la anomalía de la situación en general. ¿Habrá llamado a la policía verde con la promesa de entregarles a una trabajadora del mercado negro? Una mujer tan desesperada para vender la *opklapbed* de su marido sería capaz de hacer algo así.

—¿Solo un momentito?

—Lo siento, pero tengo un millón de cosas que hacer hoy.

Se queda mirando la mesa, puesta con primor.

—Mi hijo pequeño. Jan. Esos eran sus favoritos. Se los tenía preparados cuando él venía de la escuela. ¿Eras amiga suya? —Me sonrío esperanzada.

Suspiro. No es una mujer peligrosa; sencillamente está sola. Echa de menos a su hijo y desea ofrecer a una excompañera de clase del muchacho el tentempié que le servía cuando él llegaba de la escuela. Esto contraviene todas mis normas, y su tono suplicante me incomoda. Pero en la calle hace frío, el café es de verdad y, pese a que le he dicho que tengo un millón de tareas, en realidad mis padres no me esperan a almorzar hasta dentro de una hora. Así pues, dejo sobre la mesa el paquete de salchichas y mantequilla, me aliso el pelo e intento recordar cómo ser una invitada educada en una visita social. Antes sabía comportarme como tal. La madre de Bas me servía chocolate a la taza en la cocina mientras él y yo estudiábamos, y

luego encontraba cualquier excusa para entrar a echar un vistazo a fin de asegurarse de que no estábamos besándonos.

—Hace tiempo que no como un *stropwafel* —digo finalmente probando mis habilidades para la conversación, ya oxidadas—. Mis favoritos eran los *bankets*.

—¿Rellenos de pasta de almendras?

—Mmmmmm.

El café de la señora Janssen es fuerte y está muy caliente; un bálsamo anestésico. Me quema la garganta, de modo que sigo bebiendo, y ni siquiera me doy cuenta de cuánto he tomado hasta que dejo la taza en el platillo y veo que está medio vacía. La señora Janssen la llena de inmediato hasta el borde.

—El café está bueno —le digo.

—Necesito tu ayuda.

Ah.

De modo que el propósito del café queda claro. Me ha dado un regalo. Ahora quiere un favor. Es una pena que no comprenda que no hace falta que me agasajen. Trabajo por dinero, no a cambio de amabilidad.

—Necesito que me ayudes a encontrar algo —dice.

—¿Qué necesita? ¿Más carne? ¿Queroseno?

—Necesito que me ayudes a encontrar a una persona.

La taza se detiene a medio camino de mis labios, y por un instante no recuerdo si estaba levantándola o quería dejarla en la mesa.

—No la entiendo.

—Alguien especial para mí.

Mira por encima de mi hombro y sigo la dirección de su mirada hasta el lugar donde la ha fijado: un retrato de su familia, colgado junto a la puerta de la despensa.

—Señora Janssen...

Intento hallar unas palabras educadas y correctas. «Su marido ha desaparecido —debería decirle—. Su hijo ha muerto. Sus otros hijos no van a volver». No puedo encontrar fantasmas. No tengo cupones de racionamiento para conseguir un sustituto de un hijo fallecido.

—Señora Janssen, yo no encuentro personas. Encuentro cosas. Comida. Ropa. Bicicletas.

—Quiero que encuentres...

—A una persona. Ya lo ha dicho. Pero si quiere encontrar a una persona tiene que llamar a la policía. Son la clase de investigadores que necesita.

—Te necesito a ti. —Se inclina sobre la mesa—. No a la policía, sino a ti. No sé a quién más pedírselo.

A lo lejos, el reloj de la Westerkerk da la hora: las once y media. Debo marcharme ahora mismo.

—Tengo que irme. —Retiro la silla de la mesa—. Mi madre ya habrá preparado el almuerzo. ¿Quiere pagar ahora las salchichas o le digo al señor Kreuk que se lo anote en la cuenta?

Ella también se levanta, aunque en vez de acompañarme a la puerta me coge la mano.

—Ven a echar un vistazo, Hanneke. Por favor. Solo un vistazo antes de irte.

Como ni siquiera yo tengo el alma tan endurecida para zafarme de la mano de una anciana, la sigo en dirección a la despensa y me detengo obedientemente a mirar el retrato de sus hijos colgado en la pared. Están en fila, a lo largo, y los tres tienen las orejas grandes y el cuello grueso. Sin embargo, la señora Janssen no se para delante de la fotografía, sino que abre de par en par la puerta de la despensa.

—Por aquí. —Con un gesto me indica que la siga.

Verdorie. Maldita sea, está más loca de lo que pensaba. Vamos a sentarnos en la oscuridad, entre los frascos de encurtidos, para estar en contacto con su hijo muerto. Seguramente guarda ahí la ropa del muchacho, empaquetada con bolas de naftalina.

Por dentro es como cualquier otra despensa: un cuarto poco profundo con especias y conservas en una pared, no tan llena como debió de estarlo antes de la guerra.

—Lo siento, señora Janssen, pero no sé...

—Espera.

Alarga la mano hacia el borde del estante de las especias y retira un gancho pequeño que yo no había visto.

—¿Qué hace?

—Un momento.

Toquetea la aldabilla. De repente la estantería entera gira sobre su eje y deja a la vista un espacio tenebroso detrás de la despensa, largo y estrecho, lo bastante grande para entrar en él, tan oscuro que apenas se ve nada.

—¿Qué es esto? —susurro.

—Me lo construyó Hendrik. Cuando los chicos eran pequeños. El armario no resultaba muy útil, era profundo y tenía el techo inclinado, de modo que le pregunté si podía dividirlo en dos para utilizar una parte como despensa y la otra como trastero.

La vista se me acostumbra a la penumbra. Estamos en el espacio que queda bajo la escalera. El techo desciende hasta que, al fondo, solo unos pocos centímetros lo separan del suelo. En la parte delantera, a la altura de los ojos, hay una repisa con una vela medio consumida, un peine y una revista de cine cuyo título reconozco. La *opklapbed* desaparecida, desplegada como si esperara un huésped, ocupa la mayor parte del cuartito. Tiene un edredón con estampado de estrellas y una única almohada. No hay ventanas. Cuando se cierra la puerta secreta, por debajo solo aparece una fina rendija de luz.

—¿Te das cuenta? —Aún me tiene cogida de la mano—. Por eso no puedo llamar a la policía. La policía no puede encontrar a alguien que se supone que no existe.

—La persona desaparecida.

—La chica desaparecida es judía —dice la señora Janssen—. Tengo que dar con ella antes de que la encuentren los nazis.

2

En el espacio oscuro, con el aire viciado y un leve olor a patatas viejas, la señora Janssen sigue esperando mi respuesta.

—¿Hanneke?

—¿Ha tenido a una persona escondida?

Apenas me salen las palabras cuando la señora Janssen cierra la puerta de la despensa y me conduce hacia la mesa. No sé si estoy más sorprendida o más asustada. Me consta que esto ocurre, que algunos judíos que desaparecen no están en campos de trabajo, sino apretujados como ropa de invierno en sótanos de otras personas. Pero es demasiado peligroso reconocer en voz alta que es así.

La señora Janssen asiente en respuesta a mi pregunta.

—Sí.

—¿Aquí? ¿Ha tenido a una persona escondida aquí? ¿Durante cuánto tiempo?

—¿Por dónde debería empezar? —Coge su servilleta y la retuerce con las manos.

No quiero que empiece. Hace diez minutos me preocupaba que la señora Janssen hubiera llamado a alguien para que me detuviera; ahora sé que es a ella a quien podrían detener. Esconder a una persona se castiga con la cárcel, una celda fría y húmeda en Scheveningen, donde según he oído decir la gente pasa meses enteros sin que siquiera la hayan juzgado. El castigo para la persona que se esconde —un *onderduiker*— es la deportación inmediata.

—Déjelo —me apresuro a decir—. Déjelo, no quiero oír nada. Me voy.

—Por favor, ¿por qué no te sientas? —suplica—. Llevo toda la mañana esperándote.

Cierra la estantería secreta y vuelve corriendo a la mesa.

—¿Más café? —Coge la cafetera—. Puedes tomar tanto como quieras. Siéntate. Si tú no me ayudas, tendré que buscar a otra persona.

De pie en medio de la cocina, me invaden sentimientos encontrados. No quiero su soborno de café. Aun así, estoy clavada en el sitio. De pronto pienso que no debería irme sin saber algo más de la historia. Si la señora Janssen intenta buscar a otra persona, podría verse en peligro, y ponerme en peligro a mí también si esa otra persona le pregunta quién más sabe lo de la despensa.

—Cuénteme lo ocurrido —le digo por fin.

—El socio de mi marido —comienza la señora Janssen con palabras atropelladas—. El socio de mi marido era un buen hombre. El señor Roodveldt. David. Trabajó diez años con Hendrik. Estaba casado con Rose, que era muy tímida, ceceaba y eso le daba vergüenza, pero hacía unas prendas de punto de lo más bonitas. Tenían dos hijas. Lea, que acababa de cumplir los doce y era la niña mimada de la familia. Y la mayor. Quince años, independiente, siempre saliendo con sus amistades. Mirjam.

Se le hace un nudo en la garganta al pronunciar el último nombre y traga saliva antes de continuar.

—Los Roodveldt eran judíos. No muy practicantes, y al principio parecía que eso supondría una diferencia. No fue así, desde luego. David le dijo a Hendrik que estarían bien. Conocían a una mujer que vivía en el campo y que iba a acogerlos. Pero el plan se vino abajo cuando la mujer se asustó demasiado, y en julio, tras la gran razia en que apresaron a muchos judíos, David acudió a Hendrik y le dijo que su familia y él necesitaban ayuda para encontrar un escondrijo.

—¿Y Hendrik los trajo aquí? —pregunto.

—No. No quiso ponerme en peligro. Los llevó a la tienda de muebles. Les construyó una habitación secreta detrás de un tabique falso de la carpintería. Yo no lo sabía.

—¿No lo sabía? —Me cuesta imaginar que mis padres fueran capaces de ocultarse un secreto como ese.

—Veía que Hendrik pasaba más tiempo en la tienda. Creía que tenía que trabajar más horas, puesto que David ya no estaba para ayudarlo. Pensaba

que los Roodveldt se habían ido al campo, a una casa donde estarían a salvo. No tenía ni idea de que estaban allí, escondidos.

—¿Cuándo se lo contó su marido?

—No me lo contó. El mes pasado, una noche que estaba sola en casa, oí que llamaban a la puerta. Llamaban con desesperación; era después del toque de queda. Pensé que Hendrik había olvidado llevarse la llave, pero al abrir la puerta vi a esa chica, esa chica pálida, con un abrigo azul. Había crecido mucho. No la veía desde hacía unos años y no la habría reconocido si no me hubiera dicho quién era. Me contó que mi marido los había tenido escondidos, pero que necesitaba encontrar otro lugar seguro. Me dijo que todos los demás habían muerto.

—Mirjam Roodveldt.

La señora Janssen asiente con la cabeza.

—Mirjam temblaba de lo asustada que estaba. Me explicó que los nazis habían llegado a la tienda esa noche y que habían ido derechos a la carpintería. Alguien traicionó a mi marido; un empleado o un cliente. Hendrik no quiso mostrarles el escondrijo. Fingió que no sabía de qué le hablaban. Al ver que no soltaba prenda, los agentes empezaron a amenazarlo. David lo oyó. E intentó ayudarlo. Pero los agentes iban armados.

La señora Janssen toma aire.

—Cuando el tiroteo terminó, Hendrik estaba muerto, al igual que David, Rose y Lea. Únicamente Mirjam logró escapar.

Debió de ser el caos. He oído hablar de gente encarcelada, a la que apresaron y que nunca ha regresado. Pero ¿cuatro personas, entre ellas una mujer y una niña, asesinadas a sangre fría?

—¿Cómo escapó Mirjam? —pregunto—. Dispararon a los demás. ¿Cómo consiguió una muchacha huir sola de nazis armados?

—El cuarto de baño. La tienda tiene un lavabo en la parte delantera. Los Roodveldt podían utilizarlo una vez que se cerraba el local. Cuando los nazis llegaron, Mirjam estaba en el baño preparándose para irse a la cama, y al oír los tiros salió corriendo por la puerta principal y se dirigió al lugar seguro más cercano que se le ocurrió. Mi casa. Eso sucedió hace tres semanas. La tuve escondida hasta anoche.

—¿Qué pasó anoche?

La señora Janssen desliza la mano en el bolsillo del jersey y saca un papelito doblado.

—Lo tengo todo anotado, de modo que te diré la hora exacta en que ocurrieron los hechos.

Recorre la primera línea con el índice.

—Mirjam estaba aquí ayer a las doce del mediodía, porque fui a llevarle pan y un ejemplar de *Het Parool*. Le gustaba leer noticias sobre la clandestinidad; las leía una y otra vez, e incluso se aprendía de memoria los anuncios clasificados.

—¿Está segura de que eran las doce?

—Acababa de oír las campanadas de la Westerkerk y la gente había salido a la calle para la hora del almuerzo. —Vuelve a mirar el papel y busca por dónde iba—. Mirjam estaba aquí a las cuatro y cuarto, pues fui a avisarla de que no debía hacer ruido porque Christoffel, el chico de los recados, vendría a traer una cosa. Seguía aquí a las cinco y media, ya que le pregunté si quería cenar; me dijo que le dolía la cabeza y que iba a acostarse. Poco después la señora Veenstra, mi vecina, me pidió que fuera a verla. Temía por su hijo, Koos, que no había vuelto a casa. Llevaba una hora con ella cuando Koos apareció en la calle. Se le había salido un neumático de la bicicleta; tuvo que caminar veinticinco kilómetros con ella a rastras. Vine a casa y le pregunté a Mirjam si se encontraba mejor. No contestó. Supuse que se había dormido. Al cabo de un rato abrí la puerta para ver si necesitaba que le llevara algo.

—¿Se había ido?

—Se había esfumado. La cama estaba vacía. No estaba su abrigo. No estaban sus zapatos. Mirjam se había ido.

—¿Qué hora era?

—Las diez, más o menos. Después del toque de queda. Mirjam desapareció entre las cinco y media, cuando me dijo que iba a acostarse, y las diez, y no hay ninguna explicación.

Terminado el relato, vuelve a plegar el papelito y empieza a guardárselo en el bolsillo, pero cambia de opinión y me lo entrega. Veo cerillas junto a los fogones de la cocina. Cojo una, la froto contra la caja y dejo que el

resultado, escrito a lápiz, de la labor detectivesca de la señora Janssen arda hasta convertirse en azufre y ceniza.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—¿Qué hace usted guardando información escrita sobre una chica a la que ha tenido escondida ilegalmente?

Se frota la frente.

—No lo había pensado. No conozco esas reglas. Por eso necesito tu ayuda, Hanneke.

Vuelven a oírse de fondo las campanadas de la Westerkerk. Han pasado otros quince minutos. Antes he esgrimido la hora como pretexto para marcharme, pero ahora se me hace tarde de verdad. Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Usted fue a visitar a su vecina y estuvo una hora con ella. ¿No pudo Mirjam salir entonces?

—La señora Veenstra vive justo enfrente. Estuvimos sentadas en un escalón de la entrada, de cara a mi casa; ayer no hizo demasiado frío. Es imposible que Mirjam saliera por la puerta principal sin que yo la viera.

—¿Tiene una puerta trasera?

No debería darle esperanzas formulándole preguntas cuando no tengo la menor intención de ayudarla. No obstante, la situación que ha descrito es extraña y nada creíble, y sigo teniendo la sensación de que debe de haberla explicado mal.

—La puerta de atrás no cierra bien, falla desde hace años. Me enfadaba muchísimo con Hendrik: pensar que un ebanista no encontraba tiempo para arreglar su propia puerta... El año pasado finalmente me harté de pedírselo y yo misma puse un pestillo. Cuando descubrí que Mirjam había desaparecido, fui a mirarlo. Seguía echado. No es posible que saliera por la puerta trasera y corriera el pestillo por dentro.

—¿Una ventana? —Me parece improbable incluso mientras lo digo. Este es un barrio acomodado, un lugar donde los vecinos repararían en algo tan extraño como una chica saliendo por una ventana.

—No hay ventana. ¿No lo has visto? No tenía por dónde salir. Ni ningún motivo para irse. Este era el último lugar seguro que le quedaba. Y

tampoco es posible que la descubrieran. Si los nazis hubieron venido a llevársela, me habrían apresado a mí también.

Tiene que haber una explicación racional. La señora Janssen debió de darse la vuelta unos minutos estando a la puerta de la señora Veenstra y no vería salir a la chica. O quizá se haya equivocado con las horas y la muchacha desapareciera mientras ella dormía la siesta.

En realidad, la explicación da igual. No puedo ayudarla, por muy triste que sea su historia. Resulta demasiado peligroso. La supervivencia es lo primero. Ese es mi lema en tiempos de guerra. Después de Bas, podría ser el lema de mi vida. La supervivencia es lo primero, la supervivencia es lo único. Antes era una persona despreocupada, y mirad adónde me ha llevado eso. Ahora transporto mercancías del mercado negro, pero solo porque nos permite comer a mi familia y a mí. Coqueteo con los soldados alemanes, pero solo porque me permite salvarme. Buscar a una chica desaparecida no me hace ninguna gracia.

—¿Hola?

En la cocina oímos el chirrido de la puerta principal al abrirse y una voz masculina, que habla a gritos; y más lejos, los ladridos de un perro. ¿Quién será? ¿La Gestapo? ¿El NSB? Odiamos a la Gestapo y a la policía verde, pero por encima de todo odiamos al Nationaal Socialistische Beweging, los nazis holandeses, que han traicionado a su propio pueblo.

La señora Janssen se queda con los ojos muy abiertos, hasta que identifica la voz.

—Christoffel, estoy en la cocina —le dice en voz alta—. No me acordaba de que tenía que venir hoy —me susurra a mí.

—Coja la taza. Actúe con normalidad.

Christoffel, el chico de los recados, tiene el pelo rubio y rizado, los ojos grandes y azules y la piel suave de quien no hace mucho que ha empezado a afeitarse.

—¿Señora Janssen? —Manosea nervioso su sombrero, incómodo por habernos interrumpido—. He venido a buscar la *opklapbed*. ¿Es esta la hora que me dijo?

—Sí, desde luego.

La señora Janssen hace ademán de levantarse, pero Christoffel le indica con un gesto que continúe sentada.

—Puedo arreglármelas solo. He traído una carretilla, y un amigo me espera fuera para ayudarme. —Señala con la cabeza hacia la ventana, por donde veo en la calle a un chico alto y corpulento que saluda con la mano.

Cuando Christoffel sale en busca de la carretilla y de su amigo, la señora Janssen ve mi rostro descompuesto y me tranquiliza.

—No es aquella cama. No es la de Mirjam. Va a llevarse la que está en el despacho de Hendrik. Casi nunca entro ya en esa habitación. Pedí a Christoffel que buscara un comprador; pensaba emplear el dinero en ayudar y mantener a Mirjam.

—¿Y ahora?

—Ahora lo emplearé en pagarte para que me ayudes.

Protesto negando con la cabeza, pero me interrumpe.

—Tienes que encontrarla, Hanneke. Mis hijos mayores... Es posible que no vuelva a verlos. El pequeño está muerto, mi marido murió intentando proteger a la familia de Mirjam, y la familia de Mirjam murió intentando protegerlo a él. Ahora ni ella ni yo tenemos a nadie. Cada una ha de ser la familia de la otra. No permitas que la pierda. Por favor.

Me libro de responder gracias al chirrido de las ruedas de la carretilla, donde Christoffel y su amigo han atado la otra *opklapbed* de la señora Janssen. Es más ornamentada que la primera, de madera pulida y barnizada, y todavía despide un ligero olor a aceite de limón para muebles.

—¿Señora Janssen? Ya me voy.

—Aguarda —le digo al muchacho—. Señora Janssen, quizá no tenga que vender la cama ahora. Espere un día para pensarlo. —Es mi manera de decirle que no podré acceder a su propuesta.

—No. Voy a venderla —afirma con rotundidad—. No tengo más remedio. Christoffel, ¿cuánto te debo por la molestia de venir a recogerla?

—Nada, señora Janssen. Lo hago encantado.

—Insisto. —Alcanza el bolso, que está encima de la mesa, y empieza a contar el dinero que guarda en un monedero pequeñito—. Dios mío. Creía que tenía...

—No hace falta —afirma Christoffel, que vuelve a sonrojarse y me mira, nervioso, en busca de ayuda.

—Señora Janssen —digo en voz baja—, Christoffel tiene otros recados que hacer. ¿Por qué no le dejamos irse?

Deja de hurgar en el bolso y lo cierra con aire avergonzado. Se sienta a plomo en la silla en cuanto se marcha Christoffel. Parece cansada y envejecida.

—¿Me ayudarás? —pregunta.

Apuro el resto del café, ya frío. ¿Qué cree la señora Janssen que puedo conseguir? No sabría por dónde empezar. Aunque Mirjam lograra escapar, ¿hasta dónde podría llegar una quinceañera con una *Jodenster* amarilla en la ropa? No necesito aceptar el dinero de la señora Janssen para saber lo que le ocurrirá a una muchacha como Mirjam, si no le ha ocurrido ya: la capturarán y la trasladarán a un campo de trabajos forzados de Alemania o Polonia, uno de esos de los que nadie ha regresado todavía. Pero ¿cómo consiguió salir de su escondrijo?

«Tiene que haber una explicación racional», me digo otra vez. La gente no se evapora.

En realidad eso es mentira. La gente se evapora a diario durante esta ocupación. Centenares de personas, sacadas de sus casas.

¿Cómo puede esperar la señora Janssen que yo encuentre precisamente a una de ellas?

3

Cuando entro en casa, mamá tiene los labios apretados en una línea fina.

—Llegas tarde —me dice junto a la puerta. Debía de estar mirando por la ventana.

—Son las doce y cuarto.

—Son las doce y diecinueve.

—Cuatro minutos, mamá...

Nuestro apartamento huele a salchichas y chirivías fritas; son las que traje ayer. Es pequeño: una sala de estar, una cocina, un lavabo y dos dormitorios diminutos en el segundo piso de un edificio de cinco plantas. Acogedor.

Papá lee sentado en su sillón, con el libro colocado en el soporte que inventó para mantenerlo abierto y pasar las páginas con la mano buena, la izquierda. Tiene el brazo derecho, el tullido, apoyado en el regazo.

—Hannie. —Me llama por mi diminutivo cuando me inclino a besarle.

Sufrió la lesión antes de que yo naciera, durante la Gran Guerra. Vivía en la parte flamenca de la Dodendraad, la alambrada eléctrica erigida para separar Holanda de la Bélgica ocupada. Mi madre vivía en el lado holandés. Papá quiso saltar la verja para impresionarla. Ya lo había hecho en una ocasión. No me creí esa parte de la historia la primera vez que me la contó, pero luego me enseñó un libro: la gente había intentado salvar la Alambrada de la Muerte con toda clase de métodos ingeniosos y disparatados, por ejemplo usando escaleras muy largas o metiéndose objetos de porcelana bajo la ropa para evitar la descarga eléctrica. La segunda vez que intentó cruzarla, rozó el alambre con un zapato y cayó a plomo, y así fue como mi padre emigró a Holanda.

Desde entonces tiene paralizada la mitad derecha del cuerpo, la pierna y en parte la cara, y por este motivo habla despacio y de manera tortuosa. Eso me daba vergüenza cuando era niña, pero ya apenas lo noto.

Papá me atrae hacia sí con suavidad para susurrarme al oído:

—Tu madre está nerviosa porque han venido a buscar al señor Bierman. Sé amable con ella.

El señor Bierman lleva la verdulería de enfrente. Desde hace unos meses los judíos no pueden ser dueños de ningún negocio, pero él puso los papeles a nombre de su mujer, que es cristiana. No tienen hijos, solo un gato blanco y coqueto que se llama Nieve.

—¿Quiénes han venido? —pregunto—. ¿Los cerdos del NSB?

Papá se lleva un dedo a los labios y a continuación señala al techo.

—Chist.

El vecino de arriba es miembro del NSB. Antes su mujer me trenzaba el pelo y me hacía galletas de canela el día de San Nicolás. Detrás de mí, la bandeja del almuerzo tintinea mientras mamá pone la comida en nuestra pequeña mesa, de modo que beso a papá en la otra mejilla y me siento en mi sitio.

—¿Por qué te has retrasado, Hannie? —me pregunta mamá.

—Para que aprendas a no dejarte llevar por el pánico cuando llego solo cuatro minutos más tarde de la hora habitual.

—Pero nunca te retrasas.

«Tampoco me piden cada día que encuentre chicas desaparecidas», pienso. Sin proponérmelo, vuelvo a ver a la señora Janssen preocupada por una despensa vacía.

Mamá me sirve una cucharada de chirivías. Comemos mejor que muchas otras personas. Si mis padres salieran más de casa, es probable que empezaran a preguntarse qué hago exactamente para traer tanta comida.

—No ha pasado nada. —La salchicha picante me calienta la boca—. Me ha parado un policía alemán. —Es cierto, por supuesto. Me limito a no mencionar que eso ocurrió hace unas horas, antes de que me enterara de lo de Mirjam.

—¿No le provocarías? —dice mamá con severidad.

No soy la única de la familia a quien la guerra ha cambiado. Antes mi madre daba clases de música en nuestro apartamento y las composiciones de Chopin salían a raudales por las ventanas. Ya nadie tiene dinero para la música, y tampoco para las traducciones que hacía papá.

—Hablabas holandés —digo, una forma de responder sin contestar a su pregunta—. Y con soltura.

Papá suelta un bufido.

—Lo engordamos después de la última guerra para que regresara y nos hiciera pasar hambre durante esta —dice.

Alemania era tan pobre tras la Gran Guerra que muchas familias enviaron a los hijos a Holanda, para que se volvieran fuertes con la leche y los quesos holandeses. Sin nosotros, habrían muerto. Ahora algunos de aquellos niños han regresado convertidos en adultos.

—¿A qué hora tienes que volver al trabajo? —me pregunta mi madre.

—Aún quedan veinte minutos.

Sobre el papel, trabajo de recepcionista en una funeraria. Si bien no me parecía una colocación ideal, no tuve mucho donde elegir. Nadie quería contratar a una joven sin experiencia laboral ni conocimientos de mecanografía; y tampoco el señor Kreuk, pero no le dejé otra opción. Ya me habían rechazado en siete comercios cuando vi en su escaparate el anuncio de SE NECESITA PERSONAL, y me negué a marcharme hasta que me dio el puesto.

El señor Kreuk es un buen hombre. Me paga bien. Me proporcionó mi otro trabajo, el secreto, con el que gano aún más dinero.

En Holanda, y seguramente en otros lugares de Europa, los alemanes expiden cartillas de racionamiento mensuales con cupones para comida, ropa, queroseno, botas de agua. Los periódicos nos indican lo que podemos comprar: quinientos gramos de azúcar, dos litros de leche, dos kilos de patatas. Ahí es donde entra el señor Kreuk: aprovecha las raciones asignadas a personas fallecidas para hacer acopio de víveres, que luego revende a un precio mayor. Al menos creo que así funciona el negocio. No pregunto nada. Lo único que sé a ciencia cierta es que hace unos meses el señor Kreuk se me acercó con una pila de cartillas de racionamiento y me preguntó si quería hacer algunas compras.

La primera vez me resultó aterradora, pero más miedo tenía aún de perder el trabajo, y al cabo de un tiempo se me daba muy bien, y más tarde empecé a considerarlo incluso una actividad noble. Porque, para empezar, son los nazis quienes nos impusieron las raciones, y burlando su sistema me burlo de ellos. El jamón caro es la única forma en que he podido vengarme de quienes mataron a Bas, y no renunciaré a esa pequeña satisfacción.

Se trata de una actividad técnicamente ilegal. Especulación en tiempos de guerra, se denominaría. Con todo, el señor Kreuk no es rico, y desde luego yo tampoco lo soy. A mí me parece que lo que hacemos en realidad es reorganizar un sistema que ha llegado a no tener sentido en un país que tampoco tiene ya ni pies ni cabeza.

—Hannie.

Es evidente que mamá ha estado intentando captar mi atención.

—Te he preguntado qué le dijiste al agente de la policía verde.

¿Todavía está dándole vueltas a eso? Si supiera con cuántos soldados me tropiezo cada semana...

—Le dije que se largara de nuestro país y que no volviera nunca más. Le aconsejé que hiciera cochinas con bulbos de tulipán.

Se tapa la boca con la mano, escandalizada.

—¡Hannie!

Suspiro.

—Hice lo que siempre hago, mamá: hui de él tan rápido como pude.

Pero mamá ya no me presta atención.

—Johan. —Baja la voz hasta un susurro y se agarra al brazo bueno de mi padre—. Johan, han vuelto. Escucha.

Yo también lo oigo: gritos en la acera de enfrente. Corro hacia la ventana para mirar desde detrás de la cortina.

—Hannie —me advierte mamá, pero desiste al ver que no vuelvo a la mesa.

Tres agentes del NSB, con el uniforme negro escarabajo, aporrean la puerta de los Bierman al tiempo que ordenan al señor Bierman que salga.

Abre la puerta su mujer; le tiemblan las manos de tal modo que lo distingo pese a la distancia.

—Su marido tenía que presentarse la semana pasada para que se le deportase —dice el agente de mayor edad.

Nuestra calle es estrecha, y el hombre no habla en voz baja precisamente. Oigo casi todo lo que dice.

—No... no está aquí —responde la señora Bierman—. No sé dónde está. Hace días que no lo veo.

—Señora Bierman.

—Lo juro. No le he visto. Vine de comprar y él ya no estaba. He registrado toda la casa yo misma.

—Apártese —le ordena el agente, y, como ella no obedece, la empuja y entra.

Mamá se ha puesto a mi lado. Me agarra el brazo con tanta fuerza que noto sus uñas a través del jersey. «Por favor, que el señor Bierman de verdad se haya ido —suplico—. Por favor, que haya escapado mientras la señora Bierman estaba comprando».

Mamá mueve los labios, creo que está rezando, aunque ya nunca rezamos. Los soldados reaparecen en la entrada llevando a un hombre a rastras. Es el señor Bierman, que sangra por la nariz y tiene el ojo derecho partido e hinchado.

—Buenas noticias, señora Bierman —dice el soldado—. Hemos encontrado a su marido.

—¡Lotte! —exclama el señor Bierman mientras lo conducen a la fuerza hacia un camión.

—Pieter —dice ella.

—Debería llevármela a usted también para que le haga compañía —interviene el soldado—. Pero me dolería castigar a una buena cristiana que es tan tonta como para no saber dónde estaba su marido.

Está de espaldas a mí, por lo que no le veo la cara, pero percibo el desdén en su voz.

—No pasa nada, Lotte —grita el señor Bierman, ya en el camión—. Volveré pronto.

Ella sigue sin llorar. Se limita a observar y a menear la cabeza como diciendo: «No. No volverás pronto».

El camión se aleja y la señora Bierman continúa en la puerta de su casa. Mirarla es una intromisión, pero no puedo apartar la vista. Antes la señora Bierman me daba regalos el día de San Nicolás. Y cuando iba a su tienda me dejaba probar las fresas, aunque no compráramos ni una.

Mamá me agarra del jersey y me aparta de la ventana de un tirón para llevarme a la mesa.

—Acaba de comer —dice con frialdad—. No es asunto nuestro; no podemos hacer nada.

Me suelto de su mano, dispuesta a protestar, a recordarle nuestra relación con los Bierman y las fresas que nos daban. De todos modos, tiene razón. No puedo hacer nada para remediar lo ocurrido.

Terminamos de almorzar prácticamente en silencio. Los pocos intentos de mamá por iniciar una conversación se vienen abajo. La comida no sabe a comida. Cuando ya no aguanto más, pido permiso para levantarme con la excusa de que tengo unas cuantas cosas que hacer antes de regresar al trabajo.

—No te retrases, tienes una buena colocación —me recuerda mamá. Le gusta mi empleo. Sabe que el mío es el único sueldo fijo que entra en casa—. No querrás que el señor Kreuk se pregunte si tomó una buena decisión al contratarte.

—No lo hace.

Solo deseo desentenderme un momento de mis padres, de mi trabajo; aislarme unos instantes del resto del mundo. Una vez en mi dormitorio, cierro las persianas de la ventana, abro el cajón inferior de la cómoda y palpo el fondo hasta que lo encuentro: un diario descolorido, de cuando cumplí nueve años. Durante una semana escribí religiosamente acerca de amistades a las que apreciaba y de maestros que me trataban mal. Luego lo tuve abandonado durante cinco años y no lo retomé hasta que conocí a Bas, cuando lo transformé en un álbum de recuerdos.

Aquí está la fotografía escolar que me dio, pidiéndome de pasada una mía a cambio. Aquí está la nota que deslizó entre mis libros para decirme que el jersey verde que llevaba hacía juego con mis ojos. La firmó «B», y así supe que prefería que lo llamaran Bas antes que Sebastien; un

diminutivo tomado de la parte central del nombre, como hacen muchos niños holandeses, en lugar del principio.

Aquí está el resguardo de la entrada de la primera vez que fuimos juntos al cine, cuando pedí a Elsbeth que nos acompañara, por si me sentía cohibida con Bas. Este recuerdo me entristece doblemente, pues tampoco tengo ya a Elsbeth, que también ha desaparecido, aunque de una manera distinta.

Aquí está el resguardo de la entrada de la segunda vez que fuimos los dos juntos al cine.

Aquí está el pañuelo de papel con que me limpié el pintalabios la noche en que me besó por primera vez.

Aquí está el pañuelo de papel con que me enjuagué las lágrimas la noche en que me dijo que se alistaría voluntario en el ejército al cumplir los diecisiete. Aquí está el mechón de pelo que me dio la víspera de su marcha, en su fiesta de despedida. Yo también le di algo a él: un medallón con mi retrato. Por eso adivino lo que hacen las jóvenes alemanas. Era muy tonta en aquel entonces.

Cierro rápidamente el álbum, lo meto en el fondo del cajón y lo tapo con la ropa. Pienso en Bas. Y sin proponérmelo, vuelvo a pensar en Mirjam Roodveldt. Me enfado conmigo misma por eso, por perder el tiempo pensando en esa chica que desapareció de la despensa, de quien no sé nada y que solo podría traerme problemas.

Con todo, sí sé una cosa de ella: la revista de cine en la repisa de la despensa. Estoy casi segura de que la fotografía de la página por la que estaba abierta era una escena de *El mago de Oz*, una película sobre una niña que se ve atrapada en un tornado y despierta en un reino mágico. Yo tenía muchísimas ganas de verla, pero aún no se había estrenado en Holanda cuando estalló la guerra. Por eso no vi *El mago de Oz*, y ahora me acuerdo de Judy Garland cantando en la sala de estar de Bas mientras él, sentado en el sofá, me decía que me amaba y nos reíamos y nos aprendíamos de memoria la letra de la canción.

Bas habría accedido a ayudar a la señora Janssen. No me cabe la menor duda. Bas habría dicho que era nuestra oportunidad de hacer algo serio e importante. Bas lo plantearía como si se tratara de una aventura. Bas diría:

«Como es lógico, tú también decidirás ayudarla; la chica a la que amo solo puede estar de acuerdo con todo lo que digo», porque él no sabría nada acerca de la clase de chica que soy ahora.

¿Y qué le diría yo? Le diría: «¿Crees que voy a estar de acuerdo con todo lo que digas? Caramba, qué engreído». O le diría: «Mis padres cuentan conmigo para nuestra supervivencia. Ayudar a la señora Janssen significa poner en peligro a mi familia». O le diría: «Las cosas han cambiado, Bas. Tú no lo entiendes».

Darí cualquier cosa por poder decirle algo. Lo que fuera.

Encontrar a esa chica no tiene nada que ver con quien soy ahora. Es un acto compasivo, y yo soy práctica. Es un acto que implica esperanza, y yo no abrigo ninguna. El mundo está loco, no puedo cambiarlo.

Entonces, ¿por qué sigo pensando en Mirjam Roodveldt?

Entonces, ¿por qué sé que esta tarde, a menos que logre disuadirme a mí misma, volveré a casa de la señora Janssen?

4

Las cosas han cambiado en mi país en los dos últimos años: todo y nada.

Cuando monto en la bicicleta después de comer, el dependiente del señor Bierman vende verdura a una clienta, como si no acabaran de llevarse al dueño de la tienda en un camión, como si el mundo de la señora Bierman no acabara de dar un vuelco.

En el trabajo, el señor Kreuk tiene tareas para mí, el tipo de quehaceres que implica mi empleo oficial. Mañana hay un funeral y tengo que escribir una esquela para el periódico y ocuparme de hablar con la florista. Pero a la una y media el señor Kreuk se acerca a mi mesa para mostrarme el borrador de la esquela: he escrito mal la dirección de la iglesia.

—¿Te encuentras bien?

El señor Kreuk es un hombre rechoncho, y con las gafas redondas que lleva parece una tortuga.

—No sueles cometer errores.

Parpadea y clava la vista en sus zapatos. Hace casi un año que nos conocemos, pero es muy patoso. A veces pienso que montó el negocio de pompas fúnebres porque le resultaba más fácil estar con los muertos que con los vivos.

—Lo siento. Supongo que estoy un poco nerviosa.

No figonea.

—¿Por qué no me encargo yo de la esquela y de las flores? Tienes que hacerme un par de recados esta tarde: el carnicero y luego la señora De Vries. —Se estremece al pronunciar el apellido, y ahora entiendo por qué me ha perdonado el error del periódico: a cambio de que yo lidie con la señora De Vries.

—Gracias —le digo, y cojo el abrigo antes de que cambie de opinión. Lidiaré con la señora De Vries más tarde. Primero iré a casa de la señora Janssen.

En la calle, una novedad: en el edificio de enfrente han escrito «Larga vida al Führer» con pintura blanca, todavía húmeda, y ahora lo veré cada vez que salga del trabajo. ¿Lo ha hecho el tendero en señal de apoyo a los nazis? ¿O lo han hecho los nazis a modo de castigo? Como siempre, es difícil saberlo.

Se han organizado rebeliones contra la ocupación, pero han sido sofocadas con rapidez y han sembrado de cadáveres las calles. Papá cree que debería haber más revueltas. A él le resulta fácil decirlo, ya que la pierna le impide participar en ellas. Mamá piensa que los nazis son unos brutos, pero eso le traería sin cuidado si se quedaran en Alemania. Solo quiere que salgan de nuestro país. Después de la guerra la gente recordará la valentía con que se sublevaron contra los nazis, pero nadie dirá que su mayor «rebelión» consistió en ponerse un clavel en honor de nuestra familia real, ahora en el exilio. O quizá la gente hable alemán porque los alemanes hayan ganado la guerra. Hay quienes lo celebrarían. Hay quienes confían en los nazis y quienes han concluido que es más inteligente apoyar a los invasores. Como Elsbeth, que...

Dejémoslo estar.

De camino a casa de la señora Janssen, estoy a punto de dar media vuelta en dos ocasiones. Una vez al pasar por delante de un soldado que interroga en la calle a una chica de mi edad, y otra antes de pulsar el timbre. Cuando la señora Janssen me ve, se le dibuja en la cara una sonrisa de alivio, y por tercera vez me siento tentada de dar media vuelta, pues no estoy muy segura de qué hago aquí.

—Has decidido ayudarme. —Abre la puerta de par en par—. Sabía que lo harías. Sabía que hacía bien al confiar en ti. Lo veía en tu cara. Hendrik decía siempre...

—No se lo ha contado a nadie más, ¿verdad? —La interrumpo—. ¿Ni antes ni después de contármelo a mí?

—No. Pero no sé qué habría hecho si no hubieras vuelto. He estado muy preocupada pensándolo.

—Señora Janssen, déjelo. Entremos. —La agarro del codo y la conduzco a su sala de estar, donde nos sentamos en el sofá, que tiene un descolorido estampado de flores—. Para empezar, no he accedido a ayudarla —le digo, porque quiero dejarlo claro—. He venido a hablar. A pensarlo. De momento nos limitaremos a hablar de lo de Mirjam y yo me lo pensaré. Pero no soy detective y no le prometo nada.

Asiente.

—Lo entiendo.

—Muy bien. Entonces, cuénteme más cosas.

—Lo que quieras. ¿Qué deseas saber?

¿Qué deseo saber? No tengo ni idea de qué preguntaría la policía. Por lo general, cuando me piden que busque algo en el mercado negro, empiezo con una descripción física. Si quieren zapatos, pregunto de qué número, de qué color.

—Suponiendo que decidiera ayudarla, me vendría bien saber cómo es Mirjam. ¿Tiene usted fotografías? ¿Trajo Mirjam alguna? ¿Alguna foto de la familia?

—No tuvo tiempo de coger nada. Vino solo con lo puesto.

—¿Qué ropa trajo puesta? ¿Cómo iba vestida cuando desapareció?

La señora Janssen cierra los ojos y reflexiona.

—Una falda marrón. Una blusa color crema. Y el abrigo. Como en el taller entraban corrientes de aire, no se quitaba nunca el abrigo. Lo trajo puesto. Era azul.

—¿Como este? —Señalo el azul real de los platillos de Delft guardados en la vitrina de la porcelana.

—Más parecido al del cielo... en un día soleado. Con dos hileras de botones plateados. Le dejé ropa mientras estuvo aquí, pero cuando desapareció, solo faltaba la que trajo puesta.

Formulo preguntas sobre los detalles físicos que se me ocurren mientras dibujo mentalmente una chica. Melena oscura y rizada hasta los hombros. Nariz fina. Ojos gris azulado.

—Tal vez los vecinos de los Roodveldt tengan alguna foto —apunta la señora Janssen—. Tal vez intentaran guardar algunos enseres del apartamento de los Roodveldt tras su desaparición.

—¿Sabe algo de los vecinos?

Niega con la cabeza. Por tanto, no puedo ir al apartamento de los Roodveldt a preguntar nada. Porque es probable que ya esté ocupado por una familia del NSB. Amsterdam es una ciudad populosa, donde incluso en circunstancias normales cuesta encontrar vivienda. Ahora, cuando una familia judía se esfuma, aparece en su lugar otra familia de simpatizantes nazis que se comportan como si siempre hubieran vivido ahí. Además, con la guerra los amigos se vuelven unos contra otros. Cabe la posibilidad de que los vecinos fueran quienes revelaron el escondrijo secreto de la familia.

¿En qué otro lugar podría encontrar una fotografía?

—¿Ha ido usted al escondite del taller de carpintería?

Asiente con un gesto.

—Al día siguiente de que Hendrik..., al día siguiente de que ocurriera todo. Lo habían saqueado. Los alemanes arramblaron con casi todo, o puede que los Roodveldt no llevaran gran cosa consigo. Quizá la secretaria de Hendrik tratara de guardar algo, pero se fue de luna de miel al día siguiente del asalto. Podría escribirle, pero no estoy segura de cuándo vuelve.

—¿Dónde estudiaba Mirjam?

—En el liceo judío, desde que empezó la guerra. No sé dónde está.

Yo sí lo sé. Es un edificio de ladrillo rojo con ventanas largas situado a orillas del río Amstel. Paso continuamente por delante, y ahora lo añado a mi ficha mental de Mirjam. Tengo un lugar donde situar a la muchacha que he creado en mi cabeza.

—¿Y ahora qué pasará?— pregunta la señora Janssen—. ¿Vas a hablar de esto con tus amigos?

—¿Amigos?

—¿Quién va a ayudarnos? ¿Quién sabe de estas cosas?

Comienzo a entender por qué la señora Janssen ha acudido a mí: no tiene ni idea de cómo funcionan las actividades ilícitas. La resistencia, el mercado negro..., cree que todos formamos una red, que compartimos información, que conspiramos contra los alemanes. Pero lo que hago para el señor Kreuk sale bien únicamente porque mi eslabón en la cadena es muy pequeño. Si me capturaran y me interrogaran sobre las operaciones del

señor Kreuk, diría que ignoro si cuenta con alguien más, y no faltaría a la verdad.

No tengo una célula de resistencia. Los tenderos especuladores con quienes trabajo no me servirán en esta tarea. En realidad no tengo nada, salvo un retrato imaginario de una muchacha a la que nunca he visto, a la que todavía no he prometido buscar.

—Necesito volver a ver el escondite —le digo a la señora Janssen.

Me invita a entrar en el cuartito tras retirar el gancho secreto y dice a mi espalda:

—Ya lo he mirado yo. Lo registré de arriba abajo antes de que vinieras esta mañana.

Espero a que se me acostumbre la vista. El cuarto tendrá una anchura de poco más de un metro. Todo el espacio, salvo unos pocos centímetros, lo ocupa la *opklapbed* desplegada. Echo hacia atrás el edredón para examinar la sábana; hago lo mismo con el colchón y la almohada para inspeccionar lo que hay debajo. En la estrecha repisa descansa la revista que he visto esta mañana, un número antiguo, de antes de la guerra. Seguramente, la señora Janssen la guardaba con las cosas de Jan y se la dio a Mirjam para que tuviera algo que leer.

En las páginas no hay ni notas ni señales, pero debajo encuentro el último número de *Het Parool*. Debe de ser el periódico que la señora Janssen dijo que entregó ayer a Mirjam. La gente lee con voracidad los periódicos de la resistencia y luego se los pasan a otras personas. A la señora Janssen debió de dárselo la vecina o el chico de los recados.

Pliego la *opklapbed* y echo hacia atrás la delgada alfombra para mirar el suelo.

Nada. Nada en ninguna parte.

Pero ¿qué esperaba encontrar? ¿Una carta donde Mirjam informara de adónde ha ido? ¿Una trampilla por la que un nazi hubiera entrado a hurtadillas para llevarse a la muchacha? Cuando salgo a la cocina, frotándome los ojos debido a la luz, la señora Janssen empieza a colocar el servicio de café.

—¿Está en casa su vecina de enfrente? —le pregunto—. La señora Veenstra. La vecina cuyo hijo tuvo un problema con la bicicleta.

—Creo que no. —Frunce el ceño—. ¿Querías interrogarla? Ella no sabe lo de Mirjam.

Niego con la cabeza.

—Quédese junto a la puerta y, antes de que pasen cinco minutos, ábrala y salga. Cuando quiera, pero antes de que pasen cinco minutos. Y sin avisarme.

Con los brazos alrededor de la cintura para protegerme del frío, cruzo la calle hasta la casa de la señora Veenstra y me detengo en un escalón de la entrada, de espaldas a la de la señora Janssen. Al cabo de un minuto, ahí está: un chasquido audible, seguido de los ladridos agudos de un perro. Cuando me doy la vuelta, la señora Janssen se queda mirándome desconcertada.

—No lo entiendo —dice apenas regreso a su casa—. ¿Qué has hecho?

—Me he dado cuenta esta mañana cuando Christoffel ha venido a llevarse la *opklapbed*. La puerta es muy vieja y pesa mucho; hace ruido al abrirse. Y en cuanto el perro de la casa de al lado...

—Fritzi —apostilla la señora Janssen—. El schnauzer del hijo de los vecinos.

—En cuanto el perro oye la puerta se pone a ladrar. Aunque usted estuviera mirando en otra dirección, habría oído al perro y se habría dado cuenta de que Mirjam salía de la casa.

—Es lo que te dije. —Mi conclusión la ha indignado—. Ya te lo he dicho esta mañana. Es imposible que saliera por esa puerta. Y ya registré yo misma el escondrijo de Mirjam. Pierdes el tiempo haciendo lo que yo ya he hecho.

—¿Ya la ha encontrado? —Mi voz es más mordaz de lo necesario; oculto mi inexperiencia con una falsa seguridad—. No para de decirme que ya ha hecho lo que estoy haciendo, pero, a menos que usted la haya encontrado ya, tengo que verlo todo con mis propios ojos. Ahora lléveme a la puerta trasera.

Abre la boca, seguramente para repetir que es imposible que Mirjam escapara por ahí porque el pestillo estaba echado, pero decide callar.

La puerta es recia, de roble, y enseguida salta a la vista a qué se refería la señora Janssen al decir que no cierra. Con el paso del tiempo y los

movimientos de la casa al asentarse, se ha alabeado por completo, hasta el punto de que la parte superior queda separada del marco. Por eso la señora Janssen puso el pestillo. Es grueso, de hierro, y cuando está echado, la puerta queda bien cerrada. Cuando no está corrido, una tenue corriente de aire se cuele por arriba.

La señora Janssen tiene razón. No se me ocurre cómo pudo salir alguien por esta puerta y luego atrancarla.

Me mira de hito en hito. No le he dicho que la ayudaré, al menos de forma expresa. Pero no me he marchado. Es sumamente peligroso, mucho más que cuanto me he permitido hacer hasta ahora.

Sin embargo, la señora Janssen acudió a mí, del mismo modo que lo hizo el señor Kreuk, y se me da muy bien encontrar cosas.

Siento que me enzarzo en este misterio. Acaso porque Bas se enfrascaría en él. Acaso porque es otra manera de burlar las normas. O acaso porque en un país que ya no tiene ni pies ni cabeza, en un mundo que soy incapaz de desentrañar, este es un pedacito que sí puedo esclarecer. Tengo que ir al instituto de Mirjam, el lugar donde tal vez haya una foto suya, el lugar que tal vez explique quién es esa muchacha. Porque suponiendo que es correcta la cronología de los hechos que me ha dado la señora Janssen; suponiendo que el perro ladra siempre que se abre la puerta; suponiendo que es imposible que Mirjam saliera por la puerta trasera; suponiendo todo esto, da la impresión de que esa chica es un fantasma.

5

Llevo prácticamente una hora escaqueándome de mis tareas cotidianas. Si no vuelvo al trabajo, la señora De Vries se quejará.

La cola de la carnicería casi sale por la puerta; la forman amas de casa fatigadas que intercambian información acerca de dónde han logrado encontrar tal o cual producto que tanto cuesta conseguir. Yo no me pongo en la cola. En cuanto el carnicero me ve entrar, me indica con la mano que me acerque al mostrador y desaparece en la trastienda. Me han hecho falta al menos una docena de visitas para forjar esta relación. La primera vez me quedé escuchando y le oí contarle a una clienta que a su hija le encantaba dibujar. La segunda vez llevé lapiceros de colores y le dije que eran viejos y que los había encontrado en el fondo de mi armario. Saltaba a la vista que eran nuevos, y observé su reacción: ¿se permitiría creer una mentira inocente si así obtenía algo que deseaba? Más tarde le expliqué que tenía una abuela enferma, cuyos amigos, también enfermos, eran ricos y estaban dispuestos a pagar más dinero a fin de conseguir mayor cantidad de carne.

El carnicero reaparece con un envoltorio de papel blanco.

—Esto no es justo —exclama a mi espalda una mujer al ver que me lo entrega.

Tiene razón: no es justo. A las clientas de la carnicería nunca les caigo muy bien. Me tendrían más simpatía si estuviera hambrienta como ellas, pero prefiero no pasar hambre.

—Su abuela está enferma —explica el carnicero—. Tiene en casa una familia entera de la que cuidar.

—Todas tenemos en casa personas de quienes cuidar —replica la mujer. Está fatigada. Todo el mundo está fatigado por las muchas colas que

guardan desde hace muchos días—. Lo que pasa es que se trata de una chica guapa. ¿Dejaría que un chico se saltara la cola?

—Si el chico se pareciera a su hijo, no.

Las otras mujeres se echan a reír, ya porque les parece gracioso, ya porque desean llevarse bien con el hombre que les proporciona la comida. El carnicero se vuelve hacia mí y sonriendo me susurra que ha metido en el envoltorio un paquetito para mi familia.

Mientras estaba en la tienda ha empezado a llover: goterones de nieve fundida, mezclada con hielo. Las calles están oscuras y resbaladizas. Meto la carne en la cesta y tapo el envoltorio con un periódico, que queda empapado en cuestión de minutos. Ante la puerta del apartamento de la señora De Vries, me castañetean los dientes y el agua me chorrea por la falda y me encharca los zapatos, lo que me preocuparía más si no tuviera ya los pies mojados. Las suelas están tan gastadas que no sirven de nada cuando llueve. Llamo con los nudillos a la puerta y oigo dentro el tintineo de la porcelana.

—Hola —digo a gritos—. Hola.

La señora De Vries abre por fin la puerta, emperejilada como de costumbre: vestido de seda azul y medias con la costura bien recta. Tiene treinta y tantos años, rasgos majestuosos, dos hijos gemelos de lo más irritantes y un marido que publica una revista femenina y pasa tanto tiempo en el trabajo que solo lo he visto una vez.

—Entra, Hanneke. —Con un gesto distraído me invita a pasar al apartamento, pero no se molesta en coger sus paquetes ni en darme las gracias por salir con el diluvio que está cayendo solo para traerle carne de ternera—. Mi vecina y yo estamos tomando té. No tienes donde ir, ¿verdad? Puedes esperar en la cocina hasta que acabemos.

Señala con la cabeza a una anciana sentada en el sofá, pero no nos presenta. Es evidente que no tiene intención de interrumpir la conversación para atenderme. La señora De Vries es una de esas personas que se comportan como si la guerra fuera un incordio que tuviera lugar en la periferia que les rodea. Hoy desoigo su consejo de esperar en la cocina, pese a que no cabe duda de que ella lo considera una orden. No quiero

facilitarle que se olvide de mi presencia, de modo que dejo los paquetes en la mesa y me quedo en el vestíbulo goteando agua.

La vecina, una mujer de cabello cano, me mira arqueando una ceja y carraspea antes de volverse hacia la señora De Vries.

—Como le decía. Evaporados. No me he enterado hasta esta mañana.

—Increíble —dice la señora De Vries—. ¿Sabe alguien adónde han ido?

—¿Cómo vamos a saberlo? Se escabulleron en medio de la noche.

—Hanneke, ¿te importaría traernos más galletas de la cocina? —grita la señora De Vries alzando una bandeja repleta de migas, que mantiene en alto hasta que me acerco a cogerla.

Sobre la mesa de la cocina hay una lata medio vacía de galletas de mantequilla comprada en una tienda. Me embuto dos en la boca mientras lleno la bandeja. Un par de ojos serios me miran fijamente desde un rincón. Uno de los gemelos. Nunca recuerdo cómo se llaman ni logro distinguirlos; están igual de mal criados. Podría darle una galleta, pero me meto otra en la boca y me paso la lengua por los labios para retirar las migas.

—Entonces, ¿cree que se han escondido? —pregunta la señora De Vries a su vecina—. ¿Que no los han apresado?

—Seguro que no los han apresado. Yo lo sabría. Tengo amigos en el NSB. Les he dicho varias veces que en mi edificio vivía una familia judía. Si se los hubieran llevado, lo sabría. Los Cohen se fueron a hurtadillas como ladrones en medio de la noche.

Llevo las galletas a la sala de estar haciendo tanto ruido como puedo a fin de captar la atención de la señora De Vries. Da un sorbo al café.

—¡No puedo creer que nadie los viera! ¿Está segura?

—Esperaba al menos echar un vistazo al apartamento. Mi hijo y su mujer andan buscando una casa más espaciosa, ya sabe que ella está encinta, y sería estupendo tenerlos en el edificio.

La vecina es cruel. Las dos lo son, con su apoyo untuoso y refinado a los nazis. También son ricas. Dudo que el señor Kreuk tenga en cuenta la moral al decidir a quién le vende. Si tienen dinero, pueden comprar.

—Señora De Vries —las interrumpo, y señalo hacia la ventana. El cielo está encapotado, pero ha dejado de llover—. Lo siento, tengo que irme

enseguida. Hace un momento llovía a cántaros, pero ahora ya ha escampado. ¿Me permite dejarle sus cosas?

Si la vecina fisgona no estuviera aquí, la señora De Vries se empeñaría en inspeccionar los paquetes uno por uno. Dadas las circunstancias, se limita a arquear una ceja.

—No sabía que tu horario fuera tan importante, Hanneke. Tráeme el bolso del armario del vestíbulo.

Me entrega unos cuantos billetes, me los guardo en el bolsillo sin tomarme siquiera la molestia de contarlos y me marcho dejando pisadas húmedas en el *parquet*.

El liceo judío. ¿Debería ir ahora? Son poco más de las tres de la tarde de un día que empecé llevando pintalabios a una mujer a la casa de sus abuelos y que se ha convertido en algo muy distinto, y de pronto estoy agotada. Estoy agotada por la larga jornada. Estoy agotada por las cosas que siempre me agotan: los soldados, las señales, los secretos, las estrategias y el esfuerzo. Estoy agotada y sé que seguramente no debería ir al liceo ahora, ya que el agotamiento me impide pensar sobre la marcha con la debida rapidez. Lo he aprendido trabajando en el mercado negro.

Por otra parte, es el momento perfecto para colarse en un instituto. Es probable que las clases estén terminando, y con el alboroto nadie reparará en la presencia de una intrusa en los pasillos. El liceo está a pocas calles de aquí; casi me queda camino de casa. Y cuando se quiere dar con algo, es mejor encontrarlo con la mayor rapidez posible, antes de que otra persona se lleve lo que estamos buscando. Eso también lo he aprendido gracias al mercado negro.

Llevo la bicicleta a un aparcamiento que hay delante del liceo. La arquitectura del edificio me recuerda el instituto donde estudié.

Tres años atrás, en estos momentos mis amigos y yo estaríamos sentados en la escalinata de la entrada, debatiendo adónde ir antes de la hora a la que nuestros padres nos esperaban en casa. Elsbeth seguramente había dicho que no tenía dinero para ir a ningún sitio y estaría observando repantigada cómo dos o tres chicos se peleaban por pagarle el café o las

pastas, después de guiñarme un ojo para indicarme que en realidad sí tenía dinero, pero que le gustaba echarle teatro. Unos cuantos se estarían quejando de que no podían ir a ninguna parte porque debían estudiar. Al final Bas habría anunciado que nos íbamos todos a Koko y que suspendería el examen a fin de que bajara la nota media de la clase, para aquellos que estuvieran muy preocupados por los estudios.

Ahora Elsbeth ha desaparecido, de una manera en que prefiero no pensar.

Los propietarios de Koko eran judíos. Poco después de la invasión, se produjo una pelea en el local, lo que desembocó en una de las primeras redadas y en centenares de muertes.

Y Bas no tendrá que estudiar nunca más.

Toda mi vida se ha venido abajo, pedazo a pedazo. Sucedió hace dos años y medio, pero estando delante de este centro de enseñanza tengo la impresión de que ocurrió hace dos semanas. O de que sigue ocurriendo, una y otra vez, cada día.

En el instituto reina el silencio. Resulta extraño e inquietante. Ni alumnos en los pasillos ni ruidos en las aulas. Al principio pienso que he calculado mal la hora y que la jornada ya ha acabado, pero cuando me asomo con disimulo a una clase sí veo alumnos. Son pocos: solo quedan cinco en esta aula. Los demás deben de haber desaparecido; se los habrán llevado los alemanes, estarán escondidos o algo peor. Todo un centro de enseñanza, desgarrado. Este era el mundo de Mirjam. Hasta que tuvo que esconderse, venía aquí todos los días, y espero que dejara algún rastro tras de sí.

Dos alumnas, de doce o trece años, alzan la vista cuando paso por delante de la clase. Las saludo con la mano para indicarles que no pretendo hacer nada malo, pero sus rostros reflejan miedo y se quedan mirándome hasta que me alejo.

En la siguiente aula, un hombre delgado con gafas da clase delante de una pizarra y una chica toma apuntes aplicadamente en un rincón. Ahí era donde me sentaba yo, en el primer pupitre del rincón de la derecha, y Bas intentaba captar mi atención al pasar; pegaba la nariz al cristal de la ventana y decía «A-buuu-rrido» señalando al profesor. En el otro rincón, un chico

me ve. Y me guiña un ojo. Me guiña un ojo y se echa a reír, y el profesor se gira en el acto y le manda callar. El chico es moreno y tiene cara de pan; no se parece en nada a Bas, pero el gesto es tan propio de él que me aparto inmediatamente de la ventana e intento impedir que regrese la marea de recuerdos.

Venir al liceo no ha sido buena idea. No sé por qué no he obedecido a mi intuición. Era peligroso y no lo he planeado bien. Cualquiera puede verme, y no tengo una buena historia que contar si alguien me descubre. He de volver en otro momento en busca de la fotografía. Vendré con café de verdad, vendré con sobornos.

«A-buuu-rrido», decía Bas al otro lado de la ventana del aula.

Este instituto parece un laberinto. No recuerdo en qué esquinas he girado al recorrer el edificio. Veo una salida más adelante y, aunque no es la puerta por la que he entrado, me encamino hacia ella.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Una mujer ha aparecido en la puerta de lo que supongo que son las oficinas del instituto. Es más alta que yo y calculo que me saca un par de años. Tiene una mirada penetrante y cautelosa y el cabello recogido en un moño en la coronilla. Lleva una rebeca con una estrella amarilla cosida. *Jood.*

—¿Te has perdido?

—Ya me iba.

Corre para alcanzarme y se planta entre la puerta y yo.

—Pero ¿qué hacías aquí? Tú no eres una alumna.

—Estaba... —No se me ocurre ninguna mentira con la rapidez de costumbre—. Buscaba una fotografía.

—¿De quién?

—De alumnos.

—De alumnos —repite—. ¿Qué alumnos?

—Da igual. Ya volveré en otro momento. No debería haber venido a molestar.

Intento deslizarme por su lado, pero cambia de posición, de modo que solo podría seguir mi camino apartándola de un empujón. Quiere ponerme a

prueba, ver hasta qué punto estoy desesperada por conseguir lo que he venido a buscar.

—¿De quiénes? —insiste—. ¿Por qué has venido aquí en realidad? — Me agarra del brazo—. ¿Por qué has venido? —repite en voz baja.

—Bas —susurro antes de poder contenerme.

Se me ha escapado. La serenidad que tenía hace quince minutos se deshace, hebra a hebra. Todo en este instituto me recuerda a él —el olor a pizarra y los pupitres— y lo que era memorizar el horario de sus clases y saber con precisión en qué momento me cruzaría con él en el vestíbulo. Aunque no era un estudiante aplicado, aprobaba porque todos le querían, alumnos y profesores.

Sacude la cabeza y me aprieta el brazo.

—No tenemos ningún alumno llamado Bas. ¿Quién es Bas?

Ahora doy rienda suelta a las emociones que tanto esfuerzo me cuesta contener.

—Bas murió. Yo le quería.

Su rostro se entenece, pero sus ojos siguen mostrando recelo.

—Lo siento. Pero ya no tenemos ninguna foto suya. Fuera quien fuese Bas. Ya no tenemos ninguna fotografía. Perdimos todos los expedientes en un fuego hace unas semanas.

—Me voy.

No me ha soltado el brazo.

—Creo que no deberías irte. Me parece que debería llevarte al director. Has entrado aquí sin autorización.

Poco a poco recupero la sensatez. Tuerzo el brazo para obligarla a soltarlo y paso por su lado.

—Tengo que irme.

—Detente. ¿Cómo te llamas?

No me denunciará. ¿A quién va a denunciarme? Una judía no querría llamar la atención por ningún motivo, ni siquiera para denunciar un delito. No tiene a quién recurrir.

—Detente —repite, aunque con desgana.

Sigo avanzando hacia la salida sin que ella haga nada. Sin embargo, noto que me observa cuando cruzo las puertas del edificio, que me trae a la

memoria demasiadas cosas que me duele recordar.

Mientras pedaleo hacia mi casa, el viento gélido me azota la cara y me devuelve la cordura. Me enfurezco conmigo misma. Solo debía encontrar una fotografía y no lo he conseguido. Tendría que haber ido al liceo con mi soborno de café y una historia bien ensayada. Podría haber dicho que buscaba a una niña a la que antes cuidaba o que vivía al lado de mi casa. Se me ocurren historias todos los días. Debí hacer eso, pero no lo hice y he dado al traste con una de las pocas pistas que tenía. Idiota. Chapucera. Descuidada.

Tardo casi dos horas en llegar a casa. Los soldados han cortado las calles por las que suelo ir. Han montado un desfile, otro más, una oportunidad de marchar en fila y pavonearse por las calles con sus cascos y botas negras. Cantan. Hoy es «Erika», una canción sobre chicas alemanas y flores alemanas. Se me mete en la cabeza como un gusano y ahí se queda: una letra y una música indeseadas que suenan una y otra vez.

Apenas me tengo en pie cuando por fin llego a la puerta de casa. Un aroma aterciopelado me asalta en cuanto entro. Mamá está preparando chocolate. ¿Por qué? Le he dicho que deberíamos reservar para alguna celebración el poco que nos queda. Mi madre no es de las que improvisan celebraciones, al menos últimamente.

—Chocolate..., ¿he olvidado el cumpleaños de alguien?

Me desenrollo la bufanda, todavía mojada, y la cuelgo de una percha junto a la puerta. Si fuera más pequeña, me acurrucaría con una taza de chocolate en la mano y le hablaría a mamá del día tan duro que he tenido. Si no tuviera que mantener a flote esta casa, les contaría a mis padres que se me ha pedido que realice un trabajo que me viene grande y dejaría que mi madre me acariciara el pelo.

—Tenemos una visita —dice mamá.

No sé si su sonrisa es la sincera o la fingida, pues sus labios han olvidado cómo sonreír con naturalidad. Parece casi auténtica.

De pronto me fijo en la persona sentada frente a mi padre —el cabello, las pecas, la nariz un poco torcida— y el corazón me brinca y me da un vuelco al mismo tiempo.

«Bas».

Pero naturalmente no es él. Me siento tan sola que por un segundo me permito creerlo, aunque no soy lo bastante ilusa como para permitirme creerlo durante más tiempo. No es Bas. Es Ollie.

6

Ollie. Olivier. Laurence Olivier, por el astro del cine inglés, cuando Bas tenía ganas de hacer el tonto. El hermano mayor de Bas, un muchacho serio que casi se parece a él, aunque no tiene el cabello tan rojo ni los ojos tan azules, y ahora que lo veo sentado con mi padre me doy cuenta de que no se parece mucho a Bas, de que me engañaban los ojos y el corazón.

Ollie estaba terminando el primer curso universitario cuando Bas murió; ahora estará a punto de acabar los estudios. Nunca estuvieron muy unidos. Bas era de risa pronta, y Ollie se tomaba muy en serio a sí mismo. Los sábados por la noche en su casa, Ollie exhalaba suspiros teatrales cada vez que le parecía que Bas y yo le impedíamos trabajar. No lo veía desde la misa de réquiem, la horrible ceremonia sin el cuerpo del difunto, donde la señora Van de Kamp lloró abrazada a Ollie mientras yo sentía náuseas porque también tenía ganas de llorar, pero pensaba que no era digna de hacerlo. En una ocasión quise pasarme por casa de los Van de Kamp, pero la madre de Bas dejó claro que no deseaba verme y, francamente, lo comprendí.

Y ahora aquí está Ollie van de Kamp, sentado en mi sala de estar, perdiendo una partida de ajedrez con mi padre.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunto cuando se levanta para saludarme con un beso formal en la mejilla.

—Mi madre. Se preguntaba qué sería de ti y le dije que la próxima vez que pasara por tu barrio vendría a ver a tu familia.

—Y es una sorpresa muy grata —interviene mi padre—, porque Ollie juega fatal al ajedrez y ha accedido a apostar dinero.

Por eso no me gusta estar cerca de Ollie, y no es solo porque tiene un aspecto raro. Bas desplumaría a mi padre en una partida de ajedrez

burlándose alegremente de él mientras mi padre fingiría enfadarse. Ollie pierde de forma metódica y elegante. Parece un sucedáneo de Bas.

—Habéis hecho el chocolate —digo verbalizando mis pensamientos, por decir algo y porque mi parte descortés desea manifestar que en mi opinión la visita de Ollie no lo merece.

—Ella no quería. —Papá señala a mi madre hendiendo el aire con un gesto jovial—. Pero yo le dije que debíamos hacerlo.

—Y yo le dije que no debíamos —apunta Ollie—. Sabía que no podía quedarme mucho rato. No valía la pena gastarlo conmigo.

No debió de poner mucho empeño en protestar. La taza que tiene al lado está casi vacía.

—¿Te quedas a cenar, Olivier? —le pregunta mi madre—. Tenemos espinacas y patatas con piel.

Al otro lado de la sala, mi padre hace una mueca al oír la descripción de la comida. El Departamento de Educación Nutricional ha repartido infinidad de impresos en que nos anima a comer pieles de patata, a beber leche descremada, a probar los sesos de vaca. Mi madre sigue religiosamente las recetas de esos panfletos; es la principal señal de que sabe que hay guerra.

—Pondré encantada otro plato —añade—. Aunque no falta mucho para el toque de queda.

Ahora sé que su sonrisa es forzada. Hace girar la alianza en el dedo como siempre que está nerviosa. Invitar a Ollie a cenar, por mucho que lo aprecie, significa salirse de lo ordinario, algo que invariablemente le produce inquietud.

—Gracias, señora Bakker, pero ya he cenado. En realidad esperaba que Hanneke me acompañara un momento a dar un paseo. —Se frota el cuello de manera exagerada—. He pasado la mayor parte del día con la cabeza metida en los libros, estudiando. Me vendría bien caminar y charlar para ponerme al día. —Mamá mira el reloj de pared—. Por esta misma calle —le asegura él—. La traeré de vuelta antes del toque de queda. —Señala con la cabeza el abrigo que todavía no he tenido oportunidad de quitarme—. Y fíjate, ya estás vestida para salir. A menos que prefieras que nos quedemos a conversar con tus padres.

La última frase me da a entender que en realidad su invitación no es tal. Ollie propone que demos un paseo a solas, pero si no lo hacemos dirá delante de mis madres lo que tenga que decir.

—Volveré pronto —digo a mi madre para tranquilizarla, y a continuación miro a Ollie—. Muy pronto.

Aunque ha dejado de llover, el ambiente sigue siendo húmedo, esa humedad glacial con que una se siente como un carámbano y empapada de arriba abajo.

Ollie no se molesta en ofrecirme el brazo. Se limita a deslizar las manos en los bolsillos y echa a andar dando por sentado que iré tras él, y así lo hago, pues no me queda otro remedio.

—Ha pasado mucho tiempo —me dice—. Llevas el pelo más largo. Te has hecho mayor.

—Eso es mejor que la alternativa —respondo al instante, con el chiste que mi padre suelta cada vez que alguien le dice que va haciéndose mayor.

Ollie ladea la cabeza.

—¿Cuál es la alternativa? —pregunta.

No sé qué decir, porque la única alternativa a hacerse mayor es morir y, después de lo de Bas, Ollie y yo no hacemos ese tipo de chistes.

En vez de responder, le pregunto:

—¿Adónde vamos?

Se encoge de hombros como si no lo hubiera pensado.

—¿Het Rembrandtplein?

Es una de mis plazas favoritas de Amsterdam, con una estatua del pintor en el centro y cafeterías alrededor a las que mamá me llevaba antes como algo muy especial. Café para ella, leche anisada para mí. Desde hace dos años y medio no soporto el sabor de la leche anisada. Estaba bebiendo un vaso cuando oí en la radio que los holandeses se habían rendido.

Ollie me pregunta por mi trabajo, yo le pregunto por sus estudios y me cuenta que se ha mudado de casa de sus padres a un apartamento compartido cerca de la universidad. Pero sé que los dos escuchamos solo a medias, y cuando llegamos a la esquina, dejo de fingir.

—¿Por qué has venido, Ollie? Dudo que tu madre se haya acordado de mí.

—Apuesto a que mi madre te recuerda cada día, porque te asocia a Bas. No sé si pretende hacerme tanto daño como me causa.

—De todos modos, tienes razón —añade—. No he venido por eso.

Delante de nosotros una pareja camina despacio, cada uno con la cabeza inclinada hacia el otro como las personas que acaban de enamorarse. Ollie se detiene y finge leer una placa de la pared, pero he empleado ese truco tantas veces que sé que desea poner distancia de por medio para que la otra pareja no le oiga.

—¿Qué buscabas en el liceo judío, Hanneke?

—¿Cómo dices?

Repite la pregunta.

Trago saliva.

—¿Por qué iba a ir yo al instituto judío?

—¿Crees que tienes que mentirme?

—Ya terminé la enseñanza secundaria. No con notas como las tuyas, pero me dieron un diploma y todo.

—Deja de hacerte la tonta, Hanneke. A mí no me espera en casa mi madre, preocupada por el toque de queda. No me importa seguir esta conversación hasta el amanecer o hasta que nos detengan. Lo que prefieras.

—Sonríe, tenso, y cedo.

—Pongamos por caso que fui allí, ¿cómo te has enterado tú?

—Mi amiga Judith es la secretaria del instituto. Fue a verme hace una hora porque quería contarme algo muy extraño que acababa de pasarle.

Judith. Debe de ser la joven judía de la mirada penetrante y el moño mal hecho.

—Según me explicó, una chica se presentó diciendo que buscaba fotografías de un muchacho llamado Bas, a quien quería y que había muerto. Judith se asustó. Pensó que quizá fuera una espía nazi y acudió a mí porque estaba aterrada.

La pareja que caminaba delante de nosotros también se ha detenido. La mujer parece enfadada. Por tanto, no se trata de una primera cita, como yo

pensaba, sino de dos personas que se conocen desde hace tiempo, el suficiente para pelearse.

—Pero ¿cómo supiste que era yo? —pregunto.

—Le pedí a Judith que me describiera a la chica y me dijo que era alta, de unos dieciocho años, pelo color miel y ojos verdes de mirada furiosa. Dijo que era..., a ver si lo expreso bien, «la joven que Hitler desearía poner en los carteles de propaganda aria».

Hace una pausa para darme la posibilidad de negarlo. No me molesto en hacerlo. En casa de los Van de Kamp hay fotografías mías. Es muy probable que enseñara alguna a Judith, y ella le confirmaría que era a mí a quien había visto.

Hemos llegado a la estatua, al centro de la plaza. Ollie me tira de la manga para que me vuelva de cara a él y se inclina hacia mí bajo la sombra de Rembrandt.

—Así pues, ¿qué hacías allí?

—Buscaba algo. Nada más.

—Eso ya lo sé, pero es evidente que no se trataba de una fotografía de Bas, que ni era judío ni estudió en ese instituto.

—No puedo decírtelo.

Pone los ojos en blanco, como si yo fuera una niña fastidiosa.

—¿No puedes decírmelo? ¿Crees que sería demasiado difícil y no lo comprendería?

Es el mismo tono que yo empleé con la señora Janssen para reprenderla por escribir la historia de Mirjam, y me irrita que Ollie lo use conmigo. ¿Qué sabrá él lo que es la comprensión? Me lleva tres años, pero ha estado cobijado en una universidad. No sabe nada del mundo real.

—A menos... —dice, con un destello en los ojos—. Hanneke, no irías de parte del NSB, ¿verdad? Varias personas me han comentado que estabas metida en el mercado negro, pero ¿no apoyarás al NSB?

Lo más inteligente sería responder que sí. Porque entonces me dejaría en paz. No me preguntaría nada más y yo no tendría que volver a verlo.

Sin embargo, el orgullo me impide aceptar una mentira tan grotesca.

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué? Dímelo. No me enfadaré. Te lo prometo.

Le miro a los ojos, no tan azules como los de Bas. El liceo judío es la única pista que se me ha ocurrido hasta ahora.

—¿Puedes presentarme a Judith como es debido? ¿Puedes pedirle que quede conmigo?

—¿Es ella quien te interesa?

—No. Es que... estoy buscando a alguien y creo que Judith podría darme más información sobre esa persona.

Se vuelve hacia el pedestal de la estatua, de espaldas a mí, y finge leer la inscripción, pero tarda más tiempo del necesario. Finalmente habla en voz muy baja.

—¿Buscas información sobre *Het Verzet*?

—No, Ollie, no estoy loca. —Me sorprende que haya mencionado la resistencia. Nunca ha sido un transgresor—. Se trata de otra cosa.

—Hanneke, no te ayudaré si no me dices para qué quieres mi ayuda.

—No se trata de nada malo, Ollie, pero no voy a contártelo porque es demasiado p... —Me interrumpo. He estado a punto de decir «peligroso», pero es probable que la palabra le disuada de echarme una mano—. Porque sería una deshonra. He prometido no contarle.

—¿Porque es demasiado peligroso? ¿Es eso lo que ibas a decir?

Aprieto los labios y aparto la vista.

—Hanneke... —Habla en voz tan baja que apenas le oigo. Más que escuchar, observo el movimiento de sus labios—. Deja lo que sea que estés haciendo. Déjalo ahora mismo.

—Llévame hasta Judith, por favor. Dile que serán solo unos minutos. No la pondré en ningún apuro.

—Es hora de volver a casa, Hannie. Tu madre estará preocupada por el toque de queda.

Vuelve a mostrarse práctico y formal, voy a perderlo. Finalmente tomo una decisión deliberada porque creo que no tengo más opciones. Porque Mirjam lleva casi veinticuatro horas desaparecida. Porque Ollie será pedante y aburrido, pero es imposible que sea un nazi.

—Necesito hablar con Judith porque estoy buscando a una niña. Solo tiene quince años. La misma edad que Pia.

Es una maniobra artera nombrar a Pia, la hermana menor de Ollie y Bas. Toda la familia la adora. Yo la adoraba, y me encantaba que me dijera que se moría de ganas de que me casara con su hermano y me convirtiera en su hermana de verdad. «Te pedirá matrimonio en cuanto acabe la universidad —me aseguró—. Está locamente enamorado de ti».

—¿Metes a Pia en esto?

Le centellean los ojos. Que se enfade. He dicho cosas peores para conseguir lo que quiero. A buen seguro diré cosas peores antes de que la guerra llegue a su fin. Por la forma en que aprieta y relaja la mandíbula, deduzco que mis palabras han surtido efecto.

—Diez minutos —digo—. Solo necesito hablar diez minutos con Judith. Puedo volver al instituto y buscarla si hace falta, pero dudo que ella lo desee. Estoy haciendo una buena acción, Ollie. Te lo prometo.

Me da la espalda y se pasa la mano por la espesa pelambarrera, rubia rojiza. Cuando se vuelve hacia mí, me habla en voz un poco más alta, casi normal.

—Es una pena que no fueras a la universidad, Hanneke. Se conoce a gente agradable. Formo parte de un club gastronómico estudiantil. Así conocí a Judith. Nos reunimos un par de veces a la semana.

—¿Cuándo?

—La próxima reunión es mañana.

—¿Dónde?

Antes de que Ollie pueda responder, nos interrumpe una risotada gutural. Soldados alemanes; son dos. Oigo la conversación lo bastante bien para entender que, por muy chocante que resulte, están hablando de Rembrandt. Uno explica que su pintura favorita es *La ronda nocturna*. Por desgracia para él, al estallar la guerra los conservadores del Rijksmuseum sacaron del edificio el lienzo enrollado y lo trasladaron en un camión a un castillo situado no se sabe dónde.

—Rembrandt. —El aficionado al arte indica con un gesto la estatua y acto seguido nos señala a nosotros—. Un buen pintor —añade en un holandés desfigurado—. Rembrandt.

Este soldado es mayor. A su lado debo comportarme como una hija, no como una novia. Me preparo para alabar su gusto, pero Ollie responde antes

de que yo hable.

—¡Rembrandt! Uno de nuestros mejores pintores —afirma en alemán. Su voz es serena; su acento, impecable—. ¿Conoce usted a Van Gogh?

El soldado se tapa la nariz y agita la mano contra un olor imaginario para dejar claro que Van Gogh no le merece buena opinión. Su amigo se ríe, y Ollie también.

—¡Van Gogh no! —dice en broma.

Es agradable tener por una vez a alguien que se ocupe de hablar; no haber de reunir las energías necesarias para una nueva conversación ficticia. Al cabo de unos minutos Ollie me pone la mano en la espalda, a la altura de la cintura, y nos alejamos de la estatua.

—Buenas noches —dice a los soldados, que se despiden jovialmente con la mano.

Una vez fuera de la plaza, permanece en silencio durante el resto del paseo, y yo tampoco despego los labios.

Mi vida está impregnada de sentimiento de culpa a menudo; de ira la mayor parte de las veces; de miedo casi siempre. Pero no suelo dudar de mí misma. He construido esta nueva vida con la prudencia suficiente para tener la sensación de que nos protejo a mi familia y a mí lo mejor que puedo. Sin embargo, en las últimas doce horas he aceptado una misión peligrosa. He perdido la calma delante de una desconocida y he desgarrado las suturas de la herida en forma de Bas que tengo; la he abierto una y otra vez, porque parece que nunca cerrará bien. Y ahora solo dudo de mí misma. ¿Estoy haciendo lo correcto?

Al marcharse Ollie, tras terminarse el chocolate a instancias de mamá, caigo en la cuenta de que no me ha dicho dónde se celebra la reunión de su club estudiantil. Pero más tarde, cuando me preparo para irme a la cama, encuentro en el bolsillo del abrigo la servilleta que ha utilizado Ollie al tomar el chocolate, y tiene garabateada una dirección cercana al campus de la Universidad Municipal de Amsterdam.

[paréntesis 1]

El día que conocí a Bas:

Él tenía quince años; yo, catorce. Lo había visto en el instituto y me gustaban sus ojos de gatito llenos de curiosidad y que un rizo le cayera en la frente por más que se lo echara hacia atrás. Elsbeth, un año mayor que yo, iba a la misma clase que él y conocía a sus dos amigos. Un día que salíamos juntas del edificio, el amigo de Bas que tenía el cabello castaño llamó a Elsbeth y le preguntó si podía ayudarles a resolver un dilema.

—¿A quiénes prefieren las chicas? —le preguntó—. ¿A los rubios o a los castaños?

Elsbeth se echó a reír y, como no quería perder la oportunidad de coquetear con los dos muchachos, les dijo que a ella le gustaban por igual.

—Preguntadle a mi amiga —dijo, pues siempre hacía lo mismo: asegurarse de que las dos recibíamos la misma atención, empujarme hacia el centro, algo que a mí me enfurecía y que después agradecía—. Preguntad a Hanneke.

—¿Y tú? ¿A quiénes prefieres? —me preguntó el rubio, y todavía no sé cómo fui tan atrevida, porque desvié la vista hacia el alféizar donde estaba sentado Bas, con el cabello, color caoba, iluminado por el sol.

—Me gustan los pelirrojos —respondí, y me ruboricé.

La primera vez que besé a Bas:

Él tenía dieciséis años; yo, quince. Fue después de nuestra primera salida al cine, la primera salida de verdad, cuando no sentí la necesidad de llevar a Elsbeth de carabina. Propuse que

bajáramos de la bicicleta una calle antes de mi casa y que siguiéramos a pie. Dije que era porque hacía buen tiempo, pero en realidad quería estar a solas con él antes de que mis padres pudieran vernos por la ventana.

—Tienes algo en el pelo —me dijo, y le dejé que me pasara la mano para quitármelo, aunque sabía que no tenía nada, y al besarme soltó la bicicleta, que cayó al suelo con gran estruendo, y los dos nos reímos.

La última vez que vi a Bas:

Él tenía diecisiete años; yo, dieciséis.

Se hacía tarde. Mis padres también habían acudido a la fiesta de despedida de Bas, pero ya se habían marchado. Mamá me dijo que podía quedarme una hora más si Elsbeth y yo volvíamos juntas a casa. Bas y yo nos besamos una y otra vez en un rincón oscuro del comedor hasta que se me acabó la hora. Jamás olvidaré su mano contra la ventana mientras me miraba...

Eso no es lo que ocurrió en realidad.

No estoy preparada para pensar en la última vez que vi a Bas.

—No lo entiendo. —La señora De Vries baja la cabeza, como si la desilusión le impidiera mirarme siquiera—. Yo pedí Jubileum.

Clavo la vista en los paquetes verdes y blancos de cigarrillos que tengo en la mano intentando componer en la cara un gesto apropiado de comprensión, cuando en realidad lo que me apetece es abofetearla. Le he encontrado dos paquetes de cigarrillos. En 1943, en este absurdo país nuestro, he logrado encontrar dos paquetes de cigarrillos —no papel de fumar ni tabaco de liar, que ya cuesta conseguir, sino cigarrillos de verdad —, ¿y se disgusta porque no son de la marca que ella quiere?

—No he encontrado esa marca, señora De Vries. Lo siento. Lo he intentado.

—La verdad, cualquiera diría que he pedido la luna. No entiendo por qué resulta tan difícil. Te anoté qué quería exactamente.

No ha pedido la luna, pero casi. Probé suerte con cuatro contactos; al final me dio estos cigarrillos una mujer que los consigue de un soldado alemán. Ella dice que es su novio y que se los regala; yo creo que ella se los roba. También me parece que el soldado no es su novio, sino que le paga por lo que ella le hace en el dormitorio, pero no pregunto nada. Solo recurro a esa mujer cuando no me queda otra opción.

Me laten las sienes. No sé si gritar o reírme de la señora De Vries. Sus preocupaciones son pedestres, absurdamente balsámicas, como un descanso de todos los asuntos que inquietan a la gente corriente. Uno de los gemelos

le tira frenético de la falda mientras el otro, el que siempre pone cara de travieso, como si tuviera algo que ocultar, trata de meter la cabeza en mi bolso para ver qué más he traído.

—Para ya. —La señora De Vries regaña al que le tira de la falda—. Merendaremos en cuanto Hanneke se vaya.

—Señora De Vries. —Pruebo otra táctica para encarrilarla—. Si usted no se los queda, no me costará nada encontrar a alguien que los quiera.

El minuterero del reloj de pie avanza otro pasito hacia la hora en punto. Tengo que estar en otra parte.

—No. —Coge los paquetes de cigarrillos y los aprieta contra el pecho, y ahora caigo en la cuenta de que no tengo por qué dárselos, de que podría dejarla sin ellos—. Me los quedo. Es que me preguntaba si no habría más.

¿Qué cree?, ¿que voy a darme una palmada en la frente y a decir: «¡Pues claro! No me acordaba de que sí tengo la marca que usted quería. Es que los había escondido para que no los viera»?

—Mamá, hay mucha gente aquí —dice el gemelo travieso, que se queda mirándome y saca la lengua—. Estoy cansado de que haya tanta gente.

—Enseguida me voy —le respondo. Qué niño más antipático.

Yo habría ido a la Universidad Municipal de Amsterdam si no hubiese estallado la guerra. No me la habría tomado en serio. Habría sido tan solo una manera de matar el tiempo hasta que la madre de Bas considerara que él tenía edad suficiente para heredar el anillo de boda de su abuela. Bas también habría venido a esta universidad. ¿Qué habría estudiado? Nunca hablaba de sus sueños profesionales; era de los que hacen planes a pocos meses vista, y soy incapaz de imaginar un Bas adulto. En mi pensamiento siempre tendrá diecisiete años, lo que me molesta y al mismo tiempo me tranquiliza.

La universidad no tiene una sede central; sus edificios están desperdigados por la ciudad. Pero todo el mundo conoce la Agnietenkapel, una de las construcciones más antiguas de Amsterdam. Es un convento del siglo XV, y la dirección que Ollie me dio se encuentra en la misma calle.

Tenía previsto cambiarme de ropa antes de venir, aferrada a un vago recuerdo de lo presumida que era cuando iba a fiestas, pero la señora De Vries me ha entretenido y no tengo tiempo. Llevo un vestido malva de lana heredado de Elsbeth; es de mi talla, pero tiene un color tan triste que las dos lo llamábamos «la amígdala». A ella se lo regaló su abuela. Para Elsbeth fue un alivio tener que dármelo porque le quedaba pequeño. Siempre que me lo ponía, nos parecía chistoso. Ahora es una prenda práctica: cuesta comprar ropa nueva, de modo que me pongo la que me queda bien, incluso la fea, incluso la que me recuerda tiempos mejores.

El club gastronómico estará formado por un montón de chicos con lapiceros mordidos en los bolsillos —seguramente estudian arquitectura, como Ollie— y chicas que citan a filósofos de los que nunca he oído hablar. En las contadas ocasiones en que me tropiezo con viejos amigos que fueron a la universidad, me siento inferior y displicente al mismo tiempo. Ninguno sobreviviría por sus propios medios si tuviera que hacerlo. Estoy a la defensiva respecto a todos los miembros del club gastronómico de Ollie aun antes de llamar a la puerta.

El hermano de Bas se asoma a la ventana de la puerta y le entrego el frasco de pepinillos en vinagre en cuanto me abre. Quería traer algo mejor, pero no he tenido tiempo de preparar nada. Por eso he traído el regalo secreto que me ha dado un tendero esta tarde. De todos modos, a mi familia y a mí no nos gustan.

Ollie no lleva americana y corbata como yo esperaba, sino ropa aún más desaliñada que la mía: tiene las mangas de la camisa remangadas y manchadas de grafito como si hubiera pasado el día sentado a una mesa de dibujo.

—Bienvenida —dice, y al oír su tono cauteloso me pregunto si en verdad lo soy.

Con un gesto me invita a entrar en el pequeño apartamento de soltero. A un lado de la sala se apiñan un sofá y un par de sillones, frente a una cocina diminuta y una encimera donde han puesto a secar varias tazas descabaladas. Solo hay otras dos personas en la habitación: un chico de labios carnosos y párpados caídos, y otro joven apuesto y de pelo ondulado

que se parece a William Holden, el astro del cine estadounidense. Ambos beben té, o un sustituto del té, en tazas desportilladas.

—El famoso club gastronómico —digo—. Me preocupaba no ser capaz de encontrarte entre la multitud.

A Ollie no le hace gracia. Extiende las manos para cogerme el abrigo y lo cuelga en un gancho de un perchero que se tambalea. No sé por qué me muestro cáustica. Me está haciendo un favor. Creo que estoy nerviosa. Si él fuese un contacto nuevo al que tuviera que impresionar, sabría ponerme una máscara mejor, pero no puedo olvidarme de que es Ollie, a quien conozco desde hace años.

—No está Judith —digo en voz alta—. Va a venir, ¿no?

—Sí, vendrá. —Tiene los ojos fatigados de quien ha pasado toda la noche estudiando—. Pero no se te ocurra abordarla en cuanto cruce la puerta. Espera a que acabe la reunión. No le entusiasmó la idea de hablar contigo. Lo menos que puedes hacer es contenerte un poco y demostrar que no eres una completa demente.

—¿Una media demente?

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Me he arriesgado por ti y no quiero que me avergüences.

—Ollie, ¿vas a presentarme a los demás o debo sentarme en silencio en un rincón e intentar no respirar?

Hace una mueca de desagrado; luego cede y se vuelve hacia los otros dos chicos.

—Ollie... —digo.

—¿Sí?

—Gracias por invitarme.

Asiente con la cabeza antes de conducirme hacia la mesita de café.

—Este es Leo. —Señala al muchacho de labios carnosos—. Vive aquí..., este es su apartamento. —Se vuelve hacia el que se parece a William Holden—. Y este es Willem, mi compañero de piso.

Un nombre que nunca olvidaré. Willem es la versión holandesa de William, como se llama su doble del cine estadounidense.

Leo deja la taza en el platillo con estrépito, se limpia la mano en el pantalón y se da un golpe con la mesa al ponerse en pie para saludarme. Willem me besa sin incidentes en las mejillas y, tras ofrecerme su sitio en el sofá, se traslada a un sillón que parece menos cómodo. Su rostro es franco y amigable. Apuesto a que todo el mundo, cuando se lo presentan, tiene la sensación de haberlo visto antes.

—Tú eras la novia de Bas, ¿verdad? —me pregunta en cuanto me siento y me estiro la falda hasta las rodillas—. Solo lo vi una vez, pero me reí con él. Ollie dice que hacía reír a todo el mundo.

—Sí, hacía reír a todos. —En otras circunstancias tomaría inquina a un amigo de Ollie que se atreviera a saber algo de Bas, pero Willem tiene una cara tan formal que despierta simpatía—. Mi madre decía que con su encanto era capaz de convencer hasta a las piedras.

—Me alegro de conocerte. Esperamos que vengan dos más. ¿Té?

Niego con la cabeza para rechazar la invitación.

—Este club es más pequeño de lo que pensaba. Muy íntimo.

—Somos más. Procuramos reunirnos en grupos pequeños y no todos a la vez —explica Willem—. No queremos darles la oportunidad de apresarnos a todos si organizan una redada. La única ocasión en que estuvimos todos juntos en una sala fue en la boda de nuestro amigo Piet. Si no, formamos grupos pequeños. Cuanto más pequeños, mejor para el trabajo que llevamos a cabo.

—¿Trabajo?

—Hacemos muchas cosas —interviene Leo, que abre el frasco de pepinillos en vinagre que he dejado sobre la mesa y saca uno—. Ahora intentamos resolver...

—Esperemos —le interrumpe Ollie, todavía apostado junto a la ventana al otro lado de la habitación—. Hasta que lleguen Judith y Sanne.

—Siento no haber traído nada más de comer —les digo a Willem y Leo—. He venido directamente del trabajo.

Leo resopla mientras coge otro pepinillo.

—Ya ves que ninguno de nosotros ha traído pasteles.

—Entonces, ¿traerán comida los otros? ¿Acaso os turnáis o...?

Un hilillo de vinagre se escurre por la barbilla de Leo, que se lo limpia antes de que caiga en la mesa.

—¿Qué?

—La comida. ¿Acaso una persona invita a los demás y lo trae todo, u os turnáis?

Su mirada refleja perplejidad. No tiene ni idea de qué le hablo. Me vuelvo rápidamente hacia Ollie, que continúa junto a la puerta. Tiene los hombros levantados a la altura de las orejas, de modo que su cabello rubio rojizo desaparece en el cuello de la camisa, y la levísima inclinación de su cabeza me indica que ha escuchado cuanto hemos dicho. Leo todavía espera a que aclare la pregunta que he hecho.

—Lo siento —digo, tensa—. Me he confundido. Disculpadme, pero he olvidado preguntarle una cosa a Ollie.

No se vuelve a mirarme, aunque tendría que estar sordo para no oír mis fuertes pisadas. Cuando estoy tan cerca de él que nos rozamos los brazos, le hablo en voz muy baja para que Willem y Leo no me oigan.

—Ollie, ¿adónde me has traído?

—¿Qué quieres decir? —Arquea las cejas.

—Lo sabes muy bien. ¿Qué clase de reunión es esta? Judith no va a venir, ¿verdad que no? —El corazón ha empezado a palpitarme con latidos sordos—. ¿A quién esperas en realidad?

¿He sido una tonta de remate al confiar en Ollie? Pensaba que era de fiar, pero a fin de cuentas no se distingue a un informante nazi solo por su aspecto. Me acerco al perchero, pero, antes de que tenga tiempo de coger el abrigo, él señala la puerta con la cabeza. Al otro lado, se aproximan dos personas, y no cabe duda de que una de ellas es Judith.

—¿Qué es esta reunión? —pregunto.

—Está a punto de empezar —dice Ollie arqueando las cejas otra vez—. Si quieres irte, ten cuidado al salir. La puerta se cierra muy deprisa.

Así pues, si intento marcharme no me lo impedirá, pero si resuelvo irme perderé la oportunidad de preguntar a Judith acerca de Mirjam. Mi única pista, y una decisión que tomar en menos de un segundo. ¿Hasta qué punto deseo encontrar a la chica desaparecida?

—Somos nosotras —susurra una voz aguda—. Judith y Sanne.

Ollie abre la puerta y yo no salgo por ella.

Judith es despampanante: tez pálida como el pergamino, cabello color melaza y una mirada capaz de cortar el cristal. La otra chica, Sanne, es regordeta y guapa, de aspecto afable y cabello rubio claro, que se le pone de punta con la electricidad estática cuando se quita el gorro.

—Perdón por el retraso; las calles están cortadas —explica dando unas palmaditas en el hombro a Ollie, y se acerca a saludar a Leo y a Willem.

Ensimismada o haciendo caso omiso de mí a propósito, Judith pasa por mi lado sin darme la oportunidad de decirle nada y se sienta en el sofá con Leo, al lado de Willem.

—Judith... —digo, pero Ollie me interrumpe carraspeando.

—Más tarde —me indica en silencio, moviendo solo los labios—. Después de la reunión. Me lo has prometido.

Se sienta en el borde del sofá, y Sanne se acomoda en un sillón. Es un movimiento fluido, se diría que lo ha repetido un millón de veces, que en esta reunión todos conocen su respectivo lugar.

—¿Hannie? —Ollie me mira. Estoy entre la puerta y el sofá, soy la única que sigue de pie—. ¿No vas a sentarte?

Solo queda un asiento libre, un escabel ancho de velvetón. Me acerco despacio a él y me siento.

—Esta es Hanneke —dice Ollie. No añade nada más a la presentación, de modo que debían de contar con mi presencia. Sin duda habrán votado si me permitían venir, o cuando menos lo habrán sometido a discusión—. Como ya os dije, respondo por ella.

Pronuncia muy serio la última frase, con la que me pone en una situación terrible. Porque ahora no puedo decir que no debería responder por mí. ¿Cómo va Judith a hablarme de Mirjam si afirmo que no soy de fiar? De todas formas..., ¿qué insinúa Ollie que puede confiármeme? ¿En qué me ha metido?

—Bien —prosigue—, el primer punto del orden del día es la falta de cartillas de racionamiento. Los alemanes son cada vez más estrictos...

—Te equivocas —interviene Willem—. El primer punto del orden del día es acordar qué estamos celebrando. Ya he tenido dos cumpleaños este mes.

—Y Leo y yo nos hemos prometido varias veces —apunta Sanne.

Willem se vuelve hacia mí.

—Como no podemos contar lo que hacemos en realidad —me explica —, siempre tenemos en mente una celebración ficticia que esgrimimos como excusa si alguien nos para.

—Antes decíamos que estudiábamos la Biblia —dice Sanne—. Pero una vez me paró un soldado y me preguntó qué libro habíamos estado leyendo. Respondí que el Génesis, porque era el único que recordaba, y entonces llegamos a la conclusión de que ninguno de nosotros conoce la Biblia lo bastante bien como para usarla de tapadera.

—Puede ser mi cumpleaños —propone Leo—. En realidad es la semana que viene, aunque resulta creíble.

—Como decía —interviene Ollie—, la falta de cartillas de racionamiento. Las falsas no se crean con la rapidez necesaria. Desde el mes pasado tenemos dieciséis personas más a nuestro cargo. Una sola persona tarda demasiado tiempo en hacer todas esas cartillas. Hemos de encontrar otro falsificador o dar con otra solución.

No me gusta que haya posado los ojos en mí al pronunciar la última frase.

—En Utrecht tienen a alguien en la oficina que expide las cartillas de racionamiento —explica Willem—. Organizaron un falso robo. El trabajador denunció la entrada de ladrones en la oficina. En realidad, las había robado él mismo y las había pasado a los grupos de la resistencia.

La conversación discurre sin que yo participe, pero intento no perderme ni una palabra. Falsificación de cartillas de racionamiento. Soy una delincuente solitaria que ha entrado en una guarida de malhechores. Pero, a diferencia de mí, no utilizan las cartillas para sacar provecho vendiendo productos, sino que se las pasan a la resistencia. ¿Para qué? ¿Comida y otros artículos para quienes trabajan en la resistencia? ¿Personas escondidas?

—Judith, ¿crees que es posible que tu tío conozca a alguien? —pregunta Ollie—. Con sus contactos del Consejo...

El Consejo Judío. La buena disposición de Judith a salir por la noche y su osadía en el instituto resultan más lógicas sabiendo que su tío forma

parte del Consejo. Puesto que son los líderes judíos designados para actuar de enlaces con los nazis y transmitir las órdenes alemanas, gozan de un poco más de libertad que el resto de los judíos.

Judith niega con la cabeza.

—Ya sabes que, aunque mi tío conociera a alguien, no puedo preguntarle. Me destriparía si se enterara de que asisto a estas reuniones.

—Miraré a ver si en Utrecht se les ocurre alguna idea —dice Willem—. Quizá su contacto de la oficina de racionamiento conozca a alguien en la oficina de aquí.

Por tanto, estos cinco de Amsterdam forman parte de una red más amplia, que se extiende por el área metropolitana y tal vez por todo el país. Pese a que me da miedo estar aquí, no puedo por menos de sentir curiosidad profesional. Su organización debe de ser enorme. ¿Cómo encuentran el número suficiente de comerciantes con los que trabajar? ¿Es bueno el falsificador? ¿Los soldados destinados en Utrecht son más o menos estrictos que los de Amsterdam?

De golpe mi mente vuelve a prestar atención cuando oigo el final de la frase de Judith: «... y llevar las cartillas al Hollandsche Schouwburg».

—¿Al teatro? —intervengo, preguntándome qué me habré perdido de la conversación—. ¿Por qué lleváis las cartillas allí?

—¿No sabes qué es el Hollandsche Schouwburg? —Ollie se dirige a mí por primera vez en la reunión, y parece decepcionado.

Claro que lo sé. Fuimos juntos una vez, aunque él no lo recuerde. Una Navidad, cuando yo tenía quince años, los Van de Kamp me invitaron a asistir con ellos a un estreno en el Schouwburg, un teatro antiguo, y mamá me dejó ponerme sus perlas. Acudió toda la familia de Ollie. De hecho, me senté entre él y Bas, que me tuvo cogida la mano durante la representación.

—Es un teatro —digo—. O lo era. Ahora está cerrado, ¿no?

Ollie asiente.

—Era un teatro. Lo rebautizaron como Teatro Judío y ahora es un centro de deportación. A los judíos que capturan en la ciudad los llevan al Schouwburg, donde los tienen varios días antes de trasladarlos... a Westerbork principalmente, pero en ocasiones a otros campos de tránsito.

El majestuoso teatro con telón de terciopelo se ha convertido en un enorme calabozo para los prisioneros de los alemanes. Algunos clientes míos viven en ese barrio. Es repulsivo que los alemanes se apoderen de todo lo bello que tenemos y lo emponzoñen.

—No lo sabía —digo.

—¿Adónde creías que enviaban a los judíos? —pregunta Judith.

—A campos de trabajo, o a vivir a otro país. No soy una ignorante.

Siempre nos han dicho que los mandan a campos de trabajo, pero nunca me había preguntado cómo los prisioneros judíos llegan a ellos.

—¿Campos de trabajo? —repite Judith con retintín—. Lo dices como si los judíos fueran a trabajar a una oficina, un taller o algo así. No tienes ni idea de las sádicas barbaridades que he oído contar de esos campos.

Antes de que pueda pedirle que me explique más cosas, interviene Sanne, apaciguadora.

—Es lógico que no sepas más —me dice—. Los nazis tratan de ocultar lo que hacen. En el caso del Schouwburg, obligan a todo el mundo a permanecer en el edificio hasta el momento de trasladarlos. El Consejo se ocupa de darles comida y mantas; es lo único que puede hacer. Judith va como voluntaria un par de veces por semana, y su prima trabaja en el jardín de infancia.

—¿Hay una guardería?

Judith hace una mueca.

—Los nazis pensaron que sería un caos tener a los niños en el teatro con sus padres. Los pequeños esperan en el jardín de infancia hasta que sus familias tienen que partir.

No sé qué decir, y no tengo que decir nada. Ollie carraspea, para recuperar el control de la reunión.

—Así pues, Willem hablará con Utrecht —dice—. ¿Cuándo crees que podrás ponerte en contacto con ellos, Willem?

—Esperad —digo.

—Y cuando Willem y Judith consulten a... —empieza a decir Leo.

—Esperad. —Todos guardan silencio y me miran—. El Schouwburg. ¿Es ahí adonde va a parar todo el mundo, o solo aquellos a quienes han ordenado presentarse?

Leo pone cara de perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

—Si encontraran en la calle a alguien a quien no estuviera previsto deportar, pero cuyos documentos indicaran que es judío, ¿lo llevarían al teatro o a otra prisión?

Ollie responde a mi pregunta con voz neutra.

—Hay unos cuantos centros de deportación de menor tamaño en otros lugares de la ciudad. Pero en la mayoría de los casos, sí. Si alguien estuviera donde no debe estar, es muy posible que la llevaran a Schouwburg.

Advierto que ha usado el pronombre «la», consciente de que no siento curiosidad por el procedimiento en general, sino por una persona en particular. La conversación sobre cómo llevar cartillas de racionamiento al teatro ha conducido por casualidad al motivo de mi presencia aquí esta noche.

—¿Podría estar Mirjam en el teatro? —pregunto—. ¿En estos momentos?

Judith y Ollie se miran.

—En teoría, sí —contesta él con prudencia.

—¿Cómo averiguo si se encuentra allí?

—Es difícil.

—¿Muy difícil?

Ollie suspira.

—El hombre judío designado para dirigir el Schouwburg..., contamos con él en muchos asuntos. No puedo pedirle un favor personal. Debemos usar estratégicamente nuestros recursos. Debemos decidir qué acciones beneficiarán al mayor número de personas, al movimiento en su conjunto.

—Pero quizá si yo pudiera hacer llegar un mensaje a Mirjam... Sería posible, ¿no?

Se pasa las manos por los ojos.

—¿Podemos terminar de tratar los puntos de nuestro orden del día y hablar de esto más tarde, al final de la reunión?

—¿Vuestro orden del día?

Si fuera una mera espectadora de esta conversación, me diría a mí misma que dejara de presionar, que nadie desea ayudar a quien muestra un comportamiento infantil. Pero en este momento no puedo evitarlo. Ollie me ha traído aquí con engaños y por fin he obtenido un dato que podría ser útil, y va y me dice que es imposible ayudarme, sin explicar por qué.

Los otros reanudan la conversación sobre la falta de cartillas de racionamiento y la falsificación de documentos de identidad. Esto no me sirve de ayuda con Mirjam. Tiene quince años. ¿Cómo va a conocer la forma de conseguir un documento de identidad falso a través de la resistencia? ¿Cómo va a saber qué hacer? Es probable que esté sola y asustada, y ya lleva cuarenta y ocho horas desaparecida. ¿Puede una niña de quince años evitar durante cuarenta y ocho horas que la capturen en las calles?

Cuando los temas del orden del día se agotan, clavo los ojos en Judith. La llevo aparte apenas deja de hablar con los demás.

—Judith.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Estamos hablando —responde con frialdad, pero cada una de las sílabas dice: «No entiendo por qué te ha dejado venir Ollie».

—En primer lugar quería disculparme por colarme en el instituto de esa manera y asustarte.

—No me asustaste —replica con socarronería—. A estas alturas, hace falta mucho más que eso para asustarme.

—Por darte una sorpresa, pues —transijo—. Perdona que entrara en el instituto y no te dijera qué buscaba en realidad.

—Podrías haberme puesto en un aprieto.

—Estaba desesperada.

—Todos estamos desesperados.

Si Judith fuera un soldado, en este momento yo bajaría la vista y le diría con voz queda que tiene razón y que no entiendo nada de nada. Pero Judith no es un soldado. Seguramente detesta a los aduladores.

—Me he disculpado. Y de corazón. Y volveré a hacerlo si quieres. He venido aquí esta noche porque busco ayuda para localizar a una chica que

fue alumna del instituto donde trabajas.

Fijo la vista en el puente de su nariz —es más fácil que mirarla a los ojos—, deseando que hable. Soy lo bastante obstinada para permanecer en silencio.

—Mirjam Roodveldt —dice. El aire se abre entre las dos—. Estudió en el liceo hasta hace unos meses.

—Tú la conocías. ¿Me mentiste? Es decir, me contaste que un fuego había destruido las fotos; ¿es cierto?

—No te mentí. Un fuego destruyó las fotos. Lo provoqué yo misma. —Levanta la barbilla, como si me desafiara a dudarlo—. No quería que los alemanes tuvieran una lista más de los alumnos que aún quedan. No es que importe mucho. Encuentran a todo el mundo.

Una pieza encaja en mi mente. Al empezar la guerra, odiábamos a los alemanes porque quemaban edificios. Pero en los últimos tiempos he oído hablar de incendios en oficinas de registros oficiales y me preguntaba si algunos no los habría provocado la resistencia, como actos de protección.

—Pero ¿la conocías? Pelo oscuro. Menuda. Es posible que llevara un abrigo de un azul vivo.

Judith se muerde el labio.

—Me acuerdo de cuando se compró ese abrigo. Un día tropezó, se enganchó el viejo en una verja oxidada y se hizo un buen rasgón en la tela. También se hizo una herida en la rodilla. Recuerdo que pensé que le quedaría la cicatriz de por vida. Al cabo de unos días volvió con puntos de sutura y un abrigo nuevo. Esa mañana llovía y me pidió permiso para entrar antes de que el instituto abriera sus puertas, para que no se le mojara demasiado.

—¿Qué más recuerdas de ella? —Apenas me salen las palabras. En el fondo no esperaba encontrar a nadie que conociera a Mirjam Roodveldt. Una parte retorcida de mí quizá creyera que era un espectro creado por la señora Janssen. Pero es de carne y hueso.

—¿Por qué te interesas tanto por ella? —Judith me mira con una expresión sagaz—. ¿Es amiga tuya?

—No. Me... me pagan para que la encuentre.

Es estrictamente cierto, y ahora mismo me resulta más fácil que explicar todo lo demás acerca de mí, de Bas, del hecho de que encontrar a Mirjam me parece una tarea que pondrá orden en el mundo. Todavía me avergüenza lo vulnerable que me mostré ante Judith cuando nos vimos en el instituto.

—¿Solo a ella? —El rostro de Judith refleja incredulidad—. ¿Estás aquí porque buscas a una única persona?

—Por favor, ¿recuerdas algo más?

Judith suspira.

—No demasiado. Era guapa; creo que tenía muchos admiradores.

—¿Alguna persona a quien estuviera especialmente unida? ¿Alguien a cuya casa pudiera haber ido, o a quien quizá explicara dónde pensaba esconderse?

—No soy más que una secretaria. Solo hablo con los alumnos cuando llegan tarde y necesitan un justificante o algo por el estilo. Lo siento.

—¿No sabes nada más?

—Te he traído algo, aunque dudo que te sea de gran ayuda. —Se inclina sobre su bolso y saca un sobre blanco rectangular, sin señas y sin cerrar—. Tareas escolares que encontramos en su pupitre. Algunos alumnos desaparecen sin tener la oportunidad de llevarse sus libros y papeles. Siempre pienso, por si alguno volviera... En fin, rebusqué en nuestra colección de objetos abandonados y esto es lo que teníamos de Mirjam.

Me entrega el sobre y hojeo rápidamente su contenido. Las tres primeras páginas son deberes de matemáticas, y las dos siguientes, exámenes de biología. No hay ninguna foto, nada que parezca de utilidad inmediata. Procuro ocultar mi decepción; Judith ha tenido la amabilidad de traérmelo y no quiero mostrarme tan malhumorada como al principio de la reunión.

—Ollie dice que tienes contactos.

—Depende de lo que entendáis por contactos.

—Dice que encuentras cosas. Necesitamos más vendedores dignos de confianza, y personas que nos los presenten.

—No he venido para eso.

—Entiendo. —Se me queda mirando con serenidad. Me cuesta trabajo no devolverle la mirada, fijarla en los deberes de matemáticas de Mirjam

que tengo en el regazo. Antes de que pueda mirar con mayor detenimiento los demás papeles, Ollie me pone la mano en el hombro y le miró aliviada.

—Es casi la hora del toque de queda. Te acompaño a casa. Judith, Willem y Sanne saldrán dentro de unos minutos.

Judith se levanta para ponerse la bufanda.

—Gracias por tratar de ayudarme —le digo con un tono muy formal.

Se detiene.

—Quizá mi prima conociera mejor a Mirjam. No viene a las reuniones porque no es más que una niña, pero a veces nos echa una mano. Es alumna del instituto. A lo mejor podría concertarte una cita con ella.

—Por favor —digo con avidez—. Podría pasarme por el instituto mañana a primera hora. —Estoy segura de que encontraré algún recado que hacer para el señor Kreuk en ese barrio.

—Ve al Schouwburg por la tarde. Las dos trabajamos de voluntarias allí. Te esperaré en la puerta. Así verás lo que hacemos todos nosotros.

No quiero ver lo que hacen, y Judith lo sabe. Por eso ha propuesto el Schouwburg. Está dispuesta a ofrecerme más ayuda, pero tendrá un precio.

Ollie me toca el hombro.

—¿Estás preparada? —me pregunta.

Me remeto en el cinto del vestido el sobre que me ha dado Judith, para no llevarlo a la vista por la calle.

—Sed prudentes —dice Ollie a Judith y Willem.

—Tened cuidado —responde el doble del actor norteamericano.

8

—No tenías derecho.

—¿A qué no tenía derecho? —Ollie echa un vistazo a ambos lados de la calle antes de empujarme hacia la izquierda y cerrar la puerta a su espalda.

—Estás en la resistencia.

No me molestó en formular la frase como una pregunta. Ollie sigue caminando con paso seguro delante de mí, pero tensa los hombros al oír mis palabras. En la calle hace un frío hosco y vengativo, más frío del que ha hecho en meses, y el aliento se me convierte en vapor mientras recorremos presurosos el canal.

—No debemos hablar de esto ahora.

—Estás en la resistencia. Dijiste que me invitabas a ir a un club gastronómico.

Se detiene.

—Era un club gastronómico. Lo fue. Conversábamos de libros y política. Me apunté con Willem y Judith. Cuando ella tuvo que dejar los estudios por ser judía, unos cuantos decidimos que no podíamos tener un grupo que se reuniera solo para comer. Debíamos intentar poner remedio a lo que está mal.

Echa a andar de nuevo y le sigo. Se muestra autosuficiente dando explicaciones a medias, y desdeñoso respecto al hecho de que me ha metido en esto.

—No te creo. —Cuanto he experimentado en los dos últimos días, cada emoción, cada temor, cada palabra amarga que no he dicho a la señora De Vries, cada duda respecto a la posibilidad de encontrar a Mirjam Roodveldt..., todo eso sale ahora, en la calle, delante de Ollie—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Por qué no me dijiste adónde me llevabas?

—Porque ¿qué habría pasado si te hubieran parado cuando venías de camino? Quería que pudieras decir con total sinceridad que ibas a ver a un amigo. No sé si sabes mentir bien.

Sé mentir muy bien, mejor de lo que él piensa. Ollie nunca me ha visto coquetear con los soldados notando cómo el vómito me sube a la garganta, ni convencer a mis padres de que mi trabajo consiste en pedir flores y consolar a familias afligidas. Nunca ha visto cómo hago creer a todo el mundo que soy una persona completa después de la muerte de Bas. Es Ollie quien no tendría que saber mentir.

—Tú, en la resistencia —digo finalmente—. Si siempre has acatado las normas.

Se echa a reír, una repentina carcajada estruendosa y amarga.

—¿No crees que quienes siguen las normas son los que mejor se organizan contra los nazis? No todo son explosiones y rescates audaces. Hay mucho papeleo aburrido.

—Ollie, ¿por qué me dijiste que viniera? —le pregunto mientras camina delante de mí—. Yo no te lo pedí. No quería meterme en esto. Podías haberte limitado a concertarme una cita con Judith en un café. ¿Por qué confías en mí? Podría contar a la policía todo lo que he visto.

Se da la vuelta en el acto. Su mirada es fría.

—¿Vas a hacerlo? ¿Vas a acudir a la policía? ¿Crees que lo que hacemos está mal?

—Ya sabes que no creo que esté mal.

Desde el punto de vista moral, no. Pero en este mundo se puede tener razón o se puede estar a salvo, y comparado con el tipo de peligro con que coquetea Ollie, mi trabajo parece insignificante. No se trata de un peligro limitado y controlado, como el que entraña traficar en el mercado negro o buscar a Mirjam. Es inmenso y se expande por todas partes, un agujero sin fondo de necesidades que me engulliría entera. Los nazis encarcelan a quienes trabajan en el mercado negro. Encarcelan o mandan a campos de trabajos forzados a quienes esconden a judíos. Pero ¿qué hacen con los miembros de la resistencia a quienes pillan robando cartillas de racionamiento, trabajando para derrocar el régimen alemán? A esos los matarán de un tiro. A los que tengan suerte. A los que no la tengan, los

torturarán antes. ¿De qué otras muchas maneras puede trastocarse mi cauteloso mundo?

—No quiero participar —digo—. Soy una chica aria de póster, ¿no te acuerdas, Ollie? No ayudo a la resistencia. Encuentro queso en el mercado negro.

—¡Necesitamos queso del mercado negro! Necesitamos comida para los *onderduikers*, los que están escondidos. Necesitamos documentos de identidad falsos. Necesitamos chicas guapas para que los soldados no se den cuenta de que además son listas y valientes y trabajan contra ellos.

—Judith ya me ha hecho sentir culpable. Ha dejado claro lo altruistas que sois. Yo no lo soy.

Me agarra por los hombros, un movimiento repentino que me desconcierta.

—¿No has pensado nunca que quizá eres mejor de lo que crees, Hanneke?

Los dos olemos a lana húmeda, y aun con el abrigo noto que Ollie tiene los dedos fríos. Trato de desasirme de él, pero me agarra con más fuerza.

—¿No has pensado que quizá por eso te dije que vinieras?

—¿De qué me hablas, Ollie?

—Te hablo del porqué. Por eso te dije que vinieras. Porque, por más que insistas en que no quieres participar, sabes que lo que pasa en este país está mal y ya estás en condiciones de ayudarnos.

—Eso no significa que esté dispuesta a jugarme la vida. Ya cuido de mis padres, que se morirían de hambre si algo me ocurriera. Ya estoy buscando a una chica desaparecida. Esa es mi manera de oponer resistencia. Doy de comer a unas personas y localizaré a la chica que se me ha pedido que encuentre. ¿No basta con que una persona salve una vida? Lo que quieres de mí es demasiado. No estoy dispuesta a hacer más, y es injusto que me lo pidas.

La voz de Ollie se suaviza, al igual que sus ojos, serenos y azules.

—A mí me parece que sí estás dispuesta a jugarte la vida. Hace tiempo que piensas que esto es terrible. Cuando tenías catorce años, ya decías que Adolf Hitler era malvado. ¿Te acuerdas de aquella cena?

No puedo apartar la vista de él. Sé a qué se refiere. Una conversación durante una cena de hace cuatro años, en casa de sus padres. Hablé sin parar de Hitler, y la señora Van de Kamp intentó distraerme, primero pasándome los guisantes, luego los panecillos, y al final me dijo que las personas educadas no conversaban de política en la mesa. Bas ni siquiera me prestó atención. En cambio, Ollie sí me escuchó. Creo que incluso asintió a mis palabras. Pero han pasado muchos años; toda una vida. Ollie no sabe nada de mí ahora, desde luego no lo suficiente para pronunciar esos discursos de altos vuelos. No sabe que Bas murió por...

Me sacude los hombros por última vez antes de soltarme y se pasa los dedos por el pelo.

—Estamos perdiendo, Hanneke —murmura—. Cada vez desaparece más gente, enviada a Dios sabe qué infierno. Los primeros deportados... Las familias recibieron postales de hijos y hermanos que explicaban que los trataban bien. Más tarde las familias recibieron de la Gestapo una notificación de que los hijos y hermanos habían fallecido de alguna enfermedad. ¿Acaso le ves alguna lógica? Jóvenes sanos... Primero envían postales diciendo que están bien, y de pronto se mueren. Y ya nadie manda postales.

—¿Crees que están matando a los judíos? —le pregunto.

—Lo que digo es que no sé qué pensar ni cuál es la verdad. Solo sabemos que las granjas y desvanes están hasta arriba de *onderduikers*. Ya no quedan en el país lugares donde esconder a personas desesperadas por ocultarse. Necesitamos ayuda, más ayuda, cuanto antes, de gente en puestos estratégicos como tú.

—No me conoces —susurro—. Si supieras ciertas cosas de mí, no...

—Chist —me interrumpe.

Empiezo a protestar, pero se lleva un dedo a los labios. Tiene todo el cuerpo tenso y escucha algo con atención. Nos quedamos petrificados los dos cuando yo también lo oigo: gritos en alemán a lo lejos, pero que se acercan. Llantos sofocados y pasos desordenados sobre los adoquines. En estos tiempos, esos sonidos solo significan una cosa.

Ollie se da cuenta al mismo tiempo que yo.

—Una redada.

Los ruidos se aproximan. Nos miramos a los ojos, nuestra discusión queda olvidada de inmediato. Levanta la mano y, nervioso, echa hacia atrás la manga del abrigo. No entiendo lo que hace, hasta que da unos golpecitos con el dedo en el reloj para mostrarme la hora. Llevamos tanto rato discutiendo en la calle que estamos a punto de saltarnos el toque de queda. Hoy los dos vamos a pie, y mi casa queda a más de un kilómetro.

No podemos permitir que nos sorprendan en medio de una redada, cuando los soldados ya están peligrosamente borrachos de poder.

—¡Por aquí! —brama un soldado. Su voz reverbera en los adoquines—. ¡Caminad!

La voz suena a la vuelta de la esquina. El soldado y los prisioneros llegarán en cualquier momento a la calle donde nos encontramos.

—Tenemos que... —empieza a decir Ollie.

—Sígueme.

Le cojo de la mano en un acto reflejo y lo llevo hacia una pequeña bocacalle. La recorremos deprisa y giramos por otra y luego por una tercera. Por una vez, agradezco el trazado tortuoso de las calles de Amsterdam.

A mi lado, Ollie camina con paso tranquilo, pero se le mueven los músculos de la mandíbula cada vez que aprieta los dientes, y nos comunicamos por señas haciendo caso omiso de los gritos que todavía oigo a unas manzanas de distancia. A los dos nos sudan las manos. No quiero tener que ver a las personas a quienes se llevan los soldados. Es una actitud cobarde, pero no quiero que me recuerden que a mí no me apresarán porque tengo el cabello rubio y el apellido apropiado.

La calle donde nos encontramos es poco más que un callejón, tan estrecha que si extendiera los brazos casi tocaría los edificios de ambos lados. Es más segura que una vía principal porque hay menos posibilidades de que nos vean; es más peligrosa que una vía principal porque, si alguien nos ve, no hay escapatoria. Ollie y yo nos agarramos de la mano con tanta fuerza que mañana los dos tendremos moratones.

El entorno empieza a resultar conocido. Pasamos por delante de una librería, ya con las puertas cerradas, a cuyo dueño le llevo a veces café; de una óptica y del taller de un zapatero dispuesto a intercambiar zapatos por

cerveza. Sé dónde desemboca esta calle: cerca de una escuela de baile donde a Elsbeth y a mí nos obligaron a recibir clases de vals espantosas.

Ya estamos cerca de casa. Si fuera necesario, podríamos llamar a la puerta de algún vecino con el pretexto de pedir un huevo, por ejemplo, y es probable que nos dejara entrar. Estamos casi a salvo. Sigo oyendo a lo lejos los gritos de la redada. Aprieto el paso para poner más distancia entre ese miedo y mi persona. De pronto Ollie me aprieta todavía más fuerte la mano.

Veo dos siluetas al final de la calle, con sombras alargadas que sé que son armas.

Debemos seguir caminando. No tenemos alternativa. Nunca la hay. Sé que sus uniformes son verdes, y por eso hemos de seguir andando. Tenemos que pasar por delante de ellos, pues resultaría sospechoso que diéramos media vuelta y nos alejáramos. Ojalá Ollie no estuviera conmigo. A los nazis no les gusta que las chicas coqueteen con ellos estando con otro muchacho. Seguramente les recuerda lo que podría estar ocurriendo en su país.

Las armas apuntan al suelo. Los soldados charlan en alemán, tan deprisa que no los entiendo del todo. Uno da una palmada en el hombro al otro y se echa a reír. No parece que vengan de una redada. Han salido a realizar su ronda habitual y hemos tenido la mala suerte de elegir la misma calle que ellos.

Me encojo y me pego al cuerpo de Ollie a fin de dejar espacio suficiente para los dos soldados.

—Buenas noches —dice Ollie en alemán cuando pasamos apretujados por su lado, rozándolos casi. Yo saludo con un gesto de la cabeza y sonrío.

Los dejamos atrás y mi cuerpo comienza a relajarse. Dentro de unos segundos llegaremos al final del callejón. A mi lado, Ollie hace lo mismo que yo: camina con paso acompasado para que parezca que no tenemos prisa por ir a ninguna parte.

—¡Esperen!

No hay alternativa, de modo que nos paramos y nos volvemos hacia ellos. A unos metros, uno de los agentes de la policía verde se ha girado y mira en nuestra dirección. Vuelvo la cabeza para echar un vistazo al final

del callejón, pero Ollie me tira con firmeza de la mano. «Ni se te ocurra huir», me da a entender. Desde luego que no, puesto que van armados.

—¡Esperen! —repite a gritos el soldado, y salva la distancia que nos separa—. Esperen. ¿No nos conocemos? —Se inclina hasta que su cara queda a unos centímetros de la mía.

¿Me conoce? Es difícil saberlo con esta luz. ¿De qué me conocerá? ¿Se trata de uno de los soldados con quienes he flirteado? ¿De alguien a quien el señor Kreuk me mandó venderle algo y de cuyos chistes malos me reí hasta que concluyó la transacción? ¿O me ha visto hace poco entrando en el liceo judío?

Una cortina ondea en una ventana cercana. Todos los residentes de esta calle están encogidos de miedo en el salón de su casa, observándonos en silencio.

—Claro que nos conocemos —dice con una risotada.

—Creo que no —murmuro con tono amigable—. Estoy segura de que me acordaría de usted.

—Yo sí me acuerdo —dice—. La pareja. ¡La pareja de enamorados!

—¡Sí, señor! —Asiente Ollie en alemán. Es la primera vez que le oigo hablar en voz tan alta. Su acento continúa siendo impecable, pero arrastra las palabras como si él también hubiera estado bebiendo—. ¡Rembrandt!

—¡Rembrandt! —repite el alemán, y ahora lo reconozco: el que estaba en la plaza anoche.

Ollie me rodea con un brazo.

—¿Cómo está nuestro amigo, el amante del arte? A mi prometida y a mí nos encanta Rembrandt, ¿verdad, cariño?

Me dirige una mirada cargada de intención y, aunque el corazón me late tan deprisa que casi se me sale del pecho, alzo la mano hacia la suya para darle un apretón afectuoso.

—Es nuestro favorito —consigo decir.

—Si van a Alemania algún día, tenemos un arte magnífico.

—Iremos —le prometo con lo que espero que sea una sonrisa amigable—. Cuando acabe todo.

Entorna los ojos.

—¿Cuando acabe qué?

Cuando acabe la guerra, quiero decir. Cuando volvamos a la normalidad. Creo que mis palabras no son ofensivas, pero salta a la vista que al soldado no le han gustado.

—Cuando... —repito, empezando a improvisar una explicación.

—¡Cuando hayamos celebrado nuestra boda! —exclama Ollie—. ¡Cuando haya acabado la locura de la boda!

«Bendito seas, Ollie, Laurence Olivier». No estoy acostumbrada a que los demás sean tan rápidos de reflejos como yo a la hora de lidiar con los nazis.

—Qué agradable ver una pareja enamorada. —El soldado me pellizca la mejilla con dedos fríos—. Me recuerda a mi mujer, que ahora está en casa, cuando éramos jóvenes.

—¡Por su esposa! —Ollie levanta en el aire una copa imaginaria.

—¡Por mi esposa!

Ollie me hace un guiño significativo con aire lujurioso.

—Deberíamos ir a casa, futura esposa.

—¡Por su esposa! —chilla el agente de la policía verde.

—¡Por mi esposa! —dice Ollie.

—¡Bésela! —le ordena el agente, y Ollie obedece.

En la calle, para satisfacción del agente alemán de la policía verde y de quienes miran encogidos de miedo detrás de las cortinas, Ollie me toma el rostro entre las manos y me besa. Su boca es suave y carnosa, sus pestañas me rozan la mejilla, y solo él y yo sabemos que los labios nos tiemblan de miedo.

[paréntesis 2]

Cosas que han cambiado en mi vida en los dos últimos días: todo y nada.

Sigo mintiendo a mis padres, que siguen preocupados por mí. Sigo recorriendo una ciudad cambiada en una bicicleta de segunda mano con un neumático rebelde y sigo experimentando en el estómago sensaciones enfrentadas de indiferencia y temor.

Pero los asuntos sobre los que miento son mucho más importantes, y lo que hago, mucho más peligroso. Me he convertido sin querer en un miembro de la resistencia, y si me atraparan los alemanes, en vez de darme un tirón de orejas, es muy posible que me mataran.

Además he besado al hermano de mi difunto novio.

La última vez que vi a Bas:

Es cierto que fui a esa estúpida y triste fiesta de despedida que sus padres le organizaron, en la cual la madre se pasó la mayor parte del tiempo llorando y el padre permaneció en un rincón tan quieto y callado que la gente chocaba continuamente con él y le decía: «Perdone, no había visto que estaba aquí». Es cierto que le di a Bas un medallón con mi retrato y que él me dio un mechón de pelo.

Es cierto que nos besamos en el comedor.

Pero cuando me marché, corrió en mi busca y dijo que tenía algo más para mí. Se trataba de una carta. Una carta por si moría. Se suponía que debía abrirla si la Marina se ponía en contacto con su

familia, y que en ella Bas nos diría cuánto nos quería a todos, cuánto nos echaba de menos y lo feliz que le habíamos hecho.

Al menos es lo que imagino que suelen decir las cartas de ese tipo. No lo sé. Nunca abrí la de Bas. Cuando me entregó el sobre en la calle, le dije que la carta solo podría traer mala suerte. Le dije que, para demostrar hasta qué punto era innecesaria, la destruiría apenas llegara a casa.

Y así lo hice. La rompí en pedacitos y la tiré a la basura.

Por tanto, jamás sabré cuáles fueron las últimas palabras que Bas me dirigió. A veces pienso que eran para decirme que me quería. A veces sueño que abro el sobre y que leo: «No te he perdonado lo que me obligaste a hacer».

9

Jueves

—Me alegra ver que vuelves a relacionarte, Hannie —comenta papá.

Mi madre ha salido esta tarde, una excursión excepcional al mundo exterior para visitar a su hermana, que vive en el campo. Debido al toque de queda, es probable que no venga a dormir, de modo que papá y yo estamos solos. He venido del trabajo para prepararle la comida, y ahora lee sentado en el sillón mientras yo, con los papeles escolares de Mirjam en el regazo, aguardo la hora de ir a realizar una entrega antes de reunirme con Judith y su prima en el teatro. El señor Kreuk tiene que ocuparse de un funeral más tarde; espero que no se dé cuenta de que no regreso a mi escritorio.

—¿Relacionarme? —digo desconcertada.

—Salir con amigos, como anoche. No recuerdo la última vez que lo hiciste.

Tiene razón. Hace años tenía un grupo. Bas era el cabecilla. Elsbeth, la descarada. Yo formaba parte del núcleo, pero no era muy audaz ni muy brillante. Me contentaba con disfrutar de su luz. Otros amigos giraban como pequeñas lunas en torno a Bas, a Elsbeth —dos de las personas a las que yo más quería— y a mí. Anoche solo podía pensar en lo extraño que era verse arrastrada a una reunión de la resistencia. No pensé en lo extraño que era verse arrastrada de nuevo a una pandilla de amigos.

—Ollie no es un amigo, papá. Es... —Comprendo, demasiado tarde, que cualquier matización solo despertará sospechas—. Supongo que es un amigo. Es un placer tener a alguien con quien charlar.

—Eres joven. Estaría bien que tuvieras a alguien con quien hacer algo más que charlar. —Me guiña un ojo y le lanzo un cojín a la cabeza—. ¿Maltratas a un inválido?

Le tiro otro cojín.

—¿Qué pensaría mamá si te oyera animarme a salir con chicos hasta tarde?

—Nunca le importó que te quedaras hasta tarde con Bas. Claro que siempre pensamos que vosotros dos...

Se da cuenta de lo que está a punto de decir y se interrumpe en mitad de la frase. Yo debería hablar para romper el silencio, pero no encuentro las palabras. Clavo la vista en el regazo y miro la primera hoja de los papeles de Mirjam.

—¿Qué lees? —me pregunta papá.

—Cartas y tareas escolares de hace tiempo —respondo sin faltar a la verdad. Tan solo omito que las cartas y tareas escolares no son mías—. ¿Encendemos la radio?

Asiente con entusiasmo; ya sabía yo que la propuesta evitaría que me formulara más preguntas. La información y la comunicación con el mundo exterior son muy valiosas. Los nazis han cortado casi todas las líneas telefónicas particulares. Nosotros ya no tenemos, pero los vecinos de los barrios acomodados donde viven sus simpatizantes todavía disponen de teléfono. Se rumorea que los alemanes van a exigirnos que les entreguemos los aparatos de radio. Papá y yo ya hemos sacado de un armario uno viejo y estropeado, que usamos en lugar del bueno.

Se supone que solo oímos propaganda autorizada. Es ilegal sintonizar la BBC, que, junto con los periódicos clandestinos, constituye nuestra única fuente de noticias fiables ahora que los alemanes se han hecho con el control de la prensa holandesa. A veces el gobierno holandés en el exilio realiza emisiones a través de esa emisora; lo llamamos Radio Orange. Mamá nos tiene prohibido sintonizar la BBC, pues la aterroriza que nos pillen, pero a papá y a mí no nos preocupa y la oímos con el volumen muy bajo, las ventanas cerradas y toallas remetidas bajo las puertas para que no salga el sonido. Papá escucha con atención las palabras de los locutores

británicos. Mi inglés no es tan bueno como el suyo, por lo que me las apaño como puedo y luego él me aclara lo que no he entendido.

Con el monótono zumbido de la radio, vuelvo la atención a las pertenencias de Mirjam que tengo en el regazo. Las hojas están fechadas a finales del verano o principios del otoño, supongo que unas semanas antes de que tuviera que esconderse. Las notas de los exámenes son altas, y Mirjam llevaba un registro comparativo de sus calificaciones y las de los demás. Era una buena estudiante. Mucho mejor de lo que fui yo. Además de las tareas escolares, guardó unas cuantas fotos de mansiones y vestidos elegantes recortadas de revistas.

Un ruido rítmico como de serrucho se impone al zumbido sordo de la radio. Papá ronca en el sillón. Cuando ordeno las hojas, una escapa revoloteando. Es de menor tamaño que las otras y está plegada minuciosamente en forma de estrella. Conozco esa manera de doblar papeles: en una ocasión estuve dos días intentando plegar unas notas de ese modo, en vez de atender en clase de mates. Era el método que solíamos utilizar las chicas de mi instituto para pasarnos notas. Elsbeth fue la primera que aprendió y luego nos enseñó a las demás.

Tardo un momentito en recordar cómo se abre. En cuanto encuentro la esquina adecuada, enseguida me acuerdo del resto. Es la única hoja escrita con letra descuidada, diminuta, en lugar de la convencional caligrafía en cursiva de las tareas escolares. Se parece a las notas que Elsbeth y yo nos pasábamos, redactadas en secreto detrás de los libros de texto y entregadas cuando nos cruzábamos en el pasillo.

Querida Isabel:

Estoy en clase de mates y el profesor tiene suelta la suela de un zapato y cada vez que da un paso hace el sonido más grosero que hayas oído. Es casi indecente, y todos se ríen al oírlo. Ojalá estuvieras en esta aula. Creo que T. se ha fijado hoy en mí, se ha fijado de verdad; es decir, no me ha pisado el pie sin querer, ni me ha recogido la pluma al dejarla caer yo junto a su pupitre, ni me ha dicho «Perdona» después de que chocara con él en el pasillo. (¿Te he contado que he probado todos esos trucos, Isabel? ¿Te he

contado que me he vuelto tan patética que he llegado al extremo de esperar junto a las puertas cuando sabía que él iba a cruzarlas? Sí, querida, es cierto. Me arrojé al peligro solo para que me hable. Me parece mentira que cuando éramos niños viniera a mi casa a comer tostadas al salir de la escuela y que ahora yo sea incapaz de decirle dos palabras). ¡Pero...! Hoy ha sido distinto. Hoy me he levantado en clase de literatura para mi exposición oral y he hecho una bromita y T. se ha reído, una carcajada sincera, y después me ha dicho que era un chiste gracioso. ¡Un chiste gracioso! Conque no soy tan patética como temía (¿O si lo soy?).

Te echo de menos, querido tesoro. ¡Escríbeme pronto, muy pronto, prontísimo!

Con cariño y adoración,

MARGARITA.

Releo la carta, y la vuelvo a leer, sintiendo cómo los conocidos ritmos de la amistad surgen de la página.

¿Acaso no le conté a Elsbeth en una nota como esta la primera vez que hice reír a Bas? ¿Cuántas notas pasé, llenas de secretos y anécdotas y dobladas en una estrella perfecta? ¿Cuántas recibí? Elsbeth me regaló una caja para guardar las docenas de cartas plegadas en forma de estrella. Era una caja de cigarrillos vieja, revestida de papeles de colores y después barnizada con laca: un regalo porque sí, sin motivo. Se rio cuando le pregunté si la había decorado ella misma. «No, por Dios. No quiero ensuciarme las manos. La vi y pensé que te gustaría, tonta. Para meter notas». Así era Elsbeth. Generosa y despreocupada, hacía regalos sin que los demás se sintieran en deuda por recibirlos, pues los entregaba con toda naturalidad. «Deberías decirle a Bas que te la ha regalado un chico —me aconsejó—. Para que se ponga celoso».

¿Todavía tengo la caja? ¿Todavía me reconocería a mí misma en esas cartas?

He aquí una característica de mi dolor: es como una habitación muy desordenada de una casa donde se ha ido la luz. Mi dolor por Bas es la oscuridad. Es el fallo fundamental de la casa. Es en lo primero que repara

todo el mundo de inmediato. Oculta por completo todo lo demás. Pero si pudiéramos encender la luz veríamos que hay otras cosas que están mal en la habitación. Los platos están sucios. Hay moho en el fregadero. La alfombra está torcida.

Elsbeth es mi alfombra torcida. Elsbeth es mi habitación desordenada. Elsbeth es el dolor que me permitiría experimentar si la oscuridad no ocultara por completo mis sentimientos.

Porque Elsbeth no está muerta. Vive a veinte minutos de aquí, con un soldado alemán. Dice que le quiere. Probablemente es cierto. Lo vi una vez. Rolf: alto y apuesto, con una sonrisa cordial. Incluso dijo lo que debía decir: que sabía que todos los chicos deseaban a Elsbeth y que se sentía afortunado de que fuera suya; que trabajaba para un cargo importante de la Gestapo y que, si alguna vez yo necesitaba algo, se lo dijera, pues los amigos de Elsbeth eran también amigos suyos. Le estreché la mano y me entraron ganas de vomitar.

Por eso ahora, contemplando estas notas escolares, es como si la luz se hubiera encendido en mi desordenada habitación, solo un instante. No me siento angustiada por Bas. Me parece que vuelvo a ver a Elsbeth.

Esta nota es optimista, como las que nosotras escribíamos mucho antes de que estallara la guerra, cuando rumiábamos quién nos quería y quién no, quién no nos hacía caso y quién nos prestaba atención.

¿Quiénes son Isabel y Margarita? ¿Se habrán mezclado los papeles de otra alumna con los de Mirjam? Por lo visto, las dos chicas eran buenas amigas y estaban en aulas distintas, tal vez en cursos diferentes, como Elsbeth y yo. Lo añado a mi lista mental de preguntas que he de plantear a la señora Janssen y a la prima de Judith. ¿Qué más he averiguado sobre Mirjam desde que hace cuarenta y ocho horas dibujé su retrato imaginario en casa de la señora Janssen? Tenía éxito con los chicos. Era una buena estudiante, un poco dura consigo misma, tan competitiva con sus compañeros de clase como para llevar un registro de las notas que sacaban. ¿Era quizá una niña mimada? Al fin y al cabo, sus padres le regalaron el abrigo azul cuando se le rompió el otro que tenía, y hoy en día muchas familias remendarían el viejo, aunque pudieran encontrar uno nuevo y bonito. ¿Está... muerta? ¿Está viva?

Salió de una casa de la que era imposible salir, donde la puerta trasera estaba atrancada y la principal vigilada.

Mirjam. ¿Adónde has ido?

10

Judith y su prima son afortunadas por tener un tío que las ha ayudado a conseguir una colocación en el Schouwburg. A los judíos no se les permite trabajar casi en ningún sitio. Los empleos en el teatro deben de ser tanpreciados como los del hospital judío. He oído decir que llevan aparejado un sello especial en el carnet de identidad que permite a los judíos salir después del toque de queda e impide que sean deportados. «Afortunado» se ha convertido en un concepto relativo, pues serlo tan solo significa no ser tratado como un delincuente en nuestra ciudad natal.

El teatro es blanco, con altas columnas. La última vez que estuve aquí, con la familia de Bas, de la fachada pendía una banderola de colores alegres que anunciaba la comedia musical navideña que fuimos a ver. Ahora, cuando me acerco en la bicicleta, veo que la fachada está desnuda. Dos guardias apostados en la puerta me dan el alto y me piden el carnet de identidad. Como no sé si pondría en un aprieto a Judith diciendo que he venido a verla, le explico a uno que traigo un medicamento para mi vecina, a quien apresaron en la redada de anoche. Alzo el bolso como si contuviera algo importante.

—Será solo un momento. Mi madre me ha dicho que no me dejarían entrar —improvisamente—. Dice que ustedes no pueden dejarme pasar sin permiso, que tienen que preguntarle a su superior.

Intercambian miradas. Uno de ellos está a punto de echarme, su lenguaje corporal así me lo indica, de modo que me inclino en un gesto de complicidad y bajo la voz.

—Es que mi vecina tiene un sarpullido repugnante. Lo he visto con mis propios ojos.

Solo deseo que estos dos guardias sientan la obsesión fanática contra los gérmenes que todos sabemos que caracteriza a los nazis. Me llevo una mano al estómago, como si solo pensar en el sarpullido me produjera náuseas. Por fin uno se aparta hacia un lado.

—Muchísimas gracias —le digo.

—Dese prisa —me apremia, y hago todo lo posible por mostrarme resuelta mientras reprimo el orgullo por haberles convencido de que me dejen pasar. Nunca había usado esa táctica; tendré que recordarla en el futuro.

Primero me llega el olor.

Huele a sudor, a orines, a excrementos y a algo más, imposible de definir. Es como un muro que se extiende de un lado a otro y por encima de mi cabeza, y no hay manera de remontarlo.

¿Qué le ha ocurrido a este teatro? Las butacas, arrancadas del suelo, están apiladas. El escenario no tiene telones, pero las cuerdas con que se abrían aún cuelgan de las poleas y se balancean en el centro como fantasmas. Reina la oscuridad, con excepción del resplandor de las luces de emergencia, que parecen ojos rojos en el perímetro de la sala. Hay gente. Ancianas en delgados colchones de paja colocados a lo largo de las paredes, en los cuales deben de dormir, pues no veo nada más donde puedan acostarse. Mujeres jóvenes acurrucadas junto a maletas. El calor es insoportable.

Al otro lado de la puerta, a solo unos pasos, en el aire fresco y limpio, los guardias charlan de nada en particular, mientras el estómago, revuelto, se me contrae e intento no vomitar aquí mismo, en lo que antes era el vestíbulo. ¿A este lugar han traído a mis vecinos, el señor Bierman y los otros desaparecidos?

—Por favor.

Vuelvo la cara hacia el anciano que susurra detrás de mí.

—Por favor —repite—. No se nos permite hablar con los guardias, pero acabo de verla entrar y... ¿sabe si podrían enviarme a Westerbork? A mi mujer y a mis hijos los trasladaron allí ayer. Dicen que se supone que a mí me mandarán a Vught, pero... haré cualquier cosa, pagaré lo que sea, si me envían a Westerbork.

Antes de que pueda decirle algo, otra mano me tira de la manga; es una mujer, que ha oído al anciano.

—¿Podría llevarse una carta? —me pregunta—. Tengo que mandar una carta a mi hermana. Vine con mi madre, que murió en el cuarto donde meten a los enfermos, y quiero que mi hermana lo sepa. Es solo una carta, por favor.

—No puedo —empiezo a decir, pero percibo más gente que se apretuja, más voces que piden ayuda; la situación me confunde y desorienta, las caras son oscuras y están envueltas en sombras—. No puedo —comienzo a decir de nuevo, y otra mano me aferra, esta vez con rudeza, y tira de mí hacia atrás.

—¿Qué haces aquí? —masculla una voz.

Alguien me agarra el abrigo. Intento zafarme, pero las manos no me sueltan.

—¡Basta...! —grito. Antes de que acabe de pronunciar la frase, una mano me tapa con fuerza la boca—. Ayu... —Pruebo a decir cuando la mano se retira.

—¡Cállate, Hanneke! Soy yo.

Judith. Es Judith. Mi mente toma conciencia de la voz antes que mi cuerpo; los brazos continúan agitándose y tardan un momento en quedarse quietos. Me lleva medio a rastras hacia la puerta, enseña un instante el carnet de identidad a los guardias y me deja delante del teatro. Espera con los brazos cruzados sobre la cintura, mientras intento expulsar con las náuseas el hedor del interior del teatro que ha quedado en mis pulmones y el recuerdo de esas personas que anida en mi cerebro. Un cuadrado blanco de tela aparece delante de mí.

—Ten. —Judith me entrega su pañuelo—. No vomites en la calle.

A su espalda, los dos guardias que me han dejado entrar observan con atención qué le ocurre a la chica del medicamento. El pañuelo me raspa los labios. Me seco la boca obligándome a permanecer en pie.

—Lo siento.

—¿Qué pasa?

—No esperaba que fuera así —respondo.

—¿Qué esperabas que fuera? ¿Un hotel? ¿Un salón de té? Multitud de personas permanecen encerradas aquí durante días sin prácticamente ningún retrete que funcione. ¿Creías que unos actores iban a salir al escenario a representar una pantomima?

No me molesto en contestar. Diga lo que diga, pareceré una ingenua. He sido una ingenua. Sabía que se trataba de un centro de deportación, pero esas palabras eran abstractas hasta que he visto qué significan. Ahora solo puedo pensar en el mar de caras flotando delante de mí, esperando en lo que antes era un teatro hermoso.

Me cuesta creer los rumores que Ollie me contó acerca de lo que podría ocurrirles a las personas a quienes se llevan de este lugar y que nunca regresan. Me cuesta creer que existan esas postales escritas por prisioneros de los campos de trabajo, que piensan que estarán bien, hasta que se mueren. Imagino a Mirjam Roodveldt, con su letra de niña, obligada a redactar una de esas postales.

—¿Hanneke? —La voz de Judith ha perdido un poco de severidad—. ¿Te encuentras bien?

—Solo quería buscaros a tu prima y a ti. —Atragantándome con mi propio asco, suelto las palabras entre toses—. Me dijiste que nos reuniríamos aquí.

—Te dije que nos reuniríamos en la puerta. —Señala con la cabeza el ornamentado edificio de piedra que se alza en la otra acera—. La guardería del teatro está ahí enfrente. ¿Puedes caminar?

Con los sentidos todavía aturcidos, cruzo la calle tras ella en dirección al edificio. Intento desterrar de mi mente cuanto acabo de ver; solo eso me permitirá centrarme en la tarea que tengo entre manos. Mi cerebro absorbe con avidez cualquier información nueva del entorno, como si cada imagen que capta fuera a ayudarme a olvidar lo visto en el teatro.

Delante del edificio no hay guardias apostados. Parece una guardería normal y corriente. Por dentro, también: cuando entramos en el vestíbulo, una joven con una cofia blanca de enfermera camina de arriba abajo tratando de calmar a un chiquitín sollozante. Me dirige una mirada de extrañeza; no sé si están acostumbrados a recibir visitas de desconocidos, y

sin duda aún tengo mala cara y estoy pálida. No obstante, sonrío al ver a Judith detrás de mí.

—¿Trabajas hoy aquí? Creía que no te tocaba.

—Solo he venido a ver a Mina. Con mi amiga.

Judith me conduce a una habitación que parece la típica sala de recién nacidos de un hospital: cunas con bebés que duermen o se agitan. Inclineda sobre una, de espaldas a nosotras, hay una chica, que se incorpora en cuanto escucha su nombre. Mina es bajita y robusta en comparación con la alta y esbelta Judith, pero las dos tienen la misma dentadura y los ojos igual de brillantes.

—Prima. —Saluda a Judith con un beso en la mejilla—. Ahora mismo me preguntaba dónde estarías. ¿Has conseguido...?

—¿El permiso? Sí. Solo piden un nombre y una dirección.

—Como siempre. Pero deben comprender que a veces los nombres cambian y que no podemos prometerles que los recordaremos.

Judith asiente. Está claro que entiende el código, que supongo que tiene que ver con la falsificación de cartillas de racionamiento para familias judías. Me toca el hombro.

—Tengo trabajo —me dice—. Te dejo con Mina. Volveré dentro de una hora. Si me es posible, veré si mi tío puede consultar los archivos, para decirte si Mirjam está a salvo.

Cuando se marcha, Mina sonrío.

—Yo también tengo trabajo. He de sacar a la pequeña Regina a que le dé el aire. Si no te importa venir conmigo, responderé a tus preguntas mientras paseamos. Será un placer tener compañía. Ya nunca me visita nadie, y me encantan los niños pero a veces sería agradable charlar con personas que sepan juntar sílabas. Judith dice que buscas información sobre Mirjam.

Mina habla de tal modo que las frases forman una onda, sin pausas para respirar. Tengo que adaptarme a su efervescencia. ¿Qué hace para conseguirlo, trabajando como trabaja frente a ese edificio?

—Conocía un poco a Mirjam —prosigue—. Compartíamos algunas clases. Oye, ¿te importaría coger una de esas para Regina? —Señala con la

cabeza una pila de mantillas limpias y me indica por gestos que la ayude a envolver en una de franela rosa a una niña dormida.

Cuando por fin logro arrebujar a Regina en un fardo mal hecho, Mina coge una bolsa, supongo que llena de pañales y demás pertrechos.

—¿La llevas tú? —me pregunta.

El asa de la bolsa se me clava en el hombro. ¿Quién iba a pensar que los bebés necesitaran tantos accesorios?

—Ya estamos. —Mina mete a Regina en un cochecito de bebé—. Cómodas y abrigaditas, ¿a que sí? —Me mira y pone los ojos en blanco—. Tengo tres hermanos. Menores que yo. Cambiaba pañales cuando aún los llevaba. ¿Vamos a pasear?

Salgo con ella por la puerta de atrás, que lleva a un patio pequeño, y luego cruzamos la verja del edificio contiguo.

—Un atajo —dice guiñándome un ojo, y enseguida estamos en una calle adoquinada.

Un par de ancianas sonrían al ver el cochecito, y Mina les dedica a su vez una sonrisa.

—¿Podemos echar un vistazo? —pregunta una, y Mina se detiene para que susurren palabras cariñosas a la niña dormida. Sin embargo, echa a andar en cuanto la mujer intenta meter la mano en el cochecito.

—Tengo que seguir paseándola —explica volviendo la cabeza—. Anoche no durmió nada; si no sigo caminando, se despertará. —Cuando llegamos al final de la manzana, me dice—: Bien, háblame de ti. ¿De qué conoces a Judith? ¿Vas a la universidad? ¿Qué estudias? ¿Tienes novio?

Barajo las preguntas y decido responder primero a la segunda.

—No voy a la universidad. Trabajo.

La cara se le ilumina al oírlo.

—¡Yo quiero trabajar! ¡Quiero ser fotógrafa y viajar por todo el mundo! Ya he recibido clases.

Es muy... Busco la palabra adecuada. Entusiasta. Sincera y entusiasta, como si el mundo ofreciera infinidad de posibilidades.

—¿Podemos hablar de...? —Me interrumpo cuando Mina se detiene a remeter la mantilla de Regina y prosigo apenas echamos a andar—. ¿Podemos hablar de Mirjam?

—¿Qué has averiguado de ella?

Titubeo.

—Que era inteligente. La primera de la clase. Quizá un poco competitiva.

—Eso es quedarse corta. Estaba obsesionada con las notas. De todas formas, creo que era por sus padres. Le daban un premio cuando sacaba buenas notas. A mí me parecía que, si no, le habrían traído sin cuidado.

Reprimo una sonrisa. Este dato cambia la perspectiva que tengo de la chica desaparecida como una alumna estudiosa. Me recuerda a mí, a cuando mamá y papá me decían que ojalá me aplicara más, que sabían que era más inteligente de lo que reflejaban las mediocres calificaciones que llevaba a casa. Los Roodveldt consiguieron de algún modo que Mirjam se esforzara, mientras que al final mis padres tiraron la toalla.

—¿Qué cosas le interesaban? —pregunto.

Mina frunce los labios.

—Asuntos domésticos, creo yo. Por ejemplo, hablaba de los dibujos de la porcelana china, de cuántos hijos quería tener y de cómo los vestiría. Cosas así.

Lo dice con incredulidad, como si fuera extraño tener ambiciones domésticas, pero la descripción solo consigue que me compadezca de Mirjam. Sé lo que es acariciar deseos sencillos y modestos, y que luego te los arrebatan.

—¿Erais amigas?

Mina titubea.

—El instituto no es grande, de modo que todos nos conocemos. El año pasado la invité a mi fiesta de cumpleaños porque mis padres me obligaron a invitar solo a chicas. No recuerdo si acudió. No diría que fuésemos realmente amigas. Ella tenía más amistades que yo.

—¿Hay fotos de la fiesta?

—Yo tenía la cámara estropeada. Me regalaron una aquel día, pero el carrito que pedí era especial y todavía no había llegado. Ursie conocía mejor a Mirjam. Ursie y Zef eran sus amigos del instituto.

—¿Dónde puedo localizarlos?

Mina me mira de una manera extraña.

—Desaparecidos. Ursie poco antes que Mirjam, y Zef poco después. Vi a Ursie en el Schouwburg antes de que deportaran a su familia.

Los compañeros de clase de Mirjam, desaparecidos; todos ellos trasladados de uno en uno al teatro. Esto es de locos, y cada dato nuevo solo contribuye a agravar la locura. Intento dar con una niña que se evaporó de una casa cerrada; cuya desaparición no se puede denunciar porque, si la policía la encontrara, sería peor para ella que si no se hubieran puesto a buscarla. Las últimas personas que la vieron antes de que se presentara en casa de la señora Janssen están muertas. Y sus amigos, los únicos que quizá serían capaces de adivinar adónde podría haber ido, también han desaparecido.

—¿Había en vuestra clase unas chicas que se llamaban Isabel y Margarita? Quizá no fueran de vuestro curso, pero estudiaran en el instituto.

Mina frunce el ceño.

—No, creo que no.

—Es que... —Aparto a un lado la pesada bolsa que me ha dado y saco la hoja del bolsillo—. Encontré esto entre las cosas de Mirjam. Es una carta de una tal Margarita dirigida a una tal Isabel. Intento averiguar de quién es y por qué la tenía Mirjam.

Mina se inclina hacia la carta, la lee por encima y se echa a reír.

—¿Qué?

—Es Amalia —dice.

—¿Quién es?

—La mejor amiga de Mirjam. Se conocían del otro instituto, donde estudiaban antes de que obligaran a todos los judíos a ir al liceo. Mirjam siempre le escribía notas en clase. Varias veces se metió en un lío por eso y tuvo que leerlas en voz alta.

—Pero se llama Amalia, no Isabel.

—Mirjam contó que les gustaba decir en broma que eran como hermanas. Y de la realeza. Para ser sincera, y siento decirlo, se ponía un poco pesada con eso.

—Margarita e Isabel. Las princesas británicas. —Ahora la carta tiene sentido. Mirjam debió de escribírsela a Amalia en clase, pero tuvo que

escondese antes de que pudiera mandarla—. ¿Sabes dónde vive Amalia?
¿O cómo se apellida? ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Mina se inclina para volver a remeter la mantilla de la niña.

—No sé cuál es su apellido —responde—. Y creo que ya no vive en Amsterdam. Mirjam contó que los padres de Amalia pensaban enviarla fuera de la ciudad.

—¿Adónde? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Cerca de La Haya. No a Scheveningen, donde está la cárcel, sino...
¿Cómo se llama esa otra playa más pequeña?

—¿Kijkduin?

—Eso es. En una ocasión Mirjam me enseñó una postal del hotel de la tía de Amalia..., un edificio feo color verdemar en Kijkduin. Déjame ver la carta otra vez.

Estira el cuello para leer la diminuta letra mientras avanzamos a trompicones por la acera.

—Mmm. Quizá T. sea... —Se interrumpe y se inclina para sacar un guijarro de la rueda del cochecito.

—¿Sabes quién es T.? ¿Un chico que le gustaba a Mirjam?

—Quizá sea Tobias.

«Tobias. Tobias».

—¿Era el novio de Mirjam?

—Era el novio de todas... en nuestros sueños. El chico más guapo del instituto. La semana pasada me sonrió y todavía estoy medio ciega por el resplandor.

—¿La semana pasada? —Soy toda oídos—. Entonces, ¿sigue en la ciudad?

—O por lo menos seguía aquí hace unos días. Ha faltado a clase, pero he oído decir que está enfermo. Su padre es dentista; no sé más datos personales de Tobias. También él tiene muchas amistades.

—¿Crees que correspondía a Mirjam?

—Alguien le mandó flores el día de su cumpleaños. La florista se las entregó en el patio antes de que empezaran las clases y tuvo que entrar con ellas en el instituto. Estaba roja como un tomate. El ramo no llevaba tarjeta,

pero todos nos mofamos de ella, menos Tobias, que no levantó la vista del pupitre. ¿Quieres que le interrogue de tu parte si vuelve al instituto?

—Pregúntale si no le importaría quedar conmigo. Eso sería incluso mejor.

—De acuerdo. Quizá podría hablar también con otros compañeros de clase. Me gustaría que vinieras a visitarme alguna otra vez. No me quedan muchos amigos. —Me mira fijamente entre sus oscuras pestañas—. ¿Crees que podrías? Ah, ¡espera!

Detiene el cochecito tan de repente que casi tropiezo con él.

—Ya hemos llegado —dice.

No he prestado atención al camino que hemos tomado, pero hemos recorrido una buena distancia, tal vez dos kilómetros, y ahora nos hallamos junto a la Amsterdam Centraal, la principal estación de ferrocarril.

—¿Ya hemos llegado? —repito—. ¿A qué hemos venido aquí? Creía que solo estábamos paseando.

—Mi entrega.

Ay. Maldita sea. Debí prestar mayor atención a la conversación entre Mina y Judith. Me ha traído consigo para realizar un intercambio. Por eso pesa tanto la bolsa que me ha entregado. Debe de haber ocultado con las mantillas lo que en realidad desea transportar: documentos, cartillas de racionamiento, tal vez incluso un montón de dinero para pagar a un topo. Es posible que yo lleve encima una pequeña fortuna en documentación ilegal. Me obligo a mantener la calma.

—Bueno, no es exactamente aquí. —Mina alza la cabeza hacia el cielo, para orientarse—. El encuentro tendrá lugar junto a la veleta.

Hay dos torres de reloj en la estación central. Una tiene un reloj de verdad, y la otra, lo que parece un reloj, pero que en realidad es una veleta, cuya aguja se mueve con el viento. Mina empuja el cochecito hacia la torre de la veleta escudriñando a la multitud.

—Ahí viene. —Levanta la mano para hacer una seña a alguien que ya ha cruzado la mitad de la plaza.

La mujer que se aproxima tiene el cabello rubio y arreglado y viste bien, con un traje que parece caro. El contacto de Mina. Me recuerda un poco a la señora De Vries.

—¿Llego tarde? —pregunta.

—No, no —responde Mina—. Es usted puntual.

—No he traído nada. ¿Debía traer algo? Me parece que me dijeron...

—No tenía que traer nada. Me alegra ayudarla. ¿Está preparada?

La mujer asiente y extiende los brazos. Tras echar un vistazo a la multitud para asegurarme de que nadie nos mira, me descuelgo la bolsa y se la tiendo a Mina, para que saque lo que sea que haya de dar a la señora. Ella hace caso omiso de mi brazo estirado, se inclina sobre el cochecito y saca a Regina con un movimiento ágil y bien practicado.

—Se llama Regina —dice. En vez de coger la bolsa, besa a la criatura en la frente, le susurra algo que no logro oír y se la entrega a la mujer rubia.

—¡Oh! —La señora aparta la mantilla y toca la punta de la nariz de Regina—. Qué nombre más bonito. ¿Se lo dejo? Mi marido siempre ha dicho que si teníamos una hija quería ponerle el nombre de su madre.

Mina traga saliva.

—Pues ya tienen una hija —dice finalmente—. Conque cuídenla lo mejor posible. ¿La aguarda un coche?

—Sí, a la vuelta de la esquina.

—Bien. Pues eso es todo.

Da la impresión de que la mujer quiere preguntar algo más, pero retrocede para mezclarse con el confuso gentío. Mina la observa hasta que desaparece de la vista.

11

—¿Eso ha sido la entrega? —susurro—. ¿Eso ha sido la entrega que tenías que hacer?

Mina asiente y echa a andar en la dirección por donde hemos venido.

—Espera. ¿Eso ha sido...? Mina, ¿qué acaba de ocurrir?

Se para y con aire dubitativo me descuelga la bolsa del hombro y la deposita en el cochecito.

—No lo hacemos nunca sin permiso de los padres. Algunos se niegan a separarse de sus hijos. Solo escondemos a aquellos cuyas familias están convencidas de que estarán más seguros así. Creía que lo sabías.

De eso iba la conversación de antes entre Judith y Mina. No hablaban en clave, ni de personas que debían recibir documentos falsos con nombres distintos de los que les habían dado al nacer. Mina advertía a Judith de que los padres que entregaban a sus criaturas quizá no lograrán encontrarlos después de la guerra.

—¿Cuántos? —Mina tiene solo quince años, apenas me llega al hombro. Pensar que hace esto con frecuencia, a plena luz del día...—. ¿Cuántos niños has colocado?

—¿Yo personalmente? Más de cien. Judith trabaja en un puesto de confianza del Schouwburg. Ella se encarga de localizar a las familias y de pedirles permiso. Resulta más fácil esconder a un niño que a un adulto, porque no es obligatorio tener documentos hasta los catorce años. Contamos con una persona infiltrada en el teatro que modifica los registros para que parezca que los niños no han llegado a la guardería.

La pequeña Regina no era una tapadera para encubrir una entrega ilegal. La pequeña Regina era la entrega ilegal.

Mina ha hecho esto más de cien veces. Ha cometido un centenar de veces un delito por el que podrían pegarle un tiro, y al día siguiente se levanta y vuelve a hacerlo, y aun así habla del instituto, de novios y de lo que le gustaría hacer cuando acabe la guerra. En una de esas cien veces ha contado con mi ayuda.

Me mira de reojo.

—Creía que lo sabías —repite—. ¿Judith no te lo ha explicado?

—No me lo ha explicado.

—¿Estás enfadada?

No sé cómo estoy. Esta entrega es solo una actividad de las muchas en que no tenía la menor intención de participar. Pero el teatro estaba muy oscuro y Regina era muy pequeñita, y es tan poco lo que todos nosotros podemos hacer... ¿Qué debo decir? ¿Que ojalá hubiéramos dejado a Regina en la guardería para que la deportaran? ¿Qué debo pensar? ¿Que solo Mirjam merece el riesgo que entraña salvarla, por la única razón de que es la persona a quien se me ha pedido que encuentre? ¿Que habiendo visto lo que he visto en el centro de deportación lograré olvidarlo?

—No sé lo que siento —empiezo a decir—. Tengo la sensación...

—¡Déjenme ver al bebé!

La voz pertenece a un hombre que habla en un holandés atolondrado con un fuerte acento alemán.

—¡Buenas tardes, señoritas! ¡Es un día hermoso en una hermosa ciudad!

Conozco a este soldado. No a él personalmente, sino a este tipo de soldado. Es el que intenta aprender holandés y da caramelos a los niños. Se caracteriza por su amabilidad, que es el rasgo más peligroso de todos. Los amables reconocen, muy dentro del uniforme almidonado, la perversidad de lo que hacen. Al principio tratan de entablar amistad con nosotros. Luego el sentimiento de culpa les invade poco a poco y se esfuerzan el doble en convencerse de que somos escoria.

—Sigue andando —le susurro a Mina. El hombre no sabe a ciencia cierta que lo hemos visto; a lo mejor ni siquiera nos habla a nosotras.

—¡Señoritas! —repite a gritos—. ¡Déjenme ver al bebé! ¡Acabo de enterarme de que mi mujer ha dado a luz a nuestra hija! ¡Déjenme ver en

qué me estoy metiendo!

Camina muy agitado hacia nosotras. No debe descubrir que no hay ningún bebé en el cochecito. Nos pedirá la documentación. Nos detendrá a las dos. Mina lo conducirá hasta la pequeña Regina. Investigarán la guardería. Por lo general, solo tengo que preocuparme por mí misma, pero quien trabaja en una organización es responsable de la seguridad de todos.

A mi izquierda, Mina se pone bien la bufanda con toda tranquilidad. Parece que esté ciñéndosela para protegerse del frío, pero veo que en realidad tapa con ella la estrella de David que lleva cosida en el abrigo. Invento mentalmente una historia: la criatura está enferma y el soldado no debe acercarse o se contagiará. Es lo que diré. Una enfermedad repugnante, con vómitos.

A mi lado, aunque parezca mentira, Mina sonrío.

—¡Enhorabuena! —exclama en alemán mientras el soldado se aproxima.

Tiene que comprender que sería desastroso llamar la atención sobre los trabajadores de la guardería paseando por la ciudad un cochecito vacío. Sin embargo, al acercarse el soldado, mete la mano en el cochecito y empieza a abrir la bolsa. ¿Qué guarda dentro? ¿Un arma? ¿Documentos falsos? ¿Por qué no he huido ya?

La bolsa contiene —miro con detenimiento para cerciorarme de que no son imaginaciones mías— madera. Gruesas ramas de árboles, pedazos de tablas astilladas, incluso rebujos de papel que parecen desperdicios.

—Por desgracia, no llevamos un bebé para que lo coja en brazos —se disculpa Mina—. Solo leña menuda. No nos dan raciones suficientes; venimos de recogerla del Vondelpark. De todas formas, enhorabuena.

—Qué pena. —El soldado parece realmente decepcionado.

Las dos observamos cómo se aleja entre las felicitaciones de otros transeúntes que han oído la conversación. No hablo hasta tener la certeza de que el soldado no puede oírme.

—He acarreado la bolsa todo el rato —le digo a Mina.

—Sí.

—¿Sabes lo que pesa?

—Yo misma la he llevado docenas de veces. Hace meses que acarreo esa leña de un lado a otro. Pero da resultado. Si me paran, soy como cualquier otro ciudadano holandés en busca de chamarasca. No es ilegal recoger pedazos de madera.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo hacemos? Porque así tengo un pretexto para ir por la calle con un cochecito sin un bebé dentro.

—Pero ¿por qué coges el cochecito? ¿Por qué no llevas a la criatura en brazos a la estación?

—Porque sí.

—¿Porque sí?

Mina mira un instante el cochecito y rápidamente alza la vista, como si no quisiera que reparara en el movimiento.

—Da igual. Volvamos —dice.

—Mina, ¿hay algo más en el cochecito?

—No. ¿Por qué crees que llevo algo?

No la creo. Recuerdo que de camino se ha detenido muchas veces a remeter la mantilla de Regina. ¿Cuánto podía moverse la prenda? ¿Qué hacía Mina en realidad?

Antes de que pueda impedírmelo, me inclino sobre el cochecito y meto las manos debajo de la bolsa de leña. Delante, pegado a un lado, palpo un objeto duro y rectangular cubierto por una tela que parece una funda, pero no encuentro la forma de abrirla. Empiezo a tirar de ella.

—¡No! —suplica Mina. Su jovialidad se ha esfumado.

—¿Qué es?

—No, por favor. Te lo contaré todo, pero si la sacas aquí nos matarán.

Me detengo. ¿Matarnos? ¿Qué considera tan peligroso una niña que acaba de entregar de forma clandestina a un bebé judío al que ha paseado por las calles de la Amsterdam ocupada?

—¿Qué es «todo»? Cuéntamelo ahora mismo. ¿Qué hay dentro del cochecito? ¿Armas? ¿Explosivos?

Su rostro refleja abatimiento.

—Una cámara.

—¿Una cámara?

Mina baja la voz.

—En los periódicos clandestinos he leído artículos sobre fotógrafos. Toman fotos de la ocupación. La documentan, para que cuando termine la guerra los alemanes no puedan mentir sobre lo que hicieron aquí.

—¿Es un grupo? ¿Formas parte de él?

Mina se sonroja.

—No, ellos son profesionales. Pero hay muchas mujeres fotógrafas. Esconden la cámara en el bolso o en la bolsa de la compra y hacen fotografías sin que nadie se percate. Eso me dio la idea.

—En lugar de un bolso, tú usas un cochecito de bebé. ¿Y el objetivo?

—Hice un agujerito delante para el objetivo. Si no se mira bien, no se ve. Cada vez que saco a un bebé a pasear hago fotos clandestinas. Tengo toda la guerra en mi cámara y en carretes.

—¿Qué tipo de fotos clandestinas?

—Razias. Soldados. Grupos de personas llevadas al teatro. Gente a la que sacan de casa sin que los vecinos hagan nada por ayudarla. También tengo imágenes positivas. Fotografías de la resistencia, para que en el futuro se sepa que algunos luchamos contra la ocupación. Fotografías de los sótanos y desvanes donde se ocultan los *onderduikers*. Y de cada uno de los niños del teatro, para ayudar a que se reúnan con sus familias una vez terminada la guerra.

—¿Cuántas fotos tienes?

Existe todo un sector de la resistencia del que ni siquiera he oído hablar. Los nazis nos prohíben fotografiarlos, y resulta difícil encontrar carretes, por más que muchos los busquemos. Es uno de los artículos que más me cuesta hallar en el mercado negro.

—Centenares —responde Mina—. Desde los ocho años, lo único que pido en mis cumpleaños son rollos de película. Tengo muchos guardados.

—¿Qué opina Judith de lo que haces?

El rostro de Mina se ensombrece.

—No lo sabe. Y no se lo cuentes, por favor. Ella, Ollie y los demás no lo entenderían. Porque implica arriesgarse sin hacer nada por salvar tantas vidas como sea posible. Aun así, yo creo que es importante. Pese a que

resulte ilógico. Tengo la sensación de que es la manera en que debo ayudar. Es decir, ¿por qué estás tú buscando a Mirjam?

No respondo. Comprendo que algo sea importante para una persona, aunque no tenga mucha lógica, aunque a los demás les parezca que está loca. Es lo que me pasa a mí desde que accedí a ayudar a la señora Janssen. A pesar de que entiendo a Mina, ¿una colección de fotos es equiparable a lo que hago yo? Esas fotografías amenazarían la seguridad de todos.

—Ya lo pensaré —digo finalmente—. No le contaré nada todavía.

Ni siquiera sabría qué decir. He asistido a los acontecimientos de toda una tarde y no he sabido interpretar lo que ocurría delante de mis narices. He tenido todas las pistas ante mí y aun así no las he visto.

Judith nos espera en la guardería.

—¿Ha ido todo bien?

—Ha ido de maravilla —afirma Mina—. La familia de acogida es buena gente.

—Bastante buena al menos —musita Judith.

Mueve la cabeza y se frota la nuca con una mano. Debe de estar agotada, ya que trabaja en el instituto desde primera hora de la mañana y luego viene aquí. Me mira.

—Tengo noticias para ti. —Aguarda a que Mina se aleje y echa un vistazo para cerciorarse de que los otros encargados de la guardería no pueden oírnos—. He hablado con mi contacto. Ha revisado los registros de los tres últimos días. Según los archivos, no ha pasado por el teatro nadie llamado Mirjam Roodveldt.

—¿Está seguro tu contacto?

Judith hace una mueca.

—Los nazis exigen que los registros sean perfectos. Todo el que pasa por aquí tiene documentación.

—Gracias. Gracias por comprobarlo.

—No tienes por qué darme las gracias. Y, Hanneke, te he dicho que todavía no ha pasado por el teatro. Pero es solo cuestión de tiempo que acabe aquí.

12

Cuando llego a casa, Ollie está esperándome en la puerta del edificio. No hemos hablado desde anoche, la noche de los soldados borrachos. Así es como voy a llamarla cuando piense en ella. Resulta más fácil recordarla como la noche de los soldados borrachos que como la noche del beso desesperado.

Después del beso, el soldado se rio y nos felicitó a los dos con unas palmaditas en el hombro antes de volver con su amigo. Ollie y yo nos quedamos donde estábamos, temblando, observando sus espaldas hasta que salieron del callejón. Luego, siguiendo la misma indicación muda, echamos a andar, con mayor cautela esta vez, por si hubiera alguien más a la vuelta de la esquina.

No comentamos lo ocurrido. Es solo algo que pasó, como pasan las cosas hoy en día, como probablemente seguirán pasando. Cuando llegamos a la escalera de la entrada de mi casa, vi que arriba se movían las cortinas negras, lo que significaba que mis padres miraban por la ventana a ver si regresaba.

Ollie se levanta del escalón para saludarme.

—He traído la bicicleta de tu madre —dice.

Mamá se la prestó anoche para que volviera a su apartamento lo más rápido posible. Ollie juró que conocía una ruta que los soldados no patrullaban a menudo.

—Y he visto a Judith mientras estabas con Mina. No sabía que iba a llevarte con ella. Ojalá no lo hubiera hecho. Es muy pronto para implicarte en una entrega sin tu consentimiento.

Arqueo las cejas.

—Lo olvidaba. Eres el único que puede implicarme en actividades de la resistencia sin mi consentimiento.

El rubor se le extiende por las mejillas hasta las orejas.

—He estado pensando en eso. En que quizá debí advertirte. Lo siento.

«Lo siento». Eso era algo que a Bas no se le daba bien. No se trataba de que detestara disculparse. Era más bien que detestaba dejar de porfiar. Puesto que nada le gustaba tanto como debatir, me arrastraba a discusiones estúpidas, me obligaba a defender con vehemencia posturas que en realidad me traían sin cuidado.

—¿Qué te ha parecido todo? —me pregunta.

—Aún lo estoy meditando. —Por un instante me planteo decirle algo más, pero creo que todavía me faltan las palabras para expresar cuanto pasa por mi mente.

—Entiendo.

—Judith y Mina son muy valientes.

—Tú también puedes ser valiente. Piénsalo. Ven a la próxima reunión.

Aparto la mirada.

—¿Solo has venido a devolver la bicicleta o quieres subir a casa?

Cruza los brazos sobre el pecho y mueve los pies. Me pregunto si lo sucedido anoche le abochorna tanto como a mí.

—De acuerdo —acepta, lo que me sorprende—. Pero no me quedará mucho rato. Me toca preparar la cena; no puedo dejar a Willem con hambre.

Una vez arriba, se queda con el abrigo puesto hasta que le indico con un gesto que se lo quite y lo cuelgue en el armario. Lleva el uniforme de arquitecto, con la camisa remangada y los puños manchados. Mi padre ha dejado sobre la mesa una nota donde explica que unos vecinos, compadecidos de él porque mamá está fuera de la ciudad, lo han invitado a cenar. Ojalá hubiera sabido que no había nadie en casa antes de proponer a Ollie que subiera.

—¿Té? —Me apresuro a añadir—: No es de verdad.

—No, gracias.

Ya voy camino de la cocina cuando declina la invitación, de modo que me detengo, indecisa, en medio de la sala. Si rechaza el té, ¿sobre qué vamos a tener una conversación forzada?

Ollie recorre el apartamento mirando los libros de mi padre. Estira el cuello para leer los títulos, pero no saca ninguno de los estantes.

—Yo tenía este. —Señala una antología de ensayos, mía, que no está en su sitio, sino entre los diccionarios de idiomas de papá—. No sé adónde fue a parar mi ejemplar.

—Probablemente sea ese. Me lo regaló Bas.

—Seguro que para impresionarte. Dudo que él lo leyera.

—He oído que al ejército alemán no le va muy bien en Stalingrado —digo en voz baja para que no me oigan los vecinos; es mi aportación a este diálogo incómodo—. En la BBC.

—¿Hablas inglés?

—Un poco. Papá me da clases.

Y de nuevo nos quedamos sin nada que decir, y es extraño que un beso intempestivo logre que alguien parezca un desconocido.

—Ollie. Respecto a lo de anoche.

No dice nada, de modo que sigo hablando, como si creyera que no se acuerda de que nos besamos en la calle para diversión de unos soldados borrachos.

—Con los soldados. Lo que hicimos. Cuando...

—Cuando tuvimos suerte —se apresura a añadir—. Suerte de pensar sobre la marcha con tanta rapidez.

—Te las arreglaste muy bien con los soldados. Sabes zafarte de ellos mejor que yo.

Se encoge de hombros.

—Es una habilidad con aplicaciones prácticas.

—¿No te cansas de fingir y hacer el paripé? —le pregunto.

—No, si me permite seguir con vida.

Me tranquiliza el pragmatismo con que quita hierro al incidente, pero también me molesta. Me siento como una muchacha que ha dado demasiada importancia a un beso que no significaba nada.

—¿Te ha ayudado Mina en el asunto de Mirjam? —me pregunta Ollie, que cambia de conversación como un caballero.

—Debo encontrar a un chico llamado Tobias. Su padre es dentista. Mañana empezaré a visitar consultorios.

Asiente, pero no dice nada.

—Tengo la sensación de correr contra el reloj, pero sin saber a qué hora está puesta la alarma —confieso—. Por lo que he averiguado, hay otro problema que resolver. Tengo la sensación de que se me agota el tiempo.

—Nos pasa a todos —dice Ollie—. Para nosotros, para nuestro grupito, para toda la resistencia, esta guerra es una carrera por saber a cuántas personas podemos salvar y si lograremos rescatarlas más rápido de lo que los nazis las capturan.

—Si Mirjam acaba en el Hollandsche Schouwburg, nunca saldrá de allí. Lo sé. El lugar huele a... —Iba a decir *uitwerpselen*, pero me doy cuenta de que «excremento» no es una palabra lo bastante fuerte.

—¿A qué?

—Da igual.

Ollie se detiene delante de una fotografía familiar colocada en un estante: nosotros tres en unas vacaciones que pasamos en el campo; mamá y yo con una mano en el hombro de papá, que está entre las dos. En la foto no se ve lo roja que ese día se me puso la nariz con el sol, pero me acuerdo. Se me quemó, y durante los días siguientes se me fue pelando.

—Me suena ese vestido —dice señalando el retrato—. ¿Por qué lo recuerdo?

Es un vestido de algodón a cuadros con botones en el cuello. Lo miro y noto que me sonrojo. Sé muy bien por qué se acuerda de él.

—No lo sé —miento.

Coge la fotografía para mirarla con mayor atención, y en ese momento la pequeña arruga que se le forma en la frente me resulta tan familiar que me quedo sin respiración.

—Te pareces a él —suelto de manera impulsiva—. Te pareces a Bas.

Da un respingo, casi imperceptible, antes de contestar:

—No, para nada.

—Con esta luz, sí —insisto—. Con la luz de mi apartamento te pareces a él.

—Quizá tu familia y la mía deberían intercambiar los apartamentos. Seguramente mis padres pagarían un dineral por esta luz. —Su voz rezuma

cierta amargura, pero sobre todo tristeza—. Le echan muchísimo de menos. Todos le echamos de menos. Por eso... —se interrumpe.

—¿Por eso qué?

Suspira.

—La primera noche que vine aquí confiaba en convencerte de que te incorporaras a la resistencia. Y quería asegurarme de que no trabajabas para el NSB, de que no pondrías a Judith en peligro. Pero también estaba preocupado por ti. Cuando Judith me contó lo que habías dicho de Bas, me compadecí de ti. Pensé que debías de estar muy... trastornada.

—Trastornada —repito, y no me duele oírsele decir. Casi me produce alivio que alguien reflexione sobre mis pensamientos privados.

—Pero es normal echarle de menos. Pia y yo hablamos de él todo el tiempo. De él y de sus chistes de mal gusto, de su risa y de lo que habría llegado a ser.

De repente el apartamento parece muy silencioso. Me inclino para oír cada palabra que salga de la boca de Ollie.

—¿Qué habría llegado a ser?

—Abogado. Y luego político. De ámbito municipal. Solo hubiera querido tener un cargo en lugares donde hubiera podido conocer a todos sus electores. Habría patrocinado actividades sociales y bailes, y adoraría a su familia.

Se le han humedecido los ojos y me está mirando. Tengo un nudo en la garganta. Nos resultaría muy fácil llorar juntos.

—El vestido es el de aquel día —susurro—. Por eso lo recuerdas. Lo llevaba puesto aquel día.

Aquel día. No hace falta decir nada más. Ollie se lleva la mano al estómago, como si acabara de darle un puñetazo. El vestido es el del día en que nos enteramos de lo de Bas. Pia vino a buscarme. Corrí a su casa, donde la señora Van de Kamp me abofeteó, con fuerza, y Ollie se quedó plantado en el centro de la sala como si el mundo fuera a derrumbarse si él se movía. Volví a casa y las lágrimas me rodaron por el rostro durante horas y horas mientras mamá me acariciaba la espalda, hasta que por fin cesaron porque me quedé seca por dentro; esa fue la última vez que lloré.

—Ah —dice Ollie—. No me acordaba.

—Voy a preparar té. Tú no tomes si no te apetece.

Me acompaña a la cocina. Se queda detrás de mí, noto que sus ojos siguen mis movimientos. Me tiemblan las manos cuando cojo el hervidor y él me ayuda a depositarlo sobre el fogón.

—El Hollandsche Schouwburg —dice.

—¿Qué pasa?

—Huele a muerte. —Ollie termina la frase que empecé hace un rato y no pude completar—. A eso huele. A muerte y a miedo.

A miedo. Tiene razón. Ese es el olor que antes no conseguí identificar. Es el olor de nuestro hermoso país al hacerse pedazos.

[paréntesis 3]

Antes, al recordar el pañuelo de papel en que enjuagué mis lágrimas cuando Bas me anunció que pensaba alistarse en el ejército, he omitido algo, para protegerme a mí misma.

No me gusta recordar que fueron lágrimas de orgullo.

Los Países Bajos intentaron permanecer neutrales. Queríamos ser como Suecia, que nos dejaran en paz. Hitler dijo que respetaría nuestro deseo. Hasta el día en que invadió nuestro país, aseguró que nos dejaría en paz.

Fui yo quien afirmó que, de todas formas, alistarse en el ejército sería un paso simbólico contra los nazis.

Fui yo quien, desde el primer momento, dijo que no habría que permitir que los alemanes hicieran lo que se les antojase, que conquistaran un país tras otro.

Fui yo quien acompañó a Bas a la oficina de la Marina y vio cómo se alistaba. El oficial le preguntó una y otra vez si estaba seguro. Dijo que no llamaban a filas a los hombres hasta que tenían dieciocho años. En el ejército de tierra ni siquiera aceptaban voluntarios menores de esa edad. El oficial aconsejó a Bas que se fuera a casa y esperara un año por si cambiaba de opinión.

Fui yo quien dijo al oficial que Bas había acudido a la Marina y que por tanto no tenía que esperar para ser valiente. Convencí al oficial de que lo reclutara.

Bas no se habría alistado si no hubiera pensado que eso me haría feliz.

Y en efecto me hizo feliz. Hasta que me llenó de tristeza.

Yo creía que sabía mucho entonces. Pensaba que el mundo era blanco y negro. Hitler era malo, y por eso debíamos oponernos a él. Los nazis eran inmorales, y por eso al final perderían. Si realmente hubiera prestado atención, quizá habría comprendido que nuestro minúsculo país no tenía ninguna posibilidad de defenderse, cuando otros de mayor tamaño como Polonia ya habían caído. Debería haber adivinado que la afirmación de Hitler, en una alocución radiofónica dirigida a nuestro país, de que no iba a invadirnos y no teníamos nada que temer significaba que sus soldados ya estaban preparando los paracaídas y que teníamos todo que temer. Alistarse en el ejército no era una declaración simbólica. Era una empresa inútil.

Por eso llevaba más de dos años sin hablar con Ollie. Por eso sueño que Bas se acerca a mí enfadado porque no leí su carta. Así aprendí que en ocasiones la valentía es lo más peligroso, una cualidad a la que hay que recurrir con moderación. Por eso, si he de ser sincera conmigo misma, me he obsesionado con encontrar a Mirjam. Porque me parece un canje justo y equitativo: salvar una vida después de destruir otra.

Yo soy la culpable de la muerte de Bas. Fue un necio al amarme. Solo conseguí que lo mataran. Fue culpa mía.

13

Cincuenta y dos horas. Hace cincuenta y dos horas que me enteré de la desaparición de Mirjam Roodveldt. Dos noches en vela. Tres encuentros con soldados alemanes. Una niña salvada. Una chica que sigue desaparecida. No he visto a la señora Janssen desde que accedí a ayudarla, de modo que me dirijo a su casa en bicicleta apenas se marcha Ollie, al atardecer, antes del toque de queda, para contarle cuanto ha ocurrido. De inmediato me sienta a la mesa de la cocina y saca café de verdad y una bandeja con bollitos de hojaldre. Cuando muerdo uno, la boca se me llena de pasta de almendras. *Bankets*, mis favoritos. La señora Janssen se ha acordado de que lo dije la última vez y los tenía preparados.

—He recordado algunas cosas más sobre Mirjam —dice en cuanto le resumo lo que he descubierto hasta ahora—. Estoy segura de que no serán de gran ayuda, solo detalles a los que sigo dando vueltas. —Saca un papelito y entorna los ojos—. Uno: dijiste que sería peligroso acudir a los vecinos, pero una vez Mirjam mencionó a un encargado de mantenimiento de su edificio que era muy amable. Quizá podrías hablar con él. Dos: le encantaba el cine. Conocía a todas las estrellas de la pantalla. ¿Quedan cines abiertos? Podrías intentar averiguar si alguien la ha visto en alguno. Tres: era una chica muy callada, Hanneke. No le gustaba hablar de su familia; le entristecía demasiado. Sin embargo, no dudaba en preguntar sobre la mía. Incluso sobre Jan. A algunas personas les da reparo hacerme preguntas acerca de él, pero Mirjam me hacía muchísimas. Cuando entraba a llevarle una taza de té, charlábamos y charlábamos hasta muy tarde. Y era educada. Aborrecía la remolacha, pero nunca se quejaba de tener que comerla, ni una sola vez. No se quejó jamás de nada.

La señora Janssen me mira.

—¿Sigo?

—No. No, eso ha sido de gran ayuda.

Han ocurrido muchas cosas hoy: la cámara escondida, Ollie, el espantoso resplandor rojo en el escenario desolado del teatro. Apenas he tenido tiempo de reflexionar sobre los sentimientos que todo eso me ha producido. Y al pensarlo ahora me siento avergonzada.

Porque cuando le dije a la señora Janssen que buscaría a Mirjam lo consideré un discreto enigma que podría tratar de solucionar. Una manera de volver a poner orden en mi rincón del mundo. Una manera de vengarme del sistema nazi: buscar una muchacha desaparecida, como buscar un paquete de cigarrillos. Una manera de encontrar a la persona que fui. Pero en ese espantoso teatro, y ahora en la cocina de la señora Janssen, oyéndole contar que Mirjam se comía las remolachas sin quejarse, por fin pienso en ella como lo que sé que siempre ha sido: una niña asustada. Una de tantas.

—¿Quemo ahora el papel? —me pregunta la señora Janssen levantando la nota que acaba de leer.

Titubeo antes de asentir.

—Sí, puede que sí.

—De acuerdo.

Busca las cerillas junto a los fogones, pero no las ve pese a tenerlas a menos de medio metro de la mano.

—Señora Janssen, ¿dónde ha dejado las gafas?

Se lleva la mano a la nariz, donde todavía tiene una marca profunda a cada lado del caballete.

—Ah, se me cayeron. Detrás del armario.

—¿Cuándo?

—La mañana que viniste, después de que te fueras.

—O sea, anteayer.

—Sé dónde está todo en esta casa, o casi todo.

Me pone enferma imaginarla caminando a trompicones por la casa con el bastón, medio ciega, pidiendo pastitas de almendras por si acaso yo acudía, deseando tener aún a alguien que le pregunte por su hijo. Está muy sola.

Me limpio las migas de los dedos.

—Lléveme al armario. Sacaré las gafas.

Me conduce por la casa hasta el dormitorio, sin dejar de hablar.

—Empiezo a acostumbrarme a vivir sola. Los chicos o Hendrik me habrían ayudado a recuperar las gafas. Y Mirjam también lo habría hecho. Siempre he tenido a alguien que me echara una mano. Mira, yo tenía una profesión, como tú. Hace cuarenta años, cuando casi ninguna mujer trabajaba, conocí a Hendrik porque me contrató de dependienta de la tienda. Pensé que era muy independiente, pero luego dediqué mi vida a cuidar de otras personas y ahora no quiero estar sola. Nunca lo habría imaginado.

El armario de la señora Janssen es un armatoste recio de roble. No podré moverlo sola. Veo debajo las gafas, pero el espacio es demasiado estrecho para meter el brazo.

—Pensaba pedírselo a Christoffel la próxima vez que viniera —comenta—. Supongo que será mañana.

—No necesitamos a Christoffel. ¿No tendrá una vara larga y fina, quizá para correr las cortinas?

Después de buscar las dos durante varios minutos, la señora Janssen sale al jardín trasero y regresa con un palo plano, que está un poco manchado de tierra en la parte inferior y tiene sujeto en el otro extremo un paquete de semillas con un dibujo de dos tomates rojos.

—¿Servirá esto?

Empujo las gafas con el palo hasta que salen por el otro lado. La señora Janssen se deshace en palabras de agradecimiento mientras les quita el polvo y se las pone, y al cabo de un momento volvemos a estar sentadas a la mesa.

—Quizá no nos lleven a ningún sitio —le digo—, pero he conseguido unos cuantos nombres de personas que a lo mejor conocían bien a Mirjam. Es poco probable, pero ¿mencionó Mirjam alguna vez a su amiga Amalia?

Frunce los labios.

—Creo que no.

—¿A Ursie? ¿A Zef?

—A Ursie, quizá. Pero es posible que la confunda con mi costurera. También se llama Ursie.

He reservado para el final lo más prometedor.

—¿A Tobias? ¿No sería el novio de Mirjam?

—Sí hablo de un muchacho que le gustaba, pero no recuerdo... Déjame pensar.

Resulta extraño imaginar a Mirjam hablando de un chico mientras estaba escondida, lloraba a su familia y temía por su propia vida. Pero supongo que el amor no cesa, ni siquiera en las guerras. En los días hay muchas horas para estar aterrorizado antes de que entre en acción el instinto de experimentar las emociones humanas naturales.

—¡Anda! —En los ojos de la señora Janssen se ha encendido una luz. Tantea en busca del bastón y retira rápidamente su silla de la mesa—. Acabo de acordarme de algo.

—¿Qué? ¿De qué se trata?

Se levanta y se dirige a la despensa. Oigo un frufú y tintineo de frascos, y luego la señora Janssen regresa con varios tarros de comida.

—No tengo hambre —digo desconcertada, pero ella niega con la cabeza; los ha traído por otro motivo.

—La víspera de la desaparición de Mirjam, le pedí que me ayudara a pasar un trapo a los tarros de la despensa —me explica—. Tuve que despedir a la mujer que venía a limpiar porque me preocupaba que oyera a Mirjam. El caso es que ya casi había acabado cuando se presentó mi vecina, de modo que dejó la tarea y fue a esconderse. Así quedaron los que terminó de desempolvar. —Empuja hacia mí un tarro limpio y pulido—. Mira ahora estos.

Al principio me parece que tienen el mismo aspecto que el que Mirjam acabó de limpiar. Pero al cambiar la luz en la sala advierto una diferencia. Hay unos trazos en el polvo, realizados con el índice seguramente; me recuerdan los dibujos que yo hacía en las ventanas antes de limpiarlas.

La señora Janssen hace girar los tarros, de modo que veo bien la parte con los trazos. Los del primer tarro forman una M; los del segundo, una T.

—Me fijé ayer y pensé que eran garabatos —comenta—. Pero no es así. Son una M y una T.

—Mirjam y Tobias —digo.

—¿Crees que significa algo?

¿Creo que significa algo? Por ejemplo, ¿que Mirjam huyó de un lugar seguro para tratar de encontrar a un chico que le gustaba? ¿O que arriesgó su vida por una relación de la cual las únicas pruebas que tenemos hasta ahora son una carta enigmática, unos trazos en la tapa de unos tarros y unas flores que Mina dice que Mirjam recibió en el instituto? A cualquier persona cuerda le parecería disparatado. Pero ¿acaso yo no habría hecho lo mismo? ¿Acaso no seguiría pensando en Bas cada día, trazando mentalmente su nombre en todos los objetos con que me topara, aunque llevara meses sin verlo? ¿Acaso no lo hago ahora, todavía?

¿Acaso no es el amor la antítesis de la cordura?

Mientras espera a que yo responda, la señora Janssen vuelve a limpiar las gafas, para quitar las partículas de polvo que han cogido en el suelo, y murmura algo sobre el palo del jardín.

—¿Mmm? —digo ensimismada.

—He pensado que debería tener cerca de casa ese palo. El que has usado para recuperar las gafas. Podría serme útil para acceder a espacios pequeños.

Me enderezo al instante, como si me hubiera caído un rayo en el espinazo.

—¿Qué ha dicho?

—Perdona. Intentabas concentrarte.

—No, no. Usted me ayuda. ¿Ese palo estaba en el jardín de atrás?

—Sí. Tengo un huertecito. No ahora, claro está, porque es invierno. Pero en verano sí. ¿Por qué?

—Quiero ver otra vez la puerta trasera.

—¿Por qué?

Paso por su lado y recorro el estrecho y oscuro pasillo hasta la puerta de atrás. Es tal como la recordaba: cuando no está atrancada, queda una amplia rendija y el aire que entra la abre de par en par. El grueso pestillo negro parece de hierro. Lo que estoy pensando podría dar resultado, no me cabe duda. Al menos en teoría. A modo de experimento, levanto el pasador y lo suelto. Al caer no entra en la hembrilla y por tanto no cierra. Ocurre lo mismo cuando vuelvo a probar. Por eso la señora Janssen cree que es

imposible que el pestillo se cierre al salir alguien. No cae en su sitio por sí solo.

A mi espalda, la mujer empieza a impacientarse.

—No lo entiendo —dice finalmente.

—Chist. —Vuelvo a levantar el pasador.

Estoy a punto de llegar a la conclusión de que me equivocaba. Sin embargo, en el cuarto intento el pestillo se cierra por sí solo con un chasquido satisfactorio.

Doy media vuelta para ver si la señora Janssen se ha dado cuenta.

—¿Lo ve? ¿Lo ha visto?

—Pero da igual que se haya cerrado por sí solo —afirma—. Lo tienes delante. Mirjam no pudo hacer eso desde el otro lado de la puerta.

—Pásame el palo de los tomates. Voy a salir un momento.

El huerto de la señora Janssen es un cuadradito de tierra helada, donde no crece nada porque estamos en pleno invierno. Clavados en el suelo, los tutores con paquetes de semillas sujetos llevan rótulos de pepinos, remolachas y coles. Veo un agujerito que corresponde al de los tomates.

—¿Señora Janssen? —grito a través de la puerta cerrada—. Está atenta, ¿de acuerdo? Voy a meter el palo por la rendija.

Tras introducirlo por la parte superior, hurgo con él hasta que toca el pestillo metálico, que a continuación intento balancear para que caiga en su sitio. La primera vez oscila y desciende con un golpe sordo. Pero en el quinto intento logro situarlo en el ángulo correcto, de modo que al bajar encaja con un fuerte estrépito.

He atrancado una puerta imposible de atrancar desde fuera.

La señora Janssen la abre y me mira de hito en hito mientras espero en el jardín trasero con el palo sucio de los tomates, que acabo de utilizar para hacer lo que ella consideraba imposible.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso?

—Las jóvenes enamoradas tienen ideas creativas y desesperadas.

Ha sido un día largo, pero he resuelto dos asuntos. En primer lugar, he descubierto la identidad de la inicial T. que Mirjam menciona en su carta. En segundo lugar, aunque todavía desconozco su paradero, al menos sé que no llegó hasta donde sea que esté atravesando paredes.

14

Viernes

Tobias no ha ido al instituto. Me lo dice Mina cuando voy a verla a la guardería por la tarde.

—¿Está enfermo o es que ha desaparecido? —le pregunto—. ¿Alguien lo sabe?

Mina no sabe nada, tan solo que Tobias no ha ido al instituto, lo cual podría significar que ha pillado un resfriado, o que ha tenido que esconderse, o que está muerto. Podría significar que también Mirjam está muerta. Anoche salí muy optimista de casa de la señora Janssen. Pero he pasado la mañana visitando a un dentista tras otro en busca de Tobias o de su padre, sin suerte. ¿Cuánto tiempo seguiré buscando a Mirjam? Lleva cuatro días desaparecida. A medida que pase el tiempo se irá borrando todo rastro que pudiera conducir a ella. ¿En qué momento sus huellas se borrarán de tal modo que yo reconozca que o bien la han matado, o bien se ha deslizado por las rendijas de la clandestinidad tan profundamente que no volveremos a verla nunca más? Todavía no. Aún no he llegado a ese punto. Pero ¿cuándo ocurrirá? ¿Sabré que he llegado a él? ¿Seré capaz de retirarme?

«No está muerta», me digo.

Cuando solo llevo unos minutos en la guardería, Judith telefona para hablar con Mina.

—Tengo reservado casi un kilo de sucedáneo de café —le explica Mina—. He pensado en organizar una pequeña fiesta, por si conoces a algunos

amigos que estén libres esta noche.

—Últimamente a todos mis conocidos les apetece té —oigo decir a Judith en el otro extremo de la línea—. Nadie quiere café.

Mina ya me ha explicado el código de la conversación telefónica. «Té» se refiere a niños de piel clara, con más aspecto holandés, y «café» a los de tez más oscura. Las familias desean criaturitas rubias, cuya presencia sea fácil de justificar.

—Debo irme —le digo finalmente en silencio, moviendo solo los labios—. Aún tengo tiempo de visitar a otro dentista.

Mina pone la mano sobre el receptor del teléfono.

—Judith dice que esta noche hay una reunión en el apartamento de Leo. Quiere que te invite a ir.

—Me lo pensaré —respondo. Y lo haré. Ya lo he estado pensando. Sé que necesitan mi ayuda, pero antes tengo que encontrar a Mirjam.

—Ojalá pudiera ir yo. Iría si fuera mayor —dice Mina.

—Quizá.

—Dice que quizá —informa a Judith—. Lo sé, lo sé, pero no va a decir nada más.

Supongo lo que Judith está pensando al otro lado de la línea: que Mina y ella son judías, con apellidos judíos y estrellas de David cosidas a la ropa, y aun así se juegan la vida a diario. Yo tengo el pelo rubio, ojos verdes y documentos immaculados, y aun así no he accedido a ayudar al grupo. Pensará eso, y es cierto, porque a todos se nos acaba el tiempo. Todavía no estoy preparada. No del todo.

Mina parece un tanto avergonzada cuando cuelga el teléfono.

—Judith ha dado a entender que si no vas esta noche no volverá a recurrir a sus contactos del teatro para preguntar por Mirjam. Dice que el grupo tiene tareas mucho más importantes que ayudar a quienes no ofrecen nada a cambio.

—Iré.

Por la mañana he dicho al señor Kreuk que faltaría al trabajo para ir al dentista. He visitado a siete con el pretexto de que me dolía una muela, y en

cada consultorio he preguntado por el doctor Rosen. Empecé por los dos más cercanos a los barrios judíos y luego fui alejándome. Esta tarde tengo una cita con un posible contacto, un panadero de la zona norte de Amsterdam, de modo que cruzo el río en el transbordador y, después de hablar con él, me dirijo a una clínica dental de un barrio residencial muy bien cuidado. Cuando entro, la recepcionista ya tiene puesto el abrigo y me dice:

—El doctor estaba a punto de irse. Son casi las cinco.

—Es que me duele muchísimo la muela. ¿No dispondría el doctor Rosen de unos minutos? —Espero a que me diga que no hay ningún doctor Rosen, como ha ocurrido en los otros consultorios.

Suspira.

—El doctor Rosen está enfermo. Tendría que visitarla su colega, el doctor Zimmer.

—Su... ¿Qué?

—El doctor Rosen está enfermo. Pero la pasaré con el doctor Zimmer. ¿Está segura de que se trata de una urgencia?

En cuanto desaparece de la vista me acerco a hurtadillas al escritorio. Encima hay abierta una agenda muy grande, y a un lado, un tarjetero con facturas. Las hojeo rápidamente con la esperanza de encontrar una que tenga las señas del domicilio del doctor Rosen, sin dejar de prestar atención a los sonidos de la recepcionista en la sala contigua. No hay ninguna dirección particular. Todas las facturas llevan las señas de la clínica. Recorro con la mirada las paredes de detrás del escritorio echando un vistazo a diplomas y certificados. En un rincón hay fotografías: una pareja de cabello oscuro, que supongo que son los Rosen, junto a... Me acerco para asegurarme de que la vista no me engaña. El chico de la cara redonda que me guiñó un ojo en el liceo. El muchacho atrevido y desvergonzado que me recordó a Bas. Tobias.

—¿Qué está haciendo? —La recepcionista, parada en la puerta, me fulmina con la mirada.

—¿No tendrá pañuelos de papel? Yo también soy recepcionista y a veces los tengo en mi escritorio.

Frunce el ceño y saca uno de una caja que hay en la sala de espera.

—El doctor Zimmer no puede atenderla hoy. Tiene un compromiso personal después del trabajo. Me ha dicho que le concierte una visita para mañana por la tarde. No suele atender los sábados, pero venga a la una.

—¿Y qué...? —Invento sobre la marcha—. Tal vez el doctor Rosen pueda atenderme en su casa. ¿Tiene usted la dirección?

He ido demasiado lejos; ahora la recepcionista sí que recela. Me llevo la mano al corazón.

—Dios mío, no sé cómo se me ha ocurrido pedir la dirección del doctor Rosen. Supongo que la gente con dolor de muelas hace cualquier cosa. Mañana, a la una.

Un *ferry* acaba de atracar cuando llego al puerto en la bicicleta. La mayoría de los pasajeros que desembarcan son hombres de negocios que vuelven del trabajo, pero también bajan parejas jóvenes y mujeres con hijos pequeños. Un grupo de adolescentes espera a mi lado para subir en el transbordador. Bromean y se dan empujones mientras hablan del instituto, de películas y de un agricultor con el que debieron de cruzarse durante la excursión. Quizá debí quedarme en el consultorio del doctor Rosen. Quizá debí sincerarme con la secretaria del doctor Zimmer, o fingir preocupación por la afligida familia Rosen y preguntarle adónde podía llevarles una olla de sopa.

Un momento. Reconozco la voz de uno de los muchachos del grupo. Los miro hasta que distingo una cabeza rubia que me resulta conocida. Es el chico de los recados de la señora Janssen, el que se llevó la *opklapbed* para venderla el día en que ella me pidió que encontrara a Mirjam.

—¡Christoffel!

Se da la vuelta y se sonroja al reconocermé.

—Hanneke, ¿no?

Los estudiantes que lo rodean, en especial los varones, se han quedado en silencio y se dan codazos unos a otros mientras tratan de averiguar quién soy y de qué me conoce Christoffel.

—Sí. Me viste en casa de la señora Janssen —le digo intentando hacer caso omiso del grupo, que nos mira boquiabierto.

—Señor Tof, ¿no vas a presentarme a tu amiga? —grita detrás de él un muchacho flaco y nervudo con narices de asno.

Christoffel se sonroja al oír el apodo: Señor Tof, es decir, «Señor Genial». Es un muchacho guapo que todavía no se ha dado cuenta de que lo es. Apuesto a que las chicas sí han empezado a advertirlo. Aparenta menos edad de la que tiene, pero dentro de un par de años, cuando crezca y pierda la torpeza, tendrá una cola de jovencitas complacientes que dará la vuelta a la esquina.

—Iré a ver a la señora Janssen más tarde, al anochecer —dice—. Mi padre le ha traído un regalito de La Haya, va y viene de allí por motivos de trabajo, y pensaba llevárselo luego.

¿Va y viene de La Haya en tren? Es increíble. Debe de ser un trabajo importante. A la mayoría le cuesta encontrar billetes ahora que el ejército alemán se ha apoderado de los ferrocarriles para realizar sus propios transportes. Casi todos los hombres holandeses se abstienen de tomarlos porque los soldados recorren nuestros medios de transporte público en busca de trabajadores para las fábricas de material bélico. Por tanto, el padre de Christoffel o bien es un empresario poderoso, o bien es un miembro de la Cruz Roja, que tiene unas oficinas en La Haya. O bien pertenece al NSB.

—¿Has hecho una excursión escolar? —le pregunto—. ¿Te has divertido?

—Ha estado bien. Pero, bueno, en realidad no me gustan las salidas con grupos grandes. Ni siquiera me gusta ir en bicicleta, aunque no sé si debo decirlo.

—No, si quieres seguir siendo holandés.

—¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo en la zona norte de Amsterdam?

—Nada. Ir al dentista.

—Espero que te haya ido bien. Yo lloraba a mares cuando tenía que ir.

—A los niños pequeños les aterra —digo.

—¿Niños pequeños? Estaba hablando del año pasado. —Se ruboriza aún más cuando me río de su broma, pero sonrío al recordarlo. Un chiquillo tierno y patoso—. Bien. Debo volver con el grupo —añade—. Ya se están burlando de mí porque no puedo salir con ellos esta noche. Mañana papá parte temprano hacia La Haya por motivos de trabajo.

—Me alegro de verte —le digo.

Da media vuelta para alejarse, pero su última frase me da zarpazos en la mente. La segunda mención de La Haya. ¿Por qué he estado pensando en esa ciudad? Algo relacionado con Mirjam. Algo que Mina sabía.

—Espera, Christoffel. Tengo que pedirte un favor —le digo. Se vuelve hacia mí—. ¿Crees que tu padre podría hacer de paso un breve viaje... hasta un hotel de Kijkduin? Debo enviar una carta a alguien y por correo tardaría siglos en llegar. Pero ya que tu padre va allí...

—¿Qué tipo de carta? —pregunta.

Ya estoy sacando una pluma, y empiezo a escribir a toda prisa una nota utilizando mis rodillas a modo de mesa. Le resultará más difícil negarse si le entrego un texto redactado.

—Nada especial —respondo—. Es que últimamente no se puede contar con el servicio de correos e intento localizar a una vieja amiga a través de una conocida común. Quiero asegurarme de que la carta llegue a su destino.

Lo que escriba debe ser intachable. A diferencia de lo que ocurre con Ollie, a quien conozco desde hace años, de Christoffel no sé prácticamente nada. Esté o no esté su padre afiliado al NSB, el chico podría ser un simpatizante. Solo tiene dieciséis años, pero he visto a miembros de la Nationale Jeugdstorm —el equivalente holandés de las Juventudes Hitlerianas— mucho más jóvenes que él desfilando por las plazas públicas, realizando ejercicios de instrucción militar.

Querida Amalia:

No nos conocemos, pero me consta que tenemos dos conocidos comunes: Mirjam y Tobias. Me pregunto si has sabido algo de ellos últimamente. Vivo en Amsterdam y esperaba presentárselos a unos amigos que han venido de visita. Por favor, contesta lo antes posible; dispongo de poco tiempo.

Añado mi nombre al final del breve mensaje y menciono que la respuesta debe enviarse a través del hombre que ha entregado la carta. La releo sopesando si debería dar más detalles. La pluma está suspendida sobre la hoja. Al final decido agregar solo una línea más.

«Soy una amiga».

Detrás de Christoffel, los otros estudiantes lo llaman para que se dé prisa. Empiezo a doblar el papel en tres, como haría con una carta normal, pero enseguida decido plegarlo de manera más complicada, en forma de estrella, como estaba la que Mirjam dirigió a Amalia. Lo hago para que Amalia comprenda que puede confiar en mí, que soy una chica como ella. También lo hago porque así Christoffel no se atreverá a desdoblarla para leerla, pues sería incapaz de volver a darle su forma original. En el papel doblado escribo, en letra de imprenta: AMALIA. DOMICILIO DE LA PROPIETARIA DEL HOTEL VERDE. KIJKDUIN. Confío en que solo haya un hotel verde.

—Gracias —le digo.

El transbordador ya casi ha cruzado el río. Los pasajeros comienzan a poner en fila las bicicletas para desembarcar sin demora.

—¡Christoffel! ¡Vamos, señor Genial!

Vuelve a sonrojarse al oír el apodo, que debe de ser una broma entre ellos. Sin esperar a que se aleje, me abro camino a codazos hasta el principio de la cola para desembarcar. No quiero darle la oportunidad de devolverme la carta. Quiero que crea que no tiene más opción que hacerme este favor.

15

Todos menos Judith están ya en el apartamento de Leo cuando llego yo. Me siento en el escabel de la otra vez, al lado de Sanne, que salta a la vista que se alegra de que haya acudido y enseguida me ordena que cierre los ojos y extienda las manos. Cuando así lo hago, deposita en mi palma dos cuadraditos arrugados que despiden un aroma intenso.

—¿Regaliz?

Últimamente cuesta encontrar caramelos.

—Los conseguí hace cinco meses y los escondí tan bien para que mi hermana no los viera que no los he encontrado hasta esta mañana. A cada uno le corresponden dos.

Desenvuelvo uno y me lo meto en la boca. Está un poco rancio. Mastico el regaliz salado hasta que me duelen las encías.

—Has venido. —Ollie se ha acercado y se acuclilla a mi lado. Sus ojos reflejan cansancio, pero también sorpresa y alegría por verme.

—Judith le dijo a Mina que tenía que venir.

—Me alegro. —Estira el brazo para rozarme la mejilla con los nudillos, un gesto cariñoso, un gesto propio de la familia Van de Kamp. El señor Van de Kamp se lo hacía a los niños. Bas me lo hacía a mí. El calor se me extiende por la piel y de inmediato aparto el gesto de mi mente.

Al ver que Judith no se presenta a la hora convenida, Willem dice en broma que ha perdido el derecho a un caramelo y que debería comérselo él. Al cabo de diez minutos, como aún no se ha presentado, Leo dice que quiere el otro.

Sin embargo, cuando diez minutos más tarde continúa sin aparecer, las bromas cesan y nos miramos unos a otros en silencio.

—Es probable que se haya entretenido en el instituto o en el teatro — apunta Willem—. O que haya más calles cortadas.

—Seguro que está a punto de llegar —dice Sanne, que con una amplia sonrisa forzada, falsa, se encamina hacia la ventana para mirar—. Siempre se enfada conmigo porque le hago llegar tarde cuando vamos juntas a algún sitio. Esta vez le demostraré que no siempre es culpa mía. ¡En ocasiones se retrasa ella solita!

Mira hacia fuera durante unos minutos llenos de esperanza antes de regresar a su asiento. El tictac del reloj se vuelve más sonoro, y el silencio, más tenso.

Oímos pasos al otro lado de la puerta y todos nos relajamos. Se aproximan, pero enseguida se desvanecen. Un transeúnte presuroso camino de casa.

Ollie habla a continuación, con una voz aguda que se esfuerza en que suene neutra.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde vive el tío de Judith? Me pregunto si no ha llegado el momento de que...

Antes de que acabe la frase, la puerta se abre de par en par y Judith entra en tromba con una bolsa de viaje y se sacude la nieve del abrigo. Mi pecho expelle el aliento que ignoraba que estaba conteniendo y Sanne se levanta con un chillido de alivio para abrazar primero a su amiga y luego zarandearla.

—Estábamos muy preocupados —la reprende.

—Lo siento. —Abraza a Sanne, pero su sonrisa parece forzada.

—Oh, estás toda sudada —dice Sanne.

Las gotas resbalan por el rostro de Judith; yo suponía que eran de nieve fundida, pero son de transpiración.

—He venido corriendo. Sabía que llegaba tarde.

Está pálida y temblorosa. Willem también lo advierte y le lleva un vaso de agua sin preguntarle si lo quiere. Ella lo acepta, pero no bebe y se queda con el vaso entre las manos.

—¿Te sientas en mi sitio? —le pregunta él, y se asegura de que toma asiento.

El rostro de Ollie ha recuperado el color. Se aclara la garganta para que le prestemos atención.

—Ya charlaremos cuando acabe la reunión. Tenemos que empezar — ordena, de nuevo concentrado—. Leo dice que nos cuesta conseguir comida suficiente para los *onderduikers*. En especial carne. Me alegra que Hanneke haya venido. Confiaba en que ella pudiera...

—Espera —le interrumpe Judith—. Aún no lo hemos decidido. No hemos decidido el supuesto motivo de esta reunión. Lo que diremos si nos preguntan por qué hemos venido.

—Eso da igual —responde Ollie—. Se nos hace tarde. Ahora no importa.

—Sí importa —replica ella. Los ojos le brillan y destellan de una manera extraña.

—Está bien. Tú...

—Claro que importa. Tengo una idea. Sobre lo que celebramos. Debería ser mi fiesta de despedida.

—¿Tu qué? —Sanne habla con voz crispada—. ¿Qué estás diciendo?

Judith se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano.

—Han empezado a acorralar a las familias de los miembros del Consejo Judío —explica—. Mi tío ya no puede protegerme. Esta tarde he recibido el aviso de que me presente en el Schouwburg. —El rostro se le descompone.

El primero en reaccionar es Ollie, que la abraza; nunca le había visto tan tierno. Sanne coge la mano de Judith, y Willem y Leo se sacan al mismo tiempo un pañuelo del bolsillo. Yo no sé cómo actuar. No hace ni una semana que conozco a Judith. No tengo derecho a estar tan afectada como los demás por la noticia. No tengo derecho a que me afecte en absoluto. Ella me pidió que ayudara y me negué. Volvió a pedírmelo y me negué. Me negué, pese a tener contactos, pese a correr menos peligros que Mina y que ella. He acudido esta noche únicamente porque Judith dijo que debía venir. No importa que al final lo hubiera decidido por mí misma. No lo hice a tiempo.

—Seguro que ese era el plan de los nazis desde el principio —afirma furiosa Sanne—. Reclutar a judíos importantes para el Consejo. Inducirles a creer que tenían verdadera influencia y que participando ayudarían a sus

familias. Y después, cuando los nazis obtuvieran cuanto necesitaban de ellos, deportarlos. Se suponía que los miembros del Consejo estaban a salvo.

—Es despreciable —comenta Willem con voz queda.

—Es peor que despreciable —dice Sanne—. Es perverso.

—Muy bien. —Ollie intenta dirigir de nuevo la reunión—. Sabíamos que podía ocurrir. —Mira a Judith—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Ella respira, trémula, antes de responder.

—Al menos lo básico. Una bolsa con cosas, y llevo puesta casi toda mi ropa.

No me extraña que sude. Debería haberme fijado en que se la ve más robusta que de costumbre. Los botones del abrigo le tiran y por lo menos otras dos faldas asoman debajo de la que lleva encima.

—¿Tienes preparado mi escondite? —pregunta.

Ollie asiente.

—No te llevaré ahora porque falta muy poco para el toque de queda. Pasarás la noche con Willem y conmigo, y tú y yo iremos al escondite mañana o al día siguiente, cuando resulte menos peligroso.

—¿Adónde? —pregunta Sanne—. ¿Adónde la llevarás?

—No puede decírtelo —responde Judith mientras Ollie niega con la cabeza—. Hasta que yo esté a salvo en ese lugar. Cuantas menos personas lo sepan, mejor. Ya conoces las normas.

—Judith, ¿y qué hay de Mina? —Es la primera vez que intervengo en la conversación. La pregunta es terrible: tu prima, la de la risa burbujeante y los hoyuelos en los codos, que hace fotos clandestinas de las atrocidades cometidas por los alemanes, ¿está ahora prisionera en el teatro de donde se ha esforzado tanto por rescatar a otras personas?

—Mina está a salvo. También ella ha recibido hoy el aviso. Lo encontré al llegar a casa. La he llevado a su escondrijo antes de venir; Ollie ya lo tenía preparado. Sus padres y sus hermanos irán al suyo mañana. Estaba todo planeado desde hace semanas. Por si acaso.

—Lo siento —digo. Con esa frase me disculpo por muchas cosas, pero Judith no me mira.

El toque de queda está al caer. Debemos irnos, en parejas. Sanne y Leo rodean a Judith y la abrazan susurrándole palabras al oído. Cuando ella se despide, Ollie le coge la bolsa de tela de tapicería y pone la mano en el pomo de la puerta.

—¿Estás lista? —le pregunta en voz baja.

—Lo estoy —responde ella, y Ollie la conduce a la noche.

16

Sábado

Al despertar por la mañana me duelen las mandíbulas como si me hubiera pasado la noche apretándolas y rechinando los dientes. Sé que he soñado con Judith y con Mirjam. «¿Por qué no fuiste mejor amiga?», me preguntaba Judith, pero cuando me disponía a responderle, era en realidad Elsbeth. «¿Por qué no vienes a buscarme?», me decía Mirjam, pero cuando le decía que estaba buscándola, era en realidad Bas. Me he despertado una y otra vez durante la noche, sin saber muy bien dónde me encontraba, ni en qué época, ni quién estaba vivo y quién muerto.

Cuando salgo a trompicones del dormitorio, todavía en camisón, unos golpetazos me alertan de que mamá está en plena furia limpiadora. Le ocurre unas pocas veces al año. Está en el balcón, sacudiendo una alfombra con la escoba. Sentado a la mesa con un trapo en la mano, papá abrillanta la plata, que está colocada en pilas ordenadas a su alrededor.

—Se niega a darme de comer hasta que acabe —susurra—. A mí, un inválido. Tengo que esconderme.

Cojo un trapo y me siento a su lado procurando que mi cara no manifieste nada. Esconderse. Judith. Mi padre sonrío, el olor penetrante de la plata impregna el aire, y Judith y Mina se han incorporado a la clandestinidad de Amsterdam. Desaparecidas.

Papá espera a que responda. Intento recordar lo que le digo normalmente, pero no me viene enseguida a la cabeza nuestro chiste habitual.

—Una mujer cruel —comento por fin mientras froto un candelero—. Mira que maltratarte de este modo.

Son las nueve. Más tarde de la hora hasta la que se me permite dormir la mayoría de los sábados. Más de tres horas que malgastar antes de acudir a la cita con el doctor Zimmer. Y quién sabe cuántas horas que malgastar hasta que me entere de si Judith ha llegado a su escondrijo. Va a ser una mañana larga y espantosa.

He acabado de limpiar dos candeleros cuando mamá entra con la alfombra a rastras y ve lo que estoy haciendo.

—Qué bien, Hannie, estás levantada. Tengo otra tarea para ti.

Me detengo, sin soltar el trapo.

—¿No tengo que limpiar?

—Tu armario —dice mamá—. Hay muchos papeles, seguro que no todos te hacen falta ya. Échales una ojeada, a ver cuáles podemos usar para encender la lumbre.

Me produce un curioso alivio estar en mi dormitorio clasificando papeles mientras mis padres realizan labores domésticas en la sala contigua. Es una tarea conocida y banal, que requiere poca concentración, solo la suficiente para evitar que piense en lo que sucedió anoche. Al cabo de unos minutos mamá llama a la puerta y entra trayendo pan y mermelada.

—¿Lo ves? No soy una mujer tan cruel. —Aparenta severidad, pero sus ojos muestran que no está enfadada.

Se arrodilla a mi lado y coge una tarjeta que he apartado, una postal de felicitación de cuando cumplí los dieciséis.

—¿Te acuerdas de ese cumpleaños? —dice—. Fuimos todos a patinar sobre hielo. Elsbeth llevaba aquella faldita de patinaje y Bas me retó a hacer una carrera con él porque pensó que sería divertido: él contra tu madre de cuarenta años...

—Pero le ganaste. No paró de decir que le habías puesto la zancadilla cuando nadie miraba.

Vuelve a leer la postal y durante un momento no se oye nada más que el revuelo de los papeles que clasifico en pilas.

—Debes de pensar que en ocasiones soy cruel de verdad —murmura—. Debo de sacarte de quicio con mi preocupación.

—¿De qué hablas?

—Sabes de qué hablo. De cómo te exaspero. De cómo miras a tu padre para tranquilizarte cuando no soportas mis preguntas.

Tiene razón. Pienso en todo eso por lo menos tres veces al día. Se lo digo a ella al menos una vez cada día; pero no en este momento en que se la ve tan desvalida y vulnerable.

—Lo que ocurre es que he conocido otras guerras, Hanneke —prosigue—. Sé lo que pasa en ellas. Sé lo que les pasa a las jóvenes. Intento protegerte para que crezcas sin tener que preocuparte tanto como me preocupo yo. Te quiero más que a nada en el mundo. ¿Lo entiendes?

Asiento, turbada, pero antes de que se me ocurra qué responder, mamá deja la postal de felicitación, se levanta y se sacude el polvo de la falda. Me besa en la coronilla de manera mecánica.

—Ya está bien de descansar. De vuelta a las alfombras. —Al cabo de un momento se reanudan los golpetazos en el balcón.

Mamá tiene razón: el armario está hecho un desastre. Algunos papeles llevan meses aquí. Papá y yo lo guardamos todo: él por sentimentalismo; yo, porque no me gusta tirar nada que pueda valer algo. En estos tiempos usamos las cosas dos o tres veces. Mi madre se quedará algunos de estos papeles para encender la lumbre; otros servirán para limpiar ventanas o forrar nuestros zapatos.

—Mamá, ¿dónde tienes las tijeras de costura? —grito hacia el pasillo al recordar cómo se me enfriaron los pies cuando me sorprendió la lluvia el otro día—. Voy a confeccionar un par de forros.

Una vez que tengo las tijeras, coloco los zapatos sobre una hoja de periódico. Antes de dibujar el contorno veo que el diario que me dispongo a destrozar es el del día del cumpleaños de mamá. A papá no le gustará que lo utilice; siempre guarda los periódicos del día de nuestros cumpleaños. Debajo hay un número de *Het Parool*; recuerdo vagamente que me lo dio un cliente hace varias semanas, y tendría que haberlo destruido, en lugar de guardarlo en casa. Lo usaré para confeccionar los forros. Me complace pensar en esta pequeña rebelión: llevar en los zapatos pedazos de un diario de la resistencia.

Las tijeras de mamá están recién afiladas y cortan de maravilla el papel de periódico. He recortado la mitad del segundo forro. Las tijeras me resbalan de las manos y caen al suelo con estrépito.

No puedo creer lo que veo.

Me acerco el diario hecho trizas. ¿Son imaginaciones mías? No, ahí está: lo he rodeado sin querer con el trazo que he dibujado. Vuelvo a leerlo, las palabras danzan delante de mí.

—Hannie, ¿qué ha sido ese ruido?

Oigo la voz de mamá como si me encontrara bajo el agua: lejana y apagada.

—¿Qué? —pregunto por fin, incapaz de apartar la mirada del papel.

—¿Qué le ha pasado a mi suelo? —musita al entrar en la habitación.

Bajo la vista, sin interés. Las tijeras, clavadas en el entarimado, han abierto un agujero en la madera de arce de mamá.

—Ay, Hannie. Voy a buscar la cera para suelos, a ver si podemos...

—Tengo que irme.

Me levanto rápidamente, revuelvo en el armario en busca de una falda limpia y me quito el camisón sin siquiera pedir la intimidad que suelo exigir siempre que me cambio de ropa.

—¿Tienes que irte? ¿Adónde vas?

La blusa y la falda combinan fatal. Me he puesto lo primero que he cogido.

—¿Te pones eso? —Mamá frunce el ceño—. ¿Por qué te vistes ahora?

—Tengo que irme.

—¡Pero si acabas de empezar las tareas! Hanneke, esa blusa no pega con la falda.

Paso por su lado y saco el abrigo del armario.

—Volveré lo antes que pueda.

—¡Hannie! —Mamá sigue llamándome mientras bajo corriendo la escalera, subo a la bicicleta y me alejo por la calle.

Pedaleo frenética por mi barrio, por calzadas llenas de baches que suelo evitar, porque sé que así llegaré antes. ¿Fue una coincidencia nada más? Lo que he visto en el periódico, ¿fue una mera coincidencia? En absoluto. Estoy segura de que no lo fue.

Al otro lado de la calle, veo a una excompañera de clase comprando en la tienda de la señora Bierman. Me saluda con la mano, pero no me paro. Tampoco me detengo cuando un cliente del señor Kreuk me llama a voces porque quiere encargar un pedido para la semana que viene.

En cuanto llego a casa de la señora Janssen, apoyo la bicicleta en la pared y, apenas me abre la puerta, entro en tromba.

—¿Qué pasa? —No lleva el bastón, y se agarra al brazo del sofá para no perder el equilibrio.

—Necesito volver a ver el escondrijo.

—¿Por qué? ¿Qué has descubierto?

Una vez en la cocina, abro la despensa y aparto los frascos de conservas. La señora Janssen se acerca cojeando.

—¿Crees que pasamos algo por alto? —Observa cómo quito la aldabilla y entro en el cuartito—. Hanneke, ¿qué pasamos por alto?

No pasamos nada por alto. Examinamos cada centímetro cuadrado de esta habitación aséptica y desolada, la señora Janssen con sus ojos cegatos y yo con mi buena vista. Lo miramos todo. Pero no lo miramos todo de la manera adecuada.

Por un instante me preocupa que haya tirado lo que estoy buscando. Pero ahí está: el número atrasado de *Het Parool* que Mirjam estaba leyendo el día que desapareció. El borde de las páginas ya empieza a amarillear.

Me apresuro a desdoblar el periódico que he traído de casa. Tal como yo pensaba, es el mismo: un número del mes pasado. Pese a saber que ambos ejemplares son idénticos, me llevo el de Mirjam a la cocina, donde hay luz, y paso las páginas hasta la sección que sin querer he rodeado con un trazo para confeccionar los forros de los zapatos.

—¿Qué haces?

—Chist. Intento pensar. —Levanto un dedo para pedirle silencio.

La señora Janssen fue muy precisa al detallar la cronología de lo ocurrido el día de la desaparición de Mirjam. Poco antes de que la muchacha se esfumara, la señora Janssen le llevó este ejemplar de *Het Parool*. Yo creía que estos dos hechos —la entrega del periódico y la desaparición— no estaban relacionados. Pero ¿y si formaban parte de una

reacción en cadena, en la cual uno provocó el otro? ¿Y si Mirjam vio algo en el periódico que la impulsó a huir?

El día en que la señora Janssen me habló de su desaparición, me contó que a la muchacha le encantaba leer hasta la última línea de *Het Parool*, incluso los anuncios clasificados.

Mis ojos encuentran el que he rodeado con un trazo en mi ejemplar: tres líneas en el centro de la página.

*Isabel echa de menos a su hermana,
pero se alegra de estar de vacaciones en Kijkduin.
Besos, Margarita.*

Es imposible que se trate de una coincidencia. Durante todo este tiempo he pensado que debía ponerme en contacto con Amalia porque quizá ella intuyera adónde huyó su amiga. En ningún momento me he planteado que tal vez Mirjam intentara reunirse con ella. ¿Subió a un tren con destino a Kijkduin?

—Hanneke, habla —dice la señora Janssen. Casi me había olvidado de que estoy en su cocina—. Llevas un rato con la mirada perdida. ¡Habla! ¿Qué pasa?

—Creo que lo sé. Creo que sé lo que ocurrió.

[paréntesis 4]

El día que conocí a Elsbeth. Ella tenía siete años; yo, seis. Estaba llorando porque era mi primer día de escuela y no conocía a nadie, salvo a un niño que vivía debajo de mi apartamento y al que le gustaba tirarme del pelo.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó ella.

—Hanneke.

—Yo me llamo Elsbeth.

Tenía una cinta preciosa en el cabello, y se la quitó para atármela a la trenza.

—Quédatela. De todos modos, queda mejor con el pelo rubio —dijo—. Y no tienes que llorar por ese niño. Los niños son bobos. Lo primero que necesitas es una buena amiga.

17

Tonta. Soy tonta. He dejado que mis recuerdos de Bas dictasen mis pensamientos sobre lo que le sucedió a Mirjam. He dado por sentado que si huyó del escondrijo fue porque deseaba estar con Tobias. ¿Por qué no caí en la cuenta de que tal vez se hubiera marchado para reunirse con alguien a quien quería tanto como a él, aunque de una manera distinta?

El viento me quema el cuello, se me mete por la blusa hasta la clavícula. No me he abotonado el abrigo, que ondea con furia detrás de mí mientras pedaleo. Con una mano intento taparme la garganta con la tela, pero solo consigo dar un viraje hacia un anciano. Se aparta rápidamente hacia el borde de la calzada y me maldice.

¿Qué ocurrió? Los padres de Amalia pensaban enviarla a vivir con su tía. Mina me lo contó. ¿Y luego qué? En algún momento, estando ya con su tía, mandó publicar en el periódico un saludo para su amiga. ¿Sabía que Mirjam estaba escondida en la tienda de muebles? ¿Se comunicaban de algún modo? ¿Acaso lo planearon con antelación: un mensaje secreto en la sección de anuncios clasificados de un periódico clandestino? ¿Era esa la señal para que Mirjam huyera, o acaso vio el anuncio de su vieja amiga y, embargada por la emoción, decidió marcharse de improviso?

En cualquier caso, ¿por qué no quiso informar a la señora Janssen? Debía de saber que su desaparición la aterraría.

Recorro las calles pedaleando como una loca. Ahora que tengo una pista, los engranajes de mi cerebro empiezan a girar. Necesito localizar a Christoffel, averiguar si su padre viajó a Kijkduin y ha regresado con una respuesta de Amalia. Si no fue al hotel, tendré que ir yo misma y registrar cada habitación. En cualquier caso, debo ir a la estación de ferrocarril a ver si logro encontrar al revisor habitual de esa línea. Una chica de quince años

con un abrigo de un azul vivo viajando sola llamaría la atención. Pero ¿cómo conseguiría Mirjam subir al tren? El jefe de estación no vendería un billete a una persona que llevara la palabra *Jood* estampada en sus documentos. Tengo que preguntar al señor Kreuk si puedo tomarme unos días de permiso. Tengo que enterarme de si existe algún medio de transporte clandestino, alguna forma de que Mirjam llegara a Kijkduin sin tener que tomar un tren. Primero tengo que volver a casa, cambiarme de ropa e inventar una historia para contarle a mamá. Dirijo la bicicleta hacia allí y estoy tan absorta en mis planes que, a una manzana de mi casa, por poco atropello a Ollie, que, plantado en medio de la calzada, agita los brazos para que me detenga.

Algo ha pasado.

Es evidente que ha pasado algo; está en medio de la calle, haciendo señas como un demente.

Pero no hace señas como un demente. Agita las manos con desgana, casi como si no quisiera que lo vea y me pare. Las deja caer a los lados cuando me detengo delante de él con un chirrido de frenos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con tono de exigencia—. Precisamente estaba pensando en ti. He conseguido más información y necesito tu ayuda.

Se frota el costado con una mano; ha venido corriendo y le ha dado flato.

—He ido a buscarte a tu casa y tu madre me ha dicho que te habías alejado en esta dirección. Tengo que hablar contigo.

—Qué bien. Ya me has encontrado.

—Se trata de algo grave.

—Ya sé que es grave. He descubierto algo en casa de la señora Janssen. De hecho, lo descubrí en mi casa, pero no comprendí lo que significaba hasta que... —Algo me impulsa a seguir hablando, porque si hablo Ollie no podrá explicarme por qué tiene la boca torcida como una cicatriz.

—Tengo malas noticias —dice—. Creo que deberíamos buscar un lugar donde sentarnos.

—No quiero buscar un lugar donde sentarnos. Hoy he descubierto algo. No tengo tiempo de sentarme. —Fuerzo una carcajada, como si él hubiera

dicho algo gracioso—. Ollie, recupera el aliento y vámonos.

—No, Hanneke. Ha ocurrido algo.

—Claro que ha ocurrido algo. Sé dónde está Mirjam. Vámonos.

No me sigue. Tampoco intenta convencerme de que le haga caso. Se limita a quedarse ahí plantado y deja que me desahogue quejándome, que note cómo se ha adensado el aire a nuestro alrededor.

—Te llevaré a casa de tus padres si quieres. O podemos ir a la mía.

—¿De qué se trata, Ollie? ¿Es que...? —titubeo, porque hasta que pronuncie las palabras no será real—. ¿Se trata de Judith? ¿Le ha pasado algo camino de su escondite?

—Judith está todavía en mi casa. No se trata de ella.

—¿De Willem? —Digo los nombres como si arrancara tiritas, empezando por los que más dolerían. «Que se trate de Leo», pienso. Que se trate de la persona a la que menos conozco. Algo falla en mí por pensar de este modo, por desearle mala suerte a Leo, pero sé que todo en la vida tiene una contrapartida.

—Hanneke, escúchame. He ido al teatro para intentar hablar con el tío de Judith. Ha ocurrido, Hanneke. Anoche llevaron a Mirjam al Hollandsche Schouwburg.

18

—¿Qué? —Aparto a Ollie de un empujón, rechazando lo que acaba de decir—. Te equivocas.

Por supuesto que se equivoca. Mirjam no está en el Schouwburg. Agito los brazos para golpearle, deseando que se desdiga.

—Hannie, anoche hubo una gran redada. —Me agarra las muñecas y las aprieta contra su pecho—. Tenían una lista con el nombre de aquellos a quienes buscaban, pero al ver que no cubrían el cupo empezaron a detener a cualquiera que se topaban con documentos judíos. Capturaron a personas cuya deportación aún no estaba programada. Uno de los nombres de la lista es M. Roodveldt. Mirjam se encuentra en el teatro y su traslado está previsto para dentro de dos días.

—Pero sé adónde quería ir. Se fue a La Haya. Es imposible que la apresaran porque no debe de estar en Amsterdam. No...

—Quizá salió de la ciudad, pero la capturaron y la trajeron de vuelta. O quizá asaltaron su escondite temporal antes de que tuviera la oportunidad de marcharse. Pudieron ocurrir mil cosas. Solo sabemos a ciencia cierta que en el teatro hay alguien con su nombre.

Redada. Asalto. Roodveldt. Las palabras de Ollie quedan suspendidas por encima de mí, pero no tienen sentido. El corazón le palpita bajo mis manos.

—Entonces hemos de decidir qué hacemos ahora —digo finalmente—. Por de pronto, debemos ir al teatro. Tú distraerás a los guardias. Tenemos que ir y sacarla de allí sin demora.

—Hannie, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Tienes razón. Primero acudiremos al tío de Judith para que nos ayude. Él...

Ollie me aprieta las manos.

—No.

—Suéltame. No hace falta que vengas conmigo, pero tienes que dejarme ir.

—No. Hanneke, ¿quieres que muera gente? No puedes poner en peligro la red que tardamos un año en construir yendo allí a hacer preguntas sobre una niña. Ya no tenemos a nadie infiltrado. Judith y Mina están desaparecidas. El tío de Judith no nos ayudará. Teme por su propia vida; el Consejo carece de la influencia que le suponíamos. Si irrumpes en el teatro sin saber nada, pondrás en peligro toda la operación.

—Pero...

—No.

Está en lo cierto. Pese a la ira y la frustración, comprendo que está en lo cierto. Es un razonamiento lógico que yo misma esgrimiría si no se tratara de la persona a quien he estado buscando con tanto empeño. ¿Por qué no acudí al Schouwburg anoche? En lugar de congratularme por haber localizado al padre de Tobias, tendría que haber ido al Schouwburg.

—Todo lo que he hecho ha sido en balde. Todo: visitar dentistas, hablar con compañeros del instituto... Debí plantarme delante del teatro en cuanto me contaste lo que ocurría en él. A lo mejor la habría visto y hubiese podido ayudarla.

Ollie aparta las manos de las mías para tomarme el rostro y me mira fijamente a los ojos.

—Tú no sabías qué era lo más acertado. Amsterdam es una ciudad grande y Mirjam podía encontrarse en cualquier parte.

—Pero ¿y si no es ella quien está en el teatro?

—Ojalá no fuera ella, Hanneke, pero lo es.

—No, escúchame. ¿M. Roodveldt? A lo mejor el nombre es otro. Margot, Mozes o... Muchos nombres empiezan por eme, Ollie. ¿Hay en el teatro alguien que la viera o hablara con ella, alguien que sepa con certeza que se trata de Mirjam?

—No me es posible averiguarlo sin formular preguntas que nos delatarían. Ahora que han comenzado a deportar a las familias de los

miembros del Consejo, hemos decidido que debemos interrumpir las actividades y reagruparnos.

«Piensa», me ordeno. «Piensa racionalmente. Si no puedo acceder al teatro, ¿de qué otro modo podré obtener información?».

—A lo mejor si encontrara a alguien que viva enfrente del teatro o que trabaje cerca... A lo mejor alguien la vio entrar.

Ollie abre la boca, un movimiento rápido que intenta disimular.

—¿Qué?

—Nada —responde, pero sí que hay algo.

—Ollie, ¿de qué se trata? ¿Alguien vio algo?

—No puedo decírtelo —asegura—. Va contra las normas.

—Al diablo las normas. Cuéntamelo. ¿Quién vio algo? Por favor, Ollie.

—Hanneke, nuestras normas tienen su razón de ser. Debemos pensar en el bien mayor.

Pero detecto un resquicio en sus palabras, y lo aprovecho.

—Conozco vuestro «bien mayor», pero si el bien por el que tanto os habéis esforzado no se aplica al rescate de una niña de quince años, ¿acaso vale la pena? ¿Qué clase de sociedad intentáis salvar?

Finalmente, espira, enfadado. Le he irritado con mis súplicas.

—No vamos a ayudarte a sacar a Mirjam del teatro. No podemos. Pero haré algo, solo una cosa, para ayudarte a confirmar que en efecto está allí; así no te pasarás el resto de la guerra con la duda. Y lo hago únicamente porque si vas por ahí preguntando a los empleados de oficina si la han visto nos pondrás en peligro a todos.

Los hombros se me relajan del alivio.

—Gracias, Ollie. Gracias.

—Solo eso. No pidas nada más.

Tras echar un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie nos observa, se saca un papelito del bolsillo y escribe algo a toda prisa. Una dirección, deduzco mirándolo del revés.

—Memorízalo y destrúyelo —me ordena—. Mina está ahí. Quizá ella pueda echarte una mano.

—¿Por qué va Mina...?

Ollie consulta el reloj.

—Tengo que irme enseguida. Debo llevar a Judith a su escondite y no puedo correr el riesgo de retrasarme. Vendré a verte cuando pueda. Quizá sea tarde.

—Pero...

—Luego, Hanneke.

Parece pesaroso casi de inmediato; ya empieza a arrepentirse de la ayuda que me ha prestado. Intento esbozar una sonrisa para indicarle que estoy agradecida, que ha tomado la decisión correcta, pero apenas logro mantenerla.

Cuando Ollie se va, llevo la bicicleta a un callejón para memorizar las señas según sus deseos. En cuanto veo los números comprendo que se ha equivocado. La dirección que me ha pasado no puede ser correcta. He estado en ese lugar. Voy allí cada semana.

19

El timbre suena, pero no acude nadie. Aunque al parecer no hay nadie en casa, al pegar la oreja a la puerta percibo un leve ruido de arrastre, como cuando se apartan sillas de una mesa. Por último la cadena de seguridad tintinea al cerrarla alguien. Un ojo azul aparece en el resquicio de la puerta.

—Señora De Vries —digo.

—Hanneke. —Arquea la ceja—. No he encargado nada. No te esperaba.

—No he venido a realizar una entrega. He venido por otro motivo. ¿Me permite entrar para que hablemos?

—Creo que no. No es un buen momento.

Escudriña el pasillo vacío detrás de mí, como si quisiera que me marchara. Ni siquiera soy capaz de imaginar la pinta que llevo: ropa que no conjunta, el pelo suelto y enredado, una carrera en la media.

—No se preocupe, señora De Vries —digo inclinándome hacia ella—. Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Qué sabes?

Vuelvo a preguntarme si Ollie ha escrito mal la dirección. La señora De Vries se muestra tan arrogante como siempre; un carámbano humano. Bajo la voz hasta apenas un susurro.

—Soy amiga de Mina.

Sus ojos destellan. Se lleva la mano a la garganta, pero disimula el gesto colocándose bien el broche prendido en la tela del cuello.

—Debes irte, Hanneke. No necesito nada hoy.

—Déjeme entrar, por favor.

—Esto es realmente inaudito —masculla—. Se lo explicaré al señor Kreuk la próxima vez que lo vea.

—Podemos telefonarle ahora mismo si usted quiere. Pero yo me quedaré en este pasillo hasta que me deje entrar. Saludaré a todos sus vecinos.

Por fin cierra la puerta para descorrer la cadena, y en cuanto vuelve a abrirla entro, antes de que pueda cambiar de opinión. Sentados en el suelo, los gemelos se entretienen con coches de juguete. Todo parece normal, el apartamento tiene exactamente el mismo aspecto que en las otras ocasiones en que he venido. Ningún ruido sospechoso. Nada fuera de lugar.

En el recibidor, la señora De Vries saca un cigarrillo mirándome fijamente. No se ofrece a coger mi abrigo. Ninguna de las dos sabemos qué decirnos.

—He venido a ver a Mina —explico por fin—. ¿Dónde está? Es importante.

—¿Hay algún problema? ¿La policía sospecha de mi apartamento?

—Se trata de un asunto personal.

La señora De Vries exhala una estela de humo antes de darme la espalda. Por un momento pienso que va a ordenarme que salga del apartamento, pero me doy cuenta de que quiere que la siga. Es la primera vez que me invita a pasar al fondo de la casa, por un largo pasillo con numerosas puertas a cada lado. La familia De Vries es incluso más rica de lo que pensaba; los ornamentados muebles de las habitaciones que dejamos atrás parecen caros, y hay cuadros en las paredes, revestidas de un suntuoso papel en relieve. Se detiene en la entrada de lo que supongo que es el cuarto de juego de los gemelos; hay dos caballitos de balancín en un rincón y estanterías de tamaño infantil con libros y juguetes.

—Hanneke, ¿me echas una mano? —La señora De Vries se ha acercado a un estante y me mira irritada, esperando a que la ayude a apartarlo.

Afirmo los pies en la alfombra y lo empujo. En la pared de detrás aparece una puerta de armario pequeña, lo bastante grande para que pase por ella una persona a gatas. La abro cuando la señora De Vries me da permiso con un gesto y veo dos zapatos bajos de cordones y un par de calcetines tobilleros. Mina se arrodilla al instante y saca la cabeza de la cámara de ventilación.

—¡Hanneke! ¡Me parecía haber oído tu voz!

Me abraza en cuanto sale por la puerta del armario.

—Creía que no vería a nadie. Judith dijo que era demasiado peligroso recibir visitas. ¿La ha llevado Ollie a su escondite? ¿Qué ha pasado desde que estoy aquí? Parece que haga un año, aunque solo ha pasado un día.

Antes de que decida qué pregunta responder primero, oigo ruidos dentro de la cámara de ventilación. Mina también los capta.

—No se preocupen —dice volviéndose—. No hay peligro.

—¿No estás sola? —pregunto sin pensar.

Un par de piernas y unos zapatos marrones de hombre aparecen en el espacio de donde Mina acaba de salir gateando. Pertenecen a un anciano de barba blanca, a quien la luz hace parpadear. A continuación sale una anciana de aspecto quisquilloso muy bien peinada y maquillada.

—Son el señor y la señora Cohen —me explica Mina. Los dos me saludan cautelosos con un gesto de la cabeza—. Esta es mi amiga Hanneke Bakker.

—Encantada de conocerlos —murmuro intentando recordar de qué me suena ese apellido.

—¿Va todo bien, Dorothea? —pregunta la señora Cohen a la señora De Vries—. Los tabiques de este edificio son tan finos que no hemos podido evitar oírlo todo.

Me vuelvo hacia la señora De Vries.

—¿Los Cohen son...?

—Mis vecinos. Sí. Hace unas semanas que están en mi casa.

El señor Cohen extiende la mano. Huele ligeramente a cigarrillos y a cuero, un olor tranquilizador que me recuerda a mi abuelo.

—Pero la vez que coincidí aquí con su otra vecina... —Me interrumpo. La vez que coincidí con la mujer de la estola de piel de zorro, la señora De Vries actuó como si le alegrara que los Cohen hubieran desaparecido. Ahora bien, ¿qué otra cosa podía hacer?

Los Cohen me miran e inclinan la cabeza cortésmente. Luego ella indica a su marido que a Mina y a mí quizá nos apetezca estar a solas. Se van. La señora De Vries se queda, como si no quisiera que en su casa tenga lugar ninguna conversación sin su conocimiento.

—Ven, te enseñaré nuestro escondite —dice Mina, que me coge de la mano y me arrastra hasta la puerta del armario sin darme la oportunidad de negarme.

La entrada huele a pintura, la única pista de que el escondrijo es reciente. El trabajo es impecable. Desde fuera parece que se hubiera construido al mismo tiempo que el resto del apartamento. Incluso hay rozaduras en el zócalo. En comparación, el escondrijo de la despensa de la señora Janssen es obra de aficionados.

—Solo tenemos que meternos cuando llegan desconocidos —me explica Mina—. El resto del tiempo vamos y venimos por el apartamento. —Cierra la puerta del armario y la entrada desaparece—. Cuando llegué ayer, me obligaron a practicar una y otra vez, para ver con qué rapidez nos poníamos los zapatos y nos deslizábamos en el escondrijo tras asegurarnos de que no nos dejábamos fuera nada que nos delatara. Tendrías que ver uno de nuestros ejercicios de simulacro.

—Me gustaría, pero no ahora —murmuro distraída. Al cerrar Mina la puerta del escondrijo, se ha creado una ráfaga de aire que ha agitado y movido la cortina de la ventana, lo cual me permite ver un edificio grande de piedra que conozco bien.

—El Schouwburg —susurro—. Este bloque de apartamentos está enfrente del Schouwburg.

Hasta ahora solo había visto adónde daban las ventanas delanteras de la casa de la señora De Vries. Como nunca me invitaba a pasar del recibidor o la cocina, ignoraba qué se veía desde las habitaciones de la parte de atrás. Ahora comprendo por qué Ollie me ha facilitado esta dirección.

—Mina, ¿viste...? —Se me ha secado la boca. Trago saliva y empiezo de nuevo—. ¿Viste al grupo que trajeron ayer después de la razia?

Asiente.

—Ocurrió al poco de llegar yo aquí. Hubo muchos gritos. Me quedé detrás de la cortina y lo vi todo. Me sentí culpable al pensar que yo estaba a salvo y ellos no.

—Esto es importante. ¿Viste a Mirjam? ¿Viste si la trajeron con los demás?

—¿Mirjam estaba en ese grupo?

—No lo sé. Apresaron a alguien con su apellido. Entonces, ¿no la viste?
¿Estás segura?

—Lo siento, lo siento. —Los ojos se le llenan de lágrimas—. No se me ocurrió buscarla.

Otra puerta que se cierra. Otra esperanza que se desvanece.

—Saqué fotos —dice secándose los ojos con la manga.

—¿Sacaste fotos?

—No traje toda la ropa, para que la cámara nueva me cupiera en la maleta. Quería seguir haciendo algo. Aunque esté encerrada aquí puedo fotografiar lo que ocurre ahí fuera.

—¿Me dejas verlas?

El rostro se le ensombrece.

—No están reveladas. Solo ha pasado un día.

—Entonces buscaremos a alguien que las revele. Seguro que encontramos a alguna persona de confianza.

Repaso mentalmente la lista de mis clientes del mercado negro, sobre todo aquellos con intereses artísticos que podrían tener un cuarto oscuro en el sótano. Entre ellos se contaba antes el dueño de una galería de arte, pero recuerdo que cuando entré en su casa vi que tenía en la mesita panfletos con la cara de Adolf Hitler.

Mina niega con la cabeza.

—Imposible. Son Agfacolor.

—¿Qué quieres decir? —Es la primera vez que oigo esa palabra.

—Son Agfacolor. Es una película en color, la marca alemana que esperaba el día de mi cumpleaños. Se necesitan productos químicos especiales. En Europa hay pocos sitios donde las revelen. Aunque lográramos mandarla por correo al extranjero, tardaríamos semanas en recibir las fotos.

—Pero quizá un profesor de una escuela de arte o un empleado de un periódico podrían revelarla enseguida, o...

—No es una cuestión de tiempo. Se trata del equipo. Un fotógrafo normal no tendrá lo que se necesita para revelar este carrete.

—Pero... —Me callo, frustrada. Siempre se me ocurren formas de encontrar casi todo, pero no sé cómo hallar esas sustancias químicas de las

que nunca he oído hablar.

—Dame la cámara —interviene la señora De Vries.

Lleva tanto rato en silencio que casi no me acordaba de que sigue en la habitación. Está en un rincón, con los brazos cruzados elegantemente.

—Dámela —insiste, con una pizca de irritación en la voz—. Se la llevaré a algún contacto profesional de mi marido.

—¿Contacto profesional? —repito sin entenderla.

—Publica una revista —me recuerda—. Una revista de modas, llena de fotografías.

—Pero Mina dice que se trata de una película especial.

—Y mi marido tiene contactos especiales. —Arquea una ceja—. Conoce a todo tipo de personas con acceso a los recursos técnicos de un cuarto oscuro. No prometo nada, pero lo intentaré. Dámela.

Mina me mira y le indico con un gesto que le entregue la cámara.

—Tenga cuidado, por favor —suplica—. Es muy cara, y estas fotografías son peligrosas.

La señora De Vries se la queda mirando. Sabe lo que es el peligro; tiene a tres judíos escondidos en casa.

—¿Puede ir ahora? —le pregunto—. ¿Puede ir esta misma tarde? Ollie dice que el próximo traslado tendrá lugar dentro de dos días. Debo saber lo antes posible si la chica a quien busco está en el teatro. ¿Puede ir ahora, por favor?

No sé si se debe a que la señora De Vries sabe que conozco su secreto y cree que tiene que obedecerme, o a que quiere terminar con este asunto cuanto antes para que me marche de su apartamento. Cualquiera que sea el motivo, el caso es que sale con paso brioso de la habitación. Taconea por el *parquet* y, cuando la alcanzo, ya está poniéndose un sombrero azul marino, que sujeta con un alfiler.

—Volveré pronto —dice. Y, como sigue siendo la señora De Vries, añade—: Por favor, abstente de tocar demasiadas cosas durante mi ausencia.

Se pone el abrigo y Mina y yo nos quedamos solas, sin nada que hacer, salvo esperar.

20

Mina y yo estamos en el cuarto de juego, sentadas con incomodidad en sillas infantiles, mientras el señor Cohen, arrodillado en el suelo, entretiene a los chiquillos dejando que le recorran las piernas y los brazos con los coches de juguete. En la cocina, la señora Cohen, deseosa de ser útil, friega los platos y nos prepara una taza tras otra de sucedáneo de té.

—Tú tienes que ser otra montaña —me informa un gemelo empujando un coche sobre mi zapato—. Así cada uno tendrá la suya.

Aparto el pie de inmediato.

—Tendréis que ser vuestras propias montañas.

El señor Cohen sonríe.

—¿Y si cuento una historia? Tendrá muchos coches veloces y caballos raudos y montañas.

Muestra una gran paciencia con los gemelos. Me pregunto si tendrá nietos.

—Hanneke, hay algo que me preocupa —dice Mina tras arrimar su silla a la mía.

—¿De qué se trata?

Echa una ojeada al señor Cohen y los gemelos.

—Lo que te mostré cuando salimos a pasear —susurra—. Sigue allí. — Al percibir mi perplejidad levanta las manos hasta la cara para reproducir un gesto que reconozco al instante. La otra cámara. Continúa en el cochecito de bebé; no tuvo tiempo de recuperarla—. ¿Crees que está segura allí? —me pregunta.

Aunque no lo creyera, no se me ocurre qué puede hacerse al respecto. Tampoco le veo ningún sentido a darle más motivos de preocupación de los que ya tiene.

—No me cabe duda de que si una compañera de trabajo tuya la encuentra te la guardará —afirmo para tranquilizarla. De todas maneras, por lo visto los guardias no se inmiscuyen en la guardería.

Al cabo de un rato los niños se quejan de que tienen hambre. Mina saca patatas y nabos de la despensa y los pone a hervir junto con hojas de col. Comemos en silencio. Los gemelos empiezan a bostezar y el señor Cohen los lleva a la cama.

—Hanneke, vas a saltarte el toque de queda —me advierte la señora Cohen—. Debes irte.

Ya es demasiado tarde para marcharse. Quiero estar aquí cuando haya alguna noticia. ¿He hecho bien al apremiar a la señora De Vries? La señora Cohen coge un montón de calcetines de la ropa que la señora De Vries tiene para remendar y se pone a coser en silencio. El señor Cohen lee un libro. El atardecer se alarga. El cielo pasa del color morado al negro azabache.

Mis padres llevarán ya una hora preocupados: mamá estará cada vez más pálida y papá contará chistes a voz en grito para disimular su propia inquietud. Tras la preocupación vendrá la ira: la de mamá contra mí por ser tan egoísta y perder la noción del tiempo, y la de papá contra mí por desazonar a mamá y contra sí mismo por no poder salir a buscarme. Ignoro qué viene después de la ira. Nunca he puesto a prueba su paciencia el tiempo suficiente para descubrirlo. Esta noche tendré que hacerlo. El toque de queda transcurre, minuto a minuto.

A lo lejos, el reloj de una iglesia da la hora. Los cuatro intercambiamos miradas de preocupación y el sentimiento de culpa empieza a roerme la boca del estómago. ¿Por qué no preguntamos a la señora De Vries la dirección de su amigo fotógrafo, o por lo menos su nombre? ¿Por que insistí en que debía ir esta misma tarde, cuando hubiera dado casi lo mismo que fuera mañana a primera hora? Aunque no me cae bien la señora De Vries, no deseo que le pase nada.

—No está haciendo nada ilegal —dice Mina—. No es ilegal visitar a un amigo.

—Solo espero que si la han parado haya sido cuando se dirigía a casa del fotógrafo y no camino de aquí —comenta la señora Cohen. El color de

sus labios, tan bien pintados, ha empezado a desaparecer—. Es posible que no hagan preguntas sobre un carrete sin revelar, pero si...

—Chist, Rebekkah —la interrumpe el señor Cohen—. ¿No comprendes que...?

No acaba la frase. El cerrojo de la puerta comienza a girar. Los cuatro nos quedamos petrificados en las sillas. La señora De Vries entra, con las mejillas enrojecidas, pero ilesa. Ollie aparece tras ella.

—Estaba de vuelta hace una hora —explica la señora De Vries—, pero vi unos soldados merodeando en la esquina. Me pareció peligroso pasar por delante de ellos, de modo que me escondí en un callejón, como una mendiga, y no salí hasta que se fueron.

—Yo estaba escondido en la calleja de enfrente —cuenta Ollie, a quien Mina corre a abrazar—. Vi a la señora De Vries entre las sombras, en su calleja, pero no me atreví a llamarla; fue todo de lo más absurdo, como si fuéramos actores de una farsa. Pensé que los soldados nunca se irían.

—¿Has llevado a Judith a su escondite? ¿Está bien? —pregunta Mina.

Ollie asiente. Dice que la granja adonde la ha llevado está atestada, tienen escondidas allí a seis personas, que duermen en un granero. Pero es un lugar seguro, pues son pocos los soldados que patrullan esa región.

La señora De Vries se quita el sombrero y se alisa el cabello con la mano.

—¿Se han acostado los niños?

—Ya duermen —la tranquiliza la señora Cohen.

—¿Lo ha encontrado? —pregunto. Ahora que está a salvo, me siento menos culpable por haberle pedido que saliera a la calle—. ¿Ha encontrado a su amigo fotógrafo?

La señora De Vries saca un sobre del bolsillo del abrigo. Parece demasiado pequeño para contener todas las fotos de un carrete.

—Diapositivas —aclara—. Creo que es lo que se obtiene con estas películas en color. —Arquea una ceja mirando a Mina, que asiente—. No tengo proyector. El colega de mi marido se ha ofrecido a prestarme el suyo, pero, como es lógico, no he querido traerlo auestas por las calles esta noche. Al menos podrás mirar las diapositivas, a ver si aparece en ellas tu amiga.

Sin esperar a que le dé las gracias, murmura que necesita un baño caliente. Los Cohen también se retiran. Es tan tarde que casi ha empezado a clarear y no se tienen en pie. En cuanto nos quedamos solos, Mina, Ollie y yo nos apiñamos alrededor del escritorio del estudio del señor De Vries y sacamos del sobre las diapositivas: imágenes translúcidas, de algo más de dos centímetros de ancho. Son tan pequeñas y aparece tanta gente en ellas que resultará prácticamente imposible distinguir a una persona en la multitud.

—Si las miramos al trasluz acercándolas a una bombilla, veremos un poco mejor las imágenes —aconseja Mina. Antes de encender la lámpara del escritorio del señor De Vries, se asegura de que las cortinas opacas están bien cerradas. Con delicadeza, usando solo la yema de los dedos, empieza a coger las diapositivas de una en una.

—¡Son en color! —exclama Ollie.

Mina asiente con orgullo.

—Ya se lo dije a Hanneke. Mis padres compraron el carrete en el mercado negro. Ni siquiera soy capaz de imaginar cuánto pagaron por él.

Yo tampoco. Nunca me han pedido que busque un carrete de este tipo, pero deben de costar un ojo de la cara.

—¿Están en el orden correcto? —pregunto.

—Sí, están en el orden en que las hice.

Los tres nos inclinamos hacia las diapositivas. No comienzan con el grupo de personas detenidas junto con Mirjam como yo esperaba. En la primera imagen, de un día de verano, se ve un parque público, con césped y flores, y al fondo, una fila de hombres con estrellas amarillas en la chaqueta y las manos levantadas; sus rostros reflejan terror, visible incluso en la pequeña dispositiva.

—Fue la primera vez que usé esta cámara —susurra Mina—. Y esa fue también la primera razia que presencié. Pasé por delante. Más tarde me enteré de que esos hombres fueron ejecutados.

—¿Todas las fotos que tomas son como esta? —le pregunto.

—Raciono las películas en color porque son muy caras. Pero las fotografías en blanco y negro son como esta, muestran las mismas cosas.

Pese a que Mina ya me había informado de que la película era en color, no sospechaba que las imágenes pudieran ser tan impresionantes. Muestran aspectos de la guerra de los que no debemos hablar. Un niño famélico. Dos soldados mofándose de un judío asustado. Un sótano atestado de *onderduikers* que hacen señas a la cámara para indicar que se encuentran bien. Con el color todo parece saturado, actual, como la vida real. Al mirar fotos en blanco y negro tengo la sensación de que contemplo un fragmento del pasado. Pero no se trata del pasado. Sucede en el presente. Ahora comprendo la tarea de Mina: cada imagen constituye una pequeña rebelión.

Por fin llegamos a las fotografías de anoche, las del teatro. Narran una historia en miniatura. En la primera acaba de llegar un tranvía, un vehículo destinado ahora a esa clase de transportes. Va abarrotado de personas con la *Jodenster* que llevan maletas o bolsas de tela. Una mujer de sombrero rosa sujeta el brazo de un hombre con un sombrero de fieltro *beige*. Dos señoras encorvadas —quizá sean hermanas— visten de lila, a juego. Los colores son hermosos y me hieren la vista.

En la segunda diapositiva, los pasajeros del tranvía aparecen junto a la puerta trasera del teatro. Un soldado tiene el brazo estirado; sin duda les ordena que se coloquen en filas. Al fondo distingo a un adolescente con un abrigo marrón que le saca la lengua, un acto de desafío que nadie ve.

Dedicamos varios minutos a examinar cada diapositiva. La historia sigue desarrollándose: una multitud caótica se convierte en un conjunto de hileras ordenadas; parejas que se cogen de la mano en busca de apoyo.

Amarillo melocotón y rojo. Verde y negro.

Hasta la cuarta diapositiva no veo lo que estoy buscando. Muestra la misma escena que las anteriores: personas aterrorizadas, cargadas con maletas. Los prisioneros, en filas de tres o cuatro, van entrando en el teatro.

Y ahí, en la esquina inferior, está Mirjam.

21

Una vez tuvimos un ratón viviendo en las paredes de casa. Por lo visto solo hacía ruido cuando estaba yo sola en la sala. Papá y mamá nunca lo oían y, cada vez que yo lo mencionaba, me miraban y decían: «Claro. Tu ratón». Yo tenía unos nueve años, y al final llegué a pensar que en efecto no existía. Que era un compañero que me había inventado para no sentirme sola. Hasta que un día Elsbeth vino a jugar y al verlo junto a su silla gritó hasta desgañitarse. Entonces el ratón se convirtió en un ser real. Cuando otra persona lo vio; cuando yo no estaba sola.

—Esa es ella —digo señalando la diapositiva.

—¿Qué? ¿Dónde? —pregunta Mina.

—En la esquina inferior. A la derecha.

Se apretuja pegando su hombro al mío.

—¿Estás segura? La imagen es pequeña y se ve borrosa.

Casi fuera de encuadre hay una chica de cabello rizado que lleva un abrigo de color cielo. La cara está borrosa, sí, aunque verla bien tampoco me serviría de mucho, puesto que para identificar a la niña solo cuento con una descripción. Lo que se distingue con nitidez es el abrigo cruzado y de un azul vivo y, si fuerzo la vista, dos hileras de botones minúsculos. Ahí está, la chica que huyó de un escondite seguro; la chica un poco mimada que estaba enamorada de un muchacho y tenía una amiga íntima y se aplicaba en el instituto para complacer a sus padres. Quizá el rostro se vea borroso porque estaba haciendo lo que me gustaría pensar que haría yo: buscar una escapatoria en vez de seguir las órdenes.

—¿Creéis que la señora De Vries tendrá una lupa? —pregunta Ollie—. ¿Hay alguna forma de verla mejor?

Mina encuentra una antigua lupa con mango de madera labrada en el cajón del escritorio del señor De Vries. Con la nariz casi pegada a la lupa, examino la imagen milímetro a milímetro en busca de algo más que pueda resultar útil, pero no detecto nada.

—Aun así cuesta verla bien —dice Mina.

—Es ella —afirmo con rotundidad.

Es ella porque mirando la diapositiva siento una punzada en el corazón. Al parecer, las demás personas apiñadas en el teatro están acompañadas por familiares o vecinos. Ella se encuentra sola.

—Está ahí mismo, Ollie —añado. Por la ventana del estudio veo, a menos de cien metros, el edificio en el que la han encerrado.

—Es ella —repite él con calma. Me observa preguntándose qué haré a continuación—. Ya nos lo imaginábamos.

—Tenemos que rescatarla...

Niega con la cabeza aun antes de que yo termine la frase. Se lo esperaba.

—Sí, Ollie. Mírala. Seguro que está aterrorizada.

—Hanneke, no ha cambiado nada desde que anoche te dije que no podíamos ayudarte.

—La situación ha cambiado. Contamos con un lugar seguro para ella, aquí mismo, enfrente del Schouwburg. Mina y Judith conocen el teatro. ¿Por qué te niegas a ayudarme?

—No te entiendo, Hanneke —me espeta—. Durante los últimos cuatro días todos esperábamos que nos ayudaras en la resistencia, con actividades que no beneficiarían a una sola persona, sino a centenares, y nada. ¿Y ahora me pides que arriesgue la vida de mis amigos para ayudarte? La verdad es que estás...

—¿Cómo estoy? —le desafío furiosa pero sin alzar la voz—. ¿Loca? ¿Trastornada?

—Me compadecía de ti porque tenías que llorar a Bas sola. Me dabas lástima. Y pensé que podrías sernos útil en la resistencia. Pero si hubiera sabido lo terca que eres, no te habría llevado a aquella reunión.

—Bas me ayudaría. —Es cruel comparar a Ollie con su hermano, pero no puedo evitarlo. Además, es cierto—. Lo haría. Se preguntaría por qué

seguimos hablando cuando sabemos dónde está la chica. Diría que fuéramos a rescatarla de inmediato. ¿Te acuerdas de la fiesta que dio aquel verano?, ¿aquella a la que mis padres no me dejaron ir porque estaba enferma? Cuando terminó, Bas trepó a escondidas por el bajante del edificio para traerme pastel. No toleraría que alguien pidiera ayuda para encontrar a Mirjam y se la negáramos.

—Y acabaría muerto.

Me tambaleo hacia atrás y miro fijamente a Ollie.

—¿Qué has dicho?

—Hanneke, Bas tenía mil cualidades..., un millón, pero era insolente e impulsivo y siempre actuaba sin pensar. ¿La noche de la fiesta en que te llevó pastel? Tú te sentiste feliz, pero a él lo castigaron. Mis padres montaron en cólera porque llegó muy tarde. ¿Y ahora? Pues ahora Bas intentaría salvar a esa chica, los nazis lo detendrían y acabaría muerto.

—Eso no lo sabes —le digo.

—¿Crees que no quiero ayudarte? No sabes lo duro que me resulta pensar en lo que podría pasarle a esa chica, tan sola. Siempre quiero ser como Bas, porque él era encantador y gracioso. Sin embargo, no era perfecto. Tiene que haber alguien prudente; alguien que piense, cada minuto de cada día, en el peligro que podría entrañar un único error.

Tiene el pelo aplastado y echado hacia un lado, y bolsas moradas bajo los ojos. Debe de estar exhausto. No sé cuántos kilómetros habrá recorrido en bicicleta por el campo para llevar a Judith al escondite, y luego de vuelta a la ciudad. Mirándolo me doy cuenta de lo cansada que estoy yo también. Han ocurrido muchísimas cosas desde la última vez que los dos dormimos.

—Hanneke... Ollie... —dice Mina, que sigue sentada al escritorio del señor De Vries, todavía con diapositivas en la mano. Es evidente que ni siquiera ha escuchado la conversación.

Tiene el rostro petrificado por el miedo.

—¿Mina? ¿Qué pasa? —le pregunto.

Señala las diapositivas que tiene en la mano, la última serie de imágenes que aún no hemos examinado.

—¿Mirjam también aparece en esas? —Regreso al escritorio y me inclino para echar una ojeada a lo que sea que señale Mina—. A ver.

—No es eso. Es que... Van a cerrar la guardería. —Me pasa la lupa antes de continuar—. Mira, en esta... se ve a las otras ayudantes llevando a todos los niños al teatro. Nunca salen en grupos grandes como se ve aquí. Van a cerrar la guardería y a deportar a las criaturas junto con Mirjam.

Con los ojos entornados, veo una procesión de chiquillos y dos jóvenes a las que vi trabajando en la guardería con Mina.

—Cuánto lo siento —le digo—. Sé que las conocías bien.

Ella niega con la cabeza y vuelve a señalar la diapositiva.

—No. Mira —me dice—. Mira.

Obedezco. Y por fin entiendo a qué se refiere. Los niños de mayor edad se dirigen a pie hacia el teatro. Hay dos cochecitos con criaturas pequeñas. Me fijo en uno en particular. Es el que lleva dentro fotografías de la brutal guerra, de la resistencia clandestina y de las personas a quienes he conocido y llegado a apreciar en los últimos días.

—Los nazis no tardarán en encontrar la cámara —apunta Mina— en cuanto el cochecito llegue al campo de tránsito. Y nos localizarán a todos.

Ollie nos mira con cara de perplejidad. No sabe nada de la cámara y no entiende de qué habla Mina. Pero yo sí la entiendo. Y me doy cuenta de que hace unos minutos, cuando vimos a Mirjam en la diapositiva, él se equivocó al decir que nada había cambiado. Todo ha cambiado.

Domingo

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Sanne por quinta vez, y por quinta vez nadie responde.

Ollie ha recorrido de punta a punta la ciudad en bicicleta para reunirnos a todos aquí. Primero fue a su apartamento a buscar a Willem, que ya había salido para asistir a una clase, y luego al de Leo, quien prometió que iría a recoger a Sanne y que acudirían juntos a casa de la señora De Vries. Estamos todos, menos Willem y Judith, que conoce el teatro como nadie y que nunca más participará en una reunión.

—Me cuesta creer que seas tan tonta —le espeta Leo a Mina—. No tenía ni idea de que tomabas fotografías. Intentamos salvar vidas, ¿y tú te dedicas a correr de un lado para otro con la cámara? Ya les dije a todos que eras demasiado joven.

—No le grites —le advierte Ollie—. No levantes la voz.

Con la cabeza señala la puerta cerrada del estudio. A la señora De Vries le molesta que estemos todos aquí. No se ha apartado ni una vez de la ventana de la sala y ha prometido que nos echará al instante si oye ruido en el estudio.

—Ya no tiene remedio, Leo —interviene Sanne—. No se puede cambiar lo que ha hecho. Ahora debemos decidir qué vamos a hacer.

—Reflexionemos —dice Ollie—. A lo mejor no descubren la cámara. Mina llevaba meses tomando fotos y las otras voluntarias de la guardería no se enteraron. ¿Cabe esa posibilidad?

Mina baja desconsolada la cabeza.

—Sabes que no. En los campos de tránsito registran los efectos personales de todos los deportados... Hay algunos que se cosen las joyas o el dinero en el forro de los abrigos y de las maletas. Los guardias harán trizas el cochecito. Y entonces...

Todos sabemos qué sucederá entonces: fotografías de los miembros de la resistencia; fotografías de docenas de intercambios clandestinos, de niños que encuentran un escondite, de inocentes, de personas inocentes.

—¿Y cómo sabes que llevarán el cochecito a la estación? —pregunta Sanne—. En general, cuando citan a alguien para deportarlo, solo le dejan llevar una maleta. ¿Por qué habrían de permitir los guardias que una familia fuese con el cochecito? Es posible que se quede en el teatro.

—¿Acaso eso es mejor? —le suelta Leo—. ¿Crees que en el teatro no les será tan fácil descubrir la cámara?

—Claro que no es mejor —replica Sanne a la defensiva—. Solo he dicho que no sabemos a ciencia cierta si van a registrar el cochecito, ni quién lo hará ni cuándo. Ni siquiera tenemos la certeza de que todos los niños vayan a ser deportados juntos. ¿Hay alguna forma de acceder al teatro?

Ollie niega con la cabeza.

—Conocen a cuantos trabajan en él y no harán excepciones para dejar entrar a alguien nuevo. Todo ha cambiado desde que empezaron a citar a los miembros del Consejo y a sus familiares.

—¿Y si habláramos con Walter? —propone Leo.

Sé que Walter es el supervisor del teatro, el que ayuda a falsificar documentos para los niños de la guardería.

El tono de Ollie es terminante.

—No. No se trata de una misión de la resistencia. Es una pifia nuestra. Hemos sido imbéciles. No le meteremos en esto. Vamos a intentar solucionarlo nosotros mismos.

—Llevarán el cochecito a la estación de trenes —susurra Mina—. Estoy segura. Nunca dejan nada en el teatro, porque está atestado y siempre esperan encerrar a más gente. Lo llevarán a la estación de trenes; tenéis que creerme.

Sanne se estremece y respira hondo antes de hablar.

—Muy bien. Quieres decir que deberíamos recuperar la cámara, pero no en el teatro. Deberíamos cogerla cuando los prisioneros estén fuera del teatro, camino de la estación. Y deberíamos actuar en secreto, sin que nadie nos viera. ¿Me equivoco?

—Sería después del toque de queda —señala Leo—. Por tanto, necesitaríamos al menos documentos especiales.

—O un disfraz —dice Sanne—. Lo mejor sería un uniforme de la Gestapo..., de graduación alta, para ir por la ciudad después del toque de queda sin que nadie nos interrogue.

—No podemos conseguir uno —afirma Ollie secamente—. Si pudiéramos, es posible que el plan diera resultado. Pero no podemos. Sé de otros grupos de la resistencia que han robado uniformes alemanes para utilizarlos en sus actividades, pero no conocemos a nadie que tenga uno ahora y no podemos montar una operación secreta para obtenerlo. Desde luego es imposible hacerlo en los dos días de que disponemos antes del traslado de los prisioneros. Pensemos en otra cosa.

—No seáis tontos —dice Mina meneando la cabeza—. Claro que hay una forma de acceder al teatro. En estos momentos, yo debería estar en él.

Tenía que presentarme para que me deportaran. Y es lo que haré. Me presentaré y, una vez dentro, buscaré la cámara y la destruiré.

—Y te enviarán a un campo de tránsito —murmura Ollie.

—¿Y qué?

—Mina... —empieza a decir Sanne.

—¿Qué? —La interrumpe ella con brusquedad, la voz quebrada—. ¡Es culpa mía, de nadie más! Leo acaba de decirlo. Y siempre decís que la misión es más importante que cada uno de nosotros. Conque voy a hacerlo. Me entregaré esta tarde.

Sanne abre la boca y vuelve a cerrarla. Ollie sepulta el rostro entre las manos, y Leo clava la vista en el escritorio. Nadie dice nada. No hace falta. La propuesta de Mina es terrible, pero es la mejor opción.

Carraspeo.

—Yo puedo conseguir uno.

Es la primera vez que intervengo en la conversación. Todos se vuelven hacia mí. He cometido numerosos errores en esta guerra. Empezando con Bas; desde el principio. Durante toda la contienda. Muchas veces me he enterado de fechorías y me he dicho que era mejor hacer la vista gorda.

—Puedo ayudaros a recuperar la cámara —prosigo—. Pero al hacerlo quiero también salvar a Mirjam Roodveldt. No os pediré que me echéis una mano en esa parte. Asumiré todos los riesgos; si me capturan, diré que actuaba por mi cuenta.

Nadie dice nada.

—Vosotros necesitáis un uniforme para recuperar la cámara. Y yo sé cómo conseguirlo.

[paréntesis 5]

La penúltima vez que vi a Elsbeth. Ella tenía dieciocho años; yo, diecisiete. Bas había muerto. Elsbeth ya conocía al soldado. A su madre no le disgustó la relación. Sus padres apoyaban la ocupación alemana, aunque no lo manifestaban a las claras. Era un apoyo privado y servil.

Hacía seis meses que se había producido la invasión. Mis calificaciones académicas habían caído en picado y el resto del instituto trataba de ir tirando como si todo fuese normal. Elsbeth era la única amistad a quien seguía viendo. Me visitaba puntualmente, a diario, pese a que yo no hablaba y me limitaba a quedarme con la mirada fija en la pared. Se entretenía haciéndome peinados, me contaba los últimos cotilleos o me traía regalos sin ton ni son, con el único propósito de provocar la sombra de una sonrisa: un juguete de cuerda; una postal divertida; un lápiz de labios del rojo coral más feo que he visto, con el que se pintarrajeó la boca, tras lo cual brincó por mi habitación con los labios fruncidos ordenándome que la besara.

Una tarde que vino a verme se sentó en el suelo de mi dormitorio y hojeó las revistas que me había traído; su último intento por animarme. Se mostró más callada que de costumbre. Yo no levantaba la vista del suelo y ella tenía una sonrisa de esfinge, como si hubiera sucedido algo y deseara que yo adivinara de qué se trataba. Al final no aguantó más.

—Rolf me quiere. Me lo dijo ayer y yo le dije que le correspondía.

—No es cierto —repuse maquinalmente—. Tú no le quieres. Coqueteas con todos.

Frunció los labios y advertí que se armaba de paciencia antes de responder.

—He coqueteado con bastantes chicos, de modo que sé lo que digo. Quiero a Rolf. Desea casarse conmigo. Cuando acabe la guerra, me iré a Alemania con él.

—No puedes hacerlo —le advertí, aun sin saber muy bien a qué me refería: ¿a casarse con un alemán? ¿A abandonar el país? ¿A tener a alguien cuando yo no tenía a nadie? Sus palabras me habían vapuleado, habían sacudido partes de mí que ya creía muertas. ¿Cómo podía ser que quisiera contraer matrimonio con uno de ellos?—. No puedes, Elsbeth. Pretendes que me alegre por ti, pero me resulta imposible. No puedo perdonarte que ames a uno del bando que mató a Bas.

—Rolf no lo mató. Él ni siquiera desea estar en este país. Quiere que la guerra termine para regresar a su hogar. No está de acuerdo con lo que hace Alemania... Lo mandaron aquí. Ahora estás disgustada.

—Claro que estoy disgustada —exploté—. ¿Oyes lo que dices? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Quieres casarte con un nazi después de lo que le hicieron a Bas.

—Perdona, Hanneke, que no pueda quedarme sentada a tu lado y estar deprimida para siempre —me espetó—. Perdona que siga adelante con mi vida.

—Yo también te pido perdón. Perdón por creer que debería ser tu novio el que estuviera muerto, y no el mío. Espero que muera pronto.

Me miró durante casi un minuto antes de volver a hablar.

—Quizá sea mejor que me vaya ahora —dijo por fin—. De todos modos, he quedado con Rolf.

—Vete —le dije—. Y no vuelvas nunca más.

Aún reina el silencio en las calles cuando salgo del apartamento de la señora De Vries. Unos pocos colegiales, unos cuantos lecheros y barrenderos, nada más. Nuestra reunión de madrugada ha terminado incluso antes de la hora a la que suelo ir a trabajar. Estoy entre eufórica y medio muerta; veo flotar puntitos delante de los ojos cuando miro algo demasiado rato.

Quizá mis padres no se hayan despertado todavía. Quizá anoche se acostaran sin echar la llave de la puerta para que yo pudiera entrar. Lo han hecho otras veces. No muchas. Pero en dos ocasiones por lo menos se fueron a la cama sin asegurarse de que volvía a casa antes del toque de queda. Me quito los zapatos en la entrada del portal y subo de puntillas la escalera.

Me faltan tres peldaños para llegar a la puerta cuando veo que se abre de golpe.

—¿Dónde has estado? —Mi madre me aplasta contra su pecho—. ¿Dónde te habías metido?

—Lo siento —digo maquinalmente—. Lo siento. He estado con unas personas y se me hizo tarde sin darme cuenta. Comenzó el toque de queda y tuve que quedarme.

—¿Qué personas? —Detrás de ella, sentado en el sillón, mi padre tiene cara de palo y una expresión gélida. Casi nunca se enfada, pero cuando pierde la paciencia es mucho más terrible que mamá—. ¿Qué amigos permitirían que dieras motivos de preocupación a tus padres?

—Gente del trabajo —invento—. Estuve ayudando al señor Kreuk. Había un funeral. Me pidió que fuera a hablar con la familia. Por eso me

marché tan rápido ayer; casi se me olvidó. Estaban afligidos y no quiseirme, y empezó el toque de queda y ya no pude salir.

—¿El señor Kreuk? —pregunta ella.

—También él te pide disculpas.

—Iré a verlo ahora mismo. Iré a verlo y le diré...

—Claro —la interrumpo—. Desde luego que deberías ir a hablar con el señor Kreuk. Solo espero que no se le ocurra contratar a otra persona si cree que no puede contar conmigo alguna noche en que no haya una emergencia.

—Ruego que no vaya a ver al señor Kreuk. Mamá no querrá hacer nada que ponga en peligro mi trabajo.

—¿Tienes idea de lo mal que lo hemos pasado por tu culpa? —pregunta mi padre—. ¿Tienes idea de cómo nos hemos sentido esta noche?

—Sí. Me lo imagino. Pero estoy bien. Estoy bien.

Mamá me suelta de sus brazos y se vuelve hacia mi padre. Se pasa las manos por la cara a toda prisa. ¿Está llorando? Cuando se da la vuelta para mirarme, no tiene lágrimas, pero veo manchas rojas en su rostro.

—Lo siento... —empiezo a decir.

Me manda callar meneando la cabeza.

—Ve a tu habitación a cambiarte y luego ven a desayunar.

—¿Que vaya a...? ¿Qué?

—Cámbiate de ropa. Voy a preparar el desayuno. Te lo comerás. No volverás a pasar la noche fuera sin avisarnos, nunca más. Y ahora vas a cambiarte de ropa y a peinarte, y no hablaremos jamás de lo ocurrido.

No entiendo por qué me ofrece este indulto —quizá esté tan agotada como lo estoy yo, quizá es que hoy no le apetece seguir discutiendo—, pero lo acepto.

Una vez en el dormitorio, me peino y me pongo un vestido de cuadros que aborrezco, pero que a mamá le encanta. Es un gesto conciliador, y ella así lo interpretará. La cama está sin hacer desde ayer por la mañana y me muero de ganas de meterme en ella. En el cuarto de baño me echo agua fría en la cara y me pellizco las mejillas para darles vida. Quiero ver a Ollie y al resto del grupo para seguir trazando planes. Llevábamos tantas horas sin dormir que decidimos que lo mejor era que descansáramos, nos laváramos y nos cambiáramos de ropa. Ollie ha dicho que vendrá a buscarme más tarde.

Cuando salgo del dormitorio, mamá trajina en la cocina. Saca comida de las alacenas, no solo las gachas que solemos tomar en el desayuno, sino también los huevos que nos quedan y lonchas de jamón cocido que yo ignoraba que guardara. En lugar de racionar los alimentos con la prudencia y sensatez habituales, prepara el desayuno como si no hubiera guerra, como si todo fuera normal.

—¿Pan? —pregunta, con el torso metido en la despensa, al oírme entrar —. Si corto unas rebanadas, ¿te las comerás?

Miro un momento a papá para saber qué debo responder, pero él aparta la vista.

—Corta unas cuantas si quieres. Comeré lo que me pongas.

Nos sentamos a la mesa, que tiene más comida de la que acostumbramos a tomar en toda una semana. Intuyo que papá no se ha tragado mi mentira. Noto sus ojos fijos en mí con cada mordisco que doy mientras hablo de cualquier tontería que me pasa por la cabeza —el tiempo, el botón flojo de mi falda, los nabos que he visto a muy buen precio— y me pregunto cuánto tendré que esperar a Ollie. ¿Intentará primero ponerse en contacto con Judith para ver si a ella se le ocurre alguna idea? ¿Dijo explícitamente que vendría a recogerme o era yo quien debía ir a buscarlo a él? Estoy tan cansada que me cuesta pensar con claridad. ¿Tengo que ir al apartamento de Leo y esperar allí?

Como es domingo, un día en que no suelo trabajar, no tengo ninguna excusa para salir de casa. De todas formas, mamá no me quita ojo. En lugar de escaparme, ayudo a realizar las tareas que quedaron pendientes ayer. Limpiamos las ventanas, barremos y acabamos de sacar brillo a la plata. Cuando se nos termina el limpiametales, propongo esperanzada ir a pedirle a algún vecino, pero mamá saca otro bote con aire triunfal. Me ofrezco a ir a comprar el periódico para que lo leamos, y esta vez es papá quien me quita la idea diciendo que hay algo que le apetece mucho más que leer artículos de prensa.

—¿Por qué no tocas algo, Gerda? —anima a mi madre.

—Ah, es que quizá haya algún vecino durmiendo y además tengo que pelar las remolachas para el almuerzo —objeta ella.

—No, toca algo, mamá. Ya las pelo yo.

Al principio me ofrezco porque me parece que la música mejorará el humor de mi madre. Sin embargo, en cuanto se sienta al piano también yo tengo ganas de oírla tocar como en el pasado. Antes de la guerra, oía la música desde media calle, primero una melodía interpretada por ella y, al cabo de unos segundos, la versión lenta y desangelada de un alumno.

No empieza a tocar de inmediato, sino que deja las manos quietas sobre el teclado. Cuando por fin comienza, interpreta una melodía sencilla, para principiantes, una pieza que incluso logró enseñarme a mí antes de reconocer que yo carecía de talento musical. Se trata de una composición sencilla, elemental; no es el tipo de música que elegiría para lucirse. El cuchillo de mondar queda inmóvil en mi mano. Esta canción me recuerda cuando era una jovencita sin preocupaciones. Mamá la toca una y otra vez, añadiendo en cada ocasión una variante que vuelve más complejo el tema, hasta que la sencilla melodía original apenas se oye bajo los trinos y acordes. Aun así, la capto al escuchar con atención.

Al cabo de una hora mamá está absorta en la música y papá dormita en el sillón. Creo que mi infracción está casi olvidada. Dentro de una hora intentaré salir. Les diré que he quedado con Ollie. A ellos les cae bien. Apenas me he decidido por este plan cuando oigo un ruido por debajo de la música que interpreta mamá. Ella se interrumpe al oírlo y deja los dedos suspendidos a unos centímetros del teclado.

—¡Hanneke! —La voz procede de la entrada del portal y, como es poco más que un susurro, resulta difícil saber de quién es.

Con los dedos manchados de remolacha, abro la ventana y asomo el torso para ver a la persona que me llama.

—¿Ollie? ¿Eres tú?

—No, soy yo. —Una figura alta situada junto a una bicicleta retrocede unos pasos y se quita el sombrero.

—¿Willem? ¿Qué haces aquí?

—Perdona —susurra a voces para no molestar a los vecinos—. Ollie me ha dado tu dirección, pero no el número de apartamento. No sabía a qué timbre llamar.

—Bajo ahora mismo.

En cuanto cierro la ventana, mamá se levanta echando hacia atrás el taburete del piano, cuyas patas chirrían sobre el suelo.

—¿Quién es?

—Un amigo. No sabía nuestro número de apartamento. —Empiezo a ponerme el abrigo—. Le he dicho que bajaría ahora.

—No, no vas a bajar. No vas a ir con un chico al que no conozco.

—Es Willem..., el compañero de apartamento de Ollie. —El cuenco de remolachas está en el suelo, donde lo he dejado al terminar de pelarlas—. ¿Quieres que las ponga en el fogón?

—¡No! —Mamá baja de golpe la tapa del piano, lo que provoca un estrépito escalofriante—. Te lo prohíbo. Has pasado toda la noche fuera.

—No voy a estar fuera toda la noche esta vez —le digo con paciencia—. Solo quiero charlar un rato con Willem.

Le tiembla la barbilla y en sus ojos aparece una expresión feroz.

—Te prohíbo que salgas de esta casa. Sigues siendo mi niña, Hannie.

—Ay, mamá, no soy tu niña. —Normalmente, digo este tipo de cosas a gritos cuando estoy enfadada, pero ahora me siento triste y agotada—. Yo traigo el dinero a casa. Compró la comida, hago todos los recados. Mamá, soy yo quien cuida de vosotros.

A mi madre se le descompone el rostro y se esfuma toda la buena voluntad que hemos acumulado durante el desayuno y la interpretación al piano.

—La hija que yo conozco nunca me hablaría de esa manera.

Me ha dicho esta frase docenas de veces, pero en esta ocasión me hiera. Estoy cansada de que se me compare con la chica que fui antes de la guerra; de oír una y otra vez en qué aspectos era mejor en el pasado; de que me repitan las cosas que nunca volverán.

—Esa hija ya no existe —le digo con tono de resignación—. Ha desaparecido y no regresará.

23

—¿Estás bien?

Willem me coge del brazo en cuanto salgo. Me pregunto si habrá oído la pelea por la ventana abierta o si se ha fijado en la expresión de mi rostro.

—Estoy bien.

—¿Esa es la cara que pones cuando estás bien? —pregunta con desenfado.

—No. Es la cara que pongo cuando no tengo ganas de hablar de lo que me pasa.

Si le hubiera dicho esto a Bas, él habría doblado los dedos de las manos como si fueran las garras de un gatito y habría bufado arañando el aire hasta hacerme reír. Si se lo dijera a Ollie, él me pagaría con la misma moneda soltando unas palabras sarcásticas. Willem se limita a asentir con aire preocupado.

—Perdona —digo. Evito pensar en el semblante desencajado de mamá cuando he salido por la puerta—. ¿Te envía Ollie?

Willem me explica que Ollie tenía pensado venir a verme, pero que antes quiso dormir un poco y le pidió que le despertara al cabo de veinte minutos.

—He decidido dejarle dormir unas horas —añade—. Se pondrá hecho una furia cuando se despierte, pero no coordinaba muy bien. Si hubiera venido, esta tarde habríamos tenido que sacarlos a él y su bicicleta de algún canal. Trabaja demasiado. De modo que solo estoy yo, y con tu ayuda seremos dos.

—¿Mi ayuda para qué?

—Sanne y Leo van a llevar comida a algunos niños que están escondidos. Cuando se despierte Ollie, irá al escondrijo de Judith a ver qué

sabe ella acerca de los soldados que suelen ocuparse de los traslados. Tú te has ofrecido a conseguir un uniforme. Y espero que además me ayudes a realizar mi misión.

—¿Cuál es tu misión?

—Encontrar una vía de escape.

No conozco a Willem ni la mitad de bien que a Ollie, pero muestra una amabilidad tranquilizadora que de inmediato logra que me sienta a gusto con él. Mantiene la cabeza inclinada hacia la mía mientras caminamos por mi barrio, como si sostuviéramos una conversación íntima, pero en realidad me habla del Schouwburg.

Ya conozco algunos datos. El teatro no es más que un lugar de paso: los judíos a los que llevan al Schouwburg se quedan unos días o unas pocas semanas. Su siguiente destino es un campo de tránsito de los Países Bajos, donde los prisioneros tampoco pasan mucho tiempo, según me explica Willem. Es solo una parada antes de que los saquen del país para trasladarlos a otros campos de nombre extranjero, a sitios donde hombres jóvenes y sanos mueren de enfermedades misteriosas, de donde salen postales, pero nunca gente.

Sin embargo, antes de todo eso, hacinan a los judíos en trenes. Y los soldados los obligan a ir a pie a la estación, situada en las afueras de la ciudad.

No queda lejos, a unos dos kilómetros. No suelen cortar las calles ni llevar a cabo preparativos especiales para el traslado. En ocasiones, lo realizan por la noche, mientras el resto de la ciudad finge dormir tras las cortinas opacas. A veces lo hacen a plena luz del día.

Esa es nuestra oportunidad. En algún punto de los dos kilómetros que separan el Hollandsche Schouwburg y la estación de trenes, hemos de sacar la cámara del cochecito..., donde es de suponer que habrá un bebé. Y tengo que localizar a Mirjam, distraer a los guardias y huir con ella a un lugar seguro sin que nadie lo advierta. Eso es todo.

—Pero ¿y los soldados?

—Es tarea de Ollie y Judith —responde Willem—. Hoy les toca ocuparse de eso. Tú y yo... Nuestra labor es geográfica. Podemos hacerlo. Todo irá bien.

Quiero creerle. Habla con confianza, y me aferro a esa seguridad; no solo porque creo que tiene razón, sino también porque es agradable que alguien me diga que todo saldrá bien.

Willem consulta el reloj y aprieta el paso.

—Tenemos que darnos prisa. —Me coge de la mano para que camine a su ritmo—. Las deportaciones a Westerbork se efectúan en el orden en que los prisioneros llegan al teatro. El traslado de los que capturaron junto con Mirjam y el cochecito se realizará mañana por la noche. Ojalá pudiéramos observar uno que tuviera lugar al anochecer, pero no hay ninguno... Tendremos que seguir al grupo de esta tarde para averiguar qué camino toman.

—¿Y si no encontramos ninguna brecha a lo largo del camino? —le pregunto.

—Hay al menos una.

—¿Cuál?

—Seguramente no les pasará por la cabeza que haya alguien tan necio como para hacerse pasar por nazi y detener un traslado. Por tanto, no se lo esperarán.

Nos paramos en un extremo de la manzana del Schouwburg, lo bastante cerca para ver la entrada sin dar la impresión de que estamos espiando. Willem se inclina sobre la bicicleta; le ha sacado la cadena y ahora se pone a colocarla en el plato. Es una excusa para permanecer en la zona. Mientras finge arreglarla, observo la recia puerta del teatro.

Son casi las cuatro de la tarde. La puerta se abre a la hora en punto. Doy una patadita a Willem, que en un periquete pone la cadena en su sitio y suspira como si lamentara que la avería de la bicicleta nos haya retenido tanto rato. Primero aparecen dos soldados, uno joven y otro que me recuerda al hermano mayor de mi padre, el que aún vive en Bélgica y antes me mandaba dinero por mi cumpleaños.

A continuación salen los prisioneros, con maletas, agotados y desaliñados como si llevaran días sin dormir. Es un grupo grande, de unas setenta personas quizá, y los soldados los obligan a caminar en filas por el centro de la calzada. Es un precioso día de invierno y, aunque hay más gente en la calle, parejas como Willem y yo, nadie se comporta como si este

desfile forzado se saliera de la normalidad. Nuestro sentido de lo normal ha llegado a ser espeluznante.

Mirjam no está entre los prisioneros, pero hay niñas de su edad e incluso menores, rodeadas de parejas jóvenes y hombres de mediana edad. Por delante de mí pasa uno que lleva un abrigo de *tweed* verde y un sombrero de fieltro. Mira al frente; sus ojos me resultan familiares, me evocan polvo de tiza. Es mi profesor de tercero, el que los miércoles llevaba a clase una caja de caramelos y los repartía conforme salíamos del aula. No recuerdo cómo se llama. Ignoraba que era judío.

El soldado que se parece a mi tío dice algo a gritos. Habla en alemán, muy rápido. No entiendo las palabras, pero sí su significado cuando señala hacia el final de la manzana. Delante de mí, una anciana del grupo tropieza. El señor que va a su lado —el marido, deduzco por la naturalidad y ternura con que la toca— trata de ayudarla a ponerse de pie y el soldado levanta el arma y le indica por señas que siga caminando. El hombre intenta ayudar de nuevo a su mujer; el soldado da la vuelta al arma y utiliza la culata para empujarlo y obligarlo a andar. El anciano avanza a trompicones y ahora es su esposa quien lo ayuda a él. Intento no mirar.

—Ojalá no fueran por tantos espacios abiertos —dice Willem, que camina despacio llevando la bicicleta al lado. Fingimos que sostenemos una conversación despreocupada. Fingimos no ver la violencia que nos rodea—. No nos conviene.

No, este trayecto no nos conviene. Es el más corto hasta la estación de trenes, lo cual es lógico. Sin embargo, vamos por calles anchas entre espacios abiertos y manzanas largas de edificios sin un solo callejón. En esta ruta apenas hay sitios donde esconderse, y necesitamos un buen escondite. El uniforme nos ayudará hasta cierto punto.

—Mientras andamos, piensa en lo que ves. —Los ojos de Willem recorren el horizonte con rapidez, mirando furtivamente a izquierda y derecha—. ¿Por qué camino podríais huir con menos riesgo de que alguien os viera?

—Pasaremos por el Oosterpark —digo. Es un gran parque municipal bien cuidado, en cuya oscuridad podrían desaparecer con facilidad varias personas.

Willem reflexiona.

—Pero no tenemos ningún contacto cerca de esa zona. Ningún miembro del grupo vive por allí. Una vez que llegais, ¿adónde iríais?

Tiene razón. Además, antes de llegar al Oosterpark habremos cruzado dos canales. No es buena idea que haya puentes en una vía de escape, pues no cuesta nada cerrar el acceso a ellos.

—Ha de ser antes de Plantage Muidergracht —digo pensando en voz alta—. No demasiado lejos de la casa de la señora Janssen o de la señora De Vries. Tendríamos que llevar a Mirjam y la cámara a un lugar seguro lo antes posible tras su salida del Schouwburg.

—Creo que tienes razón. Si llegamos hasta el puente, no tendremos ninguna posibilidad.

«Céntrate en las vías de escape», me exhorto a mí misma. «Céntrate en lo poco que queda para salvar a Mirjam. Céntrate en esa vida». Tengo que centrarme en Mirjam porque no quiero pensar en mi profesor de tercero ni en el señor Bierman, a quienes no salvaré, y tampoco en los compañeros de clase de Mirjam ni en el grupo que en estos momentos camina tan cerca de nosotros. No voy a ayudar a ninguna de esas personas.

—¿Y aquí? —Willem se detiene y señala un edificio como si solo le interesara admirar la arquitectura.

Hemos llegado a una intersección de tres calles, que se separan formando ángulos dispares, por lo que la vista no alcanza más de veinticinco metros. Si Mirjam y yo echamos a correr, desapareceremos en cinco segundos y los dos soldados —suponiendo que no haya más que dos, suponiendo muchas cosas— no bastarán para averiguar en qué dirección hemos huido.

Al echar un vistazo a los edificios, me fijo en una carnicería. Sobre la entrada cuelga un gran toldo naranja, el color de nuestra monarquía exiliada. Sin saber por qué, lo considero un buen presagio.

—Esa carnicería. —La señalo con la cabeza—. La del toldo.

Está más retirada de la calle que las tiendas vecinas, por lo que ofrece un escondite natural. Bajo el toldo hay una vaca de yeso, de tamaño natural, que basta y sobra para ocultar detrás a un par de personas.

Exhalando un sonoro suspiro Willem se agacha junto a la bicicleta y mira la cadena con fastidio fingido. En realidad, se dedica a observar la carnicería.

—Estupendo —dice—. Con la vaca y la forma que tiene la entrada, nadie vería que hay alguien ahí a menos que lo sepa.

¿De verdad le parece bien? ¿Me lo parece a mí? ¿O es que solo deseo que funcione? No lo sé. El cruce que hemos elegido, con el toldo y la vaca de yeso, se encuentra a más de un kilómetro de la estación de Muiderpoort. Se diría que es una distancia grande. ¿Bastará para salvar una vida?

Los prisioneros nos han adelantado: filas de personas silenciosas y serias a las que aguarda Dios sabe qué, y nosotros las miramos sin poder hacer nada. Al cabo de poco, Willem y yo nos quedamos solos.

—¿Te las arreglarás? —me pregunta—. Con tu misión... Con el uniforme.

—Me las apañaré.

—Si necesitas que te ponga en contacto con alguien... No sé si conozco a las personas adecuadas, pero podría...

—No te preocupes, Willem.

Asiente con un gesto y titubea antes de volver a hablar.

—Hanneke, espero que no te tomes a mal lo que voy a decirte. Mira, conseguir un uniforme es el tipo de acción que nosotros planeamos durante semanas. Me caes bien. Me pareces una persona fuerte. Pero Ollie... Es mi mejor amigo y no permitiré que le pase nada. Ni que les pase nada a los demás. Tú no te mostraste muy dispuesta a ayudarnos. Quiero que me digas que hacemos bien al confiar en ti.

Durante los últimos dos años no he querido que nadie confiara en mí, que nadie contara conmigo. Sin embargo, ahora he visto un traslado de prisioneros y un centro de deportación y la letra optimista de una niña asustada, y a personas valientes obligadas a esconderse, y a personas mezquinas que en secreto se vuelven valientes. Por eso al abrir la boca digo:

—Podéis confiar en mí. Lo haré lo mejor que sepa, Willem.

Aparto la vista al notar que empieza a hacerme un nudo en la garganta; cuando la vuelvo de nuevo hacia él, me sostiene la mirada con la

cortesía debida y una profunda preocupación.

—Espero que todo te vaya bien, Hanneke. Si quieres hablar conmigo de algo, no tengo por qué contárselo a los demás.

Me muerdo el carrillo con fuerza por la sinceridad de la pregunta de Willem y porque, después de lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, todavía estoy muy sensible.

—No me pasa nada. Es que... no duermo bien —confieso por fin—. No duermo bien, ni lloro, desde la muerte de Bas.

Una explicación a medias. Aun así, más de lo que he confiado a ninguna otra persona.

Willem me pone la mano en el brazo.

—Esto no te devolverá a Bas, Hanneke. Estoy seguro de que ya lo sabes, pero te lo digo por si acaso la mente trata de inducirte a creer otra cosa. Es posible que salves a Mirjam y que aun así sigas sin poder dormir por las noches.

24

Han cambiado el timbre de la puerta. El de antes tenía un zumbido estridente; el de ahora suena como una campana cristalina. Al principio pienso que debe de engañarme la memoria, pero ¿cómo no voy a recordar un sonido que habré oído cien, doscientas, quinientas veces a lo largo de mi vida?

Sin duda Elsbeth mandó instalar uno nuevo cuando, junto con Rolf, tomó posesión del hogar de su infancia y sus padres se fueron a vivir con la abuela. Resulta extraño pensar en ella de este modo, en el papel de esposa que adopta decisiones sobre el funcionamiento de la casa. Me pregunto si también habrá quitado el empapelado de la sala de estar. Seguramente dispone de dinero para hacerlo, y siempre le pareció feo.

Como no acude nadie a abrir la puerta, vuelvo a pulsar el timbre y acerco la cara al cristal. La misma sala de estar. El mismo papel pintado.

Sabía que me pondría nerviosa al venir. Sabía que me sentiría inquieta. En cambio, no preví que notaría la pesadumbre del miedo en el estómago. No pensé que tendría que clavar los pies al suelo a fin de asegurarme de que no saldría corriendo.

Nada: ni un ruido en el interior, ni la luz parpadeante de una lámpara de lectura. No hay nadie en casa. Mejor así, me digo. Menos riesgos. Más fácil. He anticipado un millón de eventualidades —que está ella en casa, que está él, que están los dos— y sabía que esta sería la perspectiva más conveniente. Por eso he venido a esta hora: la familia de Elsbeth celebraba una comilona en casa de la abuela todos los domingos, y supongo que han mantenido la costumbre, incluso durante la guerra. Entonces, ¿por qué una parte de mí se siente tan decepcionada al no verla?

Otro elemento que no ha cambiado en esta casa: la llave de repuesto sobre el marco de la puerta, un tanto oxidada, y fría en mi mano.

La casa huele igual que antes, a clavos de olor y a detergente en polvo, como siempre; el aroma particular de la familia Vos, que conozco tan bien que me resulta confortante. Pero no he venido en calidad de invitada, me recuerdo. Esta vez tengo una tarea.

Me deslizo en el interior antes de pensarlo dos veces. El dormitorio principal está arriba, al final del pasillo. Yo casi nunca entraba, pero de vez en cuando Elsbeth se colaba en él y regresaba con el colorete de su madre para que practicáramos cómo se aplicaba. Sin embargo, nada más entrar comprendo que me he equivocado. La habitación no parece ocupada; sobre la cama descansa una labor de costura a medio terminar.

Se me cae el alma a los pies. Si Elsbeth y Rolf no se han instalado en el dormitorio principal, tendré que entrar en la habitación que deseaba evitar. Retrocedo hacia la escalera. La primera puerta de la derecha.

En cuanto la abro, me asaltan los fantasmas. Es la habitación de Elsbeth, donde pasamos juntas mil tardes practicando bailes, fingiendo hacer los deberes, puntuando a nuestros astros del cine favoritos. Hablando de que cuando fuéramos mayores tendríamos hijos al mismo tiempo y de que envejeceríamos juntas y pasearíamos por la plaza cogidas del brazo para apoyarnos mutuamente. «Basta. Basta».

Su bata cuelga de la puerta. Tiene un agujerito en la manga, de aquella vez que fumamos a escondidas en el balcón.

A fin de acorazarme contra las emociones, me centro en los aspectos prácticos de mi misión ilegal. Elsbeth compartía el dormitorio con su hermana mayor. Su armario era el de la derecha y el de Nellie, el de la izquierda. Apuesto a que cedió a su marido el de Nellie cuando lo trajo a casa tras la boda. Sería propio de ella decirle que guardara la ropa aparte, que buscara un lugar para sus prendas. Él encontraría un sujetador que Nellie habría dejado olvidado y Elsbeth se reiría al verlo abochornado.

Abro la puerta del armario de la izquierda. He acertado. En el interior cuelga una hilera de prendas masculinas —pantalones y camisas— bien planchadas. Es la ropa del marido de Elsbeth. Su marido. Rolf. La nueva vida de Elsbeth, de la cual no formo parte.

Pero no hay ningún uniforme. Vuelvo a mirar y no lo veo. Debe de tener al menos uno de repuesto para cuando lave el otro. Nada de nada, ni en el respaldo de una silla ni sobre la cama, hecha a toda prisa. ¿Dónde lo guardará?

Regreso al pasillo y abro el armario de la ropa blanca. Dentro hay un cesto de mimbre con toallas y sábanas arrugadas, a la espera del día de la colada. Hurgo en el interior en busca de atisbos de gris y negro, el color de la muerte, el color de la Gestapo. Cerca del fondo distingo una prenda oscura. La saco.

¿Cómo iba a olvidarlo? La abuela de Elsbeth hacía regalos de dos en dos. A Elsbeth no le quedaba bien «la amígdala» y por eso me la dio, y se rio en mi cara cuando abrí el paquete y vi el horrendo vestido, de un deprimente morado grisáceo. Pero ella tuvo que quedarse el otro.

Huele a Elsbeth, a polvos de talco y perfume, y me trae una docena de recuerdos sobre ella. Las muecas que hacía cuando su madre le aconsejaba que se lo pusiera para ir a una fiesta; ella la obedecía y luego se lo manchaba echándose ponche encima «sin querer». Durante la fiesta me hablaba de lo bien que besaba Henk y afirmaba por experiencia que un primer beso nunca era tan bueno como el segundo.

«He besado a Ollie», querría decirle. He besado a Ollie, y Bas está muerto, y ¿cómo te va?, y ¿no es absurdo que nuestra amistad terminara porque te enamoraste de un chico o acaso es lo que suele ocurrir?

Dejo el vestido en el cesto de la ropa sucia y tiro de un cuello negro que asoma en el fondo. La camisa de Rolf. Y en el mismo instante en que cojo los pantalones que hay debajo se abre la puerta principal.

Sin siquiera pensar me meto de cabeza en el armario de la ropa blanca y, con el uniforme de Rolf hecho un burujo en las manos, me apretujo al lado del cesto. Con sigilo ajusto la chirriante puerta del armario dejando solo una rendija, pues temo el chasquido que se produciría si la cerrara del todo. El corazón me palpita con tanta fuerza en los oídos que estoy segura de que cualquiera puede oírlo; le ordeno que se calme, pero se niega a obedecerme.

—Parece mentira que olvidaras llevar el pastel. Sin pastel, una comida no vale nada.

Otra cosa que no ha cambiado: la voz de Elsbeth, guasona y jovial. Oírla es como un puñetazo en el estómago. La boca se me abre con un gemido. Me aprieto contra los labios el repugnante uniforme de Rolf.

—Al parecer sin pasteles la vida no vale nada ahora que eres mi mujer —se burla él.

—Por eso me gustan las cosas más dulces de la vida. —Elsbeth se echa a reír.

—¿Necesitas algo más? —le pregunta Rolf.

—Cogeré también un suéter; la casa de la abuela es una nevera.

Son una pareja normal. No me lo esperaba. No me evocan la guerra. Me evocan bromas y besos, los amigos que debería seguir teniendo. Oigo pisadas en la escalera, el crujido del cuarto peldaño. El dormitorio de Elsbeth está antes del armario de la ropa blanca, de modo que no tendrá que pasar por delante de él. Oigo abrir el ropero de la habitación, mover perchas, un canturreo disonante. Elsbeth nunca ha sabido cantar.

—¿Has visto mi suéter amarillo? —pregunta a gritos.

—¿No lo meterías en el cesto de la ropa sucia? —pregunta él desde la cocina.

La boca se me llena de saliva. Veo los finos tobillos de Elsbeth acercarse y noto un cosquilleo en la nariz al percibir el aroma a polvos de talco. Pone la mano en el pomo. ¿Qué haré cuando me descubra? Barajo las posibles escapatorias que suelo plantearme ante los nazis, aunque en este caso son descabelladas. Puedo golpearla. Puedo abrazarla. Puedo saludarla como si los dos últimos años no hubieran pasado. Pero sí han pasado y ahora no solo la odio y la quiero y la echo de menos; también debo tenerle miedo.

—Está aquí, Elsbeth —dice Rolf—. El suéter está en la silla.

Ella se aleja con un rápido taconeo. El corazón casi se me sale del pecho, por la angustia, la rabia y la pena. Y la mejor amiga que he tenido desaparece de nuevo.

Cuando llego a casa por la noche, mis padres ya se han acostado. Es demasiado temprano para que estén dormidos, pero no se molestan en salir.

Aunque llevo años suplicando esto —que se vayan a la cama sin esperar a que llegue—, me inquieta imaginarlos en ropa de dormir, oyendo cómo cuelgo el abrigo. Algo ha cambiado entre nosotros desde la última pelea, antes de que me fuera con Willem. Sigo siendo su hija, pero ya no soy su niña.

En la mesilla de noche encuentro una carta apoyada contra un libro. No reconozco la letra del sobre, y cuando lo abro, cae una notita en forma de corazón. Debe de haberla traído Christoffel durante mi ausencia, tras el regreso de su padre de La Haya. La respuesta de Amalia. Lo que hace un par de días tanto deseaba y ahora carece de importancia.

«Querida Hanneke —leo tras desdoblar la pulcra hoja de cuaderno—. No sé dónde está. Ojalá lo supiera. Yo también echo de menos a mi amiga».

«Estoy intentando devolvértela», pienso. Imagino a Mirjam feliz al volver a verla, con una pila de revistas, con el deseo de compartir los pensamientos y sentimientos de varias semanas; la imagino disfrutando del reencuentro que Elsbeth y yo nunca llegaremos a tener.

Cuando me duermo, tengo una pesadilla que solía asaltarme tras la muerte de Bas. Vestido de uniforme, se acerca a mí con la carta que rasgué. La ha reconstruido y está enfadado porque no la he leído. «Eso significa que me has olvidado», afirma.

«No es cierto —le digo—. No significa eso. Pienso en ti cada día. Mira, voy a leerla. Voy a leerla ahora mismo si tan importante es para ti». Sin embargo, con cada palabra que intento leer, Bas palidece un poco más, su rostro se vuelve un poco más ceniciento. Cuando voy por la mitad, se ha convertido en un cadáver plantado delante de mí y no puedo acabar la carta porque he roto a llorar. Despierto con los ojos secos —nunca se me escapa ni una sola lágrima—, pero tengo las sábanas retorcidas alrededor del cuerpo y empapadas en sudor.

Al día siguiente, poco antes del toque de queda, Ollie llama a la puerta. Al abrirle mamá, explica que su madre no se encuentra bien. Su padre y él tienen que llevarla al hospital. A Pia le da miedo quedarse sola en casa; ¿me importaría pasar la noche con ella?

A mamá no le parece ni bien ni mal; ni siquiera me mira. Vuelve la cabeza y dice:

—Haz lo que quieras, Hanneke.

—Entonces iré, por la madre de Ollie —digo.

Naturalmente, la madre de Ollie se encuentra bien y Pia debe de estar en casa haciendo deberes, ajena a todo. El traslado de Mirjam está programado para dentro de dos horas.

Tenemos que estar en silencio y muy juntos debajo del toldo de la carnicería. Aun así, es un buen sitio. El toldo y la ridícula vaca nos ocultan tan bien como yo esperaba: dos parejas de soldados han pasado por delante sin reparar en nuestra presencia. Solo deseo que el cielo continúe despejado. Si empieza a llover o a nevar, algún nazi podría venir a cobijarse.

No veo a Willem, pero sé que está cerca, a solo unas manzanas, escondido con una muda de ropa para Ollie.

Porque Ollie —Olivier, Laurence Olivier, como le llamaba Bas cuando tenía ganas de hacer el tonto— viste el uniforme gris de la Gestapo, el del marido de Elsbeth. Le queda ancho en los hombros. Si alguien lo mirara con detenimiento, se daría cuenta de que algo falla, y si algún conocido suyo pasara por aquí y le preguntara por el uniforme, sería aún peor.

El plan es el siguiente: Ollie y yo esperaremos bajo el toldo la llegada de los prisioneros. Él parará al soldado que encabece el grupo y le explicará que tiene órdenes de registrar un cochecito de bebé, por cuestiones de contrabando. Sacará la cámara. Se reunirá con Willem y se cambiará de ropa para que los vecinos recelosos no lo vean vestido de uniforme. Debe de estar nervioso, pero no lo aparenta. Tiene la mirada fija al frente, en la noche, en los transeúntes que caminan presurosos a sus casas. Tenemos tiempo. Media hora, al menos —nos hemos situado en nuestro puesto poco

antes del toque de queda—, y hemos matado el rato dirigiéndonos escuetas advertencias y comentarios.

—Solo dispondrás de un momento para rescatarla —suelta Ollie de repente—. Yo les interrogaré acerca del cochecito tras mostrarles la orden falsa que ha redactado Leo. Los entretendré todo lo que pueda, pero aun así apenas tendrás tiempo, y no deben verte bajo ningún concepto.

—Lo sé.

—Y luego correréis hasta doblar la esquina y me reuniré con vosotras y...

—Ollie...

Volvemos a guardar silencio. Conozco las advertencias que podría hacerme porque hemos analizado todas las variantes del plan que se nos han ocurrido; además, ya me ha avisado varias veces de que si no encuentro a Mirjam, o si no consigo que venga conmigo en el lapso que él tarde en sacar la cámara del cochecito, no la rescataremos.

Entonces habré fallado a Mirjam.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta.

—Nada. ¿Qué estás pensando tú?

Vuelve la cara, solo un poco, pero con las sombras de la noche basta para impedirme ver su expresión.

—Estoy pensando en Bas.

—¿De veras?

—¿Tú también?

Sí, yo también. Siempre pienso en él. Bas patinando sobre hielo con mi madre. Bas llevándome pastel. Bas sacándome de mis casillas. Bas vivo. Bas muerto.

—Estaba pensando en... —Se interrumpe y traga saliva—. Me preguntaba qué le pasó por la cabeza en el momento de la invasión, cuando comprendió que seguramente iba a morir.

—¿Pensaría tan solo en lo asustado que estaba? —Me resulta fácil terminar el pensamiento de Ollie, pues yo misma me lo he planteado muchas veces—. ¿Cuánto miedo tuvo y cuánto deseó estar en casa?

—¿Sufrió? —pregunta Ollie.

—¿Sintió rabia?

—¿Se sintió solo?

—Fue culpa mía —susurro. Las palabras caen y estallan delante de mí para que ambos las veamos—. Yo tengo la culpa de que Bas esté muerto.

En las sombras resulta imposible escudriñar su rostro.

—¿Qué has dicho? —me pregunta.

—Bas. Yo tengo la culpa de que esté muerto.

Ya he dicho en voz alta lo más terrible, y la atrocidad del hecho me deja sin respiración. Cuando explicamos algo terrible, deberíamos sentir que se nos quita un peso del pecho, pero verbalizar este pensamiento solo ha contribuido a volverlo más opresivo.

—¿Qué estás diciendo? Tú no tuviste la culpa de lo que le pasó a Bas. Estabas a kilómetros de distancia. Tú no apretaste ningún gatillo. No tiraste ninguna bomba.

—Ya sé que no apreté ningún gatillo. —Mis padres me dijeron lo mismo cuando Bas murió. Que yo no estaba allí. Que no le disparé, no le tiré ninguna bomba, no lo ahogué, no le hice lo que quiera que acabara con su vida—. Pero lo envié a la guerra. Lo animé a alistarse.

—Hanneke, tú conocías a Bas. Lo conocías tan bien como yo. ¿De verdad crees que él no quería ir? ¿De verdad crees que se habría alistado si en el fondo no hubiera querido?

Ollie intenta animarme, pero yo me siento aún peor. Estoy a punto de confiarle el secreto que siempre me he negado a revelar.

—Me contó que no quería ir. Durante su fiesta. Cuando me marché, salió tras de mí y me dijo que no quería ir. Le dije que debía hacerlo. Que era su deber. Él me dio una carta para que la leyera si moría, pero no la leí. La llevé a casa y la tiré porque estaba segura de que regresaría, y me equivoqué del todo, porque no volvió. ¿No lo entiendes, Ollie? Yo le obligué a ir.

Me duele la garganta, como si las palabras me lastimaran físicamente al salir de la boca. Ya lo he dicho todo. Estoy tan avergonzada que no me atrevo a mirarlo. Está muy quieto, pero le oigo tragar saliva para deshacer el nudo de la garganta. Cuando vuelve a hablar, tiene la voz velada.

—Yo también tuve mi última conversación con Bas después de la fiesta. Era muy tarde. Todos se habían marchado. Entró en mi dormitorio y le

pregunté por qué no se había acostado, ya que tenía que madrugar para la instrucción militar.

—¿Hablaste con él después de que hablara conmigo? —No entiendo cómo no se me ocurrió pensarlo. Es lógico que hablara con su familia; vivía con ellos. Sin embargo, en mi mente fui la última persona que habló con él. Conversamos y más tarde murió. Es la imagen que visualizo y lo que me impide dormir por las noches.

—Varias horas después. Faltaba poco para que saliera el sol.

No me atrevo a respirar.

—¿De qué hablasteis?

—Le pregunté cómo se sentía. Le pregunté si tenía miedo. Le dije que si estaba asustado no le criticaría, que en su lugar yo también lo estaría. Reconoció que tenía miedo..., y comentó que si no lo tuviera no podría ser valiente. Y dijo que yo era como una flor delicada por no alistarme voluntario. Le pregunté qué flor era. Y respondió que desde luego no era un pensamiento, porque nadie con dos dedos de frente pensaría ni un momento en un gallina como yo.

Ollie sonrío con este recuerdo del bobo e intrépido de Bas y, aunque parezca mentira, yo sonrío asimismo, pese a que los dos estamos tristes.

—Y también a mí me dio una carta.

Me quedo helada. Mete la mano en el bolsillo del pantalón. Saca una hoja de cuaderno, de esas donde los escolares hacen ejercicios de gramática, de esas que Elsbeth y yo, Amalia y Mirjam y los jóvenes de todas partes utilizamos para compartir secretos. Me la tiende.

—Adelante.

Ha sido desdoblada y vuelta a doblar tantas veces, llevada en tantos bolsillos, que los pliegues están medio rotos. En la oscuridad, me la coloco a unos centímetros de la nariz y la leo con dificultad, letra a letra.

Laurence:

Perdóname por ser tan imbécil. Has sido un hermano mayor estupendo. Dile a mamá que tiene que quedarse con el hijo bueno, aunque al principio no lo creerá (y con toda razón, ¿no?). Guardo un poco de dinero debajo de

mi colchón; cógelo. Le he dicho lo mismo a Pia, así que a ver cuál de los dos es más rápido. Dile a Hanneke que la quiero. Y que siga adelante con su vida. No demasiado pronto. Quizá dentro de dos o tres meses.

B.

Me río con ganas, tapándome la boca con la mano, porque la carta deja mucho que desear y al mismo tiempo su tono me recuerda a Bas: de pronto serio y a continuación hilarante. Modesto y tierno.

—¿Por qué no me la enseñaste antes?

—Porque supuse que tenías tu propia carta. Y porque después de la misa de réquiem dejaste de visitarnos. Pensé que no querías saber nada de mi familia.

—Creía que me odiabais.

—Yo no te odiaba.

—Ollie, ¿crees que fue sincero al decirte que estaba asustado, pero contento de ir a la guerra?

—¿Crees que fue sincero al decirte a ti que no quería ir?

No lo sé. Durante dos años y medio he creído que lo sabía.

—No estoy segura.

—Es posible que Bas tampoco estuviera seguro —apunta Ollie—. Quizá de pronto quería ir y a continuación deseaba quedarse.

«Dile que siga adelante con su vida», le pidió Bas. Otra cosa que le he negado.

Ollie me abraza. Apoya la mejilla en mi frente. Noto su aliento en el pelo, en el cuello, y sin darme cuenta de lo que hago alzo el rostro y le miro a los ojos. Él me sonrío y acerco los labios a los suyos. No es que desee a Ollie. Lo que ocurre es que por fin, después de más de dos años, me siento libre de la culpa que me impuse a mí misma. Mis labios rozan los suyos y...

—¿Qué haces, Hanneke? —Retrocede tambaleándose, con las manos alzadas y las palmas al frente para impedir que me acerque.

Me llevo una mano a la boca.

—Lo siento, Ollie. He... he interpretado mal la situación.

Menea la cabeza muy deprisa; casi le veo ruborizarse, pese a la penumbra.

—Es que yo no pienso en ti de ese modo.

—No, claro que no. Solo pretendías ser amable. Soy la novia de tu hermano.

—No se trata de eso. —Se le ve apenado—. Estoy enamorado de otra persona.

Me muero de vergüenza. Ollie, que tan bien se ha portado conmigo docenas de veces... He abusado de su bondad intentando besarle, y él está enamorado de otra persona. ¿Por que no me lo ha dicho hasta ahora?

—¿De Judith? —aventuro—. ¿Estás enamorado de ella?

—¿De Judith? No. —Niega con la cabeza—. No estoy enamorado de ella.

—Entonces, ¿de quién?

Suspira.

—¿Cómo explicártelo? Ahí va: tú has ayudado a la resistencia por una persona. Yo me incorporé por una persona también... Los judíos no son los únicos que sufren por culpa de los nazis. No estoy enamorado de Judith. Amo a Willem.

—¿Amas... a Willem? —Mi mente tropieza con ese concepto—. ¿Amas a Willem?

—No lo sabe nadie más.

Intento poner en orden mis pensamientos. Sé que los nazis encierran a los homosexuales junto con los presos políticos. Sin embargo, nunca he conocido a nadie que fuera así.

—¿Estás seguro? —le espeto—. Me besaste hace unos días delante de la policía verde.

—Te besé, sí. Y después me dijiste que era un buen actor. En efecto, lo soy. Probablemente te supero en eso. Tú simulas delante de los alemanes durante la guerra. Yo simulo delante de todo el mundo cada día. No se lo he contado a nadie más. Soy un *onderduiker*. Todo mi mundo es clandestino.

—No lo entiendo. ¿Cómo lo supiste? ¿Cómo te diste cuenta de que tú..., con Willem?

—¿Cómo supiste que estabas enamorada de Bas?

—Porque lo supe.
—Yo lo sé porque lo sé. Me di cuenta hace tiempo.
—¿Corréis peligro? —pregunto, pues estoy demasiado anonadada para pensar en la docena de preguntas que sin duda querría hacerle.
—¿Vas a contárselo a alguien?
—Claro que no.
—Pues entonces no corremos ningún peligro. Mientras nadie lo sepa. —
Se pone rígido—. Los prisioneros. Ya están aquí.

26

Ruido de pisadas que avanzan fila tras fila. Es estruendoso, sobre todo cuando has hecho que seguir vivo o no tenga mucho que ver con él. Pensar que Ollie está a mi lado me tranquiliza y me espanta a la vez. Son muchos los que se juegan el pellejo: Willem en las sombras; la señora De Vries y Mina, esperando acoger a Mirjam hasta que podamos llevarla con la señora Janssen, que en estos momentos reza en su casa.

—Abrigo azul —susurro, como si necesitara recordarlo—. Tengo que buscar el abrigo azul.

¿Y si no lo lleva puesto? ¿Y si ha pensado que esta noche no hace demasiado frío, o lo ha regalado, o se lo han robado? Y el cochecito de bebé..., ¿y si ni siquiera va con este grupo de deportados? ¿Y si lo han dejado en el teatro? Ollie no puede llevar puesto indefinidamente el uniforme de la Gestapo para dar el alto a cada grupo de prisioneros. Todas las posibilidades que no hemos previsto desfilan por mi mente mientras pienso en la fragilidad del plan en el que hemos depositado nuestras esperanzas.

Con los prisioneros van dos guardias. Son los mismos que condujeron a los deportados de ayer: el hombre mayor de facciones curtidas y arrugas profundas va delante, y el joven rubio con pecas y nariz aguileña camina tras las hileras de prisioneros. Se me cae el alma a los pies. No la veo; cuesta distinguir a quienes no están en la columna más próxima. Más allá forman un grupo apretado, y sus rostros están iluminados tan solo por la luna llena.

Sin embargo, en una de las últimas filas atisbo, grande y bien visible, un cochecito de bebé, que traquetea sobre los adoquines. Y en la fila de atrás, otro.

Dos. ¿Cuál es el de Mina? Lo sabría si me encontrara más cerca, ya que lo vi aquella vez. En cambio, Ollie no lo ha visto nunca. ¿Qué hará? ¿Debería describírselo en voz baja? Antes de que pueda decirle nada se aleja de mí con un seco taconeo de las botas sobre el empedrado.

—Esperen —exclama, con su perfecto acento alemán. El soldado joven lo oye y mira desconcertado alrededor en busca del causante de la interrupción—. Esperen —repite agitando resueltamente los documentos que Leo le ha preparado, con la orden falsa entre ellos—. Hay un problema con este grupo.

—¡Alto! —grita el soldado de mayor edad. Los prisioneros se detienen indecisos en medio de la calle mientras el soldado apunta una linterna en dirección a Ollie—. No se nos ha comunicado que haya ningún problema —le dice.

—Dudo que la Gestapo tenga por costumbre informar de sus actividades de inteligencia a los guardias del teatro —le espeta Ollie—. Esta orden procede directamente de Schreieder.

Al oír el nombre del alto mando de la Gestapo, los soldados intercambian una mirada fugaz y se precipitan hacia Ollie.

—¡No los toquen! —grita él cuando uno tiende la mano hacia los documentos—. ¿Acaso creen que deseo que manchen estas órdenes con sus dedos?

Clavo los ojos en los prisioneros acorralados detrás de los soldados y examino cada fila buscando con desesperación una tela de color cielo. Los dos guardias tienen la vista fija en la orden falsa de Ollie. No miran en mi dirección. Echo a correr.

Me dirijo hacia el grupo de prisioneros de los nazis.

Me apretujo entre los de la última fila, al lado de una mujer que da un respingo cuando me aprieto contra su hombro.

—¿Mirjam Roodveldt? —musito sin mover los labios—. ¿Un abrigo azul? —Niega con la cabeza y avanzo hacia la fila siguiente—. ¿Una chica morena de quince años?

Me deslizo hacia la hilera siguiente repitiendo el nombre. La mayoría no me responde.

—¿Mirjam Roodveldt?

Unos cuantos niegan con frialdad al tiempo que me ruegan con la mirada que no atraiga la atención de los soldados hacia esa zona.

—Mamá, ¿eso significa que volvemos a casa? —pregunta a voces un niño pequeño que tira del abrigo de su madre—. Si ese hombre dice que hay un problema, ¿podemos irnos?

—¡Silencio! —ordena el soldado de mayor edad, que interrumpe la conversación con Ollie sin levantar la vista—. Mande callar a ese crío o lo acallo yo.

—Lo dice en broma —susurra la aterrorizada mujer a su hijo cubriéndose la boca con la mano.

—¿Mirjam? —murmuro tras avanzar hacia la fila siguiente. La madre me mira.

—Basta. —Me indica en silencio moviendo los labios.

Más allá, los soldados no se ponen de acuerdo. Uno quiere escuchar a Ollie; el otro opina que deberían volver al teatro para que les confirmen la orden. Vislumbro algo azul..., un vivo azul cerúleo. Lo atisbo y a continuación desaparece en la oscuridad. Lo he visto detrás de la mujer con el sombrero rosa y delante de la familia con el padre estoico que lleva en brazos una niña dormida.

—¿Mirjam? —susurro—. ¡Mirjam! —repito un poco más fuerte.

—Cállese, por favor —musita la mujer del sombrero rosa.

—Logrará que nos maten a todos —añade con voz temblorosa el hombre que está a su lado.

—¡Silencio! —repite a voz en cuello el soldado mayor—. Kurt, dispara al próximo que oigas hablar —ordena al soldado joven.

Los prisioneros se quedan paralizados, su frío aliento se vuelve blanco en la noche.

He visto algo la última vez que he pronunciado el nombre de Mirjam. Un movimiento varias filas por delante de mí. Una niña ha vuelto la cabeza menos de un centímetro. Sintiendo el rápido palpitar de la sangre en los oídos, avanzo otra fila, muy despacio. Me queda solo una más para situarme detrás de ella. El corazón me late muy deprisa, y no solo de miedo en esta ocasión, sino también de júbilo por lo que estoy a punto de conseguir. La he encontrado. La pondré a salvo.

A mi izquierda, otro movimiento. Los soldados han resuelto sus diferencias respecto a los documentos de Ollie y los tres caminan con determinación hacia la primera de las dos mujeres que llevan un cochecito. Con un gesto le ordenan que saque a la criatura, y sin demora. Mientras las linternas enfocan a la mujer, Ollie levanta la cabeza y me busca frenético entre la multitud.

—Vete. —Me indica con los labios en cuanto me ve—. Deprisa.

Toco la espalda de Mirjam, que se da la vuelta para mirarme.

—Mirjam. —Apenas muevo los labios—. Ven conmigo.

Ella retrocede asustada y niega con la cabeza. Unos metros más allá, Ollie dice a los guardias que no es el cochecito que busca; tiene que ver el otro. Oigo el taconeo de sus botas sobre el empedrado y deduzco que intenta caminar despacio para brindarme unos segundos más. «Gracias, Ollie».

—Tranquila, Mirjam. Sé quién eres.

Sus labios dibujan la palabra «no».

La mujer del segundo cochecito saca de este al bebé, que rompe a llorar: un tenue gemido desgarrador. Aun así, el sonido permite disimular mi voz, de modo que doy indicaciones a Mirjam en un susurro.

—Tenemos que huir. Sígueme. Hay gente esperándonos. —Enlazo los dedos en los suyos. Su mano es pequeña y frágil como un pajarito. Mirjam es tan joven...

Ollie ha conseguido la cámara y la película; la cámara que representa cientos de vidas. Pasa por nuestro lado, y a la luz de la luna veo el terror reflejado en su rostro. En silencio me suplica que huya, que huya sin dilación, que deje a Mirjam si se niega a acompañarme. Me es imposible. He llegado muy lejos. La tengo cogida de la mano.

—Ahora —susurro. Tiro de la chica para llevarla hacia un lado. Se resiste—. Ahora —suplico.

Los soldados vuelven a ocupar sus posiciones.

—¡En marcha! —dice uno—. ¡Deprisa!

Todos echan a andar, y yo camino con ellos. ¿Qué he hecho? ¿Por qué no ha querido escucharme Mirjam? Ollie se queda atrás, lo veo en las sombras con el valioso objeto que ha venido a buscar, y yo me acerco al

puede, con sus mortíferos espacios abiertos. Si realizamos todo el trayecto hasta la estación, es posible que me obliguen a subir al tren. Debemos tratar de escapar.

Faltan cuarenta pasos para llegar al puente. Treinta y cinco. Nos aproximamos al callejón, el último lugar adonde podemos huir antes de alcanzar el puente. Tiro de Mirjam hacia él. ¿Por qué no me obedece? Algo no cuadra. Su mano se retuerce en la mía, forcejea, se suelta.

Mirjam echa a correr, pero no en la dirección en que corro yo. Va derecha al puente. Ay, Dios, Dios, ¿qué hace? Es el peor lugar al que podía dirigirse. El abrigo azul ondea tras ella, se agita en el frío, se aleja cada vez más de mí.

—¡Detente! —grito al mismo tiempo que un soldado ordena «Alto».

—¡Alto! —repite, y sus botas repiquetean sobre los adoquines.

¿Qué debo hacer? ¿Intento distraerlos? ¿Corro tras ella? ¿Exhorto a los demás prisioneros a escapar?

—Detente —digo otra vez, a medio camino entre el callejón y el grupo de deportados.

De repente se me corta la respiración porque un par de brazos fuertes me rodean la cintura y me arrastran hacia la calleja.

—¡Suélteme!

—¿Que te suelte? —exclama Ollie con voz colérica—. Me parece que no. Te he visto intentando escapar.

Mirjam sigue corriendo por la calle adoquinada y enfila el puente, de gruesas barandas de hierro. Tiene las piernas largas y delgadas. Sus zapatos repiquetean sobre los tablones, débilmente, bajo el ruido más sonoro de las botas militares. Araño las manos de Ollie para arrancarlas de mi cintura. Me agarra con más fuerza y la cámara se me clava en la cadera.

—¡En este asunto estoy por encima de los guardias! Es evidente que formas parte de este... de esta conspiración. ¡Te llevo conmigo para interrogarte de inmediato!

—Por favor —digo; nunca había oído tal desesperación en mi voz.

—No —murmura, y esta vez quien me habla es el Ollie de verdad, no el Ollie que finge ser un miembro de la Gestapo—. No puedes.

—Por favor —le suplico—. Van a...

Bang.

Lo hacen. Disparan contra ella. En el centro del puente. Le disparan en la nuca, de modo que la sangre brota de la garganta, viscosa y brillante a la luz de la luna.

—No — grito, y otro tiro apaga mi voz.

A Mirjam se le doblan las rodillas, y se lleva las manos al cuello, pero sé que está muerta aun antes de que se desplome en el pavimento. Lo adivino porque no se molesta en amortiguar la caída, por la forma en que sus hombros y su cabeza golpean los adoquines.

Los prisioneros miran boquiabiertos el cuerpo tendido en el centro del puente. Algunos profieren chillidos de pavor; otros aprietan los puños con mudo espanto. El niño que habló a su madre hace un ratito llora, y ella continúa con la mano sobre la boca, de modo que las lágrimas y los sollozos ahogados escapan entre sus dedos.

El guardia joven, autor de los disparos, regresa a su puesto.

—Es una advertencia — exclama. Le tiembla la voz; no contaba con que ocurriera algo semejante y no sabe qué hacer—. En marcha —brama—. Rápido. —Ni siquiera piensa mover a Mirjam. Obligaré a los otros prisioneros a caminar a ambos lados de ella y la dejaré en el centro del puente, donde por la mañana la encontrarán los lecheros y barrenderos.

Con un brazo en torno a mi cintura y la cámara sobre el otro, Ollie me aleja a rastras del puente.

—Camina, Hanneke — me ordena—. Tienes que caminar.

No veo adónde me conduce porque estoy llorando. Los sollozos me desgarran el cuerpo. Son las primeras lágrimas que derramo desde la muerte de Bas; me ciegan y noto en los labios ese sabor salado al que no estoy acostumbrada.

Lloro por Mirjam, la niña a la que debía poner a salvo y no he logrado salvar, y a quien ni siquiera he llegado a conocer. Y por la madre que hace un momento mandó callar a su hijo y por el hombre que me pidió que guardara silencio. Lloro por la señora Janssen, que no tiene a nadie en este mundo y a quien prometí ayudar; confió en mí y le he fallado. Lloro por Bas. Lloro por Elsbeth y el soldado alemán al que prefirió antes que a su mejor amiga. Y por Ollie, que no puede estar con Willem. Y por todos los

ciudadanos de mi país, que vieron entrar los tanques al principio de la ocupación y todavía esperan verlos salir.

Ollie me lleva por calles oscuras y callejuelas. No sé si el camino que ha elegido es seguro, si nos dirigimos hacia donde está Willem. Ignoro si alguien más se ha enterado de lo ocurrido o si esperan nuestro regreso creyendo que el plan ha salido según lo previsto. Muevo los pies maquinalmente. Por último me conduce por un tramo corto de escaleras y entramos en el que supongo que es el apartamento que comparte con Willem.

—¿Té? —me pregunta escuetamente.

Es la primera palabra que pronuncia desde que nos alejamos del puente. Con manos trémulas abre armarios y los cierra de un golpe, pues no recuerda dónde guarda las tazas. Mira hacia la puerta una y otra vez. Willem continúa en la calle. Al igual que Mirjam.

—Willem todavía...

—Lo sé —me interrumpe, y el destello de sus ojos me indica que prefiere no hablar de eso. Por fin deja de revolver en los armarios, se apoya en la encimera y se agarra al borde con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—. ¿Estás bien? —me pregunta, todavía de espaldas a mí.

No respondo. ¿Cómo debería contestar? Ollie golpea la encimera con las manos y el ruido me sobresalta.

—Maldita sea. ¡Maldita sea!

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto al ver que se encamina hacia la puerta.

—Debo asegurarme de que Willem se encuentra bien.

—No sabes dónde está.

Se pone el abrigo encima del uniforme de la Gestapo y se lo abotona.

—No pienso quedarme de brazos cruzados. No pienso abandonar a Willem. Debo encontrarlo.

—Te acompaño. —Me levanto con torpeza—. Yo tampoco quiero a abandonar a Mirjam. Abandonar su cuerpo.

—No. —Ya tiene la mano sobre el pomo de la puerta—. Tú no puedes volver a salir. Han visto cómo te escoltaba un miembro de la Gestapo.

—Pero prometí encontrarla. Está sola en la calle. La llevaré a la funeraria del señor Kreuk. Tengo una llave. La llevaré allí. —Hablo con una voz rota y descontrolada que ni siquiera se parece a la mía.

Ollie reclina la frente en la puerta. Sus hombros suben y bajan.

—Iré por ella —susurra—. Iremos Willem y yo.

—¿Por qué ibais a hacerlo? —Los ojos se me inundan de lágrimas—. He sido egoísta e insensata. ¿Por qué ibais a hacerme ese favor?

Apoya las manos en la puerta a ambos lados de la cabeza.

—Porque cuando Mirjam se desplomó en el puente... No vimos a Bas muerto. No llegamos a verlo.

Me resulta imposible responder a ese gesto amable.

—Sé prudente —le digo—. Ten cuidado.

—Dame la llave. —Cuando se la entrego, añade—: Espera aquí. No te marches.

—No me iré.

Durante mucho tiempo, espero.

Martes

Cuando me despierto no estoy en el sofá de Ollie, que es el último lugar donde recuerdo que estuve sentada. Me encuentro en una cama, el sol entra a raudales por las ventanas y Ollie está arrellanado en un sillón. Me incorporo de un brinco. No me acuerdo de que me quedara dormida y odio a mi cuerpo por permitir que haya ocurrido. Debí de desconectar por completo los sentidos, debido a la angustia, la tristeza y el agotamiento, mientras él se deslizaba sigiloso en la noche.

—Ollie —susurro. La garganta me duele por lo mucho que lloré anoche.

—Buenos días.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Willem?

El pánico se disipa cuando Willem aparece en la puerta.

—Estoy aquí. A salvo.

A salvo. Anoche no se produjeron más muertes que la de Mirjam. Ella no está a salvo y jamás lo estará.

—¿Habéis...? —No sé cómo terminar la frase. «¿Habéis conseguido llevaros a Mirjam del puente?».

—Ya está —responde Ollie—. No ha sido fácil, pero ya está hecho.

—¿La habéis llevado a la funeraria del señor Kreuk?

—Sí. La señora De Vries ya está enterada de lo ocurrido. Y creemos que los nazis solo saben que dos chicas intentaron escapar y que ellos mataron a una y apresaron a la otra.

Miro la habitación donde me encuentro. Veo dos cómodas y, sobre una, un retrato de los padres de Ollie.

—Me habéis cedido la cama.

—Te traje Willem —dice Ollie—. Nosotros hemos dormido en el suelo.

—Lo siento. Lamento que hayáis tenido que ir a buscar a Mirjam. Lamento no haber echado a correr cuando debí hacerlo. Lamento... —Debería disculparme por demasiadas cosas: por mi impulsividad, por perder el juicio y tratar de arrastrar a los demás conmigo.

—Al menos tenemos la cámara —dice Willem con excesiva bondad.

—¿Qué vais a hacer con ella? ¿Devolvérsela a Mina o destruirla?

Se miran.

—No lo hemos decidido —contesta Ollie. Coge la taza que tiene en el brazo del sillón y me la pasa—. Bébetelo.

Me la llevo a la boca por la fuerza de la costumbre y, cuando el líquido desciende por mi garganta, ni siquiera sé qué es. En las últimas doce horas he experimentado cuanto podía sentir. Ahora soy insensible.

—Debo irme. —Llevo puesta la ropa de anoche, aunque me han quitado los zapatos. Las prendas están arrugadas y sucias. Tengo una carrera en las medias, mi último par. La cabeza me da vueltas cuando intento levantarme.

Willem mira preocupado a Ollie.

—Tendría que desayunar, ¿verdad que sí? —le pregunta.

—Debo ir a casa de la señora Janssen. Debo informarle de lo ocurrido.

Ni una partícula de mi cuerpo desea hacer esa visita, pero posponerla sería peor. En ocasiones, la esperanza es venenosa. He de poner fin cuanto antes a la incertidumbre de la señora Janssen.

Willem me trae los zapatos y repite una y otra vez que no hay necesidad de que me marche todavía. Por fin comprende que no daré mi brazo a torcer y envuelve pan y una manzana con una servilleta para que me lo lleve. No me imagino comiendo en estos momentos, pero no quiero decírselo. Lo meteré en el bolso en cuanto salga del apartamento.

Tengo la bicicleta en... Ni siquiera sé dónde la tengo. Supongo que delante del edificio de la señora De Vries, donde la aparqué cuando fui con Ollie a ocupar nuestro puesto a la puerta de la carnicería. En una versión feliz de la historia, esta mañana habría subido a ella para volver a casa tras dejar a Mirjam sana y salva en el apartamento de la señora De Vries.

Así pues, no me queda más remedio que ir a pie a casa de la señora Janssen, lo que supone casi una hora de camino. Llevo en el bolsillo unas pocas monedas, de modo que podría tomar un tranvía, pero me digo que merezco sufrir. Durante todo el trayecto me preocupa cómo darle la noticia. No sé si es mejor llegar y decírselo sin más —«Ha muerto, señora Janssen»—, o si debería comenzar por el principio, contarle lo sucedido y explicarle en qué falló el plan.

Al final no hace falta que diga nada. La señora Janssen lo adivina al ver mis hombros caídos o mi ropa arrugada, o quizá por mis andares. Aguardaba junto a la ventana de la sala y al verme llegar sola baja la cabeza hasta hundir la barbilla en el pecho.

—¿Cómo pasó? —me pregunta nada más abrir la puerta. Me parece cruel comunicarle la noticia en el umbral. Pero, por otra parte, todo lo sucedido es cruel.

Las palabras me laceran la garganta cuando las obligo a salir.

—Huyó. Intenté que me siguiera y echó a correr. La alcanzaron. Está muerta.

Añado la última frase porque con la palabra «alcanzar» podría entenderse que tan solo la capturaron. No quiero tener que explicar dos

veces que Mirjam jamás volverá a esta casa.

La señora Janssen apoya todo su peso en el bastón y tengo la impresión de que veo quebrarse otra pieza de su persona. Aturdida, la cojo del codo y la ayudo a entrar en casa. Nos sentamos en el feo sofá de la sala de estar.

—¿Qué pasó? —pregunta—. ¿Por qué huyó de ti?

Su pena es discreta y digna, lo que en cierto modo hace que esto sea aún peor. Creo que me resultaría más fácil si estuviera totalmente deshecha, como lo estaba yo anoche, cuando Ollie tuvo que llevarme a rastras a su casa porque era incapaz de pensar con claridad. En cambio, la señora Janssen tiene experiencia en llorar pérdidas, está acostumbrada a sufrirlas.

¿Por qué huyó de mí Mirjam? Si estaba dispuesta a correr para escapar de los nazis, ¿por qué no vino conmigo, la persona que acababa de decirle que pretendía ayudarla?

—No lo sé —reconozco—. En cualquier caso, yo era una desconocida que se acercó a ella en la noche... Le cogí la mano y le dije que me siguiera... Quizá se asustó. Todo era confuso. Estábamos todos aterrorizados.

—¿Crees que pensó que eras una infiltrada, que trabajabas para los soldados? ¿O que tal vez no acabó de entender en qué dirección le indicabas que corriera?

—No lo sé. No lo sé.

—Debí ir yo. —Su rostro trasluce aflicción—. A mí sí me conocía.

—Usted no podría haberla ayudado —afirmo con rotundidad—. Ninguna de las dos podía hacer nada.

No sé si lo que digo es cierto. ¿Tendría que haber mencionado a Mirjam el nombre de la señora Janssen? ¿Habría servido de algo? ¿Por qué no me siguió? Al final le ofrezco el único consuelo que tengo, aunque sea pequeño.

—Tenemos su cuerpo. Mis amigos han logrado recuperarlo. Está en la funeraria del señor Kreuk.

—¿Quién está con ella?

—En estos momentos, nadie. El señor Kreuk suele acudir a las ocho y media. En cuanto llegue, le pediré que se ocupe de ella. Le pediré que busque un lugar donde enterrarla.

—Lo pagaré —dice al instante.

—Lo pagaré yo. —Costearé el entierro con el dinero que ella me entregó para que buscara a Mirjam. Es lo único que puedo hacer. Debería ser suficiente para comprar una lápida. Una lápida sencilla, pero bonita.

—Tendrías que ir a la funeraria —me aconseja la señora Janssen.

—Me quedaré aquí para hacerle compañía.

—Debes ir, Hanneke. No quiero que esté sola.

Sin embargo, me dirijo primero a casa de la señora De Vries, donde ya están al corriente de lo ocurrido.

—Lo siento en el alma, Hanneke —me dice nada más abrir la puerta, con toda la compasión que imagino que es capaz de mostrar.

Debe de haberme visto entrar en el edificio, porque los *onderduikers* no se han escondido. Los Cohen están sentados en el sofá, cogidos de la mano. Mina sale corriendo de detrás de la señora De Vries y me abraza.

—Vimos a los prisioneros salir del Schouwburg anoche. —Sepulta la cara en mi cuello—. No vimos nada. Esperamos a que la trajeras, pero solo tuvimos la certeza de que el plan había fallado al cabo de unas horas, cuando Willem vino preguntando por ti.

Los niños ya se han despertado. Todavía en pijama, están detrás de su madre y nos observan atónitos a Mina y a mí, sin duda tratando de adivinar qué ocurre. La señora De Vries repara en su presencia y los manda al cuarto de juego, y los Cohen se levantan a ayudarla.

Mina y yo nos quedamos un buen rato en el recibidor, abrazadas. En el otro extremo del apartamento, los gemelos ríen. Cierro los ojos e intento ahogar ese sonido, que en estos momentos me parece inapropiado. Deseo meterme en la cama y quedarme en ella días y días. Deseo rendirme.

Incluso Mina llora. Mina, valiente y optimista, que quería resistir, hasta cuando se vio obligada a esconderse. ¿Y de qué le ha servido? ¿Qué podemos hacer nosotras contra la maquinaria monstruosa que dispara a adolescentes por la espalda cuando huyen asustadas?

Noto un golpecito suave en el hombro. Es la señora Cohen, que lleva en las manos una tela blanca doblada que parece un mantel. Se disculpa por la interrupción y me la tiende.

—Para tu amiga —dice—. No sé si sabes que las personas de nuestra religión suelen enterrarse con ropas funerarias tradicionales. Esto es solo un mantel; en estos tiempos nos resulta imposible seguir todas nuestras tradiciones. Pero he pensado que quizá querrías algo en lo que envolver a tu amiga. Solo si lo deseas. No pretendo dar nada por supuesto.

Acepto en silencio la tela de lino, que forma ondas entre mis dedos.

—También suele haber un guardián con el cuerpo, para que el difunto no tenga que quedarse solo. Nosotros no podemos asistir al entierro, claro está —prosigue la señora Cohen—, pero, si nos dices a qué hora tendrá lugar, mi marido y yo empezaremos a rezar una oración de duelo en ese momento.

—Gracias. —Casi rompo a llorar por este gesto de los Cohen. Apenas los conozco; ni siquiera estoy segura de qué les han contado acerca de lo que he hecho y de mis motivos—. Gracias —repito, pues no sé qué otra cosa decir.

28

El señor Kreuk no me pregunta nada sobre Mirjam ni por qué quiero hacerme cargo de su cuerpo, y se lo agradezco. Me parece que es un pago por todas las preguntas que no le he planteado en el tiempo que hace que nos conocemos. En el despacho se limita a darme unas palmaditas en el hombro, tras lo cual se remanga como hace siempre antes de ponerse a trabajar. Al cabo de unas horas me informa de que ya ha vestido el cuerpo; solo le faltan los calcetines y los zapatos.

Al salir del apartamento de la señora De Vries fui a casa a revisar mi ropa en busca de algo para Mirjam. Mamá había acompañado a papá al médico, a la visita que él tenía concertada. Escogí un vestido que me regalaron ellos por mi cumpleaños hace cierto tiempo. Aunque todavía me queda bien —lo que me ocurre con poquísimas prendas bonitas de las que tengo—, lo doblé para llevármelo y metí en una bolsa mis zapatos de charol preferidos.

—¿Puedo? —susurro al señor Kreuk—. ¿Puedo hacerlo yo?

Me mira estupefacto. Es la primera vez que le pido permiso para entrar en la sala donde están los cuerpos. Por lo general, los meten por la puerta de atrás y el señor Kreuk los lava, los viste y los deposita en el ataúd. Yo ni siquiera piso esa sala.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Para mí es importante. —Porque he fallado a Mirjam. Porque la encontré demasiado tarde. Porque su abrigo azul está hecho un desastre, manchado de sangre.

Me conduce al cuartito blanco. Llevo los zapatos, los calcetines y el mantel que me ha dado la señora Cohen. Tendría que haberle pedido que me

explicara qué debo hacer con él. ¿Hay que envolver a Mirjam en la tela o solo cubrirla con ella? ¿He hecho bien trayendo la ropa o había que envolverla en el sudario? ¿Acaso tiene importancia? La señora Janssen comentó que los Roodveldt no eran practicantes.

El señor Kreuk se queda unos pasos detrás de mí mientras contemplo el cuerpo de quien fue Mirjam tendido en la fría mesa. Solo he visto un difunto en dos ocasiones, a los once y a los doce años, en los respectivos funerales de mis abuelos, y en ambas ocasiones la iluminación era tenue y sonaba música. Ahora reina el silencio y solo está Mirjam. Es muy pequeña.

Aquí está, en persona, y es la primera vez que la veo. Tiene la cara en forma de corazón; el cabello moreno, con un pico de viuda en la frente; la barbilla un poco puntiaguda, con una mancha de nacimiento en la parte izquierda; las pestañas, espesas y largas. Nadie comentó al describírmela lo aterciopeladas que son sus pestañas. La nariz tiene la punta chata y es un poco corta para el rostro. Tampoco nadie mencionó eso. Por el cuello del vestido de satén, asoma el borde de la venda blanca que tapa el orificio de salida de la bala que acabó con su vida. Le pongo bien el cuello para que no se vea.

—Ha hecho usted... Ha hecho un buen trabajo. Gracias. Tiene casi el mismo aspecto... —Debería decir que tiene casi el mismo aspecto que cuando estaba viva, como suelen decirle al señor Kreuk quienes desean darle las gracias con el mejor cumplido. Pero yo no puedo decirlo porque en realidad no sé qué aspecto tenía en vida—. Se la ve serena.

—¿Puedo hacer algo más por ti? ¿O por tu amiga?

—Creo que no.

—Los preparativos del entierro... ¿Quieres una sepultura tradicional... o una especial?

Quizá sea una manera de preguntar si es preciso enterrarla en un cementerio judío. Sé lo difícil que resultaría eso.

—Tan solo un lugar bonito. No habrá funeral.

Titubea como si no acabara de decidirse a hablar y al final sale sin decir nada.

Aún no me atrevo a tocarla. Me vuelvo hacia la mesa donde está, muy bien doblado, su abrigo azul. El cuello y los botones de arriba están

manchados de sangre seca, y el resto de la tela tiene salpicaduras rojizas y marrones. El señor Kreuk ya ha examinado los bolsillos y ha dejado encima de la prenda los efectos personales de Mirjam: los documentos de identidad, con un orificio de bala y teñidos de rojo, y una carta, que debía de llevar en el bolsillo lateral, pues el papel blanco está impoluto.

Si pudiera retroceder en el tiempo y hacer lo posible por no conocer a T., no lo dudaría un instante. Fue una estupidez dejar que se interpusiera entre nosotras. Te resarciré cuando vuelva a verte.

Besos,

Margarita.

La última nota de Mirjam sobre su último drama. ¿Por qué la escribió? ¿Acaso a Amalia le molestaba que pasara demasiado tiempo con Tobias? ¿Acaso lo conocía y no lo veía con buenos ojos? Es increíble lo poco que importa todo eso ahora.

Tal como el señor Kreuk prometió, Mirjam está vestida; solo hay que calzarla. El vestido le llega a media pierna. Cojo un calcetín blanco y empiezo a pasarlo por los dedos y el talón. Tiene los pies muy fríos. Tiene los pies muy fríos y hace unas horas corrían por una calle empedrada. De repente noto que me resbalan lágrimas por la cara. Durante todo este tiempo he tratado de convencerme de que Bas no murió solo. Sin embargo, en realidad todos morimos solos.

Los zapatos que le he traído son los más bonitos que tengo: zapatos de fiesta para las fiestas a las que ya no voy, con lazos de satén delante. Tengo los pies un poco más grandes que Mirjam, de modo que no le quedan del todo bien, pero ella ya no lo notará. Cuando termino de calzarla, le cojo una mano y se la coloco encima de la otra, le aparto de la cara algunos cabellos sueltos y le bajo el dobladillo del vestido, que se le ha subido cuando le ponía con gran esfuerzo un calcetín. Se me saltan las lágrimas por las cosas más extrañas: al ver que tiene los labios agrietados, como nos ocurre a

todos en invierno; al mirarle las rodillas, blancas y perfectas, expuestas y vulnerables hasta que las cubro con la falda.

Le digo al señor Kreuk que debo irme a casa porque me encuentro mal. Adivina que miento, pero se limita a desear que me recupere pronto y añade que sería útil saber cuántas personas asistirán al entierro de Mirjam.

—Solo iré yo. Que sea lo antes posible.

Me informa de que ha conseguido una parcela en un cementerio y de que encargará que caven la tumba al día siguiente por la mañana. Me dice a qué hora debo ir al cementerio. No sé cómo ha encontrado una parcela tan rápido, a menos que pertenezca a alguien que ya no necesitará una sepultura.

Cuando me dispongo a salir del despacho, me coge la mano y pone algo en ella. Una tableta grande de chocolate belga, de marca; el mejor que he visto desde que empezó la guerra. El señor Kreuk podría venderla en el mercado negro por veinte veces su valor, y por eso sé que me aprecia. Regalar artículos del mercado negro es el mayor sacrificio que puede hacer un contrabandista.

Me dirijo a casa. Tendría que haber cogido mi bicicleta cuando fui al apartamento de la señora De Vries. Esta mañana he ido a todos los sitios a pie, he caminado muchos kilómetros, y en cierto modo apenas lo he notado. El frío se filtra a través del abrigo, y el granito del pavimento me castiga los pies; me parecen penalidades gratas, mucho más llevaderas que el dolor hueco que siento en el corazón. Cuando por fin llego a casa, tras una penosa caminata de cuarenta minutos, mi bicicleta se encuentra delante del edificio y Ollie, con voz cansada, mantiene una conversación tensa y banal con mis padres.

—Iba a dejar la bicicleta sin más —explica—, pero tu madre me vio por la ventana. Ahora mismo le estaba contando que me la prestaste para que fuera al hospital con mis padres. Pia te agradece en el alma que te quedaras a hacerle compañía.

—Fue un placer volver a verla. Y me alegro de que lo de tu madre fuera una falsa alarma.

Me resulta extraño pasar por todo esto sin que mamá y papá se enteren nunca de lo ocurrido. Las mentiras que les he contado, respecto adónde iba

y quién estaba enfermo y a qué hospital habían llevado a la madre de Ollie, me parecen ahora absurdas. Me siento al lado de Ollie y mamá nos sirve el almuerzo. Él me coge la mano por debajo de la mesa. Es un gesto cálido y confortante; se la aprieto y me devuelve el apretón.

—El señor Kreuk ha organizado el entierro —le susurro mientras mamá está atareada en la cocina y papá lee en la sala de estar—. Gracias por recogerme la bicicleta.

—¿Cuándo es el entierro? Iré.

Le digo que no tiene por qué asistir, que ni siquiera conoció a Mirjam. Es un comentario estúpido, puesto que yo tampoco llegué a conocerla, aunque tengo la impresión de que la conocí de formas que no vale la pena explicar ahora. Él insiste en acudir al entierro y quedamos en vernos en el cementerio al día siguiente por la mañana.

Al final Ollie y Willem asisten al sepelio, al igual que la señora Janssen. Es la primera vez que la veo fuera de su casa. Camina con dificultad apoyada en el bastón, y Christoffel, que ha venido con ella en un taxi, le ofrece el brazo al verla andar muy despacito por el césped irregular y las piedras.

El señor Kreuk ha encontrado para Mirjam un ataúd de pino sencillo y lo ha traído en un coche fúnebre. Es la opción más básica que vendemos, pero aun así cuesta mi salario de una semana.

Permanecemos alrededor de la tumba vacía mientras el féretro descende. No tenemos un pastor ni un rabino. Estamos tan solo nosotros seis y dos sepultureros, que aguardan apartados bajo unos árboles, a unos pocos metros, con las manos apoyadas en sus respectivas palas.

La señora Janssen reza una oración para sí, y me parece que también Willem mueve los labios. Ollie y yo no decimos nada. Seguimos junto a la tumba mirando el ataúd, y tras diez minutos de silencio respetuoso, los sepultureros se acercan y empiezan a echar tierra en la fosa.

Concluido el entierro, el señor Kreuk se marcha en el coche fúnebre después de decirme que me tome unos días de permiso, que no vuelva al trabajo hasta que me haya recuperado. A continuación se va la señora Janssen, que se apoya en Christoffel al inclinarse para entrar en el taxi. Me pide que vaya pronto a visitarla y prometo que así lo haré, pese a que ahora mismo me cuesta imaginarlo.

Junto a las puertas del cementerio, Ollie y Willem se quedan mirándome.

—¿Te acompañamos a casa? —pregunta Willem—. No tenemos clase esta tarde.

—No me apetece ir a casa. —Por lo que a mis padres se refiere, hoy es un día normal y corriente. Me resulta insoportable la idea de inventar una excusa para explicar por qué llego tan temprano y estar con ellos ocultando mi duelo. Debería ir a trabajar, pero tampoco eso me apetece. Con un difunto he tenido suficiente por hoy—. ¿No podríamos hacer algo?

—¿Qué se te ocurre? —pregunta Ollie.

—Nada. Cualquier cosa menos ir a casa o quedarnos aquí. Algo normal.

Mira a Willem sin saber qué decir. Ninguno de nosotros se acuerda ya de cómo es una tarde normal; una tarde en la que no tengamos que sacar niños del Hollandsche Schouwburg, tratar de encontrar escondrijos para los *onderduikers* o traficar en el mercado negro. Si no hubiera guerra y fuéramos unos jóvenes normales, ¿qué haríamos hoy?

—¿Y si...? —Willem se muerde el labio—. ¿Y si diéramos una vuelta en bicicleta?

—¿Una vuelta en bicicleta? —repite Ollie, y tuerce la boca. Es uno de los días más fríos de este invierno. Por otro lado, utilizamos la bicicleta a todas horas, como medio de transporte, y desde luego el tiempo no es ideal para una excursión de placer—. Perdón —se disculpa conmigo—. No quería reírme.

Sin embargo, me atrae la propuesta, por la misma razón por la que ayer me apetecía caminar con el frío. Es una actividad no muy grata que implica cierta pesadez. No será una excursión alegre. El ejercicio me aturdirá los sentidos, lo que me satisface.

—Sí. —Willem empieza a animarse—. Iremos a Ransdorp. Daremos una vuelta por el campo. Haremos un pícnic.

Ahora dice insensateces a propósito. Ransdorp es un pueblo situado al otro lado del río, con granjas y anchas calles de grava donde hay unas pocas tiendas. La idea de ir a un pintoresco lugar turístico resulta especialmente absurda.

Aun así, decidimos hacerlo. Cruzaremos el río en el *ferry* hasta el sitio donde me topé con Christoffel hace unos días, cuando le di la carta. Por el camino paramos a comprar pan; Willem y Ollie se meten las barras en los bolsillos del abrigo, que son hondos, y yo me remango la falda para que el bajo no se enganche en los radios de la bicicleta.

Hace frío, tanto como cabía esperar, pero gracias al sol resulta soportable, y tras desembarcar entramos enseguida en calor pedaleando. Debemos de tener un aspecto insólito: Ollie y Willem con traje negro y yo con el único vestido negro que tengo, en fila india por una carretera, cerca de un arroyo. El esfuerzo me provoca una punzada en el costado. Me satisface, de modo que pedaleo más deprisa, hasta que adelanto a los chicos y los dejo muy atrás.

—¿De qué huyes? —me pregunta Willem a gritos.

Su tono es alegre, pero no me parece una pregunta graciosa. Huyo de los últimos días. De la imagen de Mirjam en el puente, del estampido de un arma en el silencio de la noche y de la fragilidad y resignación que reflejaba

el rostro de la señora Janssen cuando salió a la puerta. Las ruedas pulverizan la grava.

—¡No corras! —grita Ollie a mi espalda. Añade algo más, pero no le oigo.

—¿Qué?

—¡No corras! ¡Hay...!

Mi bicicleta resbala en una fina capa de hielo, las ruedas giran descontroladas. Aprieto los frenos, pero no hay tracción. No puedo detenerla. Avanza a toda velocidad en dirección a la cuneta y salgo disparada hacia el suelo helado. La tierra me rasguña las manos cuando las apoyo para amortiguar la caída. Me duelen, pero me he hecho aún más daño en la rodilla izquierda. Me la he golpeado en el manillar al salir despedida y luego ha aterrizado sobre algo afilado y lacerante.

—¡Hanneke! —grita Ollie.

Me he quedado sin aliento. Tengo arcadas e intento inspirar el aire suficiente para contestar.

—Estoy bien. Estoy bien —logro decir, y alzo la mano, manchada de tierra, para indicarle que puedo cuidar de mí misma.

Me pongo a gatas lentamente, pero me resulta imposible enderezarme, por lo que al final permito que Ollie me ayude a sentarme sobre la hierba helada. Indecisa, me remango la falda. La rodilla izquierda es una masa sanguinolenta: tengo una piedra grande clavada en el centro y partículas de grava alrededor.

Willem se agacha para mirar la herida.

—Tenemos que limpiarla bien —dice—. No sé si es muy grave.

Corre al arroyo a mojar el pañuelo, que escurre sobre mi rodilla, donde se forman riachuelos que se llevan la suciedad. Los tres examinamos la herida. Aunque la piedra no está clavada tan hondo como temía, un chorro de sangre me corre hasta el tobillo cuando Willem la arranca.

—¿Te ha dolido? —pregunta.

—Sí —contesto, y a continuación, aunque esté fuera de lugar, me echo a reír, pues después de todo lo ocurrido me parece vulgar tener una rodilla magullada por un accidente de bicicleta y que sea eso lo que me duela.

Me mira extrañado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondo, y ahogo otra risita.

—Apriétalo —me ordena tendiéndome el pañuelo—. No parece profunda. Excepto la herida de la piedra, el resto son rasguños. Es probable que te quede una pequeña cicatriz. ¿Crees que podrás pedalear si te ato el pañuelo a la pierna?

Una vez vendada, acepto las manos que me tienden los dos para ponerme en pie y observo cómo Ollie lleva mi bicicleta a la carretera. Se sube a ella y da unas vueltas para cerciorarse de que todo funciona como es debido. Me miro la rodilla, ahora vendada con pericia. Al doblarla siento punzadas hasta el tobillo, pero es un dolor soportable.

—¿Estás segura de que todo va bien?

—Sí. —Sin embargo, en cuanto monto en la bicicleta me doy cuenta de que no estoy segura. No se trata de que tenga dolor. Es algo que me desazona y que no sé precisar.

—No tenemos prisa —dice Ollie—. Si quieres, Willem o yo nos adelantaremos a ver si encontramos a alguien con coche que pueda llevarte.

¿Qué es lo que me desazona? Pedalear despacio, sintiendo cómo se alternan un dolor sordo y un dolor agudo según qué rodilla doblo. ¿Qué me desazona? Me ronda la mente.

—O uno de los dos puede llevarte detrás y más tarde volvemos a buscar tu bici —propone Willem.

—Puedo pedalear.

«Mi rodilla. Mi rodilla recién magullada, en la que pronto tendré una cicatriz».

Las rodillas de Mirjam. Las blancas piernas que contemplé cuando le puse los calcetines y los zapatos.

—¿Hanneke? —dice Willem—. Te preguntaba si prefieres ir delante o detrás. ¿Hanneke?

Judith se acordaba de cuándo le compraron aquel bonito abrigo azul a Mirjam. No fue un simple regalo; se lo compraron porque se había roto el viejo de tal modo que no podía remendarse, en una caída en que se hizo una herida en la rodilla que le dejó una cicatriz de por vida.

Las rodillas del cuerpo tendido en el sótano del señor Kreuk no presentaban cicatrices; eran lisas, blancas y huesudas.

Ollie va delante de mí, zigzagueando y volviendo la cabeza para asegurarse de que no me caigo otra vez.

—Ollie, ¿tienes pensado ponerte hoy en contacto con Judith para ver cómo está?

Reduce la velocidad hasta detenerse.

—¿Por qué?

—Si hablas con ella, ¿te importaría preguntarle por la mancha de nacimiento que Mirjam tenía en la barbilla? Pregúntale... No, nada más. Pregúntale solo por la mancha de nacimiento.

Ollie y Willem se miran.

—Hanneke, quizá deberías quedarte aquí con William mientras me adelanto a buscar un médico.

Niego con la cabeza. Hay algo que falla, aunque no es lo que Ollie piensa.

—Tengo que volver ahora mismo. Si hablas con ella, ponte en contacto conmigo. Estaré... —Reflexiono para decidir dónde estaré, desde qué lugar podría hablar sin peligro con él. En casa de mis padres no. Y tampoco en la de la señora Janssen—. Llámame al apartamento de la señora De Vries.

—¿De qué hablas, Hanneke? Basta ya.

Me duelen las piernas, pero las obligo a pedalear con más fuerza, hasta que dejo atrás a Ollie y regreso por la carretera de grava hacia el muelle del *ferry*. Él y Willem se han bajado de la bicicleta e intentan decidir si me siguen. No puedo perder el tiempo dándoles explicaciones.

Sé lo que he visto. Sé lo que vi ayer al calzar a Mirjam. Sé que la piel de sus rodillas era lisa.

Cada vez me cuesta más respirar, pero dudo que se deba a lo rápido que voy, al aire frío o a la caída.

Ya diviso el *ferry*. Los pasajeros van bajando. Me escuece la rodilla, pero en estos momentos no puedo pensar en el dolor. Ahora, en este mundo que se desmorona ante mis ojos, debo concentrarme en una sola cosa: el cuerpo al que ayer puse los calcetines y los zapatos. El cuerpo junto al que

lloré. Solo puedo pensar en él de este modo: el cuerpo. Porque la persona a quien calcé, quienquiera que fuera, no era Mirjam Roodveldt.

30

¿Cómo es posible que la chica que yacía en la mesa no fuera Mirjam Roodveldt?

¿Salió del Schouwburg otra chica con un abrigo azul a la que no vi? ¿La chica a la que intenté ayudar a escapar no era quien yo pensaba?

Cuando llego a casa de la señora De Vries, me he planteado todas las preguntas posibles, que dan vueltas y vueltas en mi mente. La señora De Vries no abre, pero sé que Mina está dentro. Tras llamar tres veces, digo junto a la puerta, en voz muy baja, que soy yo y que vengo sola.

—¿Qué pasa? —pregunta Mina al abrirla solo lo justo para permitirme pasar—. Sabes que no debo abrir a nadie... Podría verme un vecino.

—¿Dónde está la señora De Vries?

—En casa de su madre, con los niños.

—¿Y los Cohen?

—En la habitación de invitados, echando una cabezada. ¿Qué pasa?

Cojo del brazo a Mina para conducirla al estudio del señor De Vries, donde estuvimos juntas hace unas noches, y procuro no levantar la voz.

—Tengo que ver las diapositivas. Las de la semana pasada. Por favor, no vuelvas a preguntarme qué pasa —le pido previendo qué va a decir al advertir que abre la boca.

—¿Qué...?

—Las del Hollandsche Schouwburg. ¿El amigo de la señora De Vries ha traído el proyector?

—Sí —responde con aire vacilante—. Lo traje ayer mismo. Aún no lo hemos instalado.

—Lo haremos ahora.

Está dentro de un maletín, al lado del escritorio del señor De Vries. Mientras apago la luz y cierro la puerta, Mina saca el artilugio negro, que parece pesar mucho, y lo deposita sobre el escritorio con la lente de proyección de cara a una pared desnuda. Cuando lo enchufa y aprieta un botón rojo, aparece un cuadrado de luz blanca.

—¿Quieres ver la diapositiva en la que aparece Mirjam? —me pregunta.

Asiento con un gesto y ella examina las diapositivas hasta encontrar la que busca y la coloca en el soporte. El cuadrado de luz blanca desaparece.

En la pequeña filmina, incluso con la lupa, Mirjam era poco más que una mancha azul cielo en la parte inferior. Ahora, en la pared del apartamento de la señora De Vries, tiene varios centímetros de altura. La veo con mayor claridad, pero cuesta distinguir los detalles. Lleva un abrigo azul y está de perfil, a punto de desaparecer en la esquina del encuadre.

—Mina... —Señalo a la chica de la esquina inferior—. ¿Esta es Mirjam? —Me muestro contenida, casi imperturbable. No quiero que mi tono influya en su respuesta.

Ella la mira un instante antes de volverse hacia mí.

—¿A qué viene esto? Claro que es Mirjam. Tú misma dijiste...

—Olvida lo que dije. Quiero que mires la diapositiva y me digas si es la chica que iba al instituto contigo. Mírala bien.

Mina vuelve a mirarla. Acodada en el escritorio, examina la imagen. El proyector emite un cálido zumbido muy bajito. Intento mantenerme lo más quieta posible.

—¿Y bien? —pregunto al sentir que no puedo esperar más.

—Francamente, no estoy segura. Ese es su abrigo. O por lo menos es idéntico al que Mirjam llevaba al instituto. Pero la foto está tomada de lejos, y tiene la cabeza medio vuelta. Además, la imagen es demasiado borrosa. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Mina, mírala mejor. ¿Esa chica es Mirjam o no lo es?

—No lo sé, Hanneke. —Su voz empieza a traslucir irritación—. Si me enseñaran la diapositiva y me dijeran: «¿Ves en ella a algún excompañero de clase?», no sé si señalaría a alguien. Pero si me dijeran: «Señala a Mirjam Roodveldt en esta imagen», señalaría a la chica del abrigo azul. ¿Puedes explicarme ahora a qué viene esto?

—No lo sé. Algo no encaja, pero todavía no sé de qué se trata. ¿Habría alguna forma de conseguir que no se viera tan borrosa? ¿Quizá acercando el proyector a la pared o algo así?

Examino la imagen de izquierda a derecha como si leyera un libro. Veo a los soldados. Veo gente asustada. Hay una figura borrosa a la izquierda; es una trabajadora de la guardería. En la esquina inferior derecha está la chica que se parece a Mirjam.

El timbre del teléfono desgarró el aire. Me sobresalto. Quizá sea Ollie. Le dije que me buscara aquí.

—¿Vas a contestar? —pregunto a Mina.

—No puedo. En principio no estoy aquí, ¿o es que no te acuerdas?

Salgo como una flecha hacia el supletorio del recibidor y consigo descolgar al cuarto timbrado. En efecto, es Ollie, que me llama desde algún lugar donde hay barullo.

—Hanneke, acabo de hablar con nuestra amiga del campo. —Muestra una actitud formal y una contención desacostumbrada—. Respecto a aquella conocida que intentamos recordar... Pues bien, no tenía una mancha de nacimiento en la barbilla.

Procuro que mi voz sea tan firme como la suya.

—Qué interesante. Quizá pensamos en personas distintas. ¿Está segura?

—Del todo. Al parecer la chica tenía un pequeño lunar en el cuello y una cicatriz en la rodilla, pero no tenía ningún antojo. —A continuación, una pausa larga—. ¿Quieres que me pase esta noche y cene contigo? —pregunta, aunque en realidad es una manera de decir: «¿Qué sucede?».

—Gracias por el ofrecimiento. —Me esfuerzo en mantener la misma contención que muestra él—. Pero no. No tardaré en ponerte en contacto contigo.

Cuelgo apretando el botón de la base y acto seguido llamo a la señora Janssen. El dedo me tiembla cuando marco los números del disco. El teléfono da la señal de llamada.

¿Qué estoy haciendo? Una chica murió. La hemos enterrado esta mañana. Da igual quién fuera; ha sido triste, terrible, irrevocable. Quizá debería dejarlo así. Seguramente la señora Janssen ya ha sufrido bastante.

Contesta al cuarto timbrazo, adormilada, como si la hubiera despertado. Me deshago en disculpas por llamarla y le digo que quiero formularle unas preguntas que sé que le resultarán extrañas.

—¿Hanneke? ¿Eres tú?

—He hecho una apuesta con unos amigos respecto a la señorita R., a la que usted también conocía —digo, y aguardo un segundo para cerciorarme de que me entiende—. La apuesta es sobre si tenía una mancha de nacimiento en la barbilla. ¿Usted se acuerda?

—¿Por qué me lo preguntas?

Cierro los ojos.

—Conteste, por favor. ¿La tenía?

—No me acuerdo. No... No estoy segura. Sí... ¿Te importaría explicarme qué está pasando?

—Iré a verla más tarde —le prometo antes de colgar—. No sé cuándo, pero iré.

Mirjam Roodveldt no tenía una mancha de nacimiento, pero sí una cicatriz en la rodilla. La chica tendida en la mesa del señor Kreuk tenía una mancha de nacimiento, no hay duda, pero no tenía ninguna cicatriz. Puede que la chica que se escondía en la despensa de la señora Janssen tuviera una mancha de nacimiento o puede que no; la anciana no recuerda haberla visto, pero reconoce que es posible que esté equivocada. La muchacha ya está enterrada y es demasiado tarde para que las personas que podrían identificarla me confirmen su identidad.

¿Acaso tenía razón el día que le dije a Ollie que era imposible que Mirjam estuviera en el teatro? ¿Todavía tengo la posibilidad de salvarla?

Cuando vuelvo al estudio, Mina sigue sentada donde la dejé. No me pregunta quién ha telefoneado. Es evidente que ya no espera respuestas. La diapositiva continúa proyectada en la pared. Todo tiene el mismo aspecto que hace cinco minutos. Nada tiene sentido. Veo a los soldados. Veo la gente asustada. Los abrigos marrones. Los sombreros color lavanda.

Al contemplarla por tercera vez lo veo. De pronto me parece tan llamativo que me cuesta creer que no me haya fijado hasta ahora.

—Hay algo raro en esta imagen —susurro.

—¿A qué te refieres? El color quizá se vea raro, desvaído; revelaron muy rápido la película.

—No se trata de eso. —Me aparto para que Mina vea a qué me refiero—. Mira con atención. Con mucha atención. Dime si hay algo que te resulte llamativo en la cara de la chica.

Arruga la frente.

—Ya te lo he dicho: está borrosa y cuesta verle la cara. Aun así, me parece que está asustada. Como cabría esperar.

—No se trata de la expresión. Es la dirección de la mirada. —Con la punta del dedo trazo líneas en el aire a modo de explicación—. El soldado está aquí, a la izquierda. ¿Lo ves? Está dando órdenes a los prisioneros. Y su compañero se encuentra justo enfrente.

—¿Y?

—Todos los demás están asustados de los soldados. ¿Ves hacia dónde señala el soldado? ¿Ves que todos los demás miran en esa dirección? Supongo que les está indicando por dónde tienen que entrar en el teatro.

Por la cara de Mina deduzco que empieza a comprender.

—Y Mirjam, ¿qué mira?

Mirjam tiene el rostro vuelto en otra dirección. No presta la menor atención a los soldados. Lo que quiera que esté mirando se halla lejos, fuera del encuadre. Es posible que sea pura casualidad, que hubiera estado mirando a los soldados y que un ruido la hubiera distraído. Es la posibilidad más lógica, lo sé. Aun así, no logro desprenderme de un presentimiento.

«Doble de Mirjam, seas quien seas, ¿es posible que los nazis no fueran los únicos a los que tenías miedo?».»

31

La señora Janssen no abre cuando llamo a la puerta. Pruebo de nuevo, esta vez golpeo más fuerte, pero procurando no llamar demasiado la atención.

—¿Hola? Señora Janssen, soy yo, Hanneke —digo en voz baja.

—Ha salido —grita una mujer de mediana edad plantada delante del portal de enfrente. Es la señora Veenstra, la vecina cuyo hijo tuvo un percance en el campo el día en que Mirjam desapareció. O la no Mirjam.

—La señora Janssen no sale nunca sola.

—Ya lo sé. Se fue hace unos diez minutos. Me ofrecí a traerle lo que necesitara y me dijo que debía ir ella misma.

—¿Le explicó adónde iba?

—No, pero parecía disgustada. Me imagino que habrá recibido malas noticias sobre uno de sus hijos. ¿Quieres esperar en mi casa hasta que la señora Janssen regrese?

—Esperaré... —Me dispongo a decir que esperaré en los escalones de la entrada, cuando me doy cuenta de que no he comprobado si la puerta está cerrada con llave. Giro el pomo con disimulo y la abro. En la casa de al lado Fritzi empieza a ladrar—. Esperaré dentro. De todas formas, la señora Janssen contaba con que viniera.

La señora Veenstra parece dudar.

—Quería venir a verla hoy sin falta —parloteo con desenfado mientras intento inventar un pretexto que la convenza de que no tiene nada de raro que entre en la casa—. Verá, hoy cumpliría años Jan. Seguramente por eso está disgustada. Apuesto a que ha ido a la iglesia. —Ignoro cuándo era el cumpleaños de Jan, y supongo que la señora Veenstra lo ha olvidado igual que yo. Espero que no se dé cuenta de lo incómoda que me siento. Hace una semana, en esta misma casa, recordé cómo debía comportarme en una visita

social. Ahora estoy recordando cómo contar mentiras y dar pretextos—. ¿Quiere que le transmita sus sentimientos? —le pregunto.

Al fin entra en su casa y me deja sola. En la de la señora Janssen reina el silencio. Se oye el tictac de un reloj. Sobre la mesa de la cocina hay una taza de sucedáneo de té a medio beber, junto a una rebanada de pan a medio comer. Son los únicos indicios de actividad humana. Recorro a toda prisa el resto de la vivienda para asegurarme: los solitarios dormitorios de los hijos de la señora Janssen; el de ella, que huele a perfume de rosas y a algo rancio; el despacho del señor Janssen, que nadie usa desde su muerte. La anciana no está en ninguna parte.

Siento un dolor punzante en la rodilla. Todavía tengo atado el pañuelo de Willem, y veo que unas gotas rojas han traspasado la blanca tela de algodón. Lo lavo en el fregadero y vuelvo a ponérmelo en la pierna. Me pregunto si la señora Janssen tendrá aspirina en polvo y dónde debe de guardarla. Mamá guarda las medicinas en la despensa, de modo que ahí me dirijo. La puerta está entornada, y la aldabilla secreta, abierta, por lo que el escondrijo queda a la vista tras los botes de rábanos en vinagre y otros encurtidos. Dentro, el edredón de la *opklapbed* está arrugado y un tanto hundido en el centro. La señora Janssen debió de venir aquí anoche.

Por más que me dedique a buscar aspirina en polvo o a otras tareas insignificantes, no lograré distraerme.

La cronología de los hechos no revela nada, por muchas vueltas que le dé. Hace un mes se presentó en esta casa una chica que puede que fuera o puede que no fuera Mirjam Roodveldt. Hace una semana esa misma chica desapareció y la señora Janssen me contrató para que la buscara. Hace unos días apresaron a una chica en una razia y la llevaron al Hollandsche Schouwburg. Más tarde intenté ayudarla a escapar. La mataron a tiros. ¿Esa chica era la misma que llamó a la puerta de la señora Janssen? ¿O era otra chica, una que había conseguido la ropa y los documentos de Mirjam en el curso de los cinco días en que esta estuvo en paradero desconocido?

En cualquier caso, ¿qué importancia tiene todo eso? Ha muerto una muchacha.

—¿Hola? —A través de varias paredes me llegan una voz y el chirrido de la puerta principal al abrirse—. Hola, señora Janssen.

Salgo como una flecha de la despensa y cierro la puerta a mi espalda. En la sala de estar encuentro a una mujer joven y rubia a la que no conozco. Viste como una dependienta.

—¿Puedo ayudarla?

—¡Oh! —Se lleva la mano al pecho con un gesto teatral—. ¿Dónde está la señora Janssen?

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —He decidido que la mejor forma de no responder a su pregunta es formularle a mi vez preguntas descorteses.

—Soy Tessa Koster. Trabajo..., trabajaba para el señor Janssen en la tienda de muebles. La puerta estaba entreabierta. ¿Es usted... la señorita de compañía de la señora Janssen?

—Sí. La señora Janssen no está. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, no. He venido para darle unas cosas, pero ya volveré más tarde, cuando esté en casa.

Tessa Koster sonrío hecha un manojo de nervios, y cuando se dirige hacia la puerta, ato cabos. La empleada de la tienda de muebles. La que partió de luna de miel al día siguiente de la razia.

—Fotografías —digo—. Le trae las fotografías que estaban en la trastienda del señor Janssen.

Le asusta que esté enterada. Por lo que ella sabe, yo podría ser una espía enviada para atraparla.

—¿Volverá pronto la señora Janssen? Tengo que hablar con ella.

Meneo la cabeza con toda la compasión que soy capaz de mostrar, pues deseo que me entregue las fotografías.

—No sé cuándo volverá. Supongo que podría usted regresar mañana. Claro que hay que ser valiente para ir por ahí con esas fotografías encima. Por lo que me han contado, diría que eran más o menos... —Bajo la voz para añadir—: ilícitas.

—No me..., no me pasará nada.

—¿Llegó usted a conocer a la familia que estaba escondida? —pregunto, para que se dé cuenta de que sé más de lo que ella supone—. ¿A la hija, a Mirjam?

—No. ¿Estaba usted enterada? —Vuelve la cabeza para echar un vistazo a la puerta.

—¿Seguro que no los vio? Estuvieron varios meses allí. Debió de olerse algo.

La señora Koster baja la vista y la clava en su flamante anillo de bodas, y de pronto me asalta una desagradable sospecha.

—Señora Koster, ¿fue usted quien informó a la policía de que el señor Janssen tenía a varias personas escondidas en la trastienda? ¿Le denunció a los nazis?

—Escuche. —Rehúye mi mirada—. No me parece bien lo que hacía el señor Janssen, pero yo no lo delaté. Ni siquiera llegué a enterarme. Fui a trabajar un día y vi que había habido un asalto. Encontré las fotografías en la trastienda, manchadas de sangre, de modo que me las llevé a casa para limpiarlas y más tarde la señora Janssen me escribió una carta diciendo que las quería. Esta es la única participación que quiero tener en este asunto. ¿Se las dejo a usted? Así no tendré que volver.

Unos cuantos bucles rubios le caen sobre la cara mientras hurga en el bolso, hasta que al fin saca un papel doblado con algo dentro.

—Aquí están. Tenga.

Finjo reflexionar.

—¿Está segura? ¿No prefiere esperar?

Me pone el paquete en la mano.

—Tome.

Apenas la veo salir por la puerta me llevo las fotografías a la cocina. No me apuro. Actúo con infinita meticulosidad. Con infinita paciencia me siento a la mesa y dejo el papel doblado delante de mí. Me muevo con una emoción que tardo un poco en identificar: miedo.

La señora Koster ha limpiado la mayor parte de la sangre; solo quedan unos restos, de modo que las esquinas de las fotografías se pegan entre sí. Las coloco una por una delante de mí, una hilera de imágenes pegajosas a lo largo de la mesa, la historia de una familia, su vida y su muerte.

Estos son los señores Roodveldt, supongo, con un bebé vestido de blanco en los brazos, detrás de una mesa con un pastel. Un cumpleaños. Una fotografía de unos años antes: el retrato de bodas de la señora Roodveldt, con la mirada baja, un velo de encaje sobre el cabello y un ramillete de lilas en las manos.

Las fotografías avanzan y retroceden de un año a otro y la familia desfila por la mesa de la cocina, ajena al paso del tiempo y sonriente en sus momentos de mayor felicidad. Fiestas. Vacaciones. Un apartamento nuevo, un bebé, distinto del anterior.

Y esta es de dos adolescentes abrazadas. La de la izquierda tiene el pelo moreno y rizado, una mancha de nacimiento en la barbilla, pestañas pobladas y los ojos —que en realidad yo solo he visto cerrados, sobre la mesa del señor Kreuk— grandes y expresivos.

La chica de la derecha es un poco más alta, también tiene el pelo oscuro y está riendo. Lleva una corona de papel. Nunca he visto en persona a esta muchacha.

Con manos temblorosas doy la vuelta a la fotografía: «Amalia y Mirjam en el 14 cumpleaños de Mirjam».

[paréntesis 6]

Hay muchos recuerdos que desearía olvidar. Los desagradables. Las heridas feas bajo las cicatrices de la piel, las cosas que me gustaría que desaparecieran con solo dejar de prestarles atención.

La última vez que vi a Elsbeth, antes de que me colara en su casa. Ocurrió unos meses después de aquel día en que le dije en mi dormitorio que deseaba que hubiera muerto Rolf en lugar de Bas.

Volvió a mi casa. Trajo dos invitaciones de boda: una para mis padres y otra para mí. Aceptó cohibida el té que le ofreció mamá y respondió a las preguntas acerca del vestido de novia y las flores que adornarían la iglesia. Cuando mi madre nos dejó a solas para que «nos pusiéramos al día», Elsbeth se volvió hacia mí.

—Mi madre me ha aconsejado que te invite. Dice que las bodas sirven para tender puentes. Pero supongo que no querrás ir.

No supe descifrar la emoción que reflejaban sus ojos: ¿esperanza?, ¿ira? ¿Deseaba que acudiera a la boda o pretendía dejar claro que quería que mi respuesta fuera negativa?

—No —dije—. Creo que no iré.

—Muy bien, pues. Supongo que esto es una despedida.

Fue todo muy digno. Por eso resultó tan triste. Poner punto final a una amistad de doce años de esa forma, sentada en mi cocina con una invitación de boda en la mano. Fue casi imperdonable, y durante el último año me he preguntado si fue más o menos imperdonable que el hecho de que se casara con quien se casó, y cuál de las dos debería disculparse con la otra.

A fin de cuentas, hay muchas formas de matar. Los alemanes mataron a Bas con bombas de mortero. Elsbeth y yo matamos

nuestra amistad con palabras.

Se me cae el alma a los pies.

«Amalia».

Amalia fue la chica que Ollie llevó a la funeraria del señor Kreuk en el silencio de la noche. La que yace en la tumba. La chica a quien he estado buscando durante todo este tiempo. La fotografía de la fiesta de cumpleaños está pegajosa; sin darme cuenta he dejado las huellas digitales en ella al tocar el rostro de estas muchachas muertas o desaparecidas.

Oigo abrirse la puerta principal con el silbido del aire que entra. ¿La señora Janssen? Pero no oigo los suaves golpecitos del bastón. Debe de ser Tessa Koster, que ha vuelto.

—Estoy aquí — grito con voz ronca.

—¿Señora Janssen? —pregunta una voz desconcertada—. Soy Christoffel.

—Ah, Christoffel, soy Hanneke.

En un acto reflejo recojo las fotografías de la mesa y las meto en el papel doblado en que han llegado a mis manos. Acabo de esconderlas bajo la bandeja del té cuando Christoffel entra en la cocina. Todavía lleva la ropa formal que se puso para acompañar a la señora Janssen al entierro hace unas horas.

—¿Dónde está la señora Janssen? —Se enjuga con la manga el sudor de la frente—. Pasé por aquí hace un rato y me dijo que necesitaba que la llevara a un sitio. Yo le dije que tenía que hacer un recado y que volvería enseguida.

—La señora Janssen... —Me interrumpo. Me cuesta terminar las frases. ¿Estuvo Amalia encarcelada en el Hollandsche Schouwburg? Amalia, la mejor amiga de Mirjam. Amalia, que se suponía que estaba en Kijkduin.

Me doy cuenta vagamente de que Christoffel espera a que termine la frase —. La señora Janssen ya se había marchado cuando llegué. ¿Te dijo adónde quería que la llevaras?

Frunce las cejas.

—Dijo que quería verte. Pero estás aquí. Daba la impresión de que se trataba de algo urgente; se disgustó cuando le dije no podía acompañarla de inmediato.

—Bien. Bien. Supongo que nos hicimos un pequeño lío sobre quién iba a ver a quién.

Maldita sea. Debí decirle por teléfono que no se moviera de casa, pasara lo que pasase. De todos modos, no entiendo cómo se le ocurrió ir a verme; no sabe dónde vivo. Creo que ni siquiera conoce mi apellido. Si no estuviera Christoffel, recorrería las habitaciones a ver si ha dejado una nota con alguna explicación.

—Parecía muy preocupada —me dice—. Me quedaré aquí hasta que vuelva.

—Seguro que tienes cosas mejores que hacer, Christoffel. ¿Y si te pago por los inconvenientes y sigues con tus asuntos?

Sin embargo, con una rectitud irritante, toma asiento en la otra silla de la mesa y comienza a toquetear una taza de té. Pasan los minutos. ¿Qué hará la señora Janssen al ver que no puede localizarme? ¿Cometerá alguna imprudencia? ¿Intentará dar con el señor Kreuk? ¿O con Ollie? ¿Qué le he contado de él y de la resistencia?

—¿De verdad crees que está bien que me vaya? Tengo que ir a un sitio —reconoce Christoffel al fin.

—Claro que debes irte. Le diré a la señora Janssen que has venido. — Me parece que hasta el chirrido de mi silla transmite impaciencia cuando le indico que se levante.

—¿He dejado aquí el sombrero? —pregunta mirando alrededor.

—No te dejas nada. No lo traías cuando has entrado.

Cuando nos disponemos a salir de la cocina, se oye un chirrido en la despensa, un ruido quejumbroso por falta de aceite. *Verdorie*. Recuerdo que la cerré al entrar Tessa Koster, pero creo que no eché el gancho de la estantería, que debe de moverse detrás de la puerta cerrada.

—En las casas viejas siempre se oyen los ruidos más raros —digo.

Hemos llegado a la puerta principal. Solo tengo que apremiarle a que se marche y luego averiguaré dónde se ha metido la señora Janssen. Empezaré con el señor Kreuk. Fue quien nos presentó. Organizó las honras fúnebres por su marido.

—Traeré aceite la próxima vez que venga —apunta cuando le abro la puerta—. Esa estantería chirría siempre que no está echado el gancho.

Y...

Ni siquiera se da cuenta de lo que ha dicho. No se da cuenta en absoluto. Para él ha sido una mera observación. Una ristra de palabras, un comentario de persona servicial. Hace un amago de cubrirse la cabeza. La puerta está abierta.

Lentamente, como si me viera a mí misma en un sueño, la empuja y se cierra con un pequeño chasquido.

—¿Hanneke?

«Esa estantería chirría siempre que no está echado el gancho». Reproduzco la frase en mi mente buscando la manera de que tenga un sentido distinto del que sé que tiene. «Estantería». No ha dicho «puerta de la despensa». Ha precisado «estantería». Debe de saber que la estantería se cierra con un gancho. «Siempre», ha dicho. Es decir, varias veces. Es decir, que sabe cómo funciona esa estantería de bisagras oxidadas.

—Hanneke, creo que has dicho que debo irme. —Me mira perplejo.

—Conoces el escondrijo —afirmo en un susurro disonante—. ¿Christoffel? —Niega con la cabeza, pero es demasiado tarde. En sus ojos ha destellado una luz—. ¿Qué sabes? —le pregunto sin alzar la voz.

—No sé nada. No hablemos de esto, por favor. Deja que me vaya.

Tiende la mano hacia el picaporte, pero me pongo delante.

—No permitiré que te vayas. Lo sabes.

—Hanneke, dejémoslo estar, por favor. —Habla en voz tan baja que apenas le entiendo.

Fuera se oye a un vendedor pregonar el periódico de la tarde y el rumor enérgico de una escoba sobre los adoquines. La vida sigue y yo estoy con un muchacho de rasgos dulces cuyo rostro ha perdido el color.

—Christoffel, estamos solos. Da igual lo que me cuentes, sea bueno o malo; no puedo llamar a la policía ni explicárselo a nadie, aparte de la señora Janssen. Por favor, por favor, dime cómo te enteraste de que había un escondite detrás de la despensa.

La escoba de la calle ha topado con algo metálico, una moneda quizá. Christoffel se mira el pulgar, donde tiene un feo padrastro que se ha puesto muy rojo a fuerza de toquetearlo y mordisquearlo. Me saca tres o cuatro centímetros, pero es una estatura desgarrada, producto de un estirón reciente.

—No sabía nada acerca de... acerca de ella —dice—. Al principio no. Lo juro: al principio no sabía nada. Siempre que vengo, la señora Janssen se queda conmigo y hablamos o hacemos ruidos que no permitirían oír los procedentes de la despensa.

—Pero no siempre...

—Una vez que vine a entregar algo, la señora Janssen no encontraba el monedero. Subió a buscarlo y se quedó mucho rato arriba, y aquí había silencio. Oí algo. Un chirrido.

—¿Fuiste a ver qué lo producía? —Sería muy propio de Christoffel, siempre tan servicial: oír el rechinar de una bisagra oxidada e ir a investigar, a arreglarla.

—No hizo falta. Oí un chirrido y entonces ella salió de la despensa.

Otra persona que la vio. Otra persona que supo de su existencia. El rostro de Christoffel muestra una pizca de asombro, como si recordara aquel momento. Debió de parecerle surrealista estar en la cocina y ver cómo una chica salía de la despensa.

—Reconoció mi voz —continúa—. Dijo que había esperado una ocasión en que la señora Janssen no estuviera conmigo.

Lo reconoció. Parece que mi cerebro no asimila de inmediato lo que Christoffel cuenta, que solo capta frases sueltas. «Reconocer» es un verbo interesante. Hubiera sido más lógico que dijera «oyó». Reconocemos aquello que ya conocemos.

—La conocías —digo, y al articular las palabras deduzco quién era ella—. Conocías a Amalia.

—¿Cómo has sabido su nombre?

—¿Cómo lo supiste tú?

—Fuimos juntos al colegio. Crecí con las dos, con Amalia y con... —
Deja un hueco donde debería ir el nombre, y no puedo resistir la tentación de llenarlo.

—Y con Mirjam.

—Y con Mirjam —musita.

A continuación hace algo que yo no esperaba y que por tanto me pilla desprevenida. Desliza la espalda por la pared hasta caer en el suelo. Se lleva los puños a los ojos y rompe a llorar. Pero no es un llanto silencioso, solloza y derrama grandes lagrimones, como un niño pequeño.

Me arrodillo a su lado. La suya es una pena que reconozco.

—Christoffel, ¿estabas... enamorado de Mirjam?

Tiene la garganta áspera y habla en un susurro.

—Al parecer ella no me veía de ese modo. Me trataba como a un hermano. Supuse que yo no le gustaba. El año pasado me dijo que el problema no era que yo no le gustara, sino que le gustaba a Amalia. Me dijo que ella se enamoró primero de mí; Mirjam no quería traicionarla. Supongo que en el fondo lo supe desde el principio. Amalia empezó a ponerse nerviosa cada vez que me veía. Soltaba esas risitas..., una especie de risita tonta. Pero yo solo pensaba en ella como amiga.

—Tú eres T. Tú. No Tobías.

Christoffel me mira sin entender.

—Encontré una carta —le explico—. En ella se mencionaba a un chico cuyo nombre se abreviaba con la inicial T. Era un chico que le gustaba.

Esas estúpidas princesas inglesas... No era una carta dirigida a Amalia que Mirjam no tuvo oportunidad de enviar. Era una carta de Amalia a Mirjam que esta releía en clase.

—Mi apodo —dice Christoffel—. Es un apodo tonto, ni siquiera recuerdo cuándo me lo pusieron. Supongo que yo era T.

Hace unos días, en el *ferry*, creí que sus amigos le llamaban «Señor Genial». *Tof* significa eso: «genial», «estupendo». Sin embargo, no le llamaban así, sino que utilizaban el diminutivo Tof, tomado de la parte central del nombre de Christoffel.

—¿Cuántas veces viste a Amalia desde que se escondió en la despensa?

—Solo dos. La segunda vez esperó a que saliera la señora Janssen y entonces me dijo que había visto una nota en el periódico y que necesitaba mi ayuda para escapar.

Het Parool. El anuncio de tres líneas en la sección de clasificados: «Isabel echa de menos a su hermana, pero se alegra de estar de vacaciones en Kijkduin. Besos, Margarita».

La señora Janssen me explicó que había llevado el periódico a Mirjam y que horas después le pidió que no hiciera ruido porque iba a acudir el chico de los recados. No me mencionó que hubiera dejado a Christoffel solo en la cocina. No debió de considerarlo necesario; ¿por qué iba Mirjam a anunciar su presencia al muchacho que venía a traer comestibles?

—¿La ayudaste a escapar?

—Sí.

—No lo entiendo. Debió de contarte que la señora Janssen creía que era Mirjam. ¿Por qué iba a querer marcharse sin decirle nada? ¿Y cómo es que la noche de la redada Amalia llevaba los documentos de Mirjam?

Se aprieta un ojo con la palma de la mano y se enjuga con torpeza las lágrimas. No tengo pañuelo, y si llevara uno encima, no sé si se lo ofrecería. ¿Quiero consolarle? ¿Interrogarle? El chico que tengo delante conoce la respuesta a cada una de las preguntas a las que he dado vueltas esta última semana. Contribuyó a desencadenar una serie de hechos que han causado dolor y angustia, y todavía no comprendo por qué.

—Me... me contó que la noche en que asaltaron el escondrijo de los Roodveldt se encontró con Mirjam en la calle —me explica Christoffel—. Huía para salvar la vida y creía que no tardarían en apresarla. Amalia propuso que se intercambiaran los abrigos y los documentos de identidad. Dijo que Mirjam podría escapar si llevaba documentos que indicaban que no era judía, y que ella acudiría más tarde a las autoridades para que le expidieran unos nuevos. Pero los soldados estaban muy cerca. No tuvo tiempo de correr a casa, y temía que, al pillarla con la ropa y los documentos de Mirjam, le dispararan en el acto. Por eso vino aquí. Mirjam le dio la dirección de la señora Janssen.

—Pero ¿por qué no le dijo a la señora Janssen quién era en realidad? ¿Por qué no le pidió que la ayudara a conseguir documentación nueva?

Se encoge de hombros con un gesto hosco.

—No lo sé. Solo dijo que no quería que la señora Janssen se enterara.

¿Porque deseaba asegurarse de que Mirjam estaba a salvo antes de contarle a nadie la verdad? ¿Porque no quería que se supiera que la auténtica Mirjam Roodveldt había escapado y vivía bajo otro nombre? ¿Porque hay partes de esta historia que nunca tendrán sentido por más preguntas que formule?

—¿Adónde fue después de que la ayudaras a salir de aquí?

—Se quedó una temporada en mi casa. Como papá viaja con frecuencia, no llegó a sospechar que había alguien en el sótano.

En el sótano de Christoffel. Hasta hace unos días, la chica a la que buscaba vivía en casa de un muchacho al que yo había visto más de una vez.

—¿Qué la incitó a marcharse? —pregunto.

Entiendo por qué Amalia no acudió a las autoridades a notificar la pérdida o el robo de sus documentos: como era menor de dieciocho años, le habrían exigido la firma de sus padres, que en ese momento se hallaban fuera de la ciudad. Entiendo por qué prefirió quedarse en casa de Christoffel, un viejo amigo, antes que en la de una desconocida que ni siquiera sabía quién era ella en realidad. Lo que no entiendo es por qué, después de tantas penalidades, también se marchó de allí.

—Christoffel, ¿por qué huía de lugares donde estaba a salvo? Necesito esa información para encontrarle un sentido.

Sigue llorando. Las lágrimas caen más deprisa con cada respuesta que le exijo.

—¿Qué llevó a Amalia a abandonar tu casa aquella noche?

—¡Yo se lo ordené! —grita finalmente—. Me contó un secreto y la eché. No quería que muriera. Juro que no quería. Me enfadé mucho con ella. Le dije que los nazis la tratarían mejor que yo si volvía a verla. La seguí por la calle. Huía de mí; vi cómo se daba de bruces con un soldado. ¡Cuando la apresaron en la redada huía de mí! —Habla con voz aguda y lastimera.

—¿Qué secreto te contó? ¿Qué fue lo que te llevó a negarte a seguir acogiéndola en tu casa?

—No puedo. No puedo.

Está histérico. Si tuviera a mano una bolsa de papel se la daría para que se pusiera la abertura en la boca y respirara en ella. Le doy palmaditas en la espalda, que sube cada vez que aspira una bocanada de aire, y noto que tiene el suéter empapado en sudor. Es solo unos años menor que yo, pero en estos momentos se ha convertido en un niño pequeño.

—No quiero hablar de eso ahora —farfulla entre respiraciones profundas—. No me obligues, por favor.

—De acuerdo. De acuerdo. De acuerdo —repito, porque si le presiono solo conseguiré ponerlo aún más nervioso.

Una cosa más. No es que tenga importancia, dada la situación, pero necesito aclararlo por mi propia tranquilidad.

—Has dicho que Amalia te pidió que la ayudaras a escapar cuando vio el anuncio en el periódico. Sin embargo, no la ayudaste ese día, ya que la señora Janssen la vio después, por la noche. ¿Acaso encontraste la forma de colarte en la casa mientras la señora Janssen estaba enfrente, en la de su vecina? ¿Se te ocurrió la manera de cerrar la puerta trasera desde fuera?

—No. Amalia se escondió en un lugar de la casa mientras la señora Janssen estaba con su vecina. Yo volví al día siguiente.

Debe de equivocarse en la cronología de los hechos. Al día siguiente yo estaba aquí. Al día siguiente me senté en la cocina y la señora Janssen me contó que Mirjam había desaparecido.

—Te falla la memoria. Yo estaba aquí ese día. Te vi entrar. Viniste a recoger un mueble que la señora Janssen quería vender.

—Así es. Recogí el mueble.

Christoffel guarda silencio. Yo también callo.

Tiene esta deferencia conmigo: la de permitirme atar los últimos cabos. Si no deseo hacerlo, puedo contar a la señora Janssen que Amalia era quien estaba en la despensa y quien murió, y será cierto, y dará igual cómo escapó. O bien puedo encajar las piezas, y todo resultará más doloroso.

Debo encajarlas. Porque sin pretenderlo me acuerdo de la despreocupación con que Mina me entregó una bolsa llena de leña que llevé al hombro más de un kilómetro, sin saber que transportaba una parte importante en su estratagema. Me acuerdo de que el cochecito era una

cámara. Me acuerdo de que Ollie no está enamorado de mí ni de Judith, sino de Willem. Me acuerdo de que en esta guerra nada es lo que parece y que he pasado una gran parte de ella sin ver lo que tengo delante de las narices.

Amalia iba dentro de la *opklapbed*. Christoffel la sacó de la casa en su carretilla. Yo intentaba decidir si debía ayudar a la señora Janssen a encontrar a su *onderduiker* desaparecida, y resulta que no estaba desaparecida. Se encontraba a solo unos pasos.

—Esperó en la *opklapbed* a que vinieras a llevártela. Ese fue el plan.

Estoy cansada. Él también lo está. Ambos queremos que esto termine por fin, del todo.

—Esperó varias horas —dice—. Se quedó sentada en el despacho mientras la señora Janssen dormía, pero volvió a meterse en la *opklapbed* en cuanto la oyó levantarse. Le dije que vendría tan pronto como pudiera.

—Y te fuiste. Con ella. Cuando yo estaba aquí. ¿Sabías que la señora Janssen me había contratado para que la buscara?

—Una amiga me pidió ayuda. Era lo único que yo pensaba.

Trato de decidir cómo he de reaccionar. ¿Debo hablarle de la desesperación de la señora Janssen al descubrir que la chica había desaparecido de la despensa? ¿Debo contarle lo que fue ver cómo a Amalia se le doblaban las rodillas y se desplomaba en el suelo?

En el silencio, Christoffel vuelve a llorar.

—Chiss. Chiss —le digo, porque es lo que me decían a mí cuando lloraba por Bas y porque en este momento no sé qué más decir.

33

Cuando algo termina de una manera inesperada, que no habíamos ni imaginado, ¿llega de verdad a su fin? ¿Deberíamos seguir buscando respuestas mejores, que no nos desvelen por la noche? ¿O bien es el momento de la aceptación?

He tardado dos días en encontrar sitio en un tren para ir a Kijkduin.

Llego primero a La Haya, una ciudad que parece estar aún más plagada de soldados alemanes que Amsterdam. Hago transbordo para Kijkduin, una localidad a orillas del mar, y a medida que nos acercamos, el aire se vuelve más salobre. Soy la única persona que se baja en esta estación, con mi maletita: una turista loca que ha decidido venir a la costa en pleno invierno. El viento procedente del mar me azota el cabello, y los ojos me escuecen por el frío salino. El lugar se convirtió en destino turístico más o menos una década antes de la invasión, recién creado y planificado. Cerca de la playa hay un fuerte, que los alemanes tomaron y utilizan como centro de instrucción.

De camino al pueblo me cruzo con muy pocas personas, lugareños que viven aquí todo el año. Un joven me dice que me queda una larga caminata y se ofrece a llevarme. Me subo en el portaequipajes de la bicicleta y nos dirigimos al pequeño centro de la población.

—Ya estamos. —El ciclista deja de pedalear y, al detenerse la bici, señala con la cabeza un conjunto de edificios al otro lado de la calle. El del medio es verde pálido.

Le doy las gracias y me aliso la falda. El hotel de la tía de Amalia tiene un porche pintado y un alegre letrero que anuncia que el establecimiento está abierto en invierno. Sé qué me aguarda detrás de la puerta, o al menos eso creo, pero me siento como una intrusa. No he avisado de que venía.

Esta semana me he movido entre conjeturas y nebulosas; quería una prueba visible. Supongo que la traficante del mercado negro que hay en mí busca garantías y encuentra sentido en el mundo tangible.

Cuando llamo a la puerta, me abre una entusiasta mujer de mediana edad. No debe de ser fácil hacer negocio en temporada baja, sobre todo desde que los alemanes cerraron buena parte de la costa para impedir la invasión de los aliados.

—¿Desea una habitación? —La que supongo que es la tía de Amalia alarga la mano para cogerme la maleta—. Pase. La lumbre está encendida en el salón, y le prepararé algo de comer.

La sigo al interior reflexionando sobre lo que debo decir y cuánto debería contarle. No tengo un guion preparado. Lo que he venido a hacer, después de todo lo que he vivido, es demasiado serio para andarse con juegos.

Al final, he aquí lo que le dije a la señora Janssen cuando regresó a casa aquel día: que la chica que ella me encargó que buscara había muerto, pero que la chica a quien quería que encontrara quizá siguiera con vida. Le dije que no podía devolverle a la muchacha con la que se había encariñado las semanas que la tuvo escondida, pero que posiblemente lograría localizar a aquella que perdió a toda su familia, del mismo modo que la señora Janssen perdió a su hijo y a su marido. Le enseñé la foto y le dije que sabía que no tenía sentido. Le prometí que intentaría hallar la manera de que lo tuviera, aunque quizá nunca lo tendría. Le dije que lo sentía.

Christoffel se negó a contarle nada. Se marchó antes de que ella regresara. Afirmó que le remordía el sentimiento de culpa. Quise decirle muchas cosas: que él había causado aquella desgracia; que se había comportado de forma irreflexiva; que debía confiarme el secreto de Amalia. Sin embargo, cuando me confesó que le consumían los remordimientos, no me atreví a decirle nada. Porque comprendí lo que era eso. Porque había pasado más de dos años y toda una guerra sintiéndome como él, convencida de que mis actos provocaron la muerte de una persona importante para mí.

—¿Una habitación, pues? —La mujer sigue esperando mi respuesta.

—Querría... —Todavía no sé muy bien qué decir. ¿Debo preguntar por Amalia sin más? ¿O debo aguardar a tener habitación y bajar a comer junto

a una cálida lumbre? Sin embargo, no tengo que preocuparme, pues de repente ahí está.

Una muchacha menuda, de facciones delicadas y unos años menor que yo baja por la escalera con una pila de ropa blanca en los brazos. Incluso en la penumbra del interior, le veo en la espinilla derecha una fina cicatriz rosada que desciende de la rodilla.

—Amalia —le dice la mujer—, por lo visto tendremos una huésped esta noche. ¿Te importa enseñarle la habitación tres? —Se vuelve hacia mí para guiñarme un ojo—. Es la más grande que tenemos, con la cama más cómoda.

Ha cambiado un poco desde la foto del cumpleaños. Se le nota en la cara que es mayor, y en el cuerpo tiene curvas que la chica del retrato no tenía. Esta muchacha de ensueño que ha cobrado vida delante de mí me coge la maleta y la sigo hasta el segundo piso. La habitación tres, decorada en tonos azul pálido y adornada con conchas marinas, tiene la ventana abierta unos centímetros para que entre el mar, a pesar del frío.

—La cena se sirve a las seis —dice; es la primera vez que se dirige a mí. Tiene la voz más grave de lo que esperaba—. No es muy elaborada, pero suele haber pescado fresco.

—Lo sé. —Se me ha escapado de la boca. No es un gran discurso, sino una simple declaración que esperaba hacer desde hace días.

Sonríe.

—Entonces, ¿ya había estado aquí?

Niego con la cabeza y su nombre se desliza de mis labios.

—Mirjam. Lo sé, Mirjam.

Se le va el color de la cara. Mira hacia atrás para ver si alguien ha oído su nombre secreto. La puerta está cerrada. Las calles están desiertas.

—¿Quién eres?

—Te escribí una carta. La doblé en forma de estrella.

—No he recibido ninguna carta.

Claro: es posible que Christoffel se la entregara a la Amalia de verdad, no a la muchacha que se hacía pasar por ella en un hotel a orillas del mar.

—Te he estado buscando —le digo, y de pronto caigo en la cuenta de que, si no ha recibido la carta, no sabe nada de lo ocurrido, de modo que

tendré que contarle todo desde el principio.

Tardo un buen rato en explicárselo todo: Christoffel, Amalia, los nazis, el puente. Le repito datos que al parecer no acaba de comprender, porque ella daba por sentado que Amalia vendría a visitarla pronto. Suponía que estaba a salvo. Me escucha con una expresión fija de aturdimiento y se muerde el labio superior, un hábito que nunca imaginé que tuviera. He pasado una semana haciendo averiguaciones sobre esta muchacha, pero en realidad no la conozco. Lo que tengo a partir de lo que me han contado es una amalgama de ella y Amalia. He formado una persona cosiendo los recuerdos que la gente guardaba de cada una, pero esa persona es distinta de la que tengo delante.

Mirjam se deja caer en una silla junto a la puerta.

—¿Estás segura? —pregunta cuando concluyo el relato—. ¿No es posible que te equivoques?

Eso mismo le pregunté a Ollie cuando me informó de que una tal Roodveldt había entrado en el teatro, deseando con toda el alma que se tratara de un error.

—Estoy segura. Murió porque actuaba como si fuera tú. —No pretendo mostrarme cruel. He pronunciado esas palabras porque todavía intento desesperadamente comprender cómo ocurrió.

Se le saltan las lágrimas.

—¿Has tenido alguna vez una amiga del alma?

Asiento. Se me hace un nudo en la garganta.

—Una vez. Nada más.

—Entonces lo sabes. Sabes lo que es querer a alguien como a ti misma y luego perder a esa persona.

Me pregunto si debo dejarla con su pena o continuar, pero habiendo llegado a este punto no puedo por menos que desear seguir adelante.

—¿Qué sucedió aquella noche, Mirjam? La noche en que intercambiasteis vuestra identidad.

Agacha la cabeza. No quiere contármelo, o no quiere recordarlo, y durante unos instantes me parece que no va a contestar.

—Fueron solo unos minutos. Yo huía de la tienda de muebles. No sabía adónde ir y de pronto Amalia estaba en la calle, conmigo. Venía llorando,

despeinada y con la blusa por fuera de la falda, y al verme me agarró con tanta fuerza que casi me cortó la respiración. Fue antes del toque de queda, y las calles estaban tan llenas de gente que se apresuraba a volver a casa que nadie se fijó en nosotras. Le conté lo que había pasado, que habían matado a mi familia, y se quitó el abrigo sin siquiera pensarlo. Me dijo que me hiciera pasar por ella; que tenía en los bolsillos dinero y los documentos de identidad. Se suponía que esa noche debía tomar un tren. Para venir aquí. Ya tenía comprado el billete. Su tía no la veía desde que era una niña. Por eso me instó a venir a casa de su tía y me prometió que no revelaría mi paradero ni qué había ocurrido hasta que le comunicara que estaba sana y salva.

—¿Y eso fue todo?

—Casi. —Me mira a la cara, pero esta vez sus ojos muestran una expresión severa, de repliegue y protección.

Es en el «casi» donde me quedo una y otra vez, donde me he quedado toda la semana. En numerosas ocasiones he creído que casi entendía algo y luego he descubierto que no entendía nada de nada.

—Amalia tenía un secreto, Mirjam. Se lo contó a Christoffel. Por eso él la echó de su casa. Se enfureció tanto que ella le tuvo miedo. ¿Sabes cuál era ese secreto? ¿Qué pudo explicarle para que él se enfadara de tal modo que la echó de un lugar donde estaba a salvo?

Se pellizca los labios y aparta la mirada.

—No sé nada.

—Por favor, trato de comprender lo que ocurrió. No tienes ni idea de con qué desesperación te hemos buscado. La señora Janssen habría dado cualquier cosa por saber qué había pasado.

Quiere contármelo. Intuyo que desea tanto como yo que esto termine, para que todos podamos comenzar de nuevo.

—Mirjam, has dicho que Amalia estaba llorando cuando te tropezaste con ella. ¿Por qué lloraba? ¿Y por qué salió aquella noche?

«Cuéntamelo. Cuéntamelo y acabemos con esto de una vez».

Lentamente, con parsimonia, mete la mano en el bolsillo del vestido. Saca algo en forma de estrella.

—Estaba en el bolsillo de su abrigo cuando nos los cambiamos. Llevaba en el bolsillo el dinero para venir aquí, y también esto.

Lo cojo y desdoble los pliegues. Mirjam se levanta de la silla y se acerca a la ventana, donde se queda mirando al mar.

Queridísima Isabel:

Perdóname. Perdóname. Perdóname, aunque he hecho algo que no deberías perdonarme.

Escribo esto en el tranvía, y si llego a tiempo no tendré que dártelo. Es solo por si acaso. Una carta por si acaso.

T. y yo nos hemos hecho muy amigos desde que no estás. Me escucha cuando hablo. Se ríe de mis chistes. Es como si por primera vez me viera de verdad, y sé que no te importará, porque nunca le has querido como le quiero yo y siempre has dicho que deseabas que sintiera por mí lo que sentía por ti. Y creía que empezaba a corresponderme. Pero no era así. Porque esta tarde me ha mirado y me ha dicho: «Deberías llevar el pelo como Mirjam. Lo tiene muy bonito. A lo mejor te enseña cómo hacerlo cuando termine la guerra». Y en su cara he visto que nunca me querrá, jamás.

Te lo cuento porque quiero que sepas que estaba desconsolada. Aunque no sea una excusa, quiero que entiendas que estaba desconsolada cuando he llegado a casa y mi tío, que había venido de visita, me ha preguntado por qué estaba tan triste. Quiero que comprendas que no pensaba lo que decía cuando he respondido que estaba deprimida porque el chico del que me había enamorado prefería, antes que estar conmigo, suspirar por una chica que tenía que esconderse en una tienda de muebles hasta que acabara la guerra. Mi tío se ha echado a reír. Me ha dicho que el chico era bobo. Me ha pedido que le explicara más cosas de la chica. Se lo he contado todo. No me acordaba de que está afiliado al NSB.

¿O sí me acordaba? Queridísima Isabel, he estado pensando en ello desde que he caído en la cuenta de lo que había hecho y he corrido al tranvía. ¿De verdad olvidé que es miembro del NSB? ¿O una parte de mí lo

recordaba y sabía exactamente lo que hacía? Intentaré detener esto. Le pondré remedio si puedo. Perdóname. Perdóname. Perdóname.

—Te delató —digo—. Por eso los nazis asaltaron vuestro escondrijo.

Mirjam se vuelve hacia mí.

—¿No te das cuenta? Se arrepintió en cuanto comprendió lo que había ocurrido. Por eso estaba en la calle aquella noche. Corría para avisarnos de lo que había hecho. Esperaba que aún tuviéramos tiempo de huir.

—Pero era demasiado tarde.

Mirjam tiene los ojos empañados por las lágrimas. No logro ni imaginar cómo debió de ser aquella noche. Dos buenas amigas se encontraron en la calle con demasiadas cosas que decirse: «Te he traicionado, te quiero, deseo salvarte, lo siento». En toda Europa mueren centenares de miles de personas. Y en mi ciudad los nazis asesinaron a toda una familia por unos hechos cuyo origen fue el amor, los celos y una indiscreción.

—Dan ganas de odiarla. —Mirjam no levanta la vista de sus manos, que tiene cruzadas—. Yo la odié. Como nunca he odiado a nadie. Pero ella no sabía lo que hacía. Tengo que creerlo. Creo que cuando habló con su tío no cayó en la cuenta de lo que podía ocurrir. No lo pensó. —Me mira con sus enormes ojos—. ¿Crees lo que digo?

—Lo creo si tú lo crees.

No sé por qué a Mirjam le preocupa que piense bien o mal de Amalia. Ni siquiera me conoce.

No obstante, me parece que sí me preocuparía lo que pensara otra persona de mis amigos o de mí. Querría que comprendiera que todos nosotros —Bas, Elsbeth, Ollie, yo— teníamos nuestros defectos y nuestras cicatrices e hicimos lo que pudimos en esta guerra. Nos vimos envueltos en hechos que nos superaban. No lo sabíamos. No lo pensamos. No tuvimos la culpa.

Mirjam se sienta en la cama. Me siento a su lado y nos quedamos en silencio, contemplando por la ventana cómo las olas rompen contra las barricadas de la orilla.

34

Al final no paso la noche en el hotel de la tía de Amalia. Mirjam no me conoce lo bastante bien para que pueda consolarla y al cabo de un rato me doy cuenta de que no sé qué decir. Le anuncio que vuelvo a Amsterdam, donde, si lo desea, tendría un hogar con la señora Janssen, aunque probablemente es más seguro que se quede aquí, escondida en un hotel sin huéspedes, con documentos que la protegerán, hasta que la guerra llegue a su fin.

Camino de regreso a la estación de ferrocarril e incordio al jefe de estación hasta que me consigue un sitio en el siguiente tren con destino a Amsterdam. La mujer sentada a mi lado me susurra que la batalla de Stalingrado ha terminado y que los nazis han perdido: su primera rendición oficial durante la guerra.

—Gracias a Dios —digo, y enseguida me doy cuenta de que es un comentario arriesgado: mi respuesta tendría que haber sido neutra o de desesperación por si se tratara de una colaboracionista. Pero la mujer no lo es, porque se inclina y me aprieta la mano con disimulo: un sentimiento de gratitud compartido. Y ahí se acaba la conversación, porque no sabemos quién podría estar escuchando, y cada una se repliega en sí misma en el tren que me lleva a casa.

Estoy cansada. Después de tanta determinación, mucho más cansada de lo que habría esperado. Quizá no es posible realizar trueques con los sentimientos, intercambiar buenas acciones por malas acciones y contar con sentirse completo.

Cuando llegue a casa, mamá y papá me preguntarán dónde he estado. Iré a cenar con Ollie, Willem y Sanne. Visitaré a Mina cuando pueda. A

veces todavía me embargará la pena. Quizá la mayoría de los días. Creo que es posible curarse sin sentirse completo.

He encontrado una chica que no era la que buscaba. Perdí una amiga a la que echaré de menos cada día. Volveré a trabajar. Mejoraré. Mejoraré poco a poco. Descubriré todas las cosas ocultas, secretas.

El día que me di cuenta de que amaba a Bas:

Él tenía dieciséis años; yo, quince. No fue aquella tarde en que escuchamos la radio en su casa; ese día fue él el que se dio cuenta de que me amaba. Yo lo supe una semana antes. Fue en el patio del instituto. Alguien comentó que le gustaba leer las últimas páginas de los libros al principio, para tener la certeza de que todo acababa bien. Bas dijo que era la mayor estupidez que había oído. Mandó que le dieran el libro del que estábamos hablando, pasó las páginas hasta llegar a la última, sacó una pluma y escribió algo en ella. Pensé que escribiría: «Todo acabó bien», pero cuando devolvió el libro vi que había anotado: «Un oso atacó a todos y los dejó malheridos, fue muy triste, vayamos a comer un helado».

Luego me cogió de la mano, me puso en pie de un tirón y dijo: «A lo mejor el oso no te dejó malherida a ti. Solo te arañó un poquito». A continuación hice una mueca y me besó, y fuimos a comprar helados, y ese fue el hermoso principio de una relación, en un mundo que estaba más próximo al final de lo que podíamos llegar a sospechar.

Nota de la autora

Una nota sobre la fidelidad histórica:

Aunque las historias y los personajes de esta novela son ficticios, los lugares citados existieron en Holanda durante la Segunda Guerra Mundial y los acontecimientos históricos mencionados ocurrieron en realidad. El país fue invadido en mayo de 1940. Más de dos mil soldados murieron en la batalla de los Países Bajos, y los ocupantes alemanes impusieron a la población judía restricciones cada vez más severas.

Unos cien mil judíos holandeses perecieron en el Holocausto: prácticamente tres cuartas partes de la población hebrea, un porcentaje mucho mayor que en las naciones vecinas. Se han formulado numerosas hipótesis para explicar por qué ocurrió así: se trataba de un país desarrollado y llano, sin muchos bosques ni espacios naturales donde esconderse. Los países limítrofes estaban asimismo ocupados, lo que reducía la posibilidad de escapar. El grado de colaboracionismo fue relativamente alto, e incluso quienes veían con malos ojos la ocupación se confiaron en exceso, engañados por la paulatina imposición de las restricciones: según la descripción hecha por más de un historiador, el país era como una rana en una olla de agua que se calienta muy poco a poco; cuando esta rompe a hervir, el animal ya no puede salir. El Consejo Judío, compuesto por los líderes de la comunidad, creyó al principio que su función de enlace entre los nazis y la población hebrea mejoraría el trato de esta en los Países Bajos. No obstante, son muchos los que hoy en día consideran que, sin darse cuenta, facilitó que se localizara a los judíos, se les persiguiera y se les deportara a los lugares donde encontraron la muerte.

Sin embargo, en el país se dieron asimismo actos de extraordinario heroísmo. Ollie, Judith y sus amigos ofrecen una amalgama de diferentes actividades de la resistencia, pero sobre todo están basados en el Grupo de Estudiantes de Amsterdam —una organización de universitarios que se especializaron en rescatar niños— y en las personas, judías en su mayor parte, destinadas a trabajar en el Hollandsche Schouwburg. Este teatro fue un lugar terrorífico, pero también se convirtió en escenario de las operaciones de rescate más valerosas que tuvieron lugar en Amsterdam. Se estima que se sacó furtivamente a seiscientos niños judíos de la guardería; unas veces los escondían en cestos de la ropa sucia, otras los pasaban por encima del muro del patio hasta los edificios vecinos, y en ocasiones los sacaban, a la vista de todos, trabajadores que «se equivocaban» al contar a los pequeños que tenían a su cargo. Las acciones de mis personajes están inspiradas en las historias de fuentes orales o escritas sobre muchas personas relacionadas con el teatro. Por nombrar unas cuantas: Piet Meerburg, uno de los fundadores del Grupo de Estudiantes de Amsterdam; Henriette Pimentel, encargada de la guardería y asesinada en Auschwitz en 1943; y Walter Suskind, que falsificó los registros de los niños mientras dirigía el Schouwburg y fue asesinado en 1945.

La actividad de los fotógrafos en la resistencia es real: en 1944 se creó una red más o menos organizada de fotógrafos profesionales conocida oficialmente como la Cámara Clandestina. Arriesgaron su seguridad personal para tomar fotografías secretas de soldados y civiles, y sus imágenes figuran entre los documentos más esclarecedores de la vida en los Países Bajos durante la ocupación nazi. Las fotografías fueron especialmente hábiles: escondían la cámara en bolsos y carteras. Pese a no pertenecer a la Cámara Clandestina, Lydia van Nobelen-Riezouw, que vivía en un apartamento contiguo al patio trasero del Schouwburg, fotografió a los prisioneros judíos al reconocer entre ellos a una amiga de la infancia. La historia de Mina se inspira en esa experiencia.

El periódico *Het Parool* existió de verdad, y de hecho todavía existe. Sus editores se jugaban la vida para que saliera cada número: trece de sus trabajadores fueron ejecutados en febrero de 1943, unos días después de los hechos con que concluye esta novela.

Soy periodista y siempre he creído que las historias reales son más conmovedoras, más interesantes y más desgarradoras que cualquier ficción que pueda inventar. Mi interés por este proyecto nació durante unas vacaciones en Amsterdam, con unas visitas a lugares relacionados con el Holocausto. Posteriormente me dediqué a investigar, y hay mucha gente a la que debo dar las gracias por ayudarme a descubrir las historias reales del Amsterdam de 1943.

En el transcurso de diversas visitas, los bibliotecarios del U. S. Holocaust Memorial Museum de Washington D. C. me ayudaron a encontrar libros y DVD sobre temas que iban desde los cupones de racionamiento hasta el lenguaje cifrado que los miembros de la resistencia debieron de utilizar al hablar por teléfono.

Greg Miller, de Film Rescue International, mantuvo pacientes conversaciones conmigo sobre los complicados procedimientos de la década de 1940 para revelar fotografías en color durante la Segunda Guerra Mundial. Paul Moody, director del documental holandés *De onderfedoken camera* (La cámara clandestina), fue asimismo paciente en su correspondencia conmigo acerca del papel desempeñado por los fotógrafos durante la contienda; me recomendó el libro *De illegale camera (1940-1945)*, una colección de fotografías de la guerra que contiene muchas de las imágenes que he descrito y atribuido a Mina. El historiador militar Allert Goossens hurgó en sus archivos para ayudarme a encontrar un motivo verosímil por el cual Bas se habría alistado en la Marina con diecisiete años, por debajo de la edad de reclutamiento. En Holland (Michigan), los empleados de Neli's Dutch Village me dieron de comer montones de alimentos holandeses, entre ellos *bankets* y regaliz salado, que aparecen en la novela como unas de las golosinas preferidas de Hanneke. Y Pat Boydens, cuya lengua materna es el holandés y que en la actualidad vive en Washington, leyó el manuscrito en aras de la corrección lingüística; me ayudó a decidir, por ejemplo, qué palabrotas emplearía una adolescente.

En el libro me aparto de los acontecimientos históricos en algunas ocasiones. Por ejemplo, he hecho que la guardería del Schouwburg cerrara en enero, cuando en realidad siguió en funcionamiento varios meses más. *Het Parool* no tenía una sección de anuncios clasificados, al menos en el

invierno de 1943, y, por lo que sé, no se utilizaba para pasar mensajes secretos. Estas decisiones, junto con otras de desviarme de la verdad histórica, tuvieron únicamente un propósito artístico y confío en que ninguna sea imperdonable.

Hanneke Bakker no existió en realidad. Tampoco existieron Bas y Ollie van de Kamp, Mirjam Roodveldt y los demás personajes a los que he dado un nombre. Pero, puesto que la gente continúa preguntando cómo es posible que se produjera algo tan atroz y descomunal como el Holocausto, quería contar una historia de pequeñas traiciones en medio de una gran guerra. Quería mostrar esas decisiones de valentía o cobardía moral que tomamos en un instante, y poner de manifiesto que todos somos héroes y villanos.

Agradecimientos

Escribir es un proceso solitario, pues, a fin de cuentas, sobre el ordenador portátil solo hay espacio para un par de manos, y casi siempre —al menos en mitad de un proyecto— deseo que sean las de cualquiera menos las mías. En el caso de este libro, estoy agradecida a quienes de manera simbólica compartieron el teclado y lograron que escribir pareciera una labor de equipo.

Mi agente, Ginger Clark, leyó tres párrafos de una sinopsis del argumento y enseguida me informó de que los protagonistas de mi libro debían ser adolescentes, en lugar de los adultos que yo imaginaba. Tenía razón, como la tiene en otros asuntos.

Mi editora, Lisa Yoskowitz, tuvo un papel decisivo al proponer giros de la trama y evoluciones de los personajes que dudo en enumerar aquí, por miedo a quedar como una perfecta idiota.

Robert Cox, mi marido, me ofreció comentarios minuciosos sobre numerosos borradores, además de crepes de los restaurantes IHOP cuando eran necesarias. No podría haber deseado un lector más inteligente ni un compañero mejor.

Es abrumador, y quizá un poco presuntuoso, tratar de contar una historia sobre una cultura y una época que no son las nuestras. Pero desde el principio quise que esta historia estuviera ambientada en Amsterdam durante la Segunda Guerra Mundial y que tuviera un auténtico sabor holandés. Resulta fácil entender el período histórico y la geografía, pero captar la sensibilidad holandesa requiere un grado de sutileza muy distinto. Y por eso estoy agradecida al guía turístico de Amsterdam que me dio a conocer la frase «Dios creó el mundo, pero los holandeses crearon los

Países Bajos». Estoy agradecida a los ciclistas de la ciudad que me silbaban con discreción cuando interpretaba mal las normas de la cultura de la bicicleta. Estoy agradecida a las apasionantes y completas colecciones de los museos de Amsterdam y a los ciudadanos que se han molestado en crear sitios web (¡en inglés!) sobre temas que van desde la correcta pronunciación de los nombres holandeses hasta el destino de cada torpedero durante la invasión alemana.

Mi más honda gratitud, en el plano literario y humano, a los miembros de la resistencia holandesa que más tarde escribieron sus experiencias, las cuales han proporcionado documentos ricos y matizados de una época y un lugar. Leer las memorias de Miep Gies, Corrie ten Boom, Hanneke Ippisch y Diet Eman, entre otros, me ha enseñado cómo debió de ser la vida en Amsterdam durante la Segunda Guerra Mundial. Y por último: gran parte de lo que el mundo sabe sobre la guerra, la ciudad y la experiencia humana procede de un libro en particular, escrito en un desván durante la ocupación. Estoy profundamente agradecida a Ana.



MONICA HESSE es una reconocida colaboradora habitual del *Washington Post*, periódico para el que escribe reportajes variados sobre todo tipo de eventos de actualidad. Ha trabajado como reportera para cadenas estadounidenses como NBC, CNN o FOX. Vive en Washington con su marido y su perro. *La chica del abrigo azul* es su primera novela.